Aviso legal

Revista

Título: *Cuadernos Americanos,* mayo-junio de 1952 núm: 3 vol: LXIII

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510
Ciudad de México, México.
https://cialc.unam.mx
En caso de un uso distinto contactar a: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es

Usted es libre de:
› Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:
› Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
› No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
› Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es
En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS AMERICANOS

MEXICO

3

CUADERNOS AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACION BIMESTRAL

Ave. Rep. de Guatemala Nº 42
Apartado Postal 965
Teléfono 12-31-46

DIRECTOR-GERENTE
JESUS SILVA HERZOG

ADMINISTRADOR
DANIEL RANGEL

EDICION AL CUIDADO DE
RAFAEL LOERA Y CHAVEZ

AÑO XI

3

MAYO - JUNIO
1952

INDICE

Pág. IX

Atención viajeros

atención viajeros

MEXICANA DE AVIACION

ANUNCIA SUS VUELOS DIARIOS CON DESTINO A:

El vuelo "El Internacional" le ofrece el servicio más rápido, lujoso y único sin escalas a Los Angeles en SUPER DC-6 Vuele también por "El Internacional" a La Habana.

LOS ANGELES
LA HABANA - MONTERREY
GUADALAJARA - NUEVO LAREDO
MERIDA - CAMPECHE - CD. VICTORIA
CD. DEL CARMEN - CD. VALLES
CHETUMAL - HERMOSILLO - IXTEPEC
MAZATLAN - MEXICALI - TAMPICO
MINATITLAN - OAXACA - TIJUANA
TUXPAN-VERACRUZ-VILLAHERMOSA
TAPACHULA - TUXTLA GUTIERREZ

M-166

CONSULTE A SU AGENTE DE VIAJES O A

MEXICANA DE AVIACION

"LA PRIMERA LINEA AEREA DE MEXICO"

Agentes de: **PAN AMERICAN WORLD AIRWAYS**

AV. JUAREZ Y BALDERAS. TELS. 18-12-60 y 35-81-05

PROXIMAMENTE. TREN DE LUJO

SERA EL NUEVO TREN SUIZO QUE CORRERA ENTRE MEXICO, D. F., SAN ANTONIO Y ST. LOUIS MO.

EL NUEVO TREN
SERA CONFORTABLE, A TONO EN LA VIDA MODERNA.

LLEVARA:

1 COCHE EQUIPAJE-CORREO
1 COCHE DE PRIMERA CLASE
2 COCHES DE PRIMERA NUMERADA
3 DORMITORIOS PULLMAN
1 COCHE BAR-OBSERVATORIO

PROPORCIONAMOS A UD. LA MAXIMA COMODIDAD DURANTE SU VIAJE

FERROCARRILES NACIONALES DE MEXICO

EQUIPOS MECANICOS, S. A., ES UNA INSTITUCION AL SERVICIO DEL PROGRESO DE MEXICO

PRODUCIENDO ACERO PARA MEXICO

PRUEBAS FISICAS DE MATERIALES

NUESTROS PRODUCTOS SATISFACEN LAS NORMAS DE CALIDAD DE LA SECRETARIA DE LA ECONOMIA NACIONAL Y ADEMAS LAS ESPECIFICACIONES DE LA A. S. T. M. (SOCIEDAD AMERICANA PARA PRUEBAS DE MATERIALES).

CIA. FUNDIDORA DE FIERRO Y ACERO DE MONTERREY, S. A.

OFICINA DE VENTAS EN MEXICO
BALDERAS 68 - APARTADO 1336

FABRICAS EN MONTERREY, N. L.
APARTADO 206

PETROLEOS MEXICANOS
PEMEX
PETROLEOS MEXICANOS ·
Productores, Refinadores,
y Distribuidores de
Petroleos y sus derivados.

★MAS MODERNO Y COMPLETO que TODOS

...y más fácil de adquirir que ninguno

Lo que usted acaba de leer es una verdad indiscutible: el DICCIONARIO ENCICLOPEDICO UTEHA es más moderno y completo que todos y más fácil de adquirir que ninguno. Y es más moderno y completo que todos, por ser una obra de reciente publicación que recoge en sus páginas lo que no puede aparecer en otros diccionarios: la idea que acaba de surgir a la vida; el invento, en trance diario de perfección, que abre nuevos cauces a la técnica y a la ciencia; el acontecimiento que aun se comenta y se discute; todo lo que es de hoy, de nuestros días, todo lo que sólo puede figurar en una enciclopedia que ofrezca en su contenido, además del repertorio clásico inmutable, la misma actualidad que los propios periódicos. Eso es lo que le brinda a usted este Diccionario. Y por si fuese poco, aun cabe añadir otro ventaja indiscutible: es más fácil de adquirir que ninguno. Tres méritos de un valor tan sobresaliente que confieren al DICCIONARIO ENCICLOPEDICO UTEHA unas características difícilmente superables; las mismas que lo convierten, por haberse concebido y publicado dentro de nuestras fronteras, en un auténtico orgullo para México. Véalo usted, compruebe con sus propios ojos cuanto le decimos, pues bien merece la pena conocer esta obra monumental que ha de ser para usted y para sus hijos un elemento cultural de primero fuerzo. Con ella en su casa, tendrá motivos sobrados para sentirse satisfecho: sobre todo, por lo que usted y todos los suyos podrán aprender en sus páginas. Esa inquietud que nos domina cuando queremos saber algo que ignoramos; ese deseo de adentrarnos por mundos y países lejanos; ese afán por conocer los acontecimientos históricos o la vida de los grandes hombres, lo saciará usted, y además con creces, cuando tenga al alcance de su mano el DICCIONARIO ENCICLOPEDICO UTEHA

MAS DE MEDIO MILLON DE VOCES
13000 PAGINAS - 20000 GRABADOS
400 MAPAS - 400 LAMINAS
10 TOMOS

En su contenido, de una extensión muy superior a la de otros diccionarios del mismo o parecido número de volúmenes y comparable a la de diversas enciclopedias mucho mayores, se ofrece la más precisa y extensa información científica, artística, literaria, geográfica . . . puesta con toda exactitud al día y seleccionada de las fuentes originales de mayor solvencia, en la que se incluye un repertorio excepcional acerca de los diversos aspectos y valores de Hispanoamérica. La belleza y el valor documental de sus millares de ilustraciones y de sus cientos de mapas y láminas, en muchos casos a todo color, constituyen el más sugestivo complemento de esta obra monumental, la más completa y moderna de cuantas existen en su género, que viene a satisfacer las aspiraciones y los deseos más exigentes.

SOLO $35 AL MES

APROVECHE ESTAS FACILIDADES DE PAGO QUE NO ADMITEN COMPARACION

Unas facilidades que sólo han sido posibles porque el Diccionario Enciclopédico Uteha es obra exclusiva de la industria editorial de México, lo que permite que se pueda vender en unas condiciones jamás igualadas, que usted debe aprovechar en el acto solicitando el folleto que se ofrece gratis y formulando su pedido, para no perder la oportunidad de adquirirlo con una cuota mensual tan reducida que no significa esfuerzo económico alguno.

DICCIONARIO ENCICLOPEDICO

UTEHA

EDITORIAL GONZALEZ PORTO
Apartado 140 - Bis - México, D. F.

Sírvanse remitirme el folleto descriptivo del DICCIONARIO ENCICLOPEDICO UTEHA, dándome a conocer también sus condiciones de pago.

Nombre .....
Domicilio .....
Localidad .....
Estado .....

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS

EDITORIAL GONZALEZ PORTO

AV. INDEPENDENCIA, 10 - APDO. 140-BIS - TEL. 13-55-88, 13-36-30, 35-56-16 - MEXICO, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

No. 3 Mayo - Junio de 1952 Vol. LXIII

INDICE

Págs.

NUESTRO TIEMPO

ALVARO FERNÁNDEZ SUÁREZ. La cabalgata de los suicidas 7

JOSÉ MANCISIDOR. La literatura española bajo el signo de Franco 26

JESÚS DE GALINDEZ. Puerto Rico en Nueva York 49

Más delitos contra la dignidad del hombre, por EDUARDO JIBAJA 69

La enciclopedia yucatanense, por HONORATO IGNACIO MAGALONI 75

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

JESÚS REYES HEROLES. El papel del Estado en el desarrollo económico 83

MANUEL CABRERA. Fenomenología de la historia y de la crisis 99

JUAN ADOLFO VÁZQUEZ. Lo temporal y lo eterno sobre el pensamiento griego, en los ensayos de Francis Macdonald Cornford 111

Teoría de los agrupamientos sociales, por JUAN ROURA PARELLA 125

Un libro de Telma Reca, por PEDRO T. RAPELA 130

Conceptos e imágenes en pensadores de lengua española, por FERNANDO SALMERÓN 136

PRESENCIA DEL PASADO

JOSÉ GUADALUPE ZUNO. Las llamadas lacas michoacanas de Uruapan, no proceden de las orientales 145

Págs.

FELIPE COSSIO DEL POMAR. Arquitectura del Perú Colonial 166

EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA. Sarmiento y los Estados Unidos 186

Un nuevo libro de Ezequiel Martínez Estrada, por JOSÉ FRANCISCO CIRRE 205

Obras completas de Sor Juana, por ALFREDO CARDONA PEÑA 211

DIMENSION IMAGINARIA

JORGE CARRERA ANDRADE. Familia de la noche 217

OTTO DE SOLA. El Volcán de Mont-Peleé 223

GUSTAVO VALCÁRCEL. La palabra como espíritu 225

ANDRÉS IDUARTE. Los Pies Descalzos: Gran novela méxicoespañola 241

ROMUALDO BRUGHETTI. Una nueva generación literaria argentina 261

Mariano Azuela y lo mexicano, por J. M. GONZÁLEZ DE MENDOZA 282

La etapa de hermetismo en la obra del Dr. Mariano Azuela, por FRANCISCO MONTERDE 286

César Vallejo, por ARTURO TORRES RIOSECO 289

Todos los artículos de CUADERNOS AMERICANOS *son rigurosamente inéditos en todos los idiomas.*

Fecundando el "campo" industrial de México

Si dispone usted de ahorros no los tenga ociosos o improductivos. Recuerde que México los necesita para su desarrollo industrial, es decir, para alcanzar un estadio económico más ventajoso para todos sus habitantes.

La Nacional Financiera, S.A., ofrece a usted la mejor inversión para su dinero, a través de sus Certificados de Participación, títulos que, además de brindar rendimientos satisfactorios y ser fácilmente negociables, significan para México el establecimiento de nuevas industrias, la creación de fuentes de trabajo cada vez más amplias y la elevación del nivel de vida del pueblo.

Nacional Financiera, S. A.

Venustiano Carranza 25

Apartado 353 México 1, D. F.

(Autorizada por la Comisión Nacional Bancaria en Oficio No. 601 II 7399

La importancia de la Industria Azucarera en México es fácil de comprender si tomamos en cuenta, 1°, que abastece ampliamente a toda la Nación de un producto elemental para su subsistencia y 2° porque de esta industria depende un gran número de industrias de transformación que usan en la elaboración de sus productos como materia prima el azúcar; igualmente la Industria Azucarera necesita y da trabajo a la industria textil, a la llantera, a la de productos químicos y muy principalmente a la de transportes que son básicos e indispensables tanto para la operación de esta industria al transportar su caña como para la distribución del azúcar en todo el país.

Al formar parte de la red industrial que constituye el corazón de la riqueza mexicana, la Industria Azucarera se complace en servir a su patria.

UNION NACIONAL DE PRODUCTORES DE AZUCAR, S. A. de C. V.

BALDERAS 36, 1er. piso. MEXICO, D. F.

La Cerveza

Bebida digna de entrar en su hogar

Para su hogar, para comer entre los suyos, usted busca una bebida sana, higiénica y pura; una bebida elaborada con elementos de alto valor nutritivo y de sabor delicado y agradable. Esa bebida es la cerveza.

Como complemento de la comida hogareña, tome cerveza.

Cuando llega el momento del descanso, rodeado por los suyos, tenga siempre a la mano una cerveza, la bebida que por sus extraordinarias cualidades, por su bajo contenido alcohólico, es digna de estar en su hogar.

Y como para llevar a su hogar quiere usted siempre lo mejor de lo mejor, llevará cerveza —la bebida que es el orgullo de la industria cervecera nacional— porque la cerveza de México está reconocida como la mejor del mundo.

●

ASOCIACION NACIONAL DE FABRICANTES DE CERVEZA

¿Por qué Arriesgar?

Ruedan los dados . . .
¿Saldrá el número que usted desea? . . .
es problemático . . . usted arriesga su dinero

Con BATEY, **El Mejor Ron Del Mundo,** usted no tiene problema alguno... Usted no arriesga su dinero, pues obtiene una bebida de gran calidad y de gran gusto que aun se vende a un precio económico... ¡Gane siempre sirviendo BATEY!

YO PREFIERO

BATEY

El Mejor Ron del Mundo

Reg. No. 23758 "A" SSA P-181/52

ALGODONERA FIGUEROA, S. A.

EDIFICIO "AMERICA", DESP. 104
TORREON, COAH.

●

REPRESENTANTES EN MEXICO, D. F.:

AGENCIA FIGUEROA, S. A.

AV. 16 DE SEPTIEMBRE NUM. 6, 7º PISO
MEXICO, D. F.
TELS.: 10-48-65 Y 36-12-32, 36-12-33.

REVISTA DE HISTORIA DE AMERICA

PUBLICACIÓN SEMESTRAL DE LA COMISIÓN DE HISTORIA DEL INSTITUTO PANAMERICANO DE GEOGRAFÍA E HISTORIA

Un instrumento de trabajo indispensable para el historiador de América y el americanista por su Sección de Artículos, Noticias, Notas críticas, Reseñas y Bibliografía, con colaboraciones en los cuatro idiomas del Continente.

Director: **Silvio Zavala.** Secretario: **Javier Malagón.**

Redactores: **Agustín Millares Carlo, J. Ignacio Rubio Mañé, Ernesto de la Torre** y **Susana Uribe.**

CONSEJO DIRECTIVO

José Torre Revello y **Sara Sabor Vila (Argentina).—Humberto Vázquez Machicado,** y **Guillermo Hernández de Alba (Colombia).—José María Chacón y Calvo** y **Fermín Peraza Sarausa (Cuba).—Ricardo Donoso (Chile).—José Honorio Rodrigues (Brasil).—Abel Romeo Castillo (Ecuador).—Merle E. Curti** y **Clement G. Motten (Estados Unidos de América).—Rafael Heliodoro Valle (Honduras).—Jorge Basadre** y **J. M. Vélez Picasso (Perú).—Emilio Rodríguez Demorizi (República Dominicana).—Juan E. Pivel Devoto (Uruguay).**

Suscripción anual, 5 dólares o su equivalente en moneda mexicana.

Toda correspondencia relacionada con esta publicación debe dirigirse a: Comisión de Historia (R. H. A.) Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Ex-Arzobispado 29, Tacubaya.

México, 18 **República Mexicana**

LIBRERIA M. GARCIA PURON Y HNOS., A. EN P.

CIENCIAS, FILOSOFIA, ARTE Y LITERATURA

□

Encontrará usted además la Revista CUADERNOS AMERICANOS y los libros que edita.

□

Visítenos en Palma 22 (entre Madero y 5 de Mayo)
Ericsson 13-37-53. - Apartado postal 1619 - MEXICO, D. F.

ACADEMIA HISPANO MEXICANA

SECUNDARIA Y PREPARATORIA

Externos

VIENA 6.

TEL.: 35-51-95

KINDER - PRIMARIA

Medio Internado - Externos.

REFORMA 515 (LOMAS)

TEL.: 35-05-62

MEXICO, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

SERVIMOS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO Y FUERA DEL PAIS.

A las personas que se interesen por completar su colección, les ofrecemos ejemplares atrasados de la revista, según detalle que aparece a continuación, con sus respectivos precios:

Año	Ejemplares disponibles	Precios por ejemplar Pesos	Dólares
1943	núms. 2, 3, 4, 5 y 6	30.00	3.50
1944	los seis números	25.00	3.00
1945	„ „ „	25.00	3.00
1946	„ „ „	20.00	2.50
1947	núms. 1, 2, 3, 5 y 6	20.00	2.50
1948	„ 2, 3, 4, 5 y 6	18.00	2.25
1949	„ 2, 3, 4, 5 y 6	18.00	2.25
1950	„ 2, 4, 5 y 6	15.00	2.00
1951	los seis números	12.00	1.50

Los pedidos pueden hacerse a

República de Guatemala 42-4, Apartado postal 965, o por teléfono al 12-31-40.

EL COLEGIO DE MEXICO
Y
HARVARD UNIVERSITY

publican trimestralmente la

NUEVA REVISTA DE FILOLOGIA HISPANICA

Director: AMADO ALONSO
Harvard University

Redactores: Dámaso Alonso, Marcel Bataillon, William Berrien, Américo Castro, Antonio Castro Leal, Fidelino de Figueiredo, Hayward Keniston, Irving A. Leonard, María Rosa Lida de Malkiel, José Luis Martínez, Agustín Millares Carlo, José F. Montesinos, Marcos A. Morínigo, S. G. Morley, Tomás Navarro, Federico de Onís, Alfonso Reyes, Ricardo Rojas, José Rojas Garcidueñas, Manuel Toussaint y Silvio Zavala.

Redactor bibliográfico: *Agustín Millares Carlo*

Secretario: *Raimundo Lida*

Precio de suscripción y venta:

En México: 35 pesos moneda nacional al año; en el extranjero: 6 dólares norteamericanos. Número suelto: 10 pesos moneda nacional y 1.75 dólares respectivamente.

Redacción:
EL COLEGIO DE MÉXICO
Nápoles 5, México, D. F.

Administración:
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Pánuco 63, México, D. F.

PROBLEMAS AGRICOLAS E INDUSTRIALES DE MEXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

Gerente
ENRIQUE MARCUÉ PARDIÑAS.
Director
MANUEL MARCUÉ PARDIÑAS.
Jefe de Redacción
ENRIQUE ALATORRE CHÁVEZ.

Oficinas: Edificio Guardiola 503-3.
5 de Mayo Núm. 1. Tels. 10-39-55 y 36-73-96

Núm. 2, Vol. III
Abril-Junio de 1951

La industrialización de México. Editorial. *La Revolución Industrial en México,* por Sanford A. Mosk. *Comentarios a la Revolución Industrial en México,* por José Domingo Lavín, Jesús Reyes Heroles, Víctor L. Urquidi, Raúl Ortiz Mena, Ricardo Torres Gaytán, Raúl Salinas Lozano, Emilio Alanís Patiño, Josué Sáenz, Eduardo Suárez, Manuel Gómez Morín y Vicente Lombardo Toledano.

Núm. 3, Vol. III
Julio-Septiembre de 1951

Waldo Soberón. Editorial. *Los Sistemas de Propiedad Rural en México,* por George McCutchen McBride. *El desarrollo económico de México,* Estudio elaborado por el Secretario de la CEPAL, Naciones Unidas.

Núm. 4, Vol. III
Octubre-Diciembre de 1951

Hidalgo. Editorial. *México: La lucha por la paz y por el pan,* por Frank Tannenbaum. Comentarios al estudio de Frank Tannenbaum por Daniel Cosío Villegas, Gilberto Loyo, Leopoldo Zea, Alonso Aguilar, Horacio Quiñones, Elí de Gortari, Pablo González Casanova, Edmundo Flores, Praxedes Reyna Hermosillo, Eduardo Facha, Emilio Uranga, Manuel Mesa Andraca, Jorge Carrión, Germán Parra, Eduardo Bustamante.

DE VENTA EN LAS BUENAS LIBRERIAS.

GEOGRAFIA GENERAL DE MEXICO

POR

JORGE L. TAMAYO

CUADERNOS AMERICANOS SE HA HECHO CARGO, EN FORMA EXCLUSIVA, DE LA DISTRIBUCION DE ESTA INTERESANTE OBRA QUE CONSTA DE DOS VOLUMENES DE 628 Y 582 PAGINAS, CON FOTOGRAFIAS Y MAPAS, Y DE UN **ATLAS GEOGRAFICO GENERAL DE MEXICO** CON 24 CARTAS A COLORES, FORMANDO UN VOLUMEN EN FOLIO DE 41 X 53½ CMS., ENCUADERNADO EN HOLANDESA.

PRECIO DE LA OBRA:

Con los dos tomos de texto a la rústica...	$ 75.00
Con los dos tomos, pasta de percalina....	100.00
Con los dos tomos, pasta española.....	130.00

DIRIJA SUS PEDIDOS A

CUADERNOS AMERICANOS

AVENIDA REPUBLICA DE GUATEMALA No. 42-4

APARTADO POSTAL No. 965 TEL. 12-31-46

MEXICO 1, D. F.

Seis obras fundamentales para la Historia de América

HISTORIA GENERAL DE LOS HECHOS DE LOS CASTELLANOS EN LAS ISLAS Y TIERRA FIRME DEL MAR OCEANO. Escrita por *Antonio de Herrera,* cronista de su Majestad. Diez volúmenes, con mapas ... $350.00

HISTORIA GENERAL Y NATURAL DE LAS INDIAS, ISLAS Y TIERRA FIRME DEL MAR OCEANO. Por el Capitán *Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés.* Catorce volúmenes $300.00

COLECCION DE LOS VIAGES Y DESCUBRIMIENTOS QUE HICIERON POR MAR LOS ESPAÑOLES DESDE FINES DEL SIGLO XV. Coordinada e ilustrada por *Don Martín Fernández de Navarrete.* Cinco volúmenes $200.00

PRIMERA PARTE DE LOS VEINTE I VN LIBROS RITUALES Y MONARCHIA INDIANA, CON EL ORIGEN Y GUERRAS DE LOS INDIOS OCCIDENTALES, DE SUS POBLACIONES, DESCUBRIMIENTO, CONQUISTA, CONUERSION Y OTRAS COSAS MARAUILLOSAS DE LA MESMA TIERRA DISTRIBUYDOS EN TRES TOMOS. Por *Fray Juan de Torquemada.* Tres volúmenes $125.00

HISTORIA ECLESIASTICA INDIANA. Por *Fray Gerónimo de Mendieta.* Cuatro volúmenes ..... $ 50.00

EPISTOLARIO DE NUEVA ESPAÑA, 1505-1818. Recopilado por *Francisco del Paso y Troncoso.* 16 volúmenes. $300.00

ADQUIERALAS USTED CON GRANDES FACILIDADES DE PAGO

□

ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO

ESQ. ARGENTINA Y GUATEMALA
APARTADO POSTAL 88-55
TELEFONOS NOS. 12-12-85 Y 36-40-85

MEXICO 1, D. F.

OBRAS RECIENTES
DEL
FONDO DE CULTURA ECONOMICA

SILVIO MALDONADO
EL PARAGUAY
Aspecto político. Recursos humanos. Recursos económicos. Hechos e ideas.
172 págs.
(Vol. 52 de la Colección TIERRA FIRME)

W. M. URBAN
LENGUAJE Y REALIDAD
La filosofía del lenguaje y los principios del simbolismo. 640 págs.

ALFONSO REYES
HOMERO EN CUERNAVACA
Recreación poética. 50 págs.

B. JIMÉNEZ MONTELLANO
EL ARCA DEL ANGEL
Cuentos. 144 págs.

JORGE FERRETIS
EL CORONEL QUE ASESINO A UN PALOMO
Cuentos. 212 págs.

J. DEWEY
LA BUSCA DE LA CERTEZA
(Con prólogo de Eugenio Imaz)
(aparecerá en mayo)

M. HERSKOVITS
EL HOMBRE Y SUS OBRAS
(aparecerá en mayo)

BETHEL, ATWATER, SMITH Y STACKMAN
ORGANIZACION Y DIRECCION INDUSTRIAL
(aparecerá en mayo)

BREVIARIOS

56. J. TORRI: *La literatura española.* Extra.
57. P. VINOGRADOFF: *Introducción al Derecho.*
58. R. A. H. GIBB: *El mahometismo.*
59. E. MALE: *El arte religioso del Siglo XII al XVIII.* Extra.
60. J. H. PARRY: *Europa y la expansión del mundo (1415-1715).* Extra.

Aparecerán en mayo:

61. J. G. WHITROW: *La estructura del universo.*
62. W. A. LEWIS: *Planeación económica.*

Puede pedir estos libros a Pánuco 63, México, D. F., o en las buenas librerías.

FONDO DE CULTURA ECONOMICA
Pánuco 63, México 5, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

AÑO XI VOL. LXIII

3

MAYO - JUNIO
1952

MÉXICO, 1° DE MAYO DE 1952

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F., CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Pedro BOSCH GIMPERA
Antonio CARRILLO FLORES
Alfonso CASO
León FELIPE
José GAOS
Manuel MARQUEZ
Manuel MARTINEZ BAEZ
Alfonso REYES
Manuel SANDOVAL VALLARTA
Jesús SILVA HERZOG

Director-Gerente
JESUS SILVA HERZOG

Administrador
DANIEL RANGEL

Edición al cuidado de
R. LOERA Y CHAVEZ

Se prohibe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia.

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CVLTVRA
REP. DE GUATEMALA 96. MEXICO, D. F.

S U M A R I O

N U E S T R O T I E M P O

Alvaro Fernández Suárez — La cabalgata de los suicidas.
José Mancisidor — La literatura española bajo el signo de Franco.
Jesús de Galíndez — Puerto Rico en Nueva York.

Notas, por Eduardo Jibaja y Honorato Ignacio Magaloni.

A V E N T U R A D E L P E N S A M I E N T O

Jesús Reyes Heroles — El papel del Estado en el desarrollo económico.
Manuel Cabrera — Fenomenología de la historia y de la crisis.
Juan Adolfo Vázquez — Lo temporal y lo eterno sobre el pensamiento griego, en los ensayos de Francis Macdonald Cornford.

Notas, por Juan Roura Parella, Pedro T. Rapela y Fernando Salmerón.

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

José Guadalupe Zuno — Las llamadas lacas michoacanas de Uruapan, no proceden de las orientales.
Felipe Cossio del Pomar — Arquitectura del Perú colonial.
Ezequiel Martínez Estrada — Sarmiento y los Estados Unidos.

Notas, por José Francisco Cirre y Alfredo Cardona Peña.

D I M E N S I O N I M A G I N A R I A

Jorge Carrera Andrade — Familia de la noche.
Otto de Sola — El Volcán de Mont-Peleé.
Gustavo Valcárcel — La palabra como espíritu.
Andrés Iduarte — Los Pies Descalzos: gran novela méxicoespañola.
Romualdo Brughetti — Una nueva generación literaria argentina.

Notas, por J. M. González de Mendoza, Francisco Monterde y Arturo Torres Rioseco.

INDICE DE ILUSTRACIONES

	Frente a la pág.
Bule de Uruapan	160
Vasija antigua de uso doméstico	,,
Sonaja y bule	,,
Decorado de las cajas de Olinalá	,,
Batea de Uruapan	,,
Batea de Michoacán con influencia colonial	,,
Laca china	,,
Laca japonesa	161
Arquitectura cusqueña	184
Arquitectura del Cusco siglo XVII	185
Domingo Faustino Sarmiento	198
Sarmiento en la Legación argentina en los Estados Unidos	199
Sarmiento en los Estados Unidos	202
Sarmiento cuando ocupaba la Presidencia en la República	203
Vallejo muerto	232

Fotograbados de
FOTOGRABADORES Y ROTOGRABADORES UNIDOS, S. DE R. L.
Bucareli No. 24. — México, D. F.

Nuestro Tiempo

LA CABALGATA DE LOS SUICIDAS

Por *Alvaro FERNANDEZ SUAREZ*

EL común espectador de este "teatro del mundo" imagina a los hombres de gobierno occidentales perseguidos en los sueños y en los desvelos de sus madrugadas por el miedo a una embestida rusa a través de Europa. Los ve, tenso el oído en el silencio de la noche, temeroso de oír, en cualquier momento, el fragor de los tanques rojos en marcha.

Es el resultado del clima creado por las voces que alguien echa a volar en un punto y que el eco social, parlero y dócil, repite en cien mil. Y esto a pesar de que los hechos y aun las declaraciones autorizadas no concuerdan siempre con este patético alarmismo. Por lo demás, los juicios de las personas responsables están lejos de ser congruentes, y cuando se las junta forman una algarabía contradictoria. Las opiniones dependen, en gran parte, de circunstancias e intereses ocasionales: un jefe de fuerzas aéreas, deseoso de lograr mayores créditos para su arma, hace recuento público del número y la calidad de las máquinas rusas, con trémolos pavorosos; un almirante pregona la muchedumbre de los sumergibles soviéticos y pide más buques de guerra; un ministro recuerda periódicamente que 175 divisiones y 25,000 tanques comunistas merodean en los indefensos limens de Occidente. Pero el mismo día otro personaje da la réplica despreciando la técnica y el poder de Rusia. Poco después el presidente Truman asegura que no hay peligro de guerra, y el general Eisenhower opina que ninguno de los bandos está preparado para afrontar la prueba bélica.

La tónica general de la propaganda reduce a su modo estas discordancias creando un sentimiento preponderante de temor. El año pasado cierta gran revista norteamericana dedicó un número entero a describir las peripecias y efectos de la tercera guerra mundial que "había" estallado en mayo de 1952, según el puro esquema de Sarajevo, cuando agentes comunistas perpetraban un atentado contra el mariscal Tito. Los colaboradores

de la publicación, situados en el apacible observatorio del año 1960, mientras se celebran los juegos olímpicos de Moscú, en una Rusia restituída a la democracia después de haber sufrido una benéfica derrota a manos de los cruzados, cuentan los hechos, cada cual con el criterio de su particular especialidad. Algo muy ameno. Pero cuesta trabajo comprender cómo personas no carentes de responsabilidad intelectual y moral han podido prestarse a semejante juego que, entre otros falseamientos, sugiere a gentes inadvertidas la idea de que la democracia podría regenerarse luego de la catástrofe, cuando son tan escasas las probabilidades de que subsistieran las bases radicales de la propia civilización.

Hubo, ciertamente, un período en el que se extendió, y no sin causa, el temor a una dominación soviética de Europa. Fué en los días que siguieron al fin de las hostilidades, cuando los comunistas checos, apoyados sin duda desde el Kremlin, forzaron a la democracia en Praga. Pero en ese instante quienes no temían a la guerra eran los otros, los dirigentes de Moscú, convencidos de que podrían alcanzar sus objetivos de expansión europea sin verse obligados a recurrir a las armas. No es un secreto, en efecto, que la Unión Soviética ambiciona en el Viejo Mundo la misma posición de privilegiada hegemonía, sin vecinos capaces de hacerle sombra, que tienen los Estados Unidos en América. (Hasta tal punto la medida de las aspiraciones rusas consiste en igualar a su afortunado enemigo). A partir de aquel momento, y poco a poco, Washington, apoyado —y en cierto modo lastrado— por el resto del mundo occidental, tomó la ofensiva en Europa, detuvo el avance comunista, si bien experimentó un grave retroceso en Asia cuando fué destruído el poder del Kuomintang en China. Y hoy, el miedo a la guerra ha cambiado de rumbo y marcha en dirección contraria. La verdad es que Moscú ha soportado y soporta amenazas y provocaciones sin precedentes, tales como la creación de bases, incluso para el lanzamiento de la bomba atómica, en las inmediaciones de sus fronteras, y permite que su adversario tome posiciones hasta en las mismas riberas del Bósforo y de los Dardanelos, sin hablar de toda especie de menudas y grandes formas de hostilización, incluso la gratuita y algarera. Se da el caso paradójico de que las potencias occidentales, en tanto proclaman la actual indefensión de Europa, montan formidables, y a la vez

premiosos dispositivos guerreros, para ser completados en una holgada fecha, casi remota, sin que el Kremlin dé señales de lanzar la acometida. Luego, será preciso concluir que aun sin haber sido realizado ni siquiera mediado el programa armamentista occidental, la Unión Soviética no quiere o no puede desencadenar la guerra.

El verdadero temor de los hombres públicos y de las fuerzas sociales influyentes, en particular por lo que se refiere a los Estados Unidos, no es la guerra sino la paz o, si se prefiere un vocablo más exacto y atenuado, la pacificación. Nos acusaríamos de complicidad con la propaganda belicista si silenciáramos o disimuláramos esta verdad que pía sofocada por el general alboroto. Lo prueba —entre otros síntomas expresivos— el visible gesto de malestar que hizo la diplomacia yanqui cuando Vishinsky sorprendió a las Naciones Unidas, recientemente, aceptando la simultaneidad del control atómico y de la prohibición de las armas atómicas. El señor Acheson dijo entonces que la nueva actitud soviética no difería, en el fondo, de las anteriores pretensiones de Moscú, salvo en la apariencia. Pues bien: esto no es verdad. Los soviéticos pedían anteriormente la prohibición sin hablar de ningún instrumento simultáneo para vigilar la ejecución del compromiso. Por cierto que esto era inadmisible, y los occidentales tenían mucha razón al no convenir en un mero veto de forma, a la vez inoperante y muy peligroso, en cuanto le faltarían las garantías objetivas capaces de asegurar el respeto del acuerdo. Pero no tienen razón ahora cuando dicen que este gesto ruso es una mera reiteración de las posiciones anteriores de la diplomacia soviética.

La realidad es que, por diversas causas, el gobierno norteamericano no desea, en modo alguno, entrar en una política conciliatoria, sincera o no sincera, y por eso rechaza cualquier fórmula. Si los rusos se avinieran a las demandas occidentales, si fueran derechamente al desarme, si mostraran signos inequívocos de paz —no decimos que los muestren— la respuesta americana siempre sería la misma. En parte, esto se debe a que un retroceso, después de haberse comprometido los Estados Unidos tan adelante en el armamentismo, es casi imposible. Los intereses trabados en la formidable empresa son demasiado cuantiosos. La reconversión de los Estados Unidos a un plan de paz sería un frenazo capaz de hacer

crujir la enorme máquina americana y crearía un desconcierto para el que no están preparados, ni quieren estarlo, los organismos públicos y privados, estatales y sociales, de la Unión. Por otra parte, hay el temor —nada vano por cierto— de que fracasen las negociaciones, y peor aún si después de concertado el acuerdo, se rompiera, como suelen romperse estos frágiles moldes formales donde se pretende encerrar la vida, y entonces se haría preciso lanzar de nuevo a los Estados Unidos y al mundo en la vía armamentista, con ingentes pérdidas de recursos y de tiempo. Los Estados Unidos, ya embarcados en el rearme, despliegan velas, no pueden detenerse, ni quieren hacerlo mientras no alcancen ciertos fines que se han propuesto.

No son únicamente impulsos mecánicos los que empujan a Washington y le inducen a rechazar las sugestiones pacifistas del Kremlin. Hay también otra cosa, un elemento puramente voluntario, lúcido y deliberado: aludimos a los planes secretos —secretos pero no difíciles de conjeturar— de la diplomacia yanqui.

Los Estados Unidos, según se deduce del mensaje de Truman al Congreso, en la inauguración de las sesiones parlamentarias de 1952, esperan alcanzar el cenit del rearme en 1954. Para entonces creen que tendrán una superioridad militar abrumadora sobre la Unión Soviética. Y será el momento de negociar con Moscú en condiciones imperativas, mucho más ventajosas que las actuales.

¿Qué pretenden los Estados Unidos?

Hasta ahora se habla únicamente del inocente propósito de preservar la paz. Esto sugiere al espectador inadvertido la idea de que Washington, poderosamente armado, en posesión de irresistibles argumentos, se limitaría a montar la guardia, dispuesto a repeler una agresión comunista, pero igualmente decidido a no tomar, por su parte, ninguna iniciativa. Pues bien: tal situación es demasiado contraria a la dinámica natural del poder para que pudiera mantenerse. La fuerza no tolera semejantes inhibiciones. La fuerza pide acción. Y la fuerza sin acción deja de ser fuerza.

La razón, por lo demás, es clara. Si los Estados Unidos, en 1954, alcanzan el poderío que esperan, no podrán estarse quietos sin exponerse a ser igualados y aun superados, en un tiempo más o menos largo o corto, por su enemigo. Entonces

la carrera armamentista tomaría nuevo impulso, o sobrevendría el choque. Es más lógico suponer que cuando los Estados Unidos hayan conseguido —si la consiguen— la superioridad militar que pretenden, procedan a usar esa ventaja para decidir el pleito, aprovechando de este modo el costo de la empresa. ¿Quiere esto decir que apelarán a la guerra, que atacarán a Rusia o a sus satélites? No, necesariamente. Intentarán el logro de los fines propuestos sin recurrir a la guerra, del mismo modo que los rusos aspiraban y aspiran a instalarse hegemónicamente en el Viejo Mundo sin pasar por la arriesgada prueba del conflicto. De ahí que, sin miedo a equivocarnos, atribuyamos a los dirigentes de Washington un plan de estrategia diplomática para imponer sus puntos de vista a la Unión Soviética, valiéndose de la presión de las armas, si bien no forzosamente con el uso efectivo de esas mismas armas.

Es preciso que pensemos así. Sería imposible suponer a los responsables de la política americana la creencia de que pueden detenerse, con los brazos cargados de armas, como unos paralíticos, sin atribuirles una falta absoluta de buen sentido. Estos propósitos ulteriores, a los que los colosales armamentos servirán de respaldo, explican el enorme esfuerzo, un esfuerzo visiblemente realizado en la seguridad de que Rusia, por una razón u otra, no lanzará la decantada embestida. Si temieran de veras el ataque soviético, el método norteamericano para apercebirse contra tal atingencia sería muy distinto de su actual política: en vez de cultivar la belicosidad, incluso en múltiples expresiones gratuitamente provocativas, los dirigentes políticos de Washington fomentarían una actitud de cautela, con objeto de adormecer las suspicacias del adversario en vez de excitar sus temores. Es decir: la suave brisa del apaciguamiento soplaría —con sinceridad o sin ella: este aspecto de la cuestión es, para el caso, secundaria— del Oeste y no del Este.

El más rico ejemplo de esta confianza en que no habrá ataque soviético, en todo caso a través de Europa, lo tenemos en la actitud de Europa misma. Europa Occidental no cree en la guerra. No cree, en todo caso, entrañablemente. Se comprende, por lo demás, que no crea. La guerra sería, para Europa, un trance mortal, y ningún viviente cree de veras en su propia muerte. Europa, a lo sumo, tolera la idea abstracta y

no verdaderamente imaginada, de que pudiera haber guerra. Pero sin darle acceso más allá de la zona epidérmica del cerebro. Si Europa Occidental creyese en la guerra de verdad, si creyese que un día cualquiera los rusos pasarían sobre sus lomos para hacer del apéndice caudal euro-asiático un campo de batalla, sin más esperanza que una liberación a cargo de los yanquis, la liberación de un suelo calvo, salpicado de ruinas sin futuro, su conducta sería muy otra. Sacrificaría todo cuanto fuese preciso sacrificar al empeño de eludir una experiencia tan atroz. Haría una de estas dos cosas: concentrar desesperadamente sus energías en una esforzada mediación entre los protagonistas para estorbarles que viniesen a las manos, reducirse a una severa austeridad, a fin de ser independiente y de poder hablar con honradez y con verdad un lenguaje pacífico, y evitar cualquier provocación o bandería susceptible de atraer el desastre; o admitido que estos procedimientos pacificadores no fueran eficaces, Europa Occidental se consagraría en cuerpo y alma a su defensa, dedicándole los recursos posibles e imposibles, sin detenerse ante ninguna pena con tal de alcanzar la salvación. Si Europa no hace ni una cosa ni otra es porque, en su corazón y en su médula, no cree en el ataque soviético.

Europa finge que teme la invasión porque es su mejor negocio, el medio más cómodo para ir viviendo. Es cierto que esto le cuesta un rearme que no desea y le obliga a aceptar el temido resurgimiento de Alemania. Pero si desapareciese la preocupación soviética y comunista, cesaría o menguaría también la merced americana, el puñado de dólares que sirve para alimentar una vida sin fe y sin esperanza, mientras van comiendo las sobras en el tinelo del poderoso. Desde el día del Descubrimiento para acá todo europeo ha estado aguardando la herencia del "tío de América", ese pariente ignorado que todos tenemos en el Nuevo Mundo. Ahora el "tío de América" se ha convertido en una providencia colectiva. Se le desprecia un poco, a pesar de su opulencia y de su fuerza. No se le ama. Se le teme y se admira su desmesurada fortuna que se supone mal habida. Lo mejor es engañarle, adular sus manías, darle la razón al loco para ablandar el garguero de su bolsa. El peligro soviético sirve también para otro propósito de alta política: es el modo de obtener la benevolencia del "tío de América" en el empeño de conservar

un imperio colonial que no reporta gloria y —ya a estas alturas— ni siquiera provecho. El "tío" trae de su juventud idealista cierto resabio, más bien innocuo, pero gruñón, hostil al colonialismo. Es preciso convencerlo de que debe optar entre la preservación de los imperios coloniales europeos y la entrega de esos territorios a la influencia comunista. No importa que la verdad sea exactamente la contraria. El Mundo musulmán, por ejemplo, es feudal en buena parte, regido por opulentos magnates, conservador, apasionadamente anticomunista por motivos religiosos, y todo indica que si lograse la independencia sería un aliado fiel y espontáneo de Occidente. En cambio, aherrojado, sometido al imperialismo, ayudará a Moscú, así no lo haga sino en cuanto distrae considerables fuerzas metropolitanas que, de otro modo, podrían ser empleadas en la defensa de Europa; y a lo sumo sólo podrá utilizarse como mero campo de maniobras o acantonamiento sitiado por el odio y el resentimiento de los pueblos. Pero el "tío de América" cree y paga y hasta promete ayuda militar para sostener un régimen que no descansa ya en la fuerza del dominador y debe alargar la mano valetudinaria en demanda de la robustez ajena. Un imperialismo que se asienta en la fuerza propia, aun cuando sea inicuo, invoca, al fin y al cabo, la ley de la naturaleza que bendice al poderoso. Pero cuando el imperialismo subsiste con una fuerza vicaria, prestada, es la última degradación, y no sólo subleva el odio sino también el justo desprecio de quien lo padece.

En suma —y esto es lo que nos importaba probar por el momento— Europa Occidental cree menos que nadie en la invasión rusa. Por eso se dedica a menudas astucias de vieja alcahueta, sin hacer nada en serio ni por la paz ni por la guerra. El día que Europa crea de verdad en la invasión, que nadie cuente con Europa. Sólo una inocencia desventurada pudo haber edificado un plan basado en el épico suicidio de todo un continente exhausto materialmente y sin ninguna idea nueva capaz de regenerar sus energías. Ni siquiera sería legítimo pedir semejante sacrificio, no compensado ni estimulado por cualquier perspectiva de fortuna, ni con la victoria ni con la derrota.

Así, pues, ni los hombres de Estado americanos ni los políticos europeos creen en la invasión soviética de Europa Occidental. Si queremos ver claro en los negocios internaciona-

les de esta hora será preciso quitar de en medio ese fantoche que estorba todo sano juicio.

El gigantesco rearme norteamericano y los demás preparativos guerreros que presiden toda nuestra vida en estos días han de obedecer a otra causa. Y esa causa no es sino el propósito de ventilar, en una magna jugada, la rivalidad entre los Estados Unidos y la Unión Soviética.

El rearme, como hemos dicho antes, es el respaldo de los planes de la diplomacia yanqui cuyos objetivos, máximo y mínimo, se dibujan ya con bastante nitidez. El objetivo máximo consiste, verosímilmente, en imponer a la Unión Soviética un retroceso substancial en Europa y en Asia. Por lo que se refiere a Europa, se trata de separar de la zona oriental a toda Alemania, Checoeslovaquia y quizá Polonia así como los Balcanes; en el frente asiático, la ambición yanqui la expresó el senador Foster Dulles, consejero republicano del Departamento de Estado, cuando, en una emisión radial del 11 de febrero de este año, declaró que los Estados Unidos debían exponer claramente su determinación de impedir que China continental permanezca bajo el dominio comunista. Preguntado acerca de si no bastaría que hubiese en Pekín un gobierno desafecto a Moscú, aunque comunista, semejante al de Tito en Yugoeslavia, el senador reconoció que este cambio sería un paso favorable, pero no suficiente. Es natural, por otra parte, que en esta aventura por la restauración del capitalismo en China se compliquen intereses clandestinos pues comprar hoy las acciones de las empresas europeas y americanas, establecidas en aquel país, y venderlas cuando el capitalismo rigiese de nuevo en China sería el negocio más grande del siglo. El objetivo mínimo y ciertamente sensato desde el punto de vista de la seguridad norteamericana y occidental consistiría en restablecer la unidad de Alemania en el círculo de influencia del Oeste, y congelar la situación de la línea divisoria en Asia. Es probable que los políticos más moderados de los Estados Unidos considerasen que este éxito sería suficiente para implantar un equilibrio de poder satisfactorio.

En cuanto al sueño de aniquilar el comunismo en la propia Rusia queda excluído de todo plan cuyo instrumento ejecutivo sea la diplomacia apoyada por las armas. El comunismo puede desaparecer ciertamente, pero nunca por la presión externa, a menos de recurrir a la guerra seguida de una vic-

toria aplastante. La presión exterior —lo estamos viendo— lo que hace es regenerar el espíritu revolucionario del régimen, un sistema que necesita más que cualquier otro ser mantenido en vilo, en un clima de tensión y de celo por parte de sus dirigentes pues sus procesos económicos y vitales en general no son espontáneos ni inconscientes sino que es preciso guiarlos y estimularlos desde el gobierno en todos sus detalles. La muerte del comunismo puede venir, más bien, de su éxito interno, en cuanto reblandezca al equipo gobernante y debilite la tensión moral del régimen. Amenazado desde fuera se revitaliza en una atmósfera épica, sobre todo cuando, como es el caso en la actualidad, la clase directora sabe que el odio la ha condenado y ni siquiera puede esperar la salvación personal en caso de derrota.

Volvamos, pues, a proyectos más viables. Como queda dicho, el plan de la diplomacia norteamericana está edificado sobre este presupuesto fundamental: que en 1954 los Estados Unidos poseerán una superioridad militar aplastante sobre sus enemigos. Falta examinar si este desnivel de fuerzas podrá ser realmente creado para esa fecha.

La primera falla de esta suerte de proyectos está en su mismo planteamiento. La guerra y la política tienen un carácter lúdico inevitable en cuanto despliegan los términos de sus problemas con voluntaria sencillez, prescindiendo de factores reales complejísimos que no se pueden medir ni siquiera, muy a menudo, advertir. Falsamente, pero sin remedio, se hace de estas cuestiones un esquema empobrecido y convencional, a la manera de una partida de ajedrez. Pero la verdad es que las fichas de este juego —en la guerra y en la política— no son inertes sino capaces de reacción propia, nunca enteramente previsible, y ni siquiera obedecen, en sus movimientos, a reglas fijas. El dispositivo esquemático se trastorna incesantemente con la presencia de variados demonios insumisos a la dirección humana.

Pero aun reduciendo el proceso histórico a los términos de una especie de partida de ajedrez, siempre habremos menester de contar con el adversario. El adversario realiza toda suerte de esfuerzos para frustrar nuestro plan, despliega sus mañas para cambiar los datos de la contienda y hacerlos más favorables a sus intereses, y como el campo de operaciones es vastísimo y las posibilidades de maniobra no se pueden anti-

cipar racionalmente, resulta muy aventurado afirmar quién tendrá éxito. Por supuesto es una insensatez predecir el desenlace a base de unos cuantos datos estadísticos de producción.

Evidentemente, los recursos del bando occidental son muy superiores a los del bloque comunista. Pero, al primer aborde de la cuestión, advertimos ya que el soldado yanqui, como nadie ignora, es el más caro del mundo; dicho de otro modo, consume más energía que el soldado ruso, sin hablar del chino. Los Estados Unidos necesitan alrededor de 7 millones de hombres para alinear 100 divisiones en campaña. Los rusos, con mayores reservas humanas, pueden disponer de esas mismas 100 divisiones con sólo 2.200,000 hombres. Esto se debe, no sólo al consumo personal del combatiente norteamericano en víveres, vestido, diversiones y otras comodidades de toda índole sino también a que el armamento novísimo, si bien procura la ventaja de su mayor eficacia destructora, reclama también colosales medios, en maquinaria y trabajadores de retaguardia, para producirlo; y costosos así como pesados equipos para conservarlo en los teatros bélicos y elementos de transporte para municionarlo en la línea de combate. En Corea se ha observado que máquinas de guerra menos perfectas, menos complejas técnicamente, menos automáticas, pueden competir ventajosamente en determinadas zonas y en medios culturales más atrasados.

Si es mayor el consumo del soldado y de sus máquinas, también los requerimientos de la población civil norteamericana superan mucho a los bajos niveles del mundo comunista. Es buena la heladera. Pero se puede vivir y combatir sin heladera. Es bueno el automóvil. Pero el automóvil, en un alto tanto por ciento de su rendimiento, sirve para necesidades de lujo y representa un enorme consumo de energía para construirlo y utilizarlo. El sistema comunista, con su racionalización de la pobreza, mezquina y difícil de soportar, aun para quienes nacieron en él, es de todos modos una economía ideal de guerra. Permite concentrar el esfuerzo colectivo en el punto deseado, hasta un grado inverosímil para una economía más liberal, casi como si se manejara una máquina, sacrificando sin compasión las demás necesidades. La brutalidad de los procedimientos compulsivos comunistas, aunque odio-

sa, es una ventaja cierta desde este punto de vista y permite aprovechar la energía de la sociedad hasta un límite exhaustivo e inhumano.

Todo esto significa, enunciado en una fórmula breve, que no debe confundirse el potencial económico con el potencial de poder o eficacia militar. Son dos cosas diferentes. El potencial económico norteamericano es tres o cuatro veces mayor que el soviético. Pero el potencial de poder no guarda la misma proporción sino otra menor.

Es preciso no olvidar tampoco, en esta suerte de comparaciones, las diferencias que median en el dispositivo estratégico de ambos bandos. Los Estados Unidos dominan, sin duda, casi toda la superficie de los mares del Planeta, toda América, Oceanía y el Japón. Pueden disponer de la parte occidental de Europa, de toda Africa, y quizá —esto ya no es seguro— de algunos puntos de apoyo en Asia continental. Este dilatadísimo campo es garantía de abundancia en recursos económicos y procura las bases necesarias para acercarse al enemigo y atacarlo. Pero, al mismo tiempo, implica un gasto formidable en la producción, conservación y manejo de miles de buques de transporte y naves así como aviones de guerra. Es decir: que el consumo de riqueza demandado por la vasta superficie de poder americana y la dispersión que implica, reducen mucho la superioridad occidental. Por el contrario, el dispositivo estratégico soviético, formado por un bloque compacto —es decir, continuo— de tierras, ahorra cuantiosos gastos y permite una defensa más fácil. Sin embargo, es muy cierto que las comunicaciones marítimas de Occidente tienen notoria ventaja sobre las malas y escasas rutas terrestres del bloque comunista. Pero contrapesa mucho este inconveniente el hecho de que los soviéticos cuentan con aliados muy capaces de defenderse por sí mismos, como es el caso de China que puede absorber por sí sola, con poca ayuda de Rusia, una porción considerable de las fuerzas norteamericanas y occidentales. Es decir: la defensa y el ataque del bloque comunista puede realizarse con sistemas regionales y autónomos, sin necesidad de grandes transportes, en tanto los norteamericanos deben acudir a todas partes, estar en todas partes, so pena de provocar el desaliento y la defección de unos aliados poco resueltos a combatir.

Otro factor que no debe ser descuidado en todo cálculo de fuerzas reales comparadas de Oriente y Occidente es la incidencia de los procesos económicos en el rearme.

Un presupuesto de 85,444 millones de dólares, de los cuales un 60 por ciento está destinado a necesidades militares, no puede menos de provocar en el mecanismo económico fenómenos de gran importancia, algunos insospechados, pues, en buena medida, asistimos a una experiencia nueva.

Por de pronto se hace difícil avanzar el rendimiento efectivo en materiales y hombres de esas enormes inversiones. No es sólo que las demandas de materias primas provoquen escaseces y perturbaciones en tal o cual rama o punto de la cadena productora. Tampoco es suficiente contar con la natural debilitación del signo monetario, gastado en proporciones colosales, lo que rebaje su fuerza, como si usáramos de unas pesas fundentes para adquirir, en sucesivas pesadas, una masa enorme de mercaderías. También será preciso tener en cuenta otra suerte de fenómenos, de orden moral, a que luego haremos más extensa alusión.

El ex-presidente Hoover se ha ocupado de algunos efectos del rearme en la economía norteamericana. Quizá sea prudente descontar de los términos usados por el político y hombre de negocios la posible exageración motivada por el resentimiento de ciertos intereses y los prejuicios partidistas, pero hechos esos descuentos, las palabras del ex-presidente Hoover nos parecen verdaderas.

El dato más concreto de estas manifestaciones es la afirmación de que la moneda norteamericana ha perdido un 40 por ciento de su valor desde el fin de la segunda guerra mundial. Describe la inflación y los altos impuestos confiscatorios que soporta el pueblo norteamericano, y dice: *Nos encontramos en una economía de guerra no obstante que, aparte Corea, no tenemos ningún conflicto verdaderamente real, y esa situación hace que se esté desviando la producción civil a fin de intensificar la producción de material de guerra.*[1]

Es difícil prever en qué medida responderá la economía norteamericana a la tarea que se le ha impuesto. Los recursos norteamericanos son colosales, evidentemente. Las cargas también lo son. El cálculo puede anticipar, con suficiente

[1] INS. New York, 8 enero, 1952.

exactitud, el rendimiento teórico del aparato económico de los Estados Unidos. Lo que nadie podrá establecer *a priori* es la cuantía verdadera del esfuerzo que será preciso demandarle: esto depende de factores prácticamente imponderables en una porción variable y siempre elevada.

En los demás países, los efectos de esta anómala solicitación de la energía social para fines que no satisfacen necesidades pacíficas son más francos y patentes. Las naciones europeas vuelven a caer en las dificultades que conocieron antes del Plan Marshall: carencia de riqueza exportable, falta de materias primas, desnivel en sus balanzas de pagos, alza de precios en los artículos vitales, crisis de consumo en otros productos, como los textiles, por falta de capacidad de compra, absorbida por necesidades más apremiantes y elementales, y en fin, empobrecimiento general. Los Estados Unidos deben acudir, como ya es costumbre, a remediar, aunque nunca por completo, con sus dádivas, estas penurias de su clientela.

El empobrecimiento de las grandes naciones industriales repercute, como es natural, en los países productores de alimentos y materias primas. Así, en Iberoamérica, muchos artículos de exportación no encuentran salida y bajan sus precios, y aun aquellas mercaderías necesarias para la producción bélica, atenidas a la regulación del gran comprador, los Estados Unidos, deben ser cedidas a bajo tipo de cotización, en tanto que las maquinarias y otros productos de la industria han de ser importados —si se encuentran— pagándolos caros, cuando se tienen divisas para adquirirlos. El gasto del rearme se traduce en una gabela que a nadie deja idemne. El mundo entero avanza, paso a paso, por el camino de la penuria, siendo así que aún estamos muy lejos de haber mediado la áspera cuesta.

Veamos ahora la incidencia de orden moral a que hemos aludido en otro lugar de este trabajo. En el alegato del señor Hoover, aun cuando con otra intención diferente de la nuestra, se registra un hecho curioso y muy exacto: que nos hallamos en una economía de guerra... sin guerra. Esto es muy importante.

Una economía de guerra sin guerra tiene obvias ventajas y siempre es preferible a una economía de guerra con guerra. Pero esconde ciertos peligros que no se advierten a primera

vista. Por algo reviste esta apariencia de contradicción en sus términos. En tiempo de guerra, el gobierno dispone de resortes jurídicos y morales para imponer a la población el sacrificio y la disciplina, resortes de que carece en la presente situación ambigua. Pero es de mayor importancia aún que el campo social, en una coyuntura bélica, adquiere por sí solo una disposición receptiva para someterse a las condiciones y sacrificios que se le exijan, sobre todo si la nación comprometida en el trance tiene conciencia de jugarse su destino en la prueba. Pero es el caso que actualmente no vivimos el clima trágico de las épocas de guerra, y en cambio actúan todos los factores de corrupción que pudren el aire con sus emanaciones cuando, por causa de una gran crisis nacional, se realizan los formidables dispendios públicos que exige una contienda bélica. Esos ingentes gastos del Estado, hechos sin la vigorización moral que impone la lucha sangrienta, atraen todas las avideces y codicias, carentes de freno. Este elemento, según todas las probabilidades, no dejará de influir en el resultado final del programa armamentista, perjudicando los frutos del esfuerzo. Estamos convencidos de que no pasará mucho tiempo sin que, en los Estados Unidos y en otras naciones, se destapen grandes y muy turbios negocios hechos al socaire de un peligro que no se vive con ningún dramatismo purificador.

Se nos dirá que estamos operando como si los Estados Unidos estuvieran solos frente al bloque comunista siendo así que cuentan con el apoyo de grandes naciones e imperios y pueden utilizar los territorios y los recursos de América, Africa y de Oceanía. Pues bien: es el caso que los Estados Unidos, aunque no solos, no están bien acompañados. Si hacemos un balance no únicamente estadístico sino total (o quizá fuera mejor decir vital) con todos los elementos del juego, sin descuidar, pongamos por caso, los factores políticos y psicológicos, hallaremos de inmediato una cuantiosa partida en el activo: los Estados Unidos. Esta partida consta, no sólo de la capacidad económica y técnica de la poderosa República norteamericana sino también de su unidad popular para hacer frente al comunismo, sin olvidar la holgura, el desembarazo que le da su alejamiento del enemigo, aspecto muy importante en una guerra tan destructora y peligrosa para la población civil. Además, sucede que en los Estados Unidos los ideales del racionalismo del siglo XVIII están aún

vivos. En cambio Europa, materialmente empobrecida, se encuentra en las cercanías del adversario, y además la mística de la libertad se había perdido en el Viejo Mundo ya antes de 1939 y lo que subsiste en su lugar es, no un ideal, sino una idea, y un expediente práctico que aún cuenta con el asentimiento de la mayoría sin concitar, empero, ningún fervor heroico, lo que explica, en parte, los rápidos éxitos de Hitler. Finalmente, Europa aporta al fondo social la infección del colonialismo, penosa dolama que está levantando a más de la mitad del género humano contra Occidente, incluyendo a las naciones recientemente liberadas, como la India e Indonesia, y lleva a su actual encono el problema de China. En consecuencia, bien vistas las cosas, sólo los Estados Unidos son una partida sin merma a inscribir en el activo: todo el resto, hechos los saldos parciales, para cada país o región, y establecido el resultado del conjunto, si no da una cifra negativa, al menos representa un aporte muy pequeño, y en caso de guerra podría constituir un lastre mortal.

Por todas estas razones abrigamos muy serias dudas de que los Estados Unidos dispongan en 1954 de la superioridad decisiva que al parecer esperan. Lo más probable es que, hecho el recuento, no se encuentren en situación bastante holgada y ventajosa para plantear los términos dramáticos del juego. Verdad es que para entonces las naciones del bando comunista, si como es de suponer han entrado en la competencia armamentista, estarán agotadas y reducidas a un nivel de extrema miseria. Porque nosotros creemos que la Unión Soviética y sus satélites están en condiciones de igualar, no el potencial económico, pero sí el potencial de poder de Occidente, habida cuenta de todos los factores. Pero no será sin haber impuesto a sus pueblos un rigor de insoportable penuria y sufrimiento. Esta consideración pudiera inducir a los dirigentes norteamericanos a forzar un grado más la carrera por la supremacía militar, y continuar más allá de 1954 el programa de rearme ya expresado en términos de fantástica cuantía. Se trata de saber si el sistema occidental podrá soportar, con su menos rígida disciplina, esta tremenda prueba, después de haber recorrido un camino tan fatigoso. Los riesgos de defección y aun de dislocación política y social interna, sobre todo en las naciones donde el comunismo tiene mucha

fuerza, serán tal vez demasiado serios para tentar la experiencia.

Como es imposible gobernar racionalmente estos dos grandes procesos históricos pudiera suceder que, no obstante todos los inconvenientes y peligros, desembocara la situación en la guerra. Sin embargo, hay un hecho de la mayor importancia que permite dudar de este desenlace. Es el caso que las guerras siempre se han hecho —en 1914, en 1939— en coyunturas de gran reserva de energía material y moral. La Alemania de Hitler, como antes la del kaiser, se sentía pletórica de fuerza y animada por un espíritu juvenil y agresivo. En 1954 y con mayor motivo más allá de 1954, después de haber soportado el largo esfuerzo del rearme, con un nivel universal de miseria, en un mundo pauperizado de cuerpo y de alma, sería difícil acometer la aventura sin precedentes de una guerra tan cargada de incógnitas en cuanto a sus desmesurados objetivos y tan grávida de espantosas certezas. Aunque parezca una escandalosa paradoja, el mismo exceso de la preparación bélica bien pudiera hacer imposible la guerra misma.

Lo singular de la situación es que un retroceso organizado hacia el desarme y la paz tropezará también con obstáculos casi insuperables. No sabemos si esto acontece en un sistema socialista, pero desde luego en régimen capitalista preparar una guerra es como aventurarse en un desfiladero de rocas movedizas que, al ser pisadas se derrumban y obstruyen el camino de regreso a espaldas del temerario viajero.

Si no fuera posible invertir el rumbo, y quizá no lo sea, lo que nos ofrece el futuro es una perspectiva de disolución social por el rearme indefinido, o bien, aunque con menores probabilidades, la guerra, que no haría sino acelerar vertiginosamente el mismo proceso.

Es decir: lo que se está preparando es el suicidio de toda una civilización.

CABE preguntarse si no puede ser evitado el desastre. Pues bien: creemos que sí. Lo que avizoramos en un próximo porvenir no es la obra de una fatalidad cerrada sino el producto de una dirección insensata, una entrega dócil a las potencias más estúpidas y ciegas que mueven la tramoya histórica.

No es que nos hagamos fáciles ilusiones. No vamos a sugerir, por ejemplo, el cómodo remedio de una avenencia, entre Oriente y Occidente, en torno a la mesa de negociación. Si dijéramos que la salida consiste en pronunciar unas palabras, dichas con el corazón puro y rebosante de buena voluntad y confianza mutua, habríamos enunciado una paparrucha gravada con la hipoteca de una petición de principio. La confianza falta, y faltando la confianza, no hay buena voluntad posible. Los corazones puros no se inventan ni se fabrican. Es preciso contar con esas ausencias que ningún conjuro puede arrancar de sus refugios. Se trata de otra cosa. Se trata, simplemente, de política, que es un arte donde la razón y el sentido de la realidad tienen un importante papel.

Supuesta la imposibilidad de un arreglo negociado, no cabe discutir la necesidad del rearme occidental. Pero esto sí: en términos de moderación, a fin de no comprometer la base de sustentación vital. Para eso, lo primero sería reducir las necesidades. Y para reducir las necesidades armamentistas es indispensable fijar una línea definida, una frontera geográfica cuya transgresión sería causa de guerra. Así cada cual sabría anticipadamente a qué atenerse. Esa línea debe estar situada en los puntos verdaderamente vitales, no más acá, no más allá. En este sentido los Estados Unidos cometieron un error grave con sus intervenciones en Asia continental. En realidad lo que debiera importar seriamente a los Estados Unidos sería impedir que los rusos alcancen, en Europa, las costas del Atlántico, y por otro lado que se extiendan más acá del litoral asiático. Cuando hablamos del Atlántico nos referimos también a Alemania a causa de los recursos industriales y humanos de esa nación europea.

Para adoptar este plan es necesario, por supuesto, renunciar a todo espíritu de cruzada, contemplar la situación con ojo político e impasional, ver el problema en términos clásicos de poder, rechazar el intrusismo de ciertos intereses en tan severo negocio, donde se juega nuestra supervivencia.

Lo curioso del caso es que esta solución no tiene nada de fantástica ni siquiera de nueva. Era la política de los Estados Unidos en la etapa que siguió inmediatamente a la segunda guerra mundial. Entonces se había fijado una línea en Asia cuyo principal punto de apoyo estaba en las Filipinas y no se pensaba en defender el continente. Esto explica la pasi-

vidad norteamericana ante la derrota de Chiang Kai-Shek y las vacilaciones respecto a Corea, antes de producirse la embestida de los comunistas del Norte.

Entonces se procuraba, cuerdamente, evitar la multiplicación de los focos conflictuales y se tendía a suprimir o a acortar las zonas de fricción, con la consiguiente economía de riesgos y de fuerzas militares.

La histeria y el fanatismo de ciertos grupos, una propaganda desbocada, el juego de algunos intereses clandestinos, y la ausencia de una firme cabeza dirigente, precipitaron al gobierno de Washington en la confusión. Desde aquel momento las cosas han ido empeorando día a día.

Del mismo modo que se debería buscar la definición y la claridad en las líneas territoriales, sería preciso fijar otros límites, igualmente nítidos, en el orden ideológico. Apenas se hace necesario aludir a la conmixtión con el franquismo, al fin consecuencia lógica y secundaria del error básico, lo que obligó a buscar toda alianza posible en esta extremada competencia, planteada en términos de exasperación. Es más grave aún el hecho de que los Estados Unidos se hayan dejado enredar por el imperialismo europeo agonizante. En vez de separar cuidadosamente la causa del anticomunismo de la causa colonialista, han permitido que se confundieran, y cada vez se confunden más, con escándalo de las naciones libres de Asia, como la India. Los Estados Unidos son el caballo blanco que paga los costosos vicios seniles de Europa. Recordemos, a este respecto, un hecho significativo: cuando se inició la ayuda militar a las naciones europeas, los gobernantes de Washington —aún tenía allí alguna jurisdicción el sentido común— pusieron una cláusula restrictiva: que los armamentos suministrados a las metrópolis poseedoras de colonias estaban destinados sola y exclusivamente a Europa y en modo alguno a reprimir movimientos de liberación en los territorios dependientes. Aunque esa reserva tuviese escaso valor práctico, de todos modos implicaba una sana actitud de principio. Pues bien: ahora toda restricción ha desaparecido. Y no sólo eso sino que Washington acepta compromisos de entregar abastecimientos bélicos para fines imperialistas. Más aún: hasta se discute la posibilidad de enviar tropas yanquis a defender el patrimonio colonial de las potencias más impotentes para salvaguardar sus posesiones. De esta manera aparecen los Esta-

dos Unidos, ante los pueblos sojuzgados, en la figura del individuo que sujeta a la víctima mientras otro la viola.

Como se ve, no se trata de llevar a cabo ninguna esforzada obra revolucionaria, ni siquiera de invertir radicalmente las actitudes y trastornar el dispositivo fundamental. Una mente política bien equilibrada podría evitar, a nuestro juicio, el peor desastre. Pero es evidente que la política norteamericana dejó de estar gobernada por la normal prudencia, y la dirigen turbios intereses, fuerzas emocionales ciegas, suscitadas en los pueblos por una propaganda enloquecida, intrigantes extraños a todo propósito honrado de enfrentar el problema con buena voluntad... En fin, en este insigne bodrio, en esta obra sin nombre, entran toda suerte de ingredientes tóxicos. Así es el resultado.

Pero seríamos muy optimistas si creyéramos haber hecho un análisis exhaustivo de los factores que conspiran para llevar a la ruina nuestra civilización. Aun cuando otro con más penetración y ciencia que nosotros hubiera tomado sobre sí la tarea de enumerar las causas de este formidable error, seguramente se detendría, impotente, ante un postrer elemento, irreductible al esfuerzo analítico. Ese elemento es lo que bien puede llamarse vocación de muerte. Hay una inspiración que conduce al éxito a través de los más enrevesados laberintos. Todos los días lo observamos en los individuos, y quizá quepa sorprender el mismo enigmático hecho en los pueblos. Del mismo modo hay una vocación inspirada que dicta el infalible camino de la ruina y de la muerte, con igual clarividencia, aunque negra, sin extraviarse en los vericuetos de la fortuna ni marrar un dato en las combinaciones más exquisitas y funestas.

Asistimos perplejos a la marcha de nuestra civilización como si oyéramos una cabalgata en la noche. Pasan los jinetes fragorosamente, envueltos en tinieblas, arrastrados por ráfagas de violencia ciega, a las que se entregan con el frenesí y la complacencia de los suicidas instintivos, dotados del oculto sentido que guía por el sendero de la muerte.

¿Habrá perdido nuestro mundo, aun cuando no lo sepa, la voluntad de vivir?

LA LITERATURA ESPAÑOLA BAJO EL SIGNO DE FRANCO

Por *José MANCISIDOR*

Si mi propósito fuera, el de fijar el denominador común de la literatura española bajo el signo de Franco, yo lo definiría así: pesimismo, amargura, fatalidad y derrotismo. Un somero examen, del actual panorama español, ilustraría mi afirmación. Porque a medida que el régimen franquista ha ido acentuando su dominio sobre la vida del país, la desesperación, el dolor y la muerte, se han convertido en los temas obligados de los escritores españoles. Todavía, al salir de la guerra, era posible hallar en la poesía española motivos amorosos. Ya Vicente Gaos aludía, en un ensayo aparecido en la *Estafeta Literaria,* a una corriente *neogarcilasista* cuya línea establecía así: Luis Rosales con *Abril;* Germán Bleiberg con *Sonetos amorosos;* Dionisio Ridruejo con *Primer Libro de Amor* y, José García Nieto, con *Poesía.* Pero pronto la desilusión prendió en el corazón de aquellos que volvían sus ojos al pasado, y la inspiración temática, sobre el amor y el paisaje, se agotó. Porque no bastaba la perfectibilidad arquitectónica ni el retorno al formalismo para que los poetas se salvaran, cuando algo, en la entraña misma de España, se revuelve contra el sentimiento amoroso, allí, donde el amor no existe, como algo se rebela contra la belleza del paisaje, allí donde el paisaje es un páramo, anegado, noche y día, de la sangre del propio pueblo español.

De este desencanto de la postguerra (hablo de la postguerra en España) nacieron, con el asentamiento del franquismo, los símbolos de la amargura y de la muerte. Gaos mismo, asomándose al mundo que lo rodeaba, no pudo menos que decir:

> Jardín abierto en hondas galerías!
> Hoy me he asomado a aquel remoto mundo
> de mi niñez, al cielo aquel profundo
> de mi niñez ardiendo en noches frías,

Su soneto, a la búsqueda del "trasmundo" de sus marchitas profecías, hace juego a la desesperanzada poesía de hoy:

¿Qué me dirás, oh Dios, cuando yo muera?

Mas no es, el de Gaos, un caso aislado. Quien espigue en la nueva poética española, hallará difundidos, hasta el absurdo, estos oscuros símbolos de la religión, de la sangre y de la muerte.

En la *Colección Norte,* de San Sebastián, figura un libro de Juan Guerrero Zamora cuyo título, *Danza Macabra. Danza Milagrosa,* es revelador. La interrogación que formula sobrecoge de angustia: ¿es que el hombre se debate en medio de un remolino producido por lo macabro y lo milagroso? El poeta condena lo que él llama la confusión del hombre contemporáneo, revolviendo a Dios con el odio y mezclando a Dios con la lujuria, para exaltar, al fin, al "Dios compañero de la infancia" y proponer con acento místico, el regreso a Cristo.

Palpita en estos versos, independientemente de la forma que incursiona por todos los campos: del soneto al alejandrino, un aire profético, casi bíblico, por medio del cual se conmina al hombre a purificarse al través del fuego.

No menos mística es la poesía de Alfonso Pintó.

Hombre, lumbre de Dios en mi voz y mi cuerpo,
que al fin las aguas doran y rojas le resumen,
lumbre de Dios los pechos que a otros pechos queman,
como el águila el viento que los topacios arde.
Ah, Dios, entre tus manos qué encendido me prendes.
Ah, Dios alzado, Dios, Dios en mí por las venas. . .

Mientras que Blas de Otero, para quien ". . .vivir se ha puesto al rojo vivo. . .", se confiesa derrotado:

Vuelvo a la vida con mi muerte al hombro,
abominando de cuanto he escrito.

Tanta negación de la vida arraigada al misticismo, al confiar únicamente en Dios (en un Dios empalmado al pesimismo, al derrotismo y a la fatalidad), no conduce sino a la muerte. El propio Blas de Otero, en su *Angel fieramente humano,* agota, en su repetida negación de la vida, el prefijo. Todo, en su poesía, es desamor, desprecio, deshielo, una especie de camino hacia la muerte que, para él, "es otro modo de amor",

Entonces, y además cuando da miedo
ser hombre, y estar solo es estar solo,
nada más que estar solo, sorprenderse
de ser hombre, ajenarse: ahogarse solo.

Hay en Blas de Otero un conocimiento, si no del mecanismo, sí mecánico del verso. Y se descubre, en su versificar, su desamparo y su soledad.

Junto a él podría alinear a Juana García Noreña, laureada ya, quien a pesar de su juventud parece "sentirse atraída por la sombra oscura y fresca de la muerte".

No: cualquiera muerte mejor
que esa oscura de mi cuerpo,
mirándome terminar
en pie, como un árbol seco.

Por su juventud, rodeada de sombras y de muerte, esta poetisa me obsesiona. ¿Qué hay en su *yo* interno que tanto la vence? ¿Qué fuerzas sombrías se agitan en su mundo interior que tan absolutamente la dominan?

Mi torre es ya de sombras que deliran;
mis celdillas son ojos que no miran: edificios
sin ti para la muerte.

Se piensa, buscándole una explicación, en un desencantado amor.

Porque si soy hermosa
para nada, para nadie.
gracias, Señor, no me cambio
por la paloma en el aire.

Mas una natural inclinación a la muerte hace dudar:

Joven a la muerte voy;
sé que me espera y me llama.

Recorriendo las páginas de la actual poética española, se recuerdan las palabras de González Ruano:

"Todos llevamos dentro de nosotros parte de nosotros que ya no vive. Se nos murió de muchos modos que ni sabemos: de mal de amor, o de tedio o de asco puro; de abuso o de atrofia. . .".

No he hallado una declaración más justa, porque en la España de Franco, todos los españoles que creyeron en él,

arrastran consigo, quien más, quien menos, una parte de su sér que ya no existe.

Pero lo que refleja más vivamente esta realidad, es la novelística de los últimos años. Acerca de ella, alguno ha escrito:

"Me gustaría leer una buena novela española donde los personajes no estuvieran tarados de alguna manera, donde la heroína no fuera prostituta, ni el protagonista loco o amoral".

¡Terrible verdad, que quema el alma, cuando se refiere a un país que dió a Cervantes y, a la literatura universal, *El Quijote!*

La Familia de Pascual Duarte, de José Camilo Cela, es un ejemplo. ¿Quién es Pascual Duarte? Giménez Caballero lo caracteriza con breve juicio: "Su vida hubiese entusiasmado a Nietzsche y a Kierkegaard". Y si yo me viera obligado a encasillarlo en alguna de las ramas de la ciencia moderna, lo encasillaría como todo caso lombrosiano, dentro de la psiquiatría.

De Pascual Duarte dice su autor:

"Lo malo es, sin duda, tan verdad como lo bueno... pero la maldad, que no tiene límite, como que es agresión a la divinidad, aspiración negativa a superarla, es siempre en su médula, violencia y anormalidad. Duarte es un hombre malo, y es artificio quererlo equiparar con los héroes que, por serlo, tienen siempre, aun en el caso en que se valgan de medios torpes, un sentido creador y, por lo tanto, bueno".

Esta, que no pasa de ser una definición literaria, científicamente merece otro nombre y un abogado postulante lo esgrimiría, como exculpante, o como atenuante, al menos, para su defendido.

Gregorio Marañón, empecinado en el misticismo, le pone un toque de milagrería:

"Con un rayo de luz mística, con una sola vislumbre de ese rayo, el caso moral de Duarte se hubiera aclarado y ordenado milagrosamente".

¡Milagrosamente! Marañón espera aún el milagro. Ignora, o quiere ignorar, que ese mundo español en el que Pascual Duarte se ha producido está condenado sin remedio... Pero volviendo a *La Familia de Pascual Duarte,* digo, que sus recursos literarios son muy limitados. Cela echa mano al sobado truco del hallazgo de un manuscrito como en aquellos

ya lejanos días de Alejandro Dumas y *El Conde de Montecristo.* Quien lo ha escrito es un irredento moral, no un amoral, sino un inmoral: una especie de Judío Errante cuyo destino es vagabundear, hasta la eternidad, por el subsuelo del crimen. El se siente bueno, pero hay algo superior, una fuerza tenaz y oculta que se complace en cambiar a los hombres a su capricho. Y todo lo que el hombre haga para librarse de su destino (un destino ligado a la maldad) será inútil. Porque todo, como en los viejos mitos religiosos, está escrito y decidido con antelación. Y así, de un crimen a otro crimen, Pascual Duarte va eslabonando la pesada cadena de sus asesinatos de la cual, por mucho que se esfuerce, no se fugará jamás.

Otra novela: *Nada,* de Carmen Laforet, pone a la luz un nuevo rasgo de la literatura española actual: el derrotismo.

Quizá, para que se entienda mejor el espíritu de esta obra, convenga hablar un poco de su autora de quien, por referencias que no viene al caso citar, conozco algunos antecedentes.

Carmen Laforet procede de una familia de carlistas militantes. Su hermano, es uno de ellos. Y el divorcio del carlismo con Francisco Franco, hoy en día, es un divorcio definitivo. Esto aclara el proceso de desintegración del personaje central de la obra, que escrita en primera persona, puede llamarse de cualquier manera. Yo la llamaría Carmen, por las pinceladas de autobiografía que en ella hallo, aunque sin afirmar que se trate de la autobiografía de Laforet. Pero sí puedo aseverar, que el caso de *Nada,* ha de considerarse como una biografía de ciertas gentes que se aliaron con Franco y vieron derrumbarse, el mundo de su imaginación, a sus pies.

La trama de esta novela es simple: Carmen llega a Barcelona, cargada de ilusiones, alojándose en el hogar de la abuela. Allí, al lado de sus tíos, en medio de una vida sórdida, sus sueños se van disipando. Las páginas del libro no emanan sino desaliento. Y quien entró un día por aquella puerta creyendo que el mundo español de la postguerra afirmaría la existencia, sale por la misma puerta con la muerte hincada en el alma. He aquí la escena final:

"Bajé las escaleras, despacio. Sentía una viva emoción. Recordaba la terrible esperanza, el anhelo de vida con que las había subido la primera vez. Me marchaba ahora sin haber conocido nada de lo que confusamente esperaba: la vida en su

plenitud, la alegría, el interés profundo, el amor. De la casa de la calle de Aribau no me llevaba nada".

Esta nada, en la que los filósofos existencialistas sitúan al sér, había nacido con el régimen de Franco.

Con sus ribetes de existencialismo, *La sombra del Ciprés es Alargada,* de Miguel Delibes obtuvo, como *Nada,* en 1944, el *Premio Nadal* en 1947.

Abriendo el libro se tropieza con este epígrafe:

"¿Por qué esta ansia, este amor, estos supremos anhelos en el hombre? ¿Por qué existe un destino de amar, bárbaro y triste, en la ruina de la carne que movemos?"

La novela, temáticamente, no vale gran cosa. Se trata de la vida de un niño, de un hombre también, a quien se le deshace entre las manos, a la sombra de Avila la levítica, su esperanza. Su mentor, don Mateo, solía decirle que la dicha no es de este mundo para el hombre de fe. "La vida terrena es del hombre neutro; de quien no ha puesto la base de su felicidad en nada caduco, finito, limitado, aunque tampoco en una vida ulterior; de quien ha hecho de la vida una experiencia sin profundidad, altura, consistencia ni raíz...". Con tales enseñanzas, el personaje central, que yo diría es el propio Delibes, no ha de llegar sino a la desesperada conclusión de que el hombre "jamás podrá modificar la luz que porta dentro de sí y a cuya claridad examina la mesmedad de su paso. El hombre libremente puede elegir su camino, pero no puede alterar por su voluntad la luz bajo la cual camina".

Póngase atención en esta facultad del hombre para elegir "libremente" su camino, que coincide, como una gota de agua junto a otra, con la libertad, del hombre, de tipo existencialista. Porque el hombre, que está en libertad de elegir su destino, recibe su destino ya hecho y no tiene posibilidades de modificarlo.

El protagonista, para quien la previsión de los hechos fatales constituye una de las características de su existencia, acaba por gustar de "la angustia desoladora" de sentirse impar sobre la tierra, de hallarse aislado, "sin eslabones efectivos y sin un sólido y macizo punto de apoyo", y obligado a buscar la solución de su soledad, en "la fe y la esperanza en una vida ulterior que nos compense de los duros reveses sufridos en ésta", en la cual, ni el amor ni la amistad, lograron atarlo apretadamente.

Más derrotista aún, es otro *Premio Nadal: Sobre las Piedras Grises,* de Sebastián Juan Arbó.

Apenas si un lector tenaz, hombre o mujer, puede llegar al fin de esta novela: un melodrama propio del siglo pasado, pero en el que no deja de rendirse, sin embargo, tributo a la muerte.

Juan Bausá y no Mari Juana, es aquí el *héroe* de la obra. Un pobre diablo sin carácter, nadie para protestar por nada, sometido desde que nació a los caprichos de los demás y, no obstante, idealizado por el autor. Una especie de fatalista para quien lo que siempre ha sido siempre será. ¿Oponerse al destino? ¿Para qué? Eso que algunos vividores llaman un hombre bueno, para alentar a los otros a sometérseles, a no intentar liberarse de quienes lo sojuzgan, a aceptar lo que de lo alto les fué señalado y que es, en definitiva, el tipo (¿de hombre?) que a Franco le conviene.

Lo curioso de esta novela lo es un anarquista que el autor engendra: el anarquista del atentado personal, pronto al *heroísmo,* mas incapaz de descubrir lo que en el fondo de la lucha social palpita. Un día, perseguido por la policía, llega al domicilio de Juan Bausá, quien fiel a su natural generoso, se siente inclinado a salvarlo. Engaña a la policía y logra sus propósitos. Pero, otro día, el anarquista es denunciado (no se olvide que la soplonería es un *modus vivendi* en la España franquista). No se encuentran en el hogar ni Juan Bausá, ni Mari Juana, ni la hija de ambos: Lisa. Cuando comparecen por allí, todavía alcanzan a ver al anarquista (que por cierto se hallaba herido para darle dramaticidad a la escena), quien es conducido a la prisión entre los comentarios de las comadres. Pasado el tiempo, este anarquista da con Lisa, a la que dedica un cansado y, a la vez, ilustrativo monólogo:

"De niño me crié en los barrios extremos, entre el ruido de los talleres y el humo de las fábricas. De mis padres no tengo recuerdo; perecieron los dos en un pueblo de Murcia en una inundación. Yo, todavía muy niño, quedé solo, y un tío mío me trajo consigo a Barcelona. De mi infancia no quisiera hablarte. Apenas me tuve en pie, entré de aprendiz en una fábrica. La fábrica es horrible. Es un invento infernal, al menos la que yo padecí. Hay humo, ruido, sombra; veis hombres silenciosos, verdaderos fantasmas, inclinados sobre la tarea; veis mujeres, veis niños, y piensa uno en el cielo, y en los

niños que juegan afuera, en alguna parte, bajo el cielo; pensáis en los que van a sus colegios y pueden formar su destino, mientras nosotros lo tenemos ya determinado: destino mísero, incambiable, y en el que no se tienen en cuenta nuestros méritos ni nuestros sentimientos, y a veces, ni siquiera nuestra dignidad...".

Hago gracia a quienes me leen de lo que sigue, porque la idea se repite, lo que revela la insistencia de algunos escritores españoles, de la España de Franco, para hablar de la inmutabilidad del destino humano. Declaro, en cambio, que este anarquista acaba arrepentido. Aquel día en que huyendo, llegó al domicilio de Juan Bausá, había matado a un niño. Enamorado de Lisa a primera vista, como en las novelas románticas, reniega de su anarquismo. Busca a su alrededor y no halla sino "ejemplos de envidia, de egoísmo, de maldad... Los hombres, en su mayoría, me aparecieron igualmente despreciables... Mis actos se me aparecieron inútiles, de una estúpida crueldad...". Entonces se interroga: "¿A quién defiendo? ¿Por quién lucho y arriesgo de continuo mi vida, en una existencia de desesperado?". Y experimenta horror. Es, en ese momento, cuando conoce a Lisa. "Era yo un desengañado; obraba por pura inercia". Y escapa para América en busca (¿de la felicidad, acaso?) del dinero que antes no pudo amasar.

Sensacional según la propaganda, es la novela de Bartolomé Soler, *Patapalo*..

"Su protagonista, dicen los editores, Patapalo, es mendigo andariego, lisiado de paso infatigable, que avanza como un iluminado a través de caminos y senderos. En medio de su miseria y desamparo, es más fuerte que las burlas, las inclemencias y el hambre... Rudo, ignorante, pero alentado por una intensa llama interior, Patapalo avanza por la tierra y por la vida, lenta pero tenazmente. De niño se sostenía sobre dos muletas. Luego las sustituyó por una tosca pierna de palo. Así, se parecería más a los seres normales y podría realizar su obsesionante deseo de abandonar la mendicidad, trabajar aunque fuera como bestia".

Bestia, para decir verdad, nunca dejó de serlo. Ni sobre las muletas, ni sobre las dos patas y, mucho me lo temo, tampoco hubiera dejado de serlo si hubiera andado sobre cuatro patas.

Caminando, caminando, Patapalo entra en los predios de la viuda de Olmedo, una terrateniente a la cual sirve hasta de alcahuete. Aquí, el personaje de Bartolomé Soler, tiene más de bestia que de humano. La viuda de Olmedo es su dueña y sabe, como vieja de no pocos recovecos, el partido que puede sacar de él. Cuando ella muere, Patapalo continúa su camino: un camino áspero hasta para un mendigo. Y así se instala en una tierra yerma a la que transforma, en un emporio, con su esfuerzo. Pero un día se entera de que esa tierra tiene un dueño y de que, sobre la costra de la tierra española, nunca como ahora todo posee un dueño. Y como las desgracias jamás se presentan solas y en la literatura como en la vida existen quienes se proponen acumularlas sobre una sola cabeza, Patapalo es burlado por Rafaela, su mujer, quien al abandonarlo se levanta con el santo y la limosna.

Soler se las apaña para presentarnos a sus personajes: la propietaria de tierras y el inválido mendicante, con los mejores colores, como lo exige un régimen que tiende al dominio de millones de mendigos por unos cuantos señores feudales.

Hay otras novelas en la España de hoy que son de un romanticismo trasnochado. Tomaré, como modelo, *Viento del Norte* de Elena Quiroga, premiada por *Nadal,* en 1950.

Aquí, la autora, plantea el conflicto surgido del matrimonio de un don Alvaro del Pazo, hombre dizque de clase superior, con su criada, la más ignorante de todas. Lo que puede decirse el proceso psicológico de este idilio, va, desde la suave alegría con que el tal don Alvaro se regodea, cuando ve lavarse en el pozo a Marcela, hasta aquel minuto en el que le declara estar dispuesto a llevarla al altar. Pero, el conflicto, no tarda en surgir: ¿pueden avenirse dos personas de diferencia cultural tan opuesta y acusada?

El conflicto se ahonda a medida que el tiempo transcurre. Y como de algún modo se ha de resolver el apuro, Elena Quiroga toma el olivo por los callejones de eso que los españoles llaman el tremendismo.

Aparece, ahora, un curioso *don Juan.* El juez del pueblo, don Francisco, quien hace pasar las suyas al enamorado don Alvaro, hasta que Marcela, arrepentida, vuelve a los brazos del señor Del Pazo, sólo para verlo morir víctima de su mal de amor.

Hay también novelas con las cuales, sus autores, se fugan de la realidad española en alas de una temática convencional. *La luna ha entrado en casa,* de José-Félix Tapia, es una muestra de ello. Está dedicada a los lunáticos, "a los que sienten el influjo de algo inescrutable que les aterra y les atrae a un tiempo". Su actor principal es un lunático y su autor un erudito sobre la luna.

La erudición conduce a Tapia, con frecuencia, más al ensayo que a la novela, aunque no he de negar, que a ratos, el libro posee gracia. Pero puedo asegurar que ninguna gracia ha de hacer al pueblo español tanta tontería escrita acerca de la luna y oír cantar "A la Luna, Luna —de la noche clara; —a la Luna, Luna— de por la mañana", cuando en España se muere de dolor y hambre.

Existen otras novelas que como *Destino Negro,* de Manuel Mur Otis, se sitúan en la época colonial y en Cuba, para insistir sobre un motivo que, como el de la trata de negros, ha sido muy explotado ya por la novelística americana. Pero a quien ninguno supera y gana en su afán de evasión es a ese ya intrascendente Azorín, cuya novela *La Isla sin Aurora,* da punto y raya a las demás.

¡Qué pobre este Azorín que ni siquiera el lenguaje, como otrora, consigue manejar airosamente! ¡Y la imaginación, qué cansada ya!

He aquí el argumento:

"Navegaban por el inmenso mar. No era nave zorrera, ni barco veloz. Podía ser una goleta, o un bergantín, o un quechmarín. El mascarón de proa sería una ninfa o un fauno. El mar estaba tranquilo. Navegaban en la nave, el poeta, el novelista y el autor dramático. Venían de no se sabía dónde e iban a no sabían qué isla". ¿Qué buscaban? La aurora. Pero al final, el dramaturgo descubre que es han embarcado, en un barco llamado el *Sin retorno.* El *Sin retorno,* que para Azorín, "es el símbolo del mundo". Porque en esta vida "no se retorna a la juventud. No se retorna a la ilusión. No se retorna al fervor. Hagamos lo que hagamos, ya esos momentos han pasado y no pueden volver".

¿Es esta la filosofía de los imaginarios personajes de Azorín? No. Se puede afirmar, sin temor a yerros, que si alguna filosofía existe aquí es la del propio Azorín, quien con obras como *La Isla sin Aurora* intenta fugarse de la realidad actual

española confesando, por boca de uno de sus personajes, su propio fracaso.

También, la novela existencialista, se ha aclimatado en España. *En manos del silencio,* de Carmen Conde, ha sido considerada por algunos críticos como "una novela desgarradora" aunque, como sus gemelas francesas, no pasa de ser una novela salpicada de suciedad.

Pocos son los *héroes* de esta obra..., pero *¡qué héroes!* La madre, el marido, el hijo, la hija y el amante, víctimas, según la autora, del destino. El destino, en funciones de celestina, para dar forma a lo que yo llamaría un enredo de vodevil si no estuviera planteado trágicamente: la madre, enamorada del mismo hombre que sedujo a su hija; el marido, padre de los hijos, quien roído por el afán de lucro parece poner a subasta el amor de aquélla y de éstos; el amante que cae, con borrosos tintes trágicos, tras una enconada lucha entre la amistad y la pasión amorosa y, por último, el hijo, al cual Carmen Conde, por ser el único personaje *bueno* de la novela, envía a retiro con Dios para que halle el sosiego que su alma reclama.

Imposible, con todo, que *En manos del silencio* se mida con *Lola, espejo oscuro,* de Darío Fernández Flores; quien en su advertencia preliminar alude, en vanidosa y mentirosa comparación, al Siglo de Oro español y, a la novela picaresca, que lo llenó todo. Porque ni *Guzmán,* ni el *Lazarillo* chapotean en la vulgaridad ni constituyen, como *Lola, espejo oscuro,* expresiones decadentes de la cultura española.

Lola, la prostituta a quien Fernández Flores saca a la superficie de la tierra para que nos revele sus intimidades, no es, ciertamente, un personaje inventado, sino un personaje real de la realidad española de hoy: existe, en la España de nuestros días, como existe en todo el mundo capitalista. Pero ese morboso recrearse en la descripción de la porquería que el comercio carnal disemina sobre la tierra, nada tiene que ver con el género picaresco que, ciertos críticos profesionales, quieren relacionar con la obra de Fernández Flores.

El virus político de la novela se desliza con maña. Por ejemplo: cuando la *espejo oscuro* habla de la guerra, afirma que los españoles, durante ella (1936-1939), "se mataban con una prisa que daba miedo, sin saber por qué". Y luego, al relatar sus enredos sexuales con un coronel polaco de las Brigadas Internacionales, lo hace pintándolo con los colores más repug-

nantes y con un lenguaje realmente soez. Así, quien lea su confesión ignorando la realidad de esos heroicos y sufridos luchadores que ofrendaron su vida en aras de la libertad, obtendrá, por extensión, una imagen canallesca de los soldados de las admirables, ejemplares Brigadas Internacionales, cuya conducta en España causó, por la limpieza de los pensamientos que la inspiraron, admiración.

Más adelante, cuando por inexplicable afán cultural, le da a Lola, por aprender el idioma inglés, lo hace, aunque está enterada de su precaria existencia de tuberculosa encanallada en el vicio, porque cree "que los que hablan éste (el inglés) van a mangonear por unos años el mundo". Razón que puede servir, a Francisco Franco, para explicar su alianza actual con el imperialismo yanqui.

¡Ah!, pero como también conviene recurrir a la religión, con el fin de encubrir tanta inmundicia, la de la *espejo oscuro* viene, en línea directa, de San Pablo: "Ahora vemos por un espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara". Y Fernández Flores explica: "...así era ella: el espejo oscuro. Pero detrás, oscuramente, estaba también Dios. Porque Dios está siempre tras todas las cosas oscuras, tras todas las cosas irreales...".

Pero donde el veneno trasmina, a grandes dosis, es allí en donde según el Génesis "Dios prevé los que han de ser buenos y los crea. Prevé los que han de ser malos y los crea... Perdona misericordiosamente y castiga justamente; o bien castiga misericordiosamente y perdona justamente. Nada teme de la malicia ajena; nada necesita de la justicia ajena; nada gana con las obras de los buenos, pero da a ganar a los buenos con las obras de los malos".

Pocas veces se ha disfrazado, con el nombre de Dios, tanta podredumbre. *Lola, espejo oscuro,* no es sino un síntoma visible, palpable, de la descomposición franquista, de su decadencia, y de la situación de España pintada, eso sí, solamente a medias.

Lo mismo sucede con *La Colmena,* otra novela de Camilo José Cela, la que forma parte de una serie que con el título de *Caminos inciertos* se completará después.

Como todas las obras que no son sino parte del conjunto, no basta, ella sola, para sentar opiniones definitivas. Habrá, pues, que esperar la salida que el autor le dé a sus actores. No

obstante, ensayaré algunas ideas, frente a lo que hasta hoy conozco de Cela. Se dice que en este primer libro de la serie, su creador ha querido "retratar una sociedad determinada", su alma y su moral y su irrisoriedad inconcebible". El mismo Cela aclara que, "por razones particulares", su novela ha tenido que ser editada en la República Argentina. Yo asevero que Cela, formal y temáticamente, hace existencialismo puro. Y que *La Colmena* no refleja la realidad histórica de una sociedad determinada (en este caso la de la sociedad española bajo el régimen de Franco), sino la de una parte de esa sociedad. Afirmo igualmente, como alguien lo ha asentado ya, que sus personajes no son seres vivos, humanos, sino "muñecos impulsados por una idea preconcebida" que dialogan, actúan y se mueven en los marcos de la novela, en un ir y venir que recuerda, con menos valor formal, el ir y venir de los personajes de *Los caminos de la libertad* de Sartre.

Para Cela, de modo semejante al de los existencialistas franceses, la vida de todos los hombres de hoy es una vida sucia, abyecta, como sucios y abyectos son los hombres que en su novela se mueven, igual a los personajes de guiñol, obedientes a los manipuleos de su autor. Ninguno de ellos piensa por sí mismo sino que, quien piensa por ellos, es Cela. De aquí que para éste, España (un pequeño mundo intrascendente y fatal), quede metida dentro de las cuatro paredes de cualquier café y, los españoles, no son más que muñecos incapaces de amar, odiar, sentir y pensar, por ellos mismos.

En un ensayo suyo, con el rubro de *La Galera de la Literatura,* Cela dice: "Vivimos en el mundo del ser, en el concreto e inexorable planeta del ser. No en el del deber ser, en el limbo sin fronteras del deber ser. Es una ley a la que no podemos sustraernos. Las cosas, queramos o no queramos, nos convenga o no nos convenga, son como son, jamás como debieran serlo o haberlo sido, y de nada vale que nos queramos obstinar, con torpe y almibarada cerrazón, en ver rosicleres y amables tornasolados donde no hay más, absolutamente nada más, que negra vileza, amarillo dolor, verde veneno". Y termina: "La vida no es buena; el hombre tampoco lo es"; lo que quiere decir, que para Cela, la vida es un terrible y oscuro pozo del cual, una vez que hemos caído en él, es imposible salir. Y que el hombre, desde que nace, es un ser maldito e irredento que no tiene, en este mundo, derecho a la felicidad.

No menos ilustrativo que la poesía y la novela es el teatro español del cual, Federico Carlos Sáinz de Robles, opina:

"Otra temporada teatral: 1949-1950. ¿Qué de ordinario o de extraordinario ha surgido en ella? Adelantemos el notición: de extraordinario, poco. De ordinario, posiblemente demasiado. No creo ser pesimista. Me reconcome permanentemente el afán de proclamar a voz en grito y a los treinta y dos caminos de la rosa que todo lo español, y cuanto se refiere a España, me parece maravilloso. Pero ¿me creería alguien, ahora, si, poniéndome los anteojos color de rosa, afirmara que el teatro español contemporáneo ha dado flor y fruto de culminación? No me creería nadie. Creo, pues, inútil colocarme las gafas color rosa. El teatro español contemporáneo —acaso sea el suyo un mal epidémico mundial— sufre los efectos de una crisis ya larga y fastidiosa.

"Crisis de autores. Crisis de intérpretes. Crisis de públicos *hábiles*. Crisis de técnica y de recursos —o de trucos— de los llamados de *oficio*. Abunda hoy el teatro *viejo* y hasta caduco; y también el teatro *imitativo*. Ante muchas de las obras escénicas estrenadas, el público se pregunta: '¿Qué me recuerda *esto?* ¿Qué otra obra, qué novela, qué película, qué cuento de procedencia extranjera? No sé... No sé... El caso es que *esto* no me sabe a cosa original, a cosa, cuando menos, originalmente guisada y condimentada".

"Es lamentable esta reticencia del público sutil. Y es más lamentable porque uno —yo, por ejemplo— no se atrevería a jurar que el público sutil se pasa de listo".

Después de estas palabras, Sáinz de Robles selecciona para una antología lo que, según su criterio, es ambicioso y, por ello, "se hace perdonar posibles errores".

Dos mujeres a las nueve, de Juan Ignacio Luca de Tena y Miguel de la Cuesta (este último ya muerto), es una comedia cuyo personaje central, el profesor de filosofía Hipólito Barrantes, lucha entre dos amores: el de una joven española, "muchacha sencilla, colaboradora y admiradora suya, en la que ve la compañera segura, la mujer del hogar, la madre de sus hijos, el descanso y la paz", y el de "una alumna yanqui de un curso de verano, impetuosa, alegre, libre", que es "lo nuevo, lo extraño, lo contrario a su modo de ser...".

Acuciado por este problema amoroso, Lito, o Hipólito Barrantes, profesor de filosofía abúlico, sin carácter, opta por

el alcohol. Ni Fernanda, la tradicional, ni Magda, la novedosa. Cierto que él quiere a las dos, que las dos son su vida y su consuelo. Pero su problema no tiene desenlace. El desenlace sería, de acuerdo con lo acostumbrado, decidirse por una o por la otra. Sin embargo, ¿quién puede ser "tan malvado, tan miserable y tan cruel que deje a una para marcharse con la otra"? No hay disyuntiva. El profesor de filosofía se decide por el alcohol. Y tomando una botella de coñac resuelve su situación. Ya ebrio, exclama: "Parecen dos. . ., pero no es más que una: como mi amor. Sí; ésta no es más que una. ¡Una!. . . La tercera en discordia. . .". Y ríe estúpidamente.

Joaquín Calvo Sotelo, con *La visita que no tocó el timbre,* halla la solución del drama humano en la soledad. Aquí, a lo largo de un diálogo sentimental, dulzonamente sentimental entre dos hermanos (Juan y Santiago), el hálito de una nueva vida parace hallar acomodo. No obstante, al final de la jornada, triunfa la rutina y todo torna, no al vivir, sino al vegetar.

En esta comedia, no existe sino un mínimo de personajes: Emma, "una enfermera de la *Vogue*" y Juan y Santiago Villanova, con "una misma profesión, funcionarios de Aduanas. Un mismo sastre. Unas mismas ideas políticas, aunque de ellas no se hable en la comedia. Una misma educación y un pasado —de trabajos y diversiones— común. Sus caracteres, sin embargo, divergen: Juan lleva más luz dentro que Santiago; Santiago posee un alma burocrática. Juan alimenta sus sueños; Santiago los roe". Mas si interiormente existen discrepancias, en lo exterior todo es semejante. Para los demás, no son sino los hermanos Villanova. Van al cine juntos; poseen una cartilla de ahorro común; votaron siempre, "en los lejanos tiempos en que se votaba", por los mismos candidatos; leen el mismo diario. En una palabra, se trata de dos tipos *grises,* para usar de una terminología acostumbrada con el fin de señalar al *hombre de la calle.*

A la puerta de estos dos personajes es abandonado, un día, un niño. Así se inicia la comedia. Una comedia con los ya clásicos recursos del decadente teatro español, en la que los solterones dan la nota humorística y también sentimental. Pero pronto, cuando ya se habían hecho a la idea de la inopinada compañía, aparece la madre y acaba con sus ilusiones. La historia es la misma historia vulgar de siempre: "Su nombre es Gloria. Hace dos años conoció a un hombre, del que se ena-

moró perdidamente. El, estaba casado. No lo supo al principio, sino cuando ya le amaba. El, no había tenido hijos en su matrimonio. Cuando supo que iba a tener uno, quiso separarse definitivamente de su mujer. Gloria se lo impidió. Aguardaban al hijo con una ilusión casi obsesiva. El hijo nació hace quince días. Hace siete murió su padre una noche, repentinamente, en casa de la mujer. No lo supo sino dos horas después de haber sido enterrado. Hoy por la mañana, enloquecida, decidió suicidarse. Dejó su hijo en nuestra puerta y huyó... Le ha faltado valor. Ha decidido afrontar la vida, por dura que sea, y nos anuncia...".

Esta es la historia que Juan, un poco apesadumbrado, repite a Santiago. Santiago entiende: la madre anuncia, por teléfono, que pasará a recoger a su hijo.

Juan y Santiago Villanova, tras de asomarse a la vida, vuelven a su inviolable soledad.

Más terriblemente sintomática, es la obra de Antonio Buero Vallejo, *Historia de una escalera*. Aunque la crítica la considera una comedia, el autor lo cree un drama. Alguno piensa que "lo que hay un poco de arcaico en esta obra, y que lleva al autor a darle carácter dramático, es el tono pesimista subjetivo, es decir, más del autor que de la obra, pesimismo romántico de fines de siglo y principios de éste, de las ilusiones y esperanzas perdidas...".

El argumento de esta obra no es sino la historia de varias familias que habitan una vecindad común, separadas por frágiles muros y que frecuentan, por gusto o por necesidad, una misma escalera. Allí, en esa escalera, se desarrolla el drama humano. Un drama humano a lo largo del cual las existencias se entrelazan y se mezclan, inexorablemente, sin hallar remedio a su fatalidad. Porque hacia dondequiera que los actores de este episodio teatral se mueven, tropiezan con lo inviolable: la escalera. Una escalera sin escapes y sin ascenso en la que, a pesar de la fuga del personaje central, no existe sino descenso. Rosa, Carmina, Trini, Elvira, Paca, Generosa, Urbano, Fernando, Pepe, doña Asunción, don Manuel, el cobrador de la luz, Carmina hija o Fernando hijo, ven sus existencias limitadas por aquella maldita escalera sobre la cual no brillan, jamás, ni el sol ni el horizonte. Ya Buero Vallejo quiso anticiparlo: "Porque el hijo deshonra al padre, la hija se levanta contra la madre, la nuera contra su suegra: y los enemigos del

hombre son los de su casa", los personajes de la *Historia de una escalera* morirán bajo el peso de su destino que está construído, por la fatalidad, de "muertes, fracasos, desengaños, hundimientos, desdichas. . ." y todos los dolores de la vida.

Pero, estos testimonios de la literatura española bajo el signo de Franco, no representan sino una de las caras de la misma moneda. Porque en España se produce igualmente, aunque no con la profusión de los libros tarados de derrotismo, otra literatura que apunta una reacción contraria a los designios franquistas.

Los hijos de Máximo Judas, la novela de Luis Landines, es una valiente condenación del caciquismo español. Y si su autor no entra a fondo en el problema que sirve de tema a su obra, y busca como solución del mismo el *tremendismo,* eso se explica por las condiciones políticas que reinan en España. De todos modos, se descubre ya en *Los hijos de Máximo Judas,* un afán de fugarse del derrotismo, de la amargura, de la fatalidad y la desesperación.

Mas en donde realmente palpita un aliento creador, es en lo que nace de las fuentes genuinamente populares españolas. Un caso: *Carlos del Pueblo* es el nombre de un obrero, de un campesino, de un maestro de escuela, de un profesionista, quizá, de un poeta, pero, no cabe duda: de un auténtico hijo de la España de Cervantes y Lope de Vega, de Machado y García Lorca. Esta voz que sube de la entraña popular española, dirige una *Carta a Dolores Ibarruri,* que es un Evangelio. En ella, le dice:

Camarada, quisiera —hoy olvidarme
del tiempo al escribirte.
Sólo gritos
como disparos, sólo la cal viva
de las blasfemias, rota sangre pobre,
y alucinados rostros en la arena
del hambre —sólo eso
podría contarte, si al momento acudo.

Y yo quisiera ver estas palabras
llevándote no el viento
pestífero y la náusea, el crujido
de tanta rama seca, no la polvareda
sucia de los cobardes, sino, vivo,

el coraje, como una espada roja
del luchador aquí y ahí y allí, el árbol
arraigado y hercúleo, la invencible
fuerza multiplicada
en el gran bosque humano.

Desde España, tú sabes, es difícil
decir esto; la vida, el entusiasmo.
el desprecio, la ira, casi siempre
se ocultan. Ves? La vida,
de sí misma hace estatua inofensiva; el entusiasmo
se encoge de hombros, el desprecio
sonríe quizá por no escupir, la ira
calla, calla dulcemente y se diluye
entre las cejas... (Hace trece años
que sufrir o esperar es clandestino,
que ser un hombre es clandestino,
que existir simplemente cae fuera
de la Ley).
Por eso es uno el golpe
y otro el sonido (y el silencio es otro),
por eso quería
apartar una rama, hablarte
desde la vida, que es siempre esperanza
en el fondo del corazón.

Bien sabes cómo estamos, pero debo,
necesito insistir. En la seca
desolación, ni llueve; hay poca agua
en las ciudades, en los callados campos,
poca agua y menos pan, y menos luz,
y en absoluto
ni siquiera unos gramos de alegría.

Pasarás por las calles; verás máscaras
petrificadas en dolor de años, palidez
y cansancio; donde no,
guardias (ya remendados) negociantes, canónigos
un poco vacilantes, como el que va
a oscuras, con asombro
de que el suelo no se hunda y esté ahí.

Verás, de pronto, un edificio
chato, con olor a zotal, junto al que algunas mujeres
están con latas o pucheros; es un cuartel. Las sobras
del rancho acuoso llegan
aún, a veces, como la bendición de un cura
a la larga agonía del pobre, maquinal. Quizá
cerca, otra enorme casa de ventanas
más tristemente repetidas, lejanas
y pequeñas, sobre las garitas
del centinela; tras aquellos muros,
hacinados acaso
entre asesinos y ladrones, o bien en nichos
de *preferencia* (a cuya puerta un perro
aullaría de espanto), allí
esperan los mejores
la libertad.

No en otras condiciones, vive el resto de la población española. *Carlos del Pueblo* lo escribe a *Pasionaria:*

. . .Salgamos. Mira
a los labriegos empuñando
la mancera o la hoz. Habla con ellos, oye cómo
piensan. Si la cosecha este año
dará para pagar
multas, abono,
las herramientas rotas, la simiente, el consumo,
el diezmo renovado, la contribución. . .

Ven, llega
al pequeño taller, a la tienda
de la esquina, al comercio de allá abajo; y
(si no es un ladrón protegido por el Comisario o el Gobernador)
encontrarás al desdichado
hombre de orden, al avariento, obtuso
ex miembro fantasmal
de las Milicias Cívicas
porque hay que defender lo poco que uno tiene,
abatido, pensando
sin entenderlo, por milésima vez, que eso poco
después de todo, se le va, se fué,
porque el pequeño déficit

inyectado, cebado no sé cómo
en el Banco, ha crecido, se ha hinchado
como si la medusa diminuta
de pronto fuera un pulpo
gigante, absorbedor (en estos pocos años
vertiginosos); *Dios, no sé a dónde vamos*
a parar; y ahora sí lo sabe. Todos
van a parar a un insaciable estómago
de metal.

Entra a los anchos barrios
de los obreros; verás
esas familias mutiladas (alguien
fué llevado algún día
y no ha vuelto; se pudre —muerto
o vivo— en la tierra
o entre paredes), o aquella otra
desimanada (alguien
huyendo de la muerte
sigue errante, prolonga
tercamente la guerra, o quizá bajo los cielos
más libres, labra vida,
y llega, alborotado, el pequeño retrato
del muchacho crecido, o del hombre
que nunca vió a sus nietos bajo sobres
con sellos de repúblicas lejanas).

Así es.
¿Y los que quedan?
Mujeres
de luto envejecido; niños, aún muchachos
precipitadamente adultos y endurecidos, graves
hombres alguna vez
ya maduros en el trabajo, pero
taciturnos y enflaquecidos (alimentados sólo
a calorías de recuerdo
y de esperanza, sin vivir),
mientras el tiempo sigue, como un barco
que ensanchará la estela de la ira.

Terrible descripción la de *Carlos del Pueblo,* que no intenta disminuir la realidad que lo circunda.

Tal es el triste cuerpo de la patria.
Tal es nuestro paisaje día a día.
Y sobre esa materia enardecida
la casta de parásitos se extiende.
No es lo mismo decirlo
que verlo a cada paso, a cada hora.
No es igual; porque ese
color sangriento, levemente variable
en el fajín del general, en el manteo
del arzobispo, en la piel misma
congestionada del banquero,
es sangre humana.

No; que ellos no miren
los huesecillos desnutridos
del niño pobre, que no oigan
la tos amarillenta del hombre aquél, que vuelvan
el rostro para no ver; como en la prensa
de un inmenso lagar, un reguerillo
de sangre surte;
es sangre humana,
es sangre de millones de seres,
es la vida robada. —¿Oís?—. No oyen
aunque lo saben no lo quieren ver.

Con todo, el pueblo está en pie. Vive. Y late su corazón y con el latir de su corazón alimenta y mantiene, viva, su fe.

. . .ya no sirve
el viejo bálsamo adormecedor,
con patente de Roma y fabricación nacional
al por mayor, de: *Hay que tener resignación,*
el mundo, pobrecillos,
es un valle de lágrimas.
Todos saben por quien,
No lo será.

Pero, ¿es acaso, esto todo? No. *Carlos del Pueblo* lo afirma.

. . . . . .
hay sufrimientos, pero también hay lucha.
Sacude la miseria

un oleaje de puños que no cejan; sobre las ruinas
amanece una roja, creadora esperanza.

Y en ella estás. Eso quiero decirte
ante todo. Que eres
la combustión central de la esperanza.

Alegra hoy, engrandece
tu noble corazón, porque en esta ancha tierra
que es la tuya, no, ya no somos miles
ni decenas de miles tus camaradas, más
(desde Galicia
que Gayosso sembró, hasta Cataluña
que no quiere ni puede olvidar, desde
tu Asturias roja y llameante
desde Euzkadi de hierro a Extremadura, en pie
de hambre, a Andalucía clara, como nunca
en el dramático esqueleto de su voz),
somos, escucha, un pueblo entero, unido
somos un corazón
en millones de pechos, volvemos hacia ti
millones de miradas, apretamos erguidos
hoy millones de puños en un solo clamor.

Y tu vida, la vida del Partido
arraiga, es fuerza pura
de una invencible primavera, llega
con igual fuerza donde llega el mar.

Y aunque en la noche con frecuencia estamos
mutuamente solos, cada uno
con su secreta luz, basta
un retazo de vida, un momento, un fulgor
para de pronto estrechar al amigo,
al compañero al camarada, unidos
en una misma fe y una alegría.

Y entre tantos, como un presentimiento
de una sola, compacta firmeza,
de una inmensa esperanza total, abarcadora
del mundo entero. Como nuestras vidas

es la de España, y la de más allá. Todos
en cada uno, y nadie
si no es con todos.

Carlos del Pueblo se despide. Y al despedirse, deja viva su promesa:

No descansaremos hasta que llegue el día.
No quisiéramos morir sin verlo.

Pero sonreiremos a la muerte
si nos enfrenta por hacerlo llegar.

Y esta voz, que de España nos viene, es, a la vez, la voz del dolor y la alegría, la palabra de hoy y de mañana, el verbo del presente y del futuro, la revelación de la noche y de la aurora, la presencia de las sombras y la luz. Porque como en el clásico decir, España es dos Españas: la del mito y la de la realidad, la que se hunde en su angustia y su martirio y la que germina, en medio del tormento del nacer, con su eterna ilusión a cuestas.

PUERTO RICO EN NUEVA YORK

Por *Jesús de GALINDEZ*

XI.—LLEGO HACE VEINTE AÑOS Y TIENE UN RESTORAN

Los que se adaptaron...

TENÍA hambre y estaba lloviendo; por eso entré en aquel pequeño restorancito del Bronx. En la intersección de Intervale y Westchester Avenues, bajo el andamiaje del Elevado; pero se llamaba "Noche tropical"....en fin, ¡ironías de Nueva York! Era limpio, y no había gente; me senté en la barra; el menú anunciado era el clásico de todo restorancito hispano, y el puertorriqueño que atendía me recomendó un plato de mondongo. Lo encontré sabroso de verdad; pero más sabrosos todavía fueron los comentarios, sencillos y espontáneos de aquel puertorriqueño.

Se llama Jorge Paz. Y desde aquella noche es para mí el símbolo del inmigrante puertorriqueño adaptado a la vida newyorkina.

Llegó a esta ciudad hace una veintena de años. Fué de los últimos de la primera hornada; y con gracejo cuenta sus luchas de joven contra los italianos que aún ocupaban la Quinta Avenida del actual Spanish Harlem. Poco a poco les fueron empujando hacia el este; poco a poco el Barrio fué ensanchándose hacia sus límites actuales. Pero Jorge Paz avanzó más que el Barrio. Y desde hace diez años vive en el Bronx, "Morrisonia", en ese segundo gran barrio puertorriqueño de Nueva York; el barrio de los adaptados, de los que han conseguido establecerse en una situación acomodada. El se casó con una puertorriqueña, y tuvieron tres hijas; las hijas hablan inglés perfectamente, y su aspecto físico es muy superior al de los puertorriqueños recién llegados. Desde ha-

ce algún tiempo es propietario del restorán; sus comentarios son los de un hombre que mira el futuro con seguridad...

Como Jorge Paz, son millares y millares los puertorriqueños que se han abierto camino en la ciudad de los rascacielos. Algunos, los de las clases más altas, porque ya vinieron preparados y les fué fácil desde el principio conseguir buenos empleos, favorecidos por su conocimiento de los dos idiomas. Pero más interesante aún es la adaptación de los hombres humildes; que comenzaron su vida en el Barrio, y poco a poco lograron subir. Su adaptación es ejemplo para la gran masa puertorriqueña en Nueva York.

Esa zona del Bronx es la que marca hoy la comunidad puertorriqueña media más sobresaliente; aunque se le asemejen otras zonas, cual la radicada en Washington Heights. Estudiar su género de vida, es analizar los triunfos y los defectos del puertorriqueño adaptado.

Las casas en que viven no se diferencian de los apartamientos que ocupa cualquier norteamericano de tipo medio. Hay clubs y lugares de recreo, con nombres tan criollos como "Los Antillanos" y "El Escambrón", que tampoco se diferencian en nada de los que pueden hallarse en cualquier barrio newyorkino; si no es por la música que en ellos se escucha, y el idioma que sus clientes suelen hablar. Aunque a menudo se topa el curioso con algún matiz que recuerda esa atracción de la isla lejana; como un anuncio que cierta vez leí: "Se vende una laundry (lavandería) con 25 máquinas, a cambio de una finca en Puerto Rico".

Esos puertorriqueños trabajan; trabajan mejor que en Puerto Rico. Sin embargo, su vida familiar es bastante distinta a la que allí llevaban. Es más dura; porque las comodidades hay que pagarlas; y porque el duro clima newyorkino no es tan simple de combatir como allá abajo en el trópico. Allí, un bohío puede cubrir a una familia campesina; en Nueva York necesitan un apartamiento, con calefacción y nevera. Y para hacer frente a esas necesidades o comodidades, la mujer suele trabajar; rompiendo la tradición insular y su género de vida casero.

Los hijos van a las escuelas norteamericanas; como consecuencia hablan perfectamente inglés. Y ese dominio les da facilidades en su futuro trabajo, de que carecieron los proge-

nitores al llegar. Pero, pero... ese conocimiento del inglés provoca también un peculiar complejo en el seno de muchas familias; porque los hijos a veces se consideran superiores a los padres, y la autoridad paterna suele salir perdiendo.

Otra característica recogida por los investigadores de la Columbia University es la falta de relaciones sociales entre los puertorriqueños. Su mundo suele estar reducido a los familiares que viven juntos, y a los vecinos del mismo apartamiento; todo lo más de la misma casa. El puertorriqueño es reacio a la participación en asociaciones de tipo alguno; y su centro de información e intercambio de comentarios suele ser la bodega o la agencia de viajes.

Tampoco tiene muchas relaciones con grupos de otro origen racial. Y si hay relaciones entre ellos, con frecuencia son de suspicacia cuando no tirantez; máxime si se trata de italianos o grupos inmigrantes vecinos, con los cuales tiene que batallar a diario en su desarrollo demográfico. Por ejemplo, cada vez que una familia puertorriqueña entra en una casa ocupada por italianos, éstos suelen resentir "la invasión". Y no faltan las luchas callejeras, sobre todo entre las bandas de muchachos.

Estos fenómenos se notan más agudamente en el Barrio; pero también se sienten en el Bronx. En el Barrio la curiosidad suele ser el empeño de muchos negros americanos por aprender el español, a fin de hacer negocio en el Spanish Harlem. También hay profesionales judíos que aprenden español para establecerse en el Barrio; o vendedores que han conseguido puestos oficiales en "la marqueta".

El puertorriqueño habla poco inglés; aunque a menudo sepa lo bastante para hablarlo normalmente. Y no lo hace porque tiene vergüenza de hablarlo incorrectamente. Recuerdo una experiencia que viví, sumamente expresiva: estaba interrogando a un grupo de costureras sobre temas variados, con la ayuda de uno de sus dirigentes sindicales; éste me hizo un guiño, y las indicó: "Levanten la mano las que no sepan nada, nada, de inglés"; casi todas levantaron la mano automáticamente, sin darse cuenta que la indicación les había sido hecha... en inglés.

En esa clase media adaptada se conservan las buenas tradiciones de la isla; en armonía con las costumbres norteame-

ricanas que van tomando según su conveniencia. Son puertorriqueños en casa; y no se distinguen en la calle de los demás habitantes de esta ciudad cosmopolita. Son los puertorriqueños que suelen olvidar los periodistas cuando escriben despectivamente sobre este inmenso núcleo humano; parece que sólo conocen al puertorriqueño inadaptado. Pero también es forzoso reconocer que hay otro ligero matiz discriminatorio, que ya no procede de los periodistas norteamericanos.

Esa discriminación radica instintivamente en algunos elementos de la clase alta puertorriqueña. Cuando se hace un juicio general sobre "los puertorriqueños", esa clase alta se da por aludida y fácilmente se siente herida. Y sin embargo, en su vida social esos puertorriqueños de élite se aíslan de la clase media, por adaptada que esté ya a la vida newyorkina; y se codean con el grupo que los norteamericanos suelen llamar "latinos".

Sé que muchos lectores puertorriqueños van a rechazar indignados esta distinción; pero varios años de estancia y vida activa en Nueva York me han hecho notar tres gentilicios distintos: "Spaniard" es el español nativo; "Spanish" suele ser el habitante del Barrio, sea o no puertorriqueño; y "Latin" la clase alta sudamericana, en sus distintas variedades nacionales.

No siempre "Spanish" toma matices despectivos; y "Spanish" puede ser también el puertorriqueño del Bronx. Pero el matiz a que aludo arranca del Spanish Harlem; y el norteamericano corriente suele unirlo instintivamente a lo que conoce, o con más frecuencia oyó decir, sobre la vida en el Barrio. Vida poco recomendable, al parecer.

Con esto tampoco se pueden identificar "Spanish" y "el Barrio" con la inmigración puertorriqueña, aunque sea en sus capas más humildes. No. En el Barrio viven hispanoamericanos, y algún español que otro, que no son puertorriqueños. Y también siguen viviendo en el Barrio familias que por su género de vida deberían haberse trasladado ya a las comunidades del Bronx u otras. Pero lo que interesa analizar es el nivel general; y el nivel general del Barrio es tan acusado que merece atención aparte la mala reputación que le rodea.

XII.—MARIHUANA, PROSTITUCION Y OTRAS LACRAS

Los que delinquen...

HACE pocas semanas, un juez newyorkino impuso condena al superintendente de un edificio en el Barrio, pero la suspendió porque el hecho está castigado en las ordenanzas sanitarias "pero es una práctica constante". El delito en cuestión tiene un nombre popularizado en la barriada; se le llama "air mail garbage", que podríamos traducir como "disponer de la basura por el correo aéreo".

Esa frase explica algo que llama la atención a todo curioso que pasea por el Barrio; esos solares sucios, en que se amontonan las latas vacías chamuscadas.

En estos edificios antiguos, nunca se conocieron los sistemas modernos para disponer de la basura por el hueco del "incinerator". El sistema es más primitivo; aunque también a través de un hueco, por el que varias veces a la semana sube y baja una plataforma movida con cuerdas por el superintendente; en esa plataforma ponen la basura los vecinos llamados por un timbre, y el superintendente recoge la basura de la casa para que se la lleven los camiones de la Sanidad Municipal. El sistema es primitivo, pero podría funcionar; lo que sucede de hecho es que las casas están abandonadas, el artilugio no funciona, o los superintendentes no reciben paga suficiente; en fin, al cabo de algunos días es más fácil disponer de la basura arrojándola por la ventana al solar inmediato. Donde de vez en cuando se pega fuego a los montones de detritus; pero las latas de hojalata quedan, por muy chamuscadas que aparezcan después.

Este detalle es sólo una de las inmundicias que dificultan la vida en el Barrio. Es cierto que en algunas cuadras hay apartamientos decentes, y aún mejores que los "rooming houses" del West Side. Pero lo frecuente es hallar apartamientos sucios, en que se amontonan las familias por habitaciones; a razón de varias personas en cada habitación. Estos días, por cierto, la prensa de habla española está dando aire a lo que llaman "racket" de las viviendas, por insuficiencia del idioma español para recoger el matiz de este negocio criminal. Pero el sistema es conocido por todos, en el Barrio y fuera del Barrio. Citaré sólo cifras publicadas en cartas de

una de las víctimas: un apartamiento que renta 45 dólares al mes, está subarrendado por habitaciones al precio de 21 dólares a la semana el cuarto n. 1, 13 dólares el n. 2, 12 el n. 3, 7 el n. 4, 13 el n. 5 y 16.50 el n. 6; en total el explotador de ese "rooming house" saca 83.50 dólares a la semana, sin dar más servicio que un cuarto sanitario común para todos, y una cocina diminuta en que se amontonan los cachivaches y la suciedad. El panorama es semejante por doquiera; y no es posible descubrir el estado de los muebles decrépitos, y la suciedad de unas casas sin pintar ni retocar hace decenas de años.

El negocio suele ser de los subarrendadores; y el propietario del edificio, ante la dificultad para sacarle más renta, no se ocupa para nada de hacerle reparaciones. En esas casas a menudo pululan las ratas en invierno, y las cucarachas en verano. Y desde luego el hedor de escaleras y portales es repulsivo.

El municipio ha condenado varios de esos edificios. Pero hasta la fecha sólo ha construído un grupo de casas modernas, entre Park y Lexington Avenues, a la altura de las calles 114 y 115. Hay otro proyecto aprobado, que abarca desde la Quinta Avenida a Lenox Avenue, a la altura de las calles 113 a 115; pero, hace diez años que están condenadas las casas, hace tres que se comenzaron a demoler, y este es el momento en que aún no se ha construído una sola pared, y son bastantes las casas que exhiben sus puertas y ventanas tapiadas con maderas claveteadas, mientras algunos vecinos se aferran a vivir en ellas como pueden.

El problema de la vivienda es el más agudo en el Barrio; aunque sus efectos se hacen sentir también en muchos otros sectores hispanos de la ciudad. Pero la mala reputación del Barrio no procede de ahí; ésa es una tara que sufren sus habitantes, pero de la cual no se preocupan los demás. De paso, señalemos que muchos la sufren porque prefieren esa miseria a la denuncia que pudiera condenar la casa y arrojarles en busca de otra, que será tan mala o peor. No, la reputación del Barrio procede de la indudable delincuencia que en él existe, en proporción muy superior a la de otras barriadas newyorkinas.

Uno de los aspectos de esa delincuencia son las luchas raciales, como las peleas y a veces las agresiones entre hispanos e italianos. Así, en los últimos meses se denunciaron

varios casos ocurridos en la calle 109, por la que avanzan algunas familias puertorriqueñas desde la Tercera hacia la Segunda Avenida, lo que fué resentido por sus habituales habitantes italianos.

Otra modalidad más seria es la variante local de las pandillas que antaño aterrorizaron a Chicago. Son pandillas de muchachos que rompen las vidrieras de los escaparates, y después ofrecen su "protección" a los dueños por algunos dólares periódicos. O el asalto a los camiones que descargan suministros a la puerta de las tiendas. Esto no es fantasía, son hechos denunciados y comprobados repetidas veces. Como notorio también es el hecho de algunos policías que cobran cantidades periódicas de comerciantes y centros de recreo; aunque respecto a la policía la queja más grave y unánime es que no sabèn el idioma español y no atienden las quejas hispanas.

La actividad delictiva que más resonancia ha tenido en los últimos tiempos ha sido el tráfico de marihuana. Es general en toda la ciudad, y son muchos los sitios donde casi abiertamente se podían conseguir toda clase de drogas; pero es absolutamente cierto que el tráfico de la marihuana es tan frecuente en el Barrio que cualquiera puede escuchar el soplo de quien le dice dónde puede conseguirla casi públicamente. Yo mismo tropecé en mis correrías por el Barrio muchos de esos soplos, que nunca quise seguir por razón de tranquilidad personal. Los recientes descubrimientos policíacos sólo han venido a proclamar lo que todos sabían. La droga más corriente en el Barrio es la marihuana; pero también se usa la heroína, mucho más peligrosa.

La prostitución también es más o menos pública. Con el dedo se pueden señalar algunos lugares, como la esquina de la calle 111 y la Quinta Avenida, donde es corriente ver algunas prostitutas que esperan; otras incitan al pasar por las calles laterales. Esa prostitución es peligrosa; no tanto por las posibles enfermedades venéreas, sino por otra índole de accidentes. Es fácil quedar desvalijado en una casa, cuando no golpeado y sin ropa además. En el libro "New York Confidential" se describe uno de los trucos para esos robos mientras el cliente se entretiene con la mujer, a base de aberturas practicadas en un tabique, por las que se introduce una mano que alcanza la ropa puesta en la única silla bien colocada

de antemano. Un español que vive en el Barrio me contaba recientemente su propia experiencia personal; él está seguro de que nadie entró en la habitación, pese a lo cual su bolsillo fué desvalijado limpiamente; pero su sospecha no busca orificios en los tabiques, sino simplemente un individuo oculto bajo la cama que trabaja mientras el cliente está demasiado absorto sobre ella.

Un paso más, y vienen los robos violentos, los atracos de noche, las violaciones en el Parque... Ni el Barrio ni su zona del Parque Central es lugar seguro de madrugada.

Con estos hechos, absolutamente ciertos, no pretendo arrojar una mancha colectiva sobre los habitantes del Barrio Hispano. Al contrario, ellos son los primeros en sufrir de esa criminalidad; como sufren la condición de sus viviendas. La gran mayoría de sus habitantes es gente humilde, gente pobre, gente inculta; pero también es gente honrada.

Lo único delictivo oficialmente que a casi todos por igual une es "la bolita"; esa lotería clandestina a base de las carreras de caballos en el hipódromo más cercano a Nueva York, a la que ya me he referido anteriormente. "La bolita" se juega en todo Nueva York; pero su máxima popularidad está en el Barrio. Y a media tarde van corriendo de bar en bodega las últimas noticias con los números que van saliendo. La gente juega cantidades pequeñas; un dólar, medio dólar, veinticinco centavos. Pero los tahures que manejan el negocio están unidos a grandes organizaciones criminales del hampa norteamericana; que precisamente salieron a relucir recientemente en la investigación senatorial sobre el crimen en los Estados Unidos.

Marihuana y prostitución, violaciones y atracos, "racket" de la vivienda, "gangs" de muchachos... El hampa del Barrio, lo que le proporciona su mala fama. Pero eso es lo patológico; y nada tiene que ver con la vida normal del puertorriqueño, aunque viva en el Barrio.

XIII.—APATIA POLITICA Y ACTIVIDAD SINDICAL

Los que se organizan...

"LA tierra de Borinquen donde he nacido yo, es un jardín florido de mágico primor", reza la primera estrofa de "La Borinqueña", el himno nacional puertorriqueño que une los latidos

de todos los isleños aunque pertenezcan a los partidos políticos más dispares. Pero yo lo oí cantar una noche de mala manera en las calles de Nueva York, por los asistentes a un acto en que los oradores apenas si sabían pronunciar alguna palabra en español; era la víspera de las últimas elecciones congresionales norteamericanas, y el Partido Laborista celebraba su último mitin callejero en el corazón del Barrio Hispano.

Durante los años que Vito Marcantonio fué diputado, pareció ser el portavoz extraoficial de los comunistas norteamericanos y de los puertorriqueños de Nueva York. Para derrotarle tuvieron que coaligarse los Partidos Demócrata, Republicano y Liberal, y tuvieron que alterar bastante los límites de su distrito a fin de incluir zonas elegantes del East Side. Porque su fuerza no es propiamente ideológica; su fuerza se basa en un buen aparato de auxilio a los puertorriqueños en desgracia.

Los investigadores de la Columbia University han comprobado perfectamente el fenómeno. El puertorriqueño de Nueva York, no se organiza, el puertorriqueño no se preocupa de política. Y Marcantonio cubrió el hueco, montando una oficina en que oye sus quejas, y las hace llegar hasta los organismos oficiales encargados de resolverla. Hoy parece que ciertos elementos hispanos dirigentes tratan de burlarle la jefatura, a base de comités qu realicen idéntica misión; pero la verdad es que hasta ahora no existe una organización política puertorriqueña, y menos hispana, en la ciudad de Nueva York; pese a los millares de votos que suponen ya en cada elección.

Si se habla con esos dirigentes, cada cual asegura que la mayoría de los puertorriqueños sigue las filas del partido político en que él milite. De hecho, muchos afiliados a los sindicatos, sobre todo los que trabajan en los talleres de costura, pertenecen o votan por los candidatos del Partido Liberal, dirigido por el gran jefe de la ILGWU, Dubinsky. Pero sus afiliados, como los afiliados al Partido Demócrata o al Partido Republicano, son pocos si se comparan con los 350,000 puertorriqueños que puede haber ya en Nueva York. Y hasta ahora han fallado los intentos para formar Comités Hispanos de Coordinación que utilicen ese potencial en favor de candidatos de origen hispano.

En cuanto a los partidos puertorriqueños, hay dos pequeñas minorías activas que pertenecen respectivamente a los Partidos Nacionalista e Independentista; del primero eran miembros,

precisamente, los dos puertorriqueños que el pasado año intentaron el gesto de atentar contra el Presidente Truman, Collazo y Torresola; pero la verdad es que estas minorías son todavía más insignificantes que las agrupadas alrededor de los partidos norteamericanos. Los independentistas, más numerosos hoy, se reúnen en la "Casa Borinquen" de Amsterdam Avenue y la calle 160; y cuentan con la adhesión de bastantes escritores e intelectuales. El sentimiento que sí parece estar extendido en la colonia newyorkina es su oposición contra el actual Gobierno de Puerto Rico; sin que haya podido profundizar en sus causas.

No. El puertorriqueño de Nueva York no es político. Y ha tenido que ser un descendiente de italianos quien se aprovecha de la fuerza masiva de sus votos, acudiendo a la solución de sus problemas humanos diarios. Sobre todo el socorro de la asistencia pública.

En cambio, la vida sindical es fuerte entre los puertorriqueños; y en general entre todos los trabajadores hispanos de Nueva York. Las uniones más nutridas son las distintas de costureras, federadas en la ILGWU. Entre los hombres son de destacar las de Restoranes, Cafeterías, Bares, Hoteles y Lavanderías; en la National Maritime Union han disminuído bastante, pero en un tiempo tuvo muchos afiliados puertorriqueños.

Son muchas las uniones de la ILGWU con personal afiliado hispano; la local n. 91 de ropa de niños, la n. 62 de ropa interior, la n. 98 de ropas engomadas, la n. 105 de trajes de invierno para niños, la n. 155 de tejidos de punto, la n. 23 de faldas, la n. 25 de blusas, la n. 132 de plásticos, la n. 142 de corbatas y bufandas, la n. 66 de bordados, la n. 22 de vestidos de señora. Pero voy a escoger sólo como típica esta última unión, la local n. 22, quizás por la personalidad dinámica y pintoresca de uno de sus agentes, el sefardita Saby Nehma.

Saby nació en Salónica el año 1900, en 1921 llegó a los Estados Unidos como inmigrante, en 1930 ingresó en la Unión, y desde 1933 es uno de sus agentes a cargo de los afiliados hispanos. Habla un español perfecto, pero con ese acento simpatiquísimo de los sefarditas; que de vez en cuando le lleva a intercalar esas palabras añejas que a Saby le ha valido que sus amigos le remeden por ejemplo diciéndole "agora". Y hay que verlo en su oficina de la calle 40, atendiendo a la vez a media docena de operarias que lo mismo vienen a quejarse de la "floorlady" que no reparte bien el trabajo, como a consultarle

las cosas más dispares; para todas Saby tiene una broma y un consejo práctico. Junto a él trabajan agentes hispanos, como la puertorriqueña Rosita Montalbo que está al frente del departamento de quejas, y la cubana María Calera que tiene a su cargo la vigilancia de sesenta talleres.

El Secretario General de la unión local n. 22, y uno de los Vicepresidentes de la ILGWU, es Charles Zimmerman; quien hace pocos meses me aseguraba que no existe la menor diferencia entre los trabajadores hispanos y los de otras nacionalidades, en lo que se refiere al trabajo en sus talleres, y a la organización sindical; lo que le falta al hispano suele ser una preparación sindical previa, sobre todo en el caso de las mujeres, pero se habitúan pronto; fué más difícil organizar a los judíos y a los italianos años atrás. En la actualidad tienen unas 4,000 afiliadas; siendo de hacer notar que en general las costureras que hacen trajes de señoras son lo mejorcito del gremio.

Este matiz es preciso tenerlo en cuenta al valorar algunos datos que recojo a continuación; tanto en la cuantía de los salarios que ganan, como en el mismo porcentaje de nacionalidades. Para mejor conocer el ambiente, tuve cuidado al realizar estas encuestas de conocer dos grupos distintos; uno en la sede de la Unión, en reunión a la que asistió lo más granado del sindicato, y otra en una reunión local de la rama del Barrio Hispano, en Harlem.

Entre las primeras, casi todas blancas y elegantemente vestidas, la proporción era un 50% de puertorriqueñas, un 25% de cubanas, y un 25% de las demás nacionalidades. Todas ellas viven en Manhattan, y en su mayoría en la zona "latina" del alto Broadway y Washington Heights. Pues bien, estas operarias ganan como término medio de 40 a 70 dólares semanales, pero con frecuencia pasan de los 100 y alguna ha llegado a ganar 130 dólares semanales. Y todas ellas respondieron sin vacilar que no notan la menor discriminación en su trabajo por razón de la nacionalidad, ni siquiera la dificultad del idioma imperfecto que hablan. Como detalle práctico de esta Union, agregaré que en los talleres sindicados permiten que trabajen nuevas operarias sin afiliar por un plazo máximo de cuatro semanas, después deben hacerlo; y en cada taller existe una "chairlady" que representa a la Unión y es elegida por todas las afiliadas del taller.

En el segundo grupo las características variaban bastante. Casi en su totalidad eran puertorriqueñas, salvo tres cubanas y una dominicana; había bastantes de color más o menos acentuado; todas vivían en el Barrio; y más de una se quejó de desigualdades, en provecho de las operarias italianas. Sin embargo, el promedio de sus ganancias es sólo muy ligeramente inferior al de las trabajadoras del primer grupo; lo que demuestra la eficacia de la Unión. La sede local de la misma en el Barrio está situada en el n. 1914 de la Tercera Avenida, en la frontera entre hispanos e italianos; lo que se refleja en la dualidad de uniones locales que comparten el edificio, la n. 80 de italianas, y la n. 22 en que predominan las hispanas. Por cierto, todas estas diferencias raciales se reflejan también en los diversos idiomas (español, judío, italiano e inglés) en que se imprime el periódico "Justicia", órgano oficial de la ILGWU.

Publicación que completa la labor de protección puramente material al trabajador, con la educativa y de formación política. Lo mismo que las clases de inglés que tanto ayudan a las trabajadoras recién llegadas a esta Babilonia, en que se habla inglés con todos los acentos del planeta.

XIV.—CULTURA, RELIGION Y ESPIRITISMO

Los que rezan...

En Nueva York hay dos diarios en lengua española: "La Prensa", que cuenta ya casi cuarenta años de vida; y "El Diario de Nueva York", fundado en 1949. Los dos recogen las palpitaciones de la vida hispana; con una mayor seriedad formal en el primero; y un mayor sensacionalismo en el segundo, que últimamente ha acentuado la nota puertorriqueña. Además hay publicaciones semanales de menos circulación, como "Ecos" y "Temas".

Sin embargo, el periódico que más circula entre la colonia puertorriqueña es un diario norteamericano, el tabloide nocturno "Daily News"; por cierto con extraña desconsideración hacia su colega el "Daily Mirror". La explicación es que la colonia puertorriqueña, como en general toda la colonia hispana humilde, no lee; sólo mira las fotografías, y cuanto más sensacionales mejor. Quizás por eso mismo, "El Diario de Nueva York" se ha transformado recientemente en tabloide también.

La vida cultural es pobre. Hay minorías selectas que se agrupan en centros culturales, como el "Instituto de Puerto Rico", el "Ateneo Cubano" y algunos otros nacionales; y de vez en cuando montan una obra de teatro española en el Teatro Master, de Riverside y la calle 103. Pero el gran público sólo acude a las películas, y a esos espectáculos de variedades donde predominan los chistes de calibre grueso.

Mucho más interés tiene observar la vida religiosa de los puertorriqueños; y en este punto sí que tiene interés el mundo puertorriqueño, muy por encima del resto de los grupos hispanos. Porque en general éstos son católicos, o no se preocupan de la vida religiosa activa; mientras que entre los puertorriqueños están floreciendo toda una serie de matices, de origen norteamericano o antillano.

Oficialmente la gran mayoría son católicos. Es decir, han sido bautizados en la religión católica. Pero si se realiza el menor censo sobre los católicos que practican su religión en Nueva York, el resultado será desconsolador para la Iglesia tradicional. Refiriéndose sólo a la colonia puertorriqueña, los investigadores de la Columbia llegaron en su estudio a las siguientes conclusiones estadísticas: El 83% de los puertorriqueños declararon ser católicos; pero de ellos, sólo un 12% consideran que la religión es lo más importante, y más de la mitad, un 56%, no se preocupa de la vida religiosa o declararon ser católicos a su manera. Un 9% declaró ser protestante; y entre ellos la proporción respectivamente fué de 24%, 32% y 44%. En cambio, el pequeño porcentaje de un 5% que en Nueva York pertenece a las llamadas "sectas", "pentecostales" o "aleluyas", declararon que la religión es para ellos lo más importante en proporción de un 49%. Queda todavía un pequeño porcentaje de un 2% que pertenece a distintos grupos espiritistas.

¿A qué es debida esa apatía de los Católicos, y ese auge de las Iglesias Protestantes, Sectas Pentecostales y Centros Espiritistas? Hace poco, conversando sobre estos temas con un sacerdote católico amigo, coincidía conmigo en que la razón estriba fundamentalmente en dos hechos: en primer lugar, en la falta de sacerdotes católicos que hablen español; en segundo lugar, importante aunque parezca sólo pintoresco, en la clase de música que se usa en las Iglesias Pentecostales.

Hay pocas iglesias católicas con sacerdotes que hablen español; y aun algunos de éstos no son españoles o sudamerica-

nos nativos, de modo que hablan un extraño e imperfecto idioma, que no resulta apropiado por ejemplo para menesteres tan íntimos como la confesión y la dirección espiritual. Los católicos hispanos acuden a iglesias donde les hablan en un inglés que de ordinario no entienden. En cambio, en todas las iglesias pentecostales les hablan español, y español en sus matices puertorriqueños. En la Iglesia Católica se sienten extraños y casi avergonzados; en la Iglesia Pentecostal se sienten en casa.

La iglesia católica hispana más importante es La Milagrosa. No está propiamente en el Barrio, pero tan inmediato a él está, que puede considerarse incluída en el mismo; con la ventaja de que su radio de acción alcanza a otros grupos hispanos del West Side. Aunque en extraño contraste se halle en el corazón del Harlem negro; en el 77 de St. Nicholas Avenue, esquina a la calle 114. Es la iglesia de las bodas hispanas, los sábados por la tarde; es una iglesia que ha registrado más de 27,000 bautizos en 23 años. En la actualidad cuenta con unos 2,000 a 2,500 fieles fijos. Los sacerdotes que la atienden son españoles nativos.

Otras iglesias católicas importantes entre la colonia hispana son San Lázaro y San Anselmo, en el Bronx; Santa Cecilia y la Santa Agonía, en el Barrio; La Esperanza, en la zona de Washington Heights; y La Guadalupe, en la calle 14, en la ciudad baja, donde viven hispanos de distintas nacionalidades y últimamente se está creando un importante sector puertorriqueño muy humilde. Pero San Anselmo es una iglesia norteamericana con algún sacerdote de habla española, y La Guadalupe está atendida por sacerdotes canadienses que han aprendido español. . .

Frente a esa escasez, son cada día más numerosas las iglesias protestantes regulares, de evidente origen norteamericano; pero atendidas por pastores de habla española, que anuncian sus cultos en los periódicos. Quizás la que goza de más fama es la Iglesia Evangélica Española del Bronx, a la altura de la calle 161 y Westchester Avenue. Pero las hay de distintas denominaciones: Bautistas, Presbiterianas, Luteranas, Evangélicas. . . Estas Evangélicas son las que parecen tener más difusión; probablemente porque sus misioneros son los que han venido trabajando más en las Antillas, durante los últimos años.

Lo extraordinario es la enorme difusión de las iglesias pentecostales, de las "sectas" como ellos mismos se dicen, de los

"aleluyas" como son conocidos generalmente por los demás; tan interesados son, que quiero dedicarles un apartado especial, el último de este reportaje. Así como los distintos centros espiritistas, más o menos serios, más o menos engañabobos.

Son numerosos los anuncios que el curioso puede leer al caminar por el Barrio: así, la "Misión Espiritual Amor y Caridad", en la calle 107 del Este; el "Centro Caridad", en la calle 116 entre Quinta y Lenox Avenues; la "Sociedad Espiritista Hispanoamericana", en la esquina de Madison Avenue y la calle 111. . .; y aun fuera del Barrio, como la "Escuela Magnético Espiritual de la Comuna Espiritual", en la calle 102 de Oeste. Otros anuncios son menos públicos, pero de vez en cuando se pueden leer en los periódicos hispanos.

Cierta vez traté de llegar a uno de estos lugares anunciados medio en secreto. Se llamaba pomposamente: "La Nueva Iglesia, Luz del Espiritismo"; y el anuncio decía textualmente: "Ofrece sus servicios al público hispano. Instrucción bíblica e intelectual. Mensajes del otro mundo. Sanidad Científica Espiritual. Se hacen citas a bodas y bautizos". A su frente estaba un Reverendo, que daba su nombre, dirección y teléfono. Primero acudí a la dirección señalada; al exterior no ofrecía anuncio alguno. Subí por una escalera empinada, y con ese olor indefinible tan común en el Barrio; llegué a la puerta del apartamiento también sin anuncio alguno, tras ella se escuchaba una radio. . . y francamente, no me atreví a entrar solo. Al día siguiente llamé por teléfono, me respondió una voz de mujer, que nada sabía de La Nueva Iglesia, pero al oír sus comentarios una voz advirtió desde lejos: "Dile que no estoy y que llame más tarde"; cuando llamé más tarde, me pidieron el nombre y la dirección, quedaron en avisarme para una cita, pero nunca lo hicieron aunque insistí. Aquel lugar es lo que los americanos llamarían un "racket"; y yo por lo menos lo califico de engañabobos para las personas humildes.

Porque la creencia en supersticiones es tan extendida entre esta gente, que lo mismo acuden a las tiendas de brujerías y al "brujo" que les receta un "agua" y una "oración", como a los "mediums" espiritistas que le transmiten un mensaje del otro mundo por un peso, o a la adivinadora que les lea el futuro. Con tal de que ese futuro sea un poco mejor que el presente. . .

Una de esas adivinadoras está en Lexington Avenue, cerca de la calle 107; vestida de gitana, aunque probablemente es del

trópico. Pero la verdad es que en el Barrio tienen más éxito los brujos y los espiritistas.

Algunos de estos centros espiritistas siguen sus creencias y estudios con toda seriedad. Por ejemplo, el grupo que se reúne en la Sociedad Espiritista Hispanoamericana de Madison Avenue, en colaboración con el Centro llamado Renacimiento. Una de sus cabezas es el Rev. William A. Colon; autor de varios folletos explicativos, y motor de las Concentraciones Espiritistas que ya han tenido lugar en tres años sucesivos. En ese lugar se escuchan conferencias científicas públicas; y me dijeron que están ensayando algunas sesiones de "fenómenos", totalmente reservadas para los iniciados.

También he intentado inútilmente asistir a las sesiones de estos grupos serios. Porque si en los engañabobos temen al posible policía que les denuncie, en éstos rehusan al "profano" por ignorante. El hecho es que he podido asistir fácilmente a centros espiritistas norteamericanos, y todavía he fallado en todos mis intentos de asistir a una sesión hispana.

Aunque una vez me tropecé, en una tienda de brujerías por cierto, a un puertorriqueño de esos efusivos, que en el acto se identificó como "medium". Me dijo que sus facultades son tales, que tiene miedo a sí mismo; porque no puede entrar en ninguna habitación sin enterarse de lo que están pensando los demás... ¡Si fuese verdad, y hubiese podido leer mis pensamientos en aquel instante!...

XV.—IGLESIAS CON MUSICA TROPICAL

Los que son "poseídos"...

"DÁME un hombre, para querélo!" Junto al altar estaba arrodillada una mujer fea y de edad madura; rezaba en voz alta, rezaba alzando las manos al cielo, rezaba a veces agitada por una convulsión. Aquella mujer conversaba con Dios; aquella mujer tenía fe ciega, y le pedía lo que no puede lograr por sí sola.

Como fe ciega tienen todos los hombres y los jóvenes que entran en la iglesia, agitada a menudo en un escándalo colectivo de cánticos y palmadas, y se arrodillan contra el banco, se abstraen por unos minutos, y conversan también con Dios; después

se incorporan y cantan, o brincan, como todos. Aquellos fieles tienen fe.

Es lo que más impresiona al curioso que entra en una iglesia pentecostal. Su fe, su sinceridad.

Al principio suele acudir atraído por los cánticos que oyó al pasar. Son cánticos extraños en una iglesia, porque son cánticos de música tropical. La primera vez que les oí, desde un edificio inmediato, creí estar escuchando los bailes de un "vudú" haitiano, como los que conocí antaño en las Antillas. Y el día que guié a Germán Arciniegas por el Barrio, al entrar en aquel mismo lugar nos sorprendió el ritmo que estaban cantando, enormemente conocido, tan conocido que no podíamos reconocerlo; porque en aquella iglesita pentecostal estaban cantando, con letra absolutamente religiosa, los compases del "Mama eu quero, mama eu quero uma chupeta" que hace años popularizó a Carmen Miranda.

La razón me la daba cierto día uno de sus misioneros, un muchacho muy joven y simpático: "A nuestros hermanos les gusta este género de música; y así vienen a la iglesia". Tenía razón. Y en esa música puede estar uno de los secretos del auge que van tomando estos grupos pentecostales, en perjuicio de la Iglesia Católica; porque entre la música pimentosa del trópico y el canto gregoriano no hay competencia posible.

Es difícil estudiar el origen de esta Iglesia. Ellos se llaman entre sí "sectas"; y la gente les llama comúnmente "aleluyas", por la exclamación constante en sus labios: "Aleluya, hermanos, aleluya!" Y al decirlo, sonríen, y a veces brincan de alegría. Porque el dogma y el rito de estas iglesias es muy sencillo, muy primitivo. Buscan unirse directamente a Dios; y si creen conseguirlo, manifiestan un júbilo exterior. Precisamente han tomado su nombre oficial de "Pentecostales" en recuerdo del día en que el Espíritu Santo bajó a los apóstoles; su aspiración es que el Señor baje una y otra vez, y si un fiel se agita entre espasmos es porque ha sido poseído. "Gloria sea dada al Señor, ¡aleluya!"

El espectador une instintivamente aquellos cánticos y aquellos espasmos con dos manifestaciones religiosas que ya conoce. El "vudú" haitiano, y los "holly rollers" americanos. Tienen de común todo el aparato externo; lo que es imposible precisar, por la vaguedad de las respuestas que halla a sus proguntas, es si la influencia pasó de las religiones primitivas de algunas

islas antillanas a la isla de Puerto Rico, y de aquí al Spanish Harlem de Nueva York, o si fué en el Spanish Harlem donde prendieron los ritos de algunas regiones americanas, y de aquí dieron el salto a la isla. Personalmente creo más probable esta última hipótesis. Desde luego, las sectas pentecostales están mucho más difundidas en Nueva York que en Puerto Rico.

El pastor que más datos me ha dado es el que rige la "Iglesia Pentecostal de Dios", en el 80 East de la calle 100. El Rev. Edmundo Jordan; un puertorriqueño de nacimiento, misionero en Venezuela del año 1936 al 1948, y desde esta fecha al frente del templo newyorkino al que concurre lo más selecto entre los fieles pentecostales como he podido apreciar. Según él, se trata de un movimiento a la vez fundamentalista y modernista, en que lo esencial es la devoción; Dios está en todas partes, pero a veces baja a las personas y éstas exteriorizan el júbilo que les produce según su carácter. Sus reglas morales son muy estrictas; no pueden beber, ni fumar, ni decir palabrotas; y las mujeres no pueden pintarse.

Me aseguró el Rev. Jordan que en todo Nueva York existen unos 90 templos pentecostales, de los cuales él mismo tiene anotados 70; están federados en distintas sectas o grupos, unidos a capítulos norteamericanos. De esos templos, tienen importancia cuatro, con más de cuatrocientos fieles cada uno; el de mejor aspecto exterior está situado en la calle 109, entre Park y Madison Avenues. Los otros son pequeños, a veces un diminuto salón en que se reúnen algunos fieles a cantar.

Yo he asistido ya a muchos de sus servicios; y nada me sorprende. Los hay de testimonios, en que los fieles expresan en alta voz sus experiencias, la ayuda recibida del Señor, sus necesidades, sus peticiones para que los hermanos recen con él. Hay días en que sólo se reza; en alta voz, en colectividad. Hay días en que el pastor pronuncia un sermón; siempre en términos muy sencillos, al alcance de la congregación que le escucha. Y siempre preparados los servicios por cánticos, en que a veces se adivina el ritmo del bolero, y más a menudo alcanza temperatura casi de rumba tropical. Hay instantes en que la tensión colectiva del cántico hace presentir el trance, que explota de repente; pero he visto muchas veces surgir ese trance de la simple oración, de la oración con la fe de estos hombres. Y nunca olvidaré cierta noche en que una muchachita trataba en vano de

provocar con sus movimientos el trance que ya había sacudido a dos viejas cerca de ella.

Ya nada me sorprende... Y sin embargo, la última noche que por allí estuve, en esa iglesia de la calle 109 que tan a menudo me atrae, no pude menos de sobrecogerme ante la explosión de trance casi unánime. El pastor había pronunciado un sermón de lo más esquemático, ensalzando la fuerza de "la sangre preciosa de Jesús" que nos redimió; había contado la conversión reciente de un delincuente, escapado de la cárcel de Puerto Rico cuando los sucesos nacionalistas y reintegrado por su propia voluntad con la Biblia bajo el brazo; había dado gritos de "Aleluya" coreado por el público; y, cuando sintió maduro el ambiente, hizo un gesto a la orquesta y el cántico brotó con bramido impresionante: "Hay poder, poder, poder, gran poder de Dios; hay poder, poder, poder, sin igual poder..." Las dos guitarras, el saxofón, el clarinete, y sobre todo el tambor del altar marcaban el ritmo tropical machacón; entre la audiencia respondían varias panderetas, y centenares de palmadas; todos cantaban, o gritaban más bien. El pastor invitó a avanzar, para arrepentirse de sus pecados, a los no conversos; y varios lo hicieron en medio de los alaridos de júbilo de la comunidad; cuatro o cinco fueron los convertidos aquella noche, los que avanzaron a arrodillarse en público acompañados por algún amigo que antes les indicó el camino de su iglesia; y a cada nuevo converso que avanzaba, arreciaba el griterío. A los pocos instantes dos o tres personas se agitaban simultáneamente cada vez en el espasmo de la posesión, en sucesión continua que se renovaba; a mi lado, una vieja negra se revolvía de repente frenética; y un poco más adelante un hombre blanco, bien vestido, giraba con los brazos en alto, la boca sonriente, sin espasmos pero con la misma fe; una muchachita joven, de repente, salió lanzada hacia el altar, girando con convulsiones casi epilépticas, y cayó fulminada inmóvil; un anciano caminaba por la iglesia con los brazos en alto, los ojos perdidos, sin espasmos pero poseído también... Un cuarto de hora, veinte minutos duró aquel trance colectivo, en que todos terminaron por agitar los pañuelos al aire; y la letra seguía repitiéndose con fe: "Hay poder, poder, poder; hay poder redentor..."

En contraste brutal con esos espasmos ensordecedores, recuerdo una noche que, seguidamente, subió una joven al altar, y, con voz dulcísima entonó un bolero que me crispó los cabe-

llos: "¿Por qué será que tú vives tan solo, y ausente de la Voz del Señor?; te llama la gracia divina, te brinda un mensaje de amor. . ."

Hay muchos que se resisten a creer que esto suceda en Nueva York, que esto sucede entre puertorriqueños. Pero es verdad. Son comunidades primitivas, que practican ritos primitivos; quizás importados de Haití, Jamaica o las Pequeñas Antillas; probablemente imitados de grupos semejantes norteamericanos. Pero esos hombres creen en Dios; esos hombres buscan a Dios, y le cuentan sus necesidades y sus alegrías; esos hombres son felices cuando se sienten poseídos. . . Muchos se escandalizarán; pero en estas iglesias se reza, se reza con música tropical; se reza con la fe de los hombres sencillos.

Como son los puertorriqueños, como son en general los hispanos, que cantan y sufren, que trabajan y a veces hasta delinquen, que viven, en el Barrio Hispano de Nueva York; en su "Barrio" por antonomasia. Cuando queráis visitarlo, venid a mí; merece la pena.

Las impresiones hasta aquí recogidas, fueron escritas hace pocos meses; y sin embargo. . .

El curioso que hoy recorre el Barrio siente la infinita melancolía de un mundo que se va. Al fin, el ayuntamiento newyorkino ha emprendido la obra de reconstrucción planeada. El final de aquella Quinta Avenida parece una ciudad recién bombardeada; tres cuadras enteras han sido ya demolidas en su acera oeste, y son muchas las casas abandonadas en la del este; sus habitantes se repliegan hacia otros parajes. Desde Lenox Avenue avanzan inmensas edificaciones nuevas, con ese estilo arquitectónico moderno que, en su búsqueda de sol e higiene, espantará las brujas de medianoche.

El Barrio todavía vive tal como lo he descrito en las estampas anteriores. Pero quizás pronto tengan un valor de recuerdo nostálgico, y la pátina de lo que fué.

MAS DELITOS CONTRA LA DIGNIDAD DEL HOMBRE

AIRADA y enérgica, la opinión pública mundial se sacudió, cuando los servicios cablegráficos anunciaron que *Francisco Franco* —metálico y calculador— había consumado otro de sus atropellos contra la vida y la dignidad humanas, al fusilar sumariamente a cinco dirigentes sindicales de la oposición. Había frenado, hasta el 13 de marzo, sus impulsos de violencia, en obediencia a razones de táctica internacional, despojando de espectacularidad la represión contra los hombres libres de España. Se consumaban los actos flagrantes de genocidio a la sombra, bajo la tentativa de impedir que las noticias trascendieran las fronteras y alimentaran, en el exterior, el sentimiento de repudio contra el cesarismo falangista. Franco estaba jugando cartas de exportación: España conservada en el silencio y el orden, y sobre estos atributos políticos, como señuelos de estabilidad y recuperación, el tirano azul movilizaba influencias e intereses para conseguir créditos y limitar las barreras sanitarias a que lo habían condenado las potencias occidentales.

El asesinato de los cinco líderes obreros —marzo 13 de 1952— se ejecuta en una hora sombría para los hombres y las instituciones democráticos de Indoamérica. Franco, nuevamente sin careta, tiene dos discípulos distinguidos, entre otros: *Laureano Gómez* y *Manuel Odría.* El dictador de Bogotá residió muchos años en Madrid, donde mantuvo contacto directo, en actitud de comunión, con las organizaciones falangistas, asimilando tesis y métodos. Su retorno a Colombia sonó cuando el cuerpo ensangrentado de *Jorge Eliecer Gaitán* rodó en las calles de la capital. Gómez puso en práctica, entonces, las enseñanzas adquiridas en Madrid y capturó el poder saltando aparatosamente sobre la legislación electoral del país, gracias a la complicidad, abierta y cerrada, según lo exigieran las circunstancias, del Presidente conservador *Ospina Pérez.*

Gómez, ahora, acaba de asestar un golpe de muerte, con alevosía y nocturnidad, contra el derecho de asilo, que coloca al desnudo la realidad de su posición en torno al debate que provocó *Víctor Raúl Haya de la Torre,* al acogerse a la bandera colombiana en Lima, hace más de tres años. El hombre fuerte de Cundinamarca ha conseguido que González Videla entregue a un guerrillero asilado en su embajada de Bogotá: *Saúl Fajardo.* Los argumentos empleados por Laureano

Gómez ante la cancillería del Mapocho son los mismos que esgrimió Manuel Odría en el caso dramático de Haya de la Torre. *González Videla,* colocado en el desnivel que lo lleva a desviaciones peligrosas, ha consumado la más grave agresión contra el derecho de asilo, sentando un precedente funesto, al ordenar a su embajador, el ilustre poeta *Julio Barrenechea,* la entrega inmediata e incondicional del combatiente liberal acogido en su Misión.

El embajador Barrenechea, en un gesto de dignidad que lo enaltece y lo coloca en la jerarquía de los ejemplos morales, ha renunciado enérgicamente a su investidura, como signo de protesta contra el atropello que se le ordenaba perpetrar. El cable ha trasmitido el texto de esta nobilísima actitud, que entregamos a los lectores como testimonio de la fuerza espiritual que asiste a los hombres libres:

"La inhumana actitud de vuestro gobierno —expresó el gran artista a González Videla en el acto de la renuncia—, al negar el asilo otorgado por mí, provisionalmente, a un guerrillero colombiano, es incompatible con la tradición de nuestra cancillería, con los sentimientos del pueblo chileno y con mis convicciones propias.

"En consecuencia, renuncio indeclinablemente a continuar representándoos como embajador ante el gobierno de Colombia".

Este desmán de Laureano Gómez viene a iluminar suficientemente la posición real del gobierno colombiano en el caso del fundador del Aprismo. En Bogotá ha sido recogido, con notas de alarma, por la prensa y los escritores independientes, el rumor insistente de que las cancillerías de Lima y Bogotá han llegado a una solución macabra en el conflicto creado, hace tres años, por el ilustre apóstol peruano. Es primariamente criminal el camino que se ha encontrado: la eliminación automática del líder aprista, mediante su asesinato en plena embajada, que sería presentado, conjuntamente por ambos gobiernos, como acto de suicidio. Ya están creando el ambiente indispensable para el encubrimiento de este nuevo atentado contra la vida de uno de los conductores más representativos del continente. En Lima y Bogotá se hacen circular, por agentes gubernamentales y por interpósitas manos, la noticia de que Haya de la Torre ha enloquecido. Quienes conocen la fortaleza física del autor de la *"Defensa Continental"* y quienes están informados de la ecuanimidad y el vigor mental del gran líder aprista, pueden certificar la perversidad de esta afirmación. Pero, sin duda, el plan está en marcha, y es urgente que todos los hombres honrados del continente se movilicen para impedir tan monstruoso crimen.

La postura similar y paralela de Gómez y Odría trae inspiración y modelo de la metodología y las experiencias de Franco. El dictador de Madrid ha probado —en el curso de su aventura— que un gobierno tiránico no se derrumba porque lleve a sus últimos extremos las formas de violencia contra el pueblo. Esta lección elemental, y el pragmatismo que fluye de la misma, ha sido puesta en práctica en Indoamérica con resultados horrendos. Odría y Gómez, entre otros tiranos, están empujando a sus pueblos a la desesperación, ante el silencio y la complicidad de los gobiernos y sus organizaciones internacionales. Desde hace cerca de cuatro años, el espadón peruano ha contratado una Misión Policial española, que comanda el general franquista *Zaragoza,* y que está integrada por los mejores especialistas de la *cacería de hombres.* Los millares de agentes secretos peruanos, encargados de perseguir a los apristas, utilizan los mismos procedimientos de Franco, y dada la perfección siniestra de los mismos, sus resultados son infernal eficacia, sin que logren, claro está, doblegar los sentimientos de rebeldía y beligerancia de las masas populares.

Frente a esta cortina de mandones y usurpadores, ¿qué hacen los Estados americanos y sus organismos colegiados e internacionales? Pues allí están: cruzados de manos, sordos y mudos, ante el tabú sarcástico de las soberanías absolutas. Estados Unidos, que ha entablado lucha, en paz y en guerra, por las libertades públicas y los derechos humanos en Asia, da la espalda, sin embargo, a los genocidios que se perpetran, clamorosamente, en nuestro propio continente. Se interesa el Departamento de Estado por la dignidad humana en Corea, pero no en el Perú, Colombia, Santo Domingo y Venezuela. La libertad sólo es libertad en las tierras sobre las que se ha trazado el paralelo 38, pero Truman y sus funcionarios cierran los ojos ante los crímenes que consuman los Odrías y los Gómez. Tratan con estos despotismos en igualdad de condiciones jurídicas, y a la par, les proporcionan dólares que, bajo el propósito de desarrollar posibilidades económicas, en realidad sirven para cimentar la maquinaria de represión policial.

Hace algunos meses, en Guatemala, el Secretario de Estado para Asuntos Americanos, *Eduardo Miller Jr.,* declaró a los periodistas de ese país que el gobienro de *Truman* trata con los gobiernos constituídos, sin discriminar si son o no representativos de la voluntad popular y sin calificar, por supuesto, la vía por donde llegaron al poder, ni los procedimientos que emplean para mantenerse en él. Este criterio es específico para los indoamericanos —o contra los indoamericanos—, porque no funciona en el caso de la China nacionalista, cuyo gobierno —Chiang Kay Shek— no representa al pueblo ni tiene,

siquiera, jurisdicción territorial idónea. Quiere decir que el Departamento de Estado *sí* discrimina a los gobiernos, pero lo hace *sólo* cuando conviene a los intereses materiales de su política exterior. Miller reveló audazmente la tosca elementalidad del criterio norteamericano, en sus relaciones con los pueblos y los gobiernos que sobreviven al sur del Río Grande: lo mismo vale un tirano —vale, pesa y cuesta— que un demócrata.

Los resultados contraproducentes de esta política están a la vista: los dictadores consiguen el favor oficial de Washington, con el que se robustecen para continuar degradando al hombre y deformando a la democracia dentro de sus respectivas fronteras. Estados Unidos sabe perfectamente que las armas proporcionadas a Manuel Odría, en virtud del Pacto de Defensa Mutua que acaba de celebrarse, están sirviendo para ultimar a hombres y mujeres dignos y para mantenerlos en la esclavitud, continuando, así, en el usufructo de la impunidad para sus crímenes colectivos, de toda especie y magnitud.

¿Cómo se explica, entonces, esta antinomia fundamental en la política exterior de Washington, esta duplicidad confesa y operante? ¿Por qué es crimen de lesa humanidad lo que, geográficamente, no lo es en Indoamérica? El genocidio, a la luz de este criterio extraño y desconcertante, sólo tiene jurisdicción en las tierras que están más allá de la influencia norteamericana. Los delitos que se denuncian como desgarramientos y consumaciones dolorosos en Varsovia —pongamos un caso—, no son, bajo el traslado mecánico de las latitudes, sino simples incidentes domésticos en Lima o Bogotá, y si en los primeros caben la protesta y la denuncia, en los segundos, a pesar de la misma naturaleza de las infracciones, caben, en cambio, sólo el silencio y el disimulo.

Estados Unidos propicia la transfiguración de los Derechos del Hombre, redactados por las agencias de la ONU, de simple declaración romántica en tratado multilateral que derive responsabilidades sobre las partes contratantes. En esta línea de afirmación de los derechos humanos, se han formulado dos proposiciones que se discuten hasta el momento de redactar esta nota:

1) la creación de un tribunal internacional que vele por el cumplimiento del tratado; y

2) el establecimiento de una fiscalía en dicho tribunal, la que tendría a su cargo recibir las denuncias contra los gobiernos que violen las normas en que se contengan los derechos humanos, sustanciando la acusación contra los infractores.

¿Qué hay, en todo esto, de realismo trascendente, de operancia práctica dentro del ambiente tropical, en este aire de refinada maldad que prospera y se expande en nuestros países coloniales? Los Odrías y los Gómez serán, sin duda, los primeros que suscriban el tratado que se prepara, seguros de que, antes y después del mismo, continuarán sus desmanes con la impunidad clásica que les otorga el ejercicio írrito del poder, sumadas las conveniencias inconfesables de la política exterior interamericana.

¿Detendrá a Franco y a sus discípulos en Indoamérica el tratado multilateral sobre los derechos del hombre? Esta es la cuestión candente que atormenta y angustia al hombre contemporáneo en las calles de América, que asiste, perplejo, desilusionado, ante el vértigo de hechos y teorías que se niegan y contradicen. Los que hemos vivido bajo el oprobio de los déspotas criollos, combatiéndolos en su propio terreno, sabemos que los tiranos de turno disponen de suficientes recursos y expedientes para burlar las disposiciones punitivas que establezca el tratado a que nos hemos referido. Mientras no se reconozca la jurisdicción internacional de los delitos contra la humanidad; mientras no se creen los órganos idóneos para el cumplimiento de las normas que tutelan los derechos humanos; y mientras no se determinen las vías procesales para hacer efectivas las sanciones: cualquier acuerdo diplomático en defensa de la dignidad humana en Indoamérica, será una simple y candorosa ceremonia de protocolo, sin ningún resultado práctico para los pueblos y sus instituciones de Derecho.

Dentro de este cuadro en sombras, surgen las interrogaciones taladrantes, como personajes con vida propia. ¿Continuará la política norteamericana con su doble juego de caras, señalando el crimen colectivo sólo en ultramar y cohonestando el mismo crimen en Indoamérica? ¿Culminará la farsa sangrienta, que preparan las cancillerías de Lima y Bogotá, para asesinar a Haya de la Torre? ¿Qué hará el Departamento de Estado frente a las violaciones contra el derecho de asilo, después de haberse interesado tan publicitariamente por los cardenales sentenciados en los países que están dentro de la esfera de influencia rusa? ¿Es que la prisión y las torturas contra el cardenal Mindzendsky no son tan atentado contra la dignidad del hombre como la entrega de Saúl Fajardo y el pretendido suicidio de Haya de la Torre? ¿Qué hará la Comisión de los Derechos Humanos ante la serie interminable de asesinatos masivos e individuales, cada vez más crueles y refinados, que se ejecutan en algunos de los países de la América Hispánica, mientras sus miembros dialogan académicamente sobre la custodia de la

dignidad del hombre? ¿No habrá un valladar eficiente contra esta marejada de crímenes cometidos y por cometer?

La perplejidad y el desconcierto del indoamericano, buyendo en su propia sustancia, se resuelven, sin embargo, en signos positivos. Actitudes y paradigmas como las del eminente poeta Barrenechea nos están diciendo aquí mismo, que no todo está podrido en Dinamarca, y así podemos afirmar con palabras y premoniciones del maestro *Silva Herzog:* una luz alumbra estremecida: la esperanza. Varones como Barrenechea constituyen los soportes espirituales sobre los cuales se va construyendo el despeje de las incógnitas del hombre indoamericano, y frente a la complicidad de González Videla, funciona, como documento de optimismo, la bizarría moral del ex-embajador chileno en Bogotá. El hombre es la célula viva de las grandes transformaciones sociales, especialmente en los países coloniales de Indoamérica, donde el romanticismo feudal, que se refleja en el episodio y la anécdota, descarga sobre la persona una gran porción de la historia.

Como los hombres, los pueblos.

Mientras los Odrías, los Gómez y los Trujillos pactan asesinatos y destruyen, entre las sombras de la diplomacia, el espíritu de las instituciones democráticas, nacionales e interamericanas, los pueblos se aprestan al rescate de libertades y derechos, actuando por su cuenta —cuenta y riesgo—, sin esperar la mano paternal de Lake Success. Ayer fué el pueblo heroico de aymaras en el altiplano, que con cartuchos de dinamita se abrió paso hacia el Palacio Quemado, y mañana será, y muy pronto, el pueblo de Venezuela, el de Perú, el de Colombia, el de Santo Domingo. Los signos de la transformación están al frente. El ciclo que se abrió en 1944-45, eclipsándose transitoriamente en 1948, retoma su ritmo y avanza hacia el futuro. No es que creamos, con el senador norteamericano *Dennis Chávez*, que estos ciclos pendulares de democracia y dictadura dependen, absolutamente, de la posición de Estados Unidos frente a sus vecinos del sur. La duplicidad de Washington es responsable, en un alto porcentaje, del estallido y la consolidación de las dictaduras, pero, aun así, los pueblos indoamericanos se preparan para tomar la conducción de su destino, bajo el presentimiento de que se anuncia la hora de las transformaciones verticales.

Eduardo IIBAIA.

LA ENCICLOPEDIA YUCATANENSE

OCHO gruesos tomos empastados en tela, con seis mil páginas en total y numerosos grabados en negro y a colores, fotografías documentales, planos, dibujos y tablas de relaciones, integran esta enciclopedia yucatanense. Todas las jerarquías del acento forman, en esta obra de proporciones gigantescas, una sinfonía que asciende hacia el porvenir. Empresa de gran aliento americano, es urgente decir sin regateos que ningún otro Estado de la República Mexicana, ni siquiera otro país de nuestro continente, nos ha entregado una visión de sí mismo tan policroma y completa, con una concepción enciclopédica, es decir, enfocando todos sus aspectos de una manera detallada y metódica. La enciclopedia, o monografía cultural de Yucatán, como con su precisión acostumbrada la llamó el maestro Caso, fué editada en 1945, después de dos años de intenso y devoto trabajo, por el loable tesón de un hombre silencioso, Carlos A. Echánove Trujillo, quien se conquistó un galardón de Indoamérica en mérito a su meditación organizadora; al hecho de haber conseguido de un Gobierno local de moral dudosa, el financiamiento necesario para vender la obra a precio de costo; y a la victoria de haber plasmado una idea que flotaba imprecisa en el ambiente. En efecto, ya desde 1908, Rafael de Zayas Enríquez, para no citar a otros, vertía en un libro *(El Estado de Yucatán, su pasado, su presente, su porvenir)* las siguentes palabras genitivas: "Yucatán debe ser estudiado no sólo por un individuo sino por una sociedad en la que figuren especialistas en cada ramo de la ciencia".

Intelectual de oído atento y pecho resuelto, de los que hacen falta en América, el realizador de la enciclopedia, en 1943 encomendó el trabajo a unos cuarenta especialistas en sus respectivas materias. "Lo que no impidió que se llevasen a cabo investigaciones de primera mano para lo cual algunos redactores se vieron obligados a hacer viajes en busca de datos".

Para dar a conocer la tierra desde la base de la tierra misma, en las quinientas páginas del primer tomo es descrita la geografía física, el medio natural, reproduciendo el científico y concienzudo trabajo de Sapper, que constituye parte de la Mittelamerika del mismo autor (1937). Siguen estudios de Alcorta, Díaz Babío, Hall, Pérez Toro, de los cenotes y aguadas, estratigrafía, historia geológica, el terciario: oli-

goceno, el cuaternario, tectónica, el clima. Después viene la exhaustiva clasificación "La Fauna", de Pearse. Y termina el tomo con el completo trabajo "La Flora", del profesor Standley, que por sí solo constituye un libro de aportación universal.

Algo nos apremia en el día de hoy a recoger la palabra de nuestro origen, y esta voz es escuchada en el segundo tomo, de casi seiscientas páginas, dedicado a la época maya. Historia, por Morley. Tipo, organización social, religiosa, política y económica, por Rosado Ojeda. Escritura jeroglífica, aritmética y astronomía, por Thompson. Artes, por Enrique Juan Palacios y Eduardo Noguera.

El tercer tomo es recipiente de la historia política y económica a partir de la conquista española y hasta 1920, por el Lic. Albino Acereto. Allí actúan Hernández de Córdoba, Juan de Grijalva, los dos Montejo, y contemplamos la época colonial y la independiente, desembocando alborotadamente en el derecho del trabajo. Sigue una concienzuda trayectoria de las legislaciones en las diversas épocas, por el Lic. Fernando Palma Cámara. Y la historia de la industria henequenera por el honorable Lic. Don Gonzalo Cámara Zavala. Termina el tomo con las notas biográficas de la misma industria, de 1919 a nuestros días, revelando el aflojamiento muscular del hacendado hereditariamente egoísta y explicablemente conservador.

En el cuarto tomo de 900 páginas hallamos, por primera vez reducidas a monografías, la historia de la beneficencia (Ferrer) de la educación (Bolio Ontiveros) de la Música (Dr. Jesús C. Romero) de la arquitectura (García Preciat) de la pintura y escultura (Dr. Urzáis) y de las artes menores (Hernández Fajardo). Este tomo es avalorado con la reproducción de *todas* las maderas del ilustre dibujante Picheta.

De las 800 páginas del quinto tomo, 300 ofrecen la historia del teatro, de la imprenta, del periodismo, de la literatura dramática y del cinematógrafo (Canto López, Gamboa Garibaldi y Martínez de Arredondo); y 400 páginas recogen la historia crítica de la literatura, la novela, el humorismo, el costumbrismo, la oratoria ¡oh aquellos años!, el ensayo, y la poesía, por el Lic. y poeta José Esquivel Pren, todo seguido de una breve antología poética. En ella están presentes Andrés Quintana Roo con un clamoroso fragmento de su poema "Diez y Seis de Septiembre":

> Renueva ¡oh musa! el victorioso aliento
> con que, fiel de la patria al amor santo...

y todos los grandes poetas yucatecos, acompañados por algunos de los muchachos de hoy que acaso mañana tendrán renombre. Como es natural, en casa del herrero, ha habido aplausos y objeciones a esta histo-

ria de la literatura y a la breve antología, a veces con justicia y otras sin ella. ¡Cómo el espacio nos permitiera extender el azadón de palo sobre este huerto de la enciclopedia en el que amorosamente caminamos!

Sobre la perspectiva que pone en paz el tiempo, en el séptimo tomo nos son dadas a meditar las biografías de los hombres con categorías de montañas y cerros, después de haber pasado por el paisaje humano del Yucatán actual en el sexto.

Este séptimo tomo destaca las imágenes de Andrés Quintana Roo, Pedro Sáinz de Baranda, Lorenzo de Zavala, Manuel Crescencio Rejón quien dió el *amparo* a la legislación de la patria; José Ma. Gutiérrez Estrada, Justo Sierra O'Reilly, el tremendo novelista, padre del maestro Justo Sierra; Juan Crisóstomo Cano, joven héroe de la patria; José Peón y Contreras el oceánico dramaturgo y gran poeta; y, entre algunos más, Graciano Ricalde Gamboa, el matemático que estremeció la admiración de Europa en su tiempo, resolviendo problemas abstractos y superiores. ¡Gran tomo, éste! Lo estrechamos contra nuestro corazón. Crea orgullo en nuestras conciencias indoamericanas.

Finalmente el octavo tomo recoge en mil páginas una exhaustiva bibliografía yucatanense. La autora, Moreya Priego Arjona, quien se ha ganado nuestra gratitud por tan completo trabajo, nos advierte: "Tanto para la parte bibliográfica propiamente dicha, como para la hemerográfica, se tuvieron en cuenta las producciones de estas tres categorías: a) de yucatecos, b) sobre Yucatán, c) impresos en Yucatán".

HEMOS pasado, como en un tren, por los anchos campos de este monumental conjunto de tratados monográficos. Escuchamos en la hondura los comentarios que la voz de nuestra interioridad formula; y ocasionalmente vuela una brizna de censura, una carbonilla de la locomotora que es aprisionada por nuestro párpado aquí y allá. Nos desazona, por ejemplo, la siguiente afirmación del señor Morley en el segundo tomo: "los mayas tenían un miedo horrible a la muerte". Todos sabemos que la metafísica misma de los pueblos amerindios comprueba que es equivocada la aseveración del buen arqueólogo a quien, acaso, no debió encomendarse que escribiera la historia de los mayas. El organizador ha dejado en libertad a los cuarenta especialistas colaboradores, pero el mismo hecho de haberlos elegido le otorga responsabilidad, unas veces en pro y otras en contra. Espigamos otra aserción de Mr. Morley: "Aparecieron bajo la lava del pedregal de San Angel, Distrito Federal de México, formas del tipo más antiguo de alfarería... La gente común vivía en simples chozas de paja *y sus templos eran también humildes*

chozas hechas de los mismos deleznables materiales". Nuestra voz vuelve a protestar, ¡chozas! El templo espiral de Cuicuilco es más grande que la catedral de México y fué excavado en la zona a que se refiere el autor. Solamente tenemos que ir a contemplarlo para dar respuesta a la equivocación.

Rápidamente, dejamos escapar y perderse en el viento alguna otra refutación ocasional a los textos incluídos en la meritoria y grande empresa que siendo humana no puede ser absolutamente perfecta. Observamos con amargura que Felipe Carrillo Puerto no se halla entre los biografiados oficialmente en el cuerpo de la obra. Sólo en un apéndice final, agregado y que no aparece en el índice, encontramos una precipitada y brevísima nota biográfica del mártir. Las biografías incorporadas en la obra tienen cada una de treinta a sesenta páginas, pero esta nota biográfica consta de dos, y en ellas no se sigue la numeración correlativa de la obra. ¿Por qué fué postergado y casi olvidado?

En cambio, es alborozante encontrar algunos párrafos perdidos entre la historia económica de la entidad federativa. Así encontramos, del Gobernador don José María Pino Suárez, en un decreto propuesto al Congreso del Estado en 1911, este sintético y resplandeciente acápite: "La Liga de Acción Social, honorable corporación, ha sujetado a mi consideración un proyecto de ley para la creación de ESCUELAS RURALES". Y este otro párrafo: "El Ing. Eleuterio Avila en 1914 nulificó las deudas de los jornaleros de campo". Antes, estas deudas no tenían plazo ni se extinguían con la muerte del deudor!

GUARDAMOS los ocho grandes tomos, después de algunas semanas de lectura, y de ellos nos alejamos, contemplando su espíritu en nuestra conciencia. De la hondura de las seis mil páginas, científica y apretadamente utilizadas, sale una inmensa voz que dice: "conozcámonos! Una voz que se alza y se difunde en el aire de América y repite por todos los caminos: ¡conozcámonos para amarnos! Se repite el eco de la voz en todas las entidades federativas de nuestro México, en las de Guatemala de Arévalo, en el Perú maniatado por Odría, en Colombia ensangrentada cincuenta mil veces individuales por Gómez, en las patrias amordazadas con cartucheras de cuero por Trujillo y Somoza, en la Cuba que no sabemos si pisotea más Batista que los pistoleros de su opositor; y en la Argentina colectivamente ¡oh dolor! equivocada y descarriada por Perón y Eva. ¡Conozcámosnos! Sufrimos equivocaciones porque no nos conocemos.

Sientan el aliento de esta enciclopedia los atareados en retener, acrecentar y ocultar sus hacinamientos de pertenencia individual, sin

oído a este clamor unánime que se alza en América: ¡Conozcámosnos para amarnos, unirnos y ser grandes entre los grandes!

En este momento hemos sentido que el espíritu de esta enciclopedia, que hoy acendramos, responde al clamor de nuestro continente. No desmayemos, sembremos los granos del maíz en la milpa común, los granos de aportación, genésicos y positivos, algunos como esta monumental obra informativa que divulga una humilde entidad federativa de México, otros de orden político o artístico; y llegará del horizonte un día en que nuestro maizal dará espiga y mazorca; o para decirlo con otro símil nacido de la voz de Germán Arciniegas: podremos coser el gran cuaderno americano, con sus páginas de colores, para enseñarle al mundo un continente sin capitalistas y con riquezas, sin injusticias y con libertades, con paz y sin miedo.

Es alborozante encontrar en el impulso de esta enciclopedia la expresión de lo que, en toda lágrima, es el espíritu de América. El porvenir, pues, de nuestro continente, se anuncia como una aurora sobre los ocho grandes tomos. La tenacidad de realización que duró dos años, tiene los signos positivos, hitos que deben marcar el camino de toda obra indoamericana. Sin ser movido por el afán de lucro, el realizador da a contemplar, convocando a cuarenta especialistas, un jirón de tierra baja, una península de América, y lo hace de una manera confesional, amplia y concienzuda. Primero el plinto, la geología; segundo la flora y la fauna; tercero las actividades humanas, desde la antigüedad india hasta nuestros días, la política, la legislación, la economía; cuarto las actividades creadoras, literarias, dramáticas, poéticas; quinto, las biografías, las imágenes de los mejores hombres, que crean en nuestras conciencias orgullo de lo nuestro.

Confesamos que no puede calificarse de izquierdista el Consejo de los cuarenta monografistas convocados por el organizador, pero el aliento, el soplo vital de la enciclopedia, por las señales enumeradas, es de izquierda en la amplia acepción de la palabra, porque izquierda, en su sentido máximo, es creación de porvenir. Esta obra sin alardes oratorios del alentador, que habla con los hechos, es aportación y educación. Y si acendrar el espíritu de una obra es, como creemos, la tarea lectora, en ella hallamos la profundidad del realizador, quien, aunque no escribe una palabra en el cuerpo de los textos, es quien nos entrega su tácito discurso. Estas señales ostenta la concepción de Carlos A. Echánove Trujillo, además de la que queda manifiesta en la empresa realizada sin afán de lucro. Tales signos, en general, coinciden con los que nosotros juzgamos positivos y creadores; signos que los indoamericanos

de hoy tenemos la obligación de legar a nuestros descendientes en cuanta obra, y desde luego la poética, emprendamos. Ellos son:

1) confesión
2) sustancia
3) no subordinación (a voz u orden exterior)
4) ritmo propio
5) consubstanciación (con la tierra y la colectividad humana)
6) esperanza
7) repudio del egoísmo.

Es bueno decir que el oído del que nace ahora en esta tierra, cerca de donde crece un nopal, o una ceiba, o bajo los circunvuelos de cóndores y águilas, comienza a aguzarse hacia las voces de afirmación que elevan en el aire nuestros poblados, nuestras jóvenes ciudades, con sus rebozos de fuego y esperanza, recostadas sobre las faldas de las sierras, o tendidas en las llanuras con los brazos hacia el horizonte, de donde saldrá el porvenir. Y por eso el maestro Antonio Caso, formuló la siguiente frase, referente a esta enciclopedia: "Que la obra se imite en los demás Estados: las distintas monografías culturales constituirán el vehículo del conocimiento mutuo, y por ende, el incentivo del amor, la base de la solidaridad".

Honorato Ignacio MAGALONI.

Aventura del Pensamiento

EL PAPEL DEL ESTADO EN EL DESARROLLO ECONOMICO

Por *Jesús REYES HEROLES*

AUN cuando comúnmente se cree que es idea nueva el asignar al estado un papel decisivo en el desenvolvimiento económico de un país, pensándose que resulta de una situación inherente al contemporáneo intervencionismo estatal derivado de programaciones socialistas, de la existencia de un capitalismo intervenido con el propósito de amortiguar o superar sus intrínsecas contradicciones, del surgimiento del estado totalitario, de las corrientes dirigidas a lograr la industrialización de las áreas infradesarrolladas, o finalmente, de posiciones neomercantilistas francamente antihistóricas, la verdad es que en el desarrollo económico de los países que tradicionalmente se consideran industriales, el estado jugó un papel decisivo.

Si recordamos los procesos que condujeron a la industrialización de Inglaterra, Alemania, Francia y los Estados Unidos, encontramos acciones que revelan la contribución esencial del estado al desarrollo económico de estos países. Las políticas coloniales de Inglaterra y Francia desempeñan un papel de primerísima importancia en la industrialización de estos países. El estado, por acción directa o indirecta, se preocupó por conseguir materias primas y mercados a sus incipientes industrias. La política colonial inglesa, por ejemplo, resulta clara en su finalidad de ayudar a la industrialización inglesa con respecto a la India. Como explica Nehru en su aleccionador libro sobre "El Descubrimiento de la India", la Compañía de las Indias Orientales, que inicialmente tuvo por propósito llevar productos manufacturados indios —tejidos, etc.,—y especias a Europa, cambió sus métodos en cuanto empezó la industrialización de Inglaterra, suprimiendo las exportaciones de manufacturas indias que hacían la competencia a productos ingleses, no sólo a Inglaterra

[1] Conferencia de iniciación de los Primeros Cursos de Invierno de la Universidad Veracruzana, sustentada en la Facultad Jurídica de Jalapa.

sino en toda Europa. Pero es más, Inglaterra no sólo suprimió el mercado exterior a la industria hindú sino que le quitó, con diversas medidas y tasas internas, su propio mercado interior, para que pudiese ser abastecido por la industria inglesa. Es así como desaparecieron tradicionales industrias hindúes, como la textil, la metalúrgica, la vidriera, la del papel, la de la construcción naval. En cuanto a Francia, aun cuando no destaque en su política colonial un ejemplo tan claro de acción económica destructiva, por no encontrar en su imperio un país con la rica tradición "industrial" de la India, sí hallamos acciones que frenan la creación de industrias en su imperio colonial.

Los casos de Alemania y los Estados Unidos son distintos. Inglaterra y Francia no constituían grandes unidades económicas en sí mismas y de aquí que la acción estatal, encaminada a impulsar su desarrollo económico, se traduzca fundamentalmente en su política colonial. En cambio, en Alemania y Estados Unidos, que constituían grandes unidades económicas, al estado inicialmente contribuye a su desarrollo defendiendo el mercado interno a sus productores domésticos. Es por esta razón que la acción estatal, en el desarrollo económico de Alemania y los Estados Unidos, se refleja fundamentalmente, en la política arancelaria.

En Alemania, a partir del Arancel Bismarck de 1879, se nota una política invariable de conservar el mercado interno para los productores alemanes mediante un alto nivel arancelario. En cuanto a los Estados Unidos, puede observarse, como lo asienta Ohlin, que en su historia arancelaria no pasaron por ningún período de relativo librecambismo. En plena guerra de Secesión, en 1864, se aprueba una tarifa altamente proteccionista y, a partir de 1890, con la Tarifa McKinley, que de hecho excluyó todas las mercancías europeas del mercado norteamericano, los Estados Unidos se inician definitivamente en el camino del proteccionismo, del cual no salieron hasta que su desarrollo industrial ha tenido necesidad de desbordarse, por haber superado los límites de la gran unidad económica que ese país constituye, para postular un internacionalismo económico que no es más que la ampliación o complemento de sus propias necesidades nacionales. Es decir, se trata de un internacionalismo económico hecho a la medida de las necesidades norteamericanas.

Esta breve consideración nos convence de que, en pleno auge del liberalismo económico, cuando en teoría "el mejor gobierno es el que menos gobierna", el estado desempeña una función primordial en el desarrollo económico de los países, que se dice lograron su industrialización por el libre juego de las fuerzas económicas. No son, pues, los países infradesarrollados quienes sostienen por primera vez, la necesidad de que el estado desempeñe un rol en su desenvolvimiento económico. En esto sólo siguen la experiencia de los países que obtuvieron su desarrollo durante el dominio del liberalismo económico.

Lo que sucede es que en el presente podemos, por una parte, considerar la posibilidad de intervenciones estatales sin apartarnos de la estructura política del Estado Moderno y, por otra, se quiere aprovechar el perfeccionamiento en las técnicas de intervención estatal, el resultado de múltiples experiencias y análisis teóricos tanto en materia política como en economía, que permiten al estado influir en las distintas etapas del proceso económico, sin faltar a los principios fundamentales de la forma política de la modernidad. Esto es, requerimientos prácticos y revisiones teóricas, brindan la oportunidad de que el estado actúe como elemento equilibrador y coordinador del proceso económico, persiguiendo la realización de objetivos escogidos democráticamente y dentro de un régimen que corresponda estrictamente a los principios materiales y formales del Estado Moderno.

Es interesante detenerse brevemente en la explicación de esa expectativa que se ofrece al hombre de nuestro tiempo, pues detrás de ella hay una rica evolución histórica. Si estudiamos la historia de Europa desde una perspectiva dominantemente política y con una sensibilidad auténticamente liberal, esto es, dotada de espontaneidad y plena de tolerancia, como por ejemplo, la "Historia de Europa en el Siglo XIX" de Benedetto Croce o la "Historia del Liberalismo Europeo" de Guido de Ruggiero, observamos que, a principios del siglo XIX, imperceptiblemente se opera un proceso de identidad entre el contenido ético-político del liberalismo y su contenido económico-social. Probablemente por la naturaleza humana, por el afán que el hombre tiene de seguir concepciones globales del mundo y de la vida, se procedió a vincular en forma tan estrecha el liberalismo económico-social con el ético-político, que éstos vinieron a resultar una misma cosa. La lucha incesante

por la libertad espiritual quedó asociada, en mala hora, a una doctrina económica y social que significaba la inercia, el confiar en que las cosas marchaban por sí solas. Esta situación produjo movimientos y tendencias que, ante los desajustes económicos y sociales originados por el liberalismo económico, se tradujeron en hechos e ideas que, queriendo superar el liberalismo económico-social, se convertían en negaciones del liberalismo ético-político. Como asienta Croce, habiendo quedado el "liberismo" —liberalismo económico-social— perezosamente asociado al concepto del liberalismo —ético-político— la desconfianza hacia el primero inducía "a la desconfianza en la verdad misma de la libertad política, que es concepto de otro orden y superior".

Mas a fines del propio siglo XIX se realiza un proceso inverso, se presenta una afortunada discontinuidad. Se tropieza en las postrimerías de esa centuria, con una serie de acomodos y ajustes realizados por liberales que manejaban la cosa pública y que, seguramente sin proponérselo, desembocaron en una separación de conceptos que casi se habían identificado. Liberales dotados de un espíritu abierto, captaron las necesidades que en el mundo se presentaban, buscando probablemente canalizar las presiones sociales y económicas que emanaban de confiar el desenvolvimiento de la sociedad al libre juego de sus elementos —libre competencia, autonomía de las partes en los contratos, división internacional del trabajo, etc.— en beneficio de la libertad, y adoptaron el camino, por poco llamativo tan denigrado, de la transacción. Es así como hubo protecciones arancelarias en países demoliberales y es así, también, como surgieron en estadistas liberales preocupaciones por abordar la cuestión social e intentos —tímidos, es verdad— por resolverla.

De otro lado, de las filas socialistas, también vendría una inestimable aportación. Frecuentemente los males del liberalismo no derivan de la estructura misma de las ideas liberales, de su construcción interna; son males extrínsecos que provienen de concurrir a la lucha política grupos que desdeñan el método liberal, en cuanto significa tolerancia y amor a la libertad y a las instituciones en que tal método se traduce. Para quien no cree en la libertad, es fácil luchar en contra del liberalismo político. El diferir en las reglas del juego da una evidente ventaja. Esto ha pasado un poco en todo antiliberalismo y, sobre todo, en los que hallan su origen en un dogmatismo doctrinario. Un aspecto parcial dentro de esta situación general corresponde a

la aparición de formas que no encajaban dentro del cuadro político del liberalismo, como los grupos de presión cuya actividad —indica Sturmthal— no tiende a la integración de sus intereses específicos con los de la comunidad a que pertenecen.

Las corrientes socialistas han faltado algunas veces a las reglas del juego. Pero militantes socialistas, hombres que en su actividad comprendieron el sentido del socialismo como "subversión de la praxis", se percataron de que las posibilidades de la acción humana, en su afán de transformar el mundo, presuponían el que se viviera en un régimen de libertad política y llegaron a comprender, para expresarlo con palabras de S. Laushut y J. P. Mayer en la importante introducción a la crítica que a la "Filosofía del Estado" de Hegel hace Marx, que "El proceso real, material de la historia humana es, en su mismo cumplimiento, la eclosión de la libertad humana". Ahora bien, comprender esto era aproximarse al liberalismo como idea de libertad espiritual.

De la confluencia de estas dos corrientes, prácticas en su origen pero que implicaban un fino atisbo doctrinal, habría de surgir una proyección teórica de gran trascendencia, que en su íntimo sentido equivalía a una sucesión inversa a la precedente de identificación entre el liberalismo económico-social y el liberalismo ético-político, proyección encaminada precisamente a realizar un deslinde, o mejor dicho, una disociación entre dos aspectos confundidos o mezclados más que otra cosa por hábito mental. Esta confluencia, que ensanchaba el liberalismo haciéndolo receptivo a las corrientes socialistas y a las necesidades de nuevos tiempos, tendría por fin supremo el propósito de revisar el liberalismo para salvar la libertad. En síntesis: sepultar el liberalismo económico para garantizar la libertad espiritual y afirmar al hombre como dignidad.

A estas dos corrientes hay que añadir la contribución de los economistas que demostraron la inexorabilidad del ciclo económico, que establecieron objetivamente la existencia del mercado imperfecto y que, en fin, precisaron las contradicciones inherentes al sistema capitalista. No hay que desconocer en este capítulo la aportación de aquellos que, ante la necesidad de hacer zurcidos o remiendos al régimen capitalista, buscaron y encontraron técnicas que facilitaran al estado intervenir en las diversas fases del proceso económico sin quebrantar los princi-

pios políticos del Estado Moderno. Quizá, como lo afirma G. D. H. Cole, el propósito de alterar la distribución de los ingresos como método de acercar la producción a las necesidades sociales, supuso la perspectiva de abordar otros aspectos del proceso económico. De ser ello así, la legislación del trabajo, por sus repercusiones en el mecanismo económico, abrió brecha a un conjunto de investigaciones y de realizaciones que precisaron la existencia de técnicas y métodos susceptibles de emplearse en beneficio de los más y conciliables con los principios políticos esenciales del Estado Moderno.

Por la conjugación de todos estos factores estamos, en la actualidad, en condiciones de disponer de una serie de técnicas de intervención del estado en la vida económica, respetuosas de los principios y normas políticas esenciales del Estado Moderno.

Hay, conviene destacarlo, instrumentos de gran efectividad desde el punto de vista económico que nos están vedados si suponemos la vigencia de los principios esenciales del Estado Moderno. Medios que aún desligados de los fines a que obedecen y a pesar de su manifiesta utilidad, usados por el estado totalitario, como ciertas modalidades en materia de control de precios practicada en la Alemania Nacional-Socialista y algunos criterios aplicados en materia de jerarquización de recursos productivos por el Plan Cuatrienal de Autosuficiencia Económica puesto en vigor en Alemania a fines de 1936, nos son prohibidos por ser inconciliables con el contenido y la forma del Estado Moderno. Es dudoso asimismo, dentro de los principios del Estado Moderno, poder recurrir en escala total a ciertos instrumentos de planeación económica que han permitido aceleradas realizaciones en países de economía socialista.

Es decir, es punto de partida en esta conferencia el referirse al papel del estado en el desarrollo económico, en el supuesto de la vigencia de una estructura política inspirada substancialmente en la idea moderna del estado. De acuerdo con este punto de partida es conveniente que pasemos revista a los principios esenciales del Estado Moderno, pues, a estas alturas, resultaría peligrosa una diferencia de concepción, factible por lo demás si consideramos el carácter polémico de la ciencia política.

HABLAMOS de Estado Moderno para señalar con toda precisión la forma política a que nos estamos refiriendo, ya que creemos,

con Heller, que el estado a secas, como forma política diferente a la Polis, la Civitas y el Imperio, tiene un límite espacial, en cuanto es fruto de Occidente y un límite temporal, en cuanto es resultado de la constelación histórico-cultural que constituye la modernidad. En este sentido entendemos por Estado Moderno lo que algunos autores llaman estado demoliberal burgués o estado burgués de derecho.

Señalada la connotación del término, vamos a tratar de los elementos esenciales del Estado Moderno.

En primer lugar, el Estado Moderno supone que impere el principio de soberanía popular, la idea de autodeterminación política de las colectividades. En segundo lugar, es indispensable que funcione el principio de representación política sobre la base democrática. Al respecto debe recordarse que, en el fondo, como asienta Kelsen, sólo hay dos tipos de representación política: la autocrática y la democrática. El Estado Moderno implica la existencia de un régimen de representación democrática.

Agreguemos a estos dos elementos la existencia de una esfera de acción propia del individuo ante la cual debe detenerse el estado. Es la vieja idea de los derechos del hombre que cuenta en su haber con una rica genealogía, que arranca de aquellos pensadores que, como Grocio, concibieron el Derecho Natural como un dictado de la recta razón, que adquiere con Locke un contenido material preciso —libertad y propiedad—, que con la contribución de Rousseau —voluntad general— es susceptible de ser engarzada o integrada en todo un sistema político.

Añadamos dos principios más dirigidos a evitar la arbitrariedad y el abuso del poder, en la estructura política de la modernidad: la división de poderes y la idea de estado de derecho. El primero, que adquiere su rigor clásico y permanente en Montesquieu mediante la observación sencilla pero profunda, de que tendiendo el hombre por naturaleza a abusar del poder, es preciso dividirlo de modo tal que "el poder detenga al poder".

Y llegamos así a la idea de Estado de Derecho que, para un tratadista español no democrático como Legaz y Lacambra, es uno de los misterios de la ciencia política, equiparable a lo que representa en la Teología el misterio del Dios-Hombre, creador de la naturaleza y sometido a la misma: el estado crea-

dor del derecho y sometido al propio derecho. Sin embargo, si se contempla en su conjunto los elementos del Estado Moderno se ve que no hay tal misterio. El estado, en régimen de separación de poderes dicta el derecho que, al mismo tiempo que obliga a los ciudadanos y grupos, obliga al propio estado. Es la subordinación del estado al orden jurídico objetivo, que sólo tiene sentido si se da en un régimen en que impere la soberanía popular, la representación política democrática, la división de poderes y el reconocimiento de cierta esfera de acción propia de los individuos. La idea de Estado de Derecho no es puramente formal, sino que tiene como contenido la existencia de los restantes elementos del Estado Moderno. De aquí, por ejemplo, que se rechazara la peregrina pretensión de Mussolini de que la Italia fascista fuera un estado de derecho dado que era quizás el país en que más leyes existían, por la sencilla razón de que las numerosas leyes italianas habían sido dictadas por el mismo Mussolini o sus órganos de representación autocrática. Hay pues que distinguir el estado de derecho del estado legal, precisamente por tener el primer concepto un contenido material. Concepto implícito en esta construcción es el de considerar al estado como persona jurídica y, por consiguiente, ente responsable.

Mediante esta sumaria revista tenemos ya, en su arquitectura completa, los elementos esenciales del Estado Moderno. Todos ellos suponen limitaciones en cuanto a la adopción de métodos y técnicas de intervención en la vida económica. Es más, en su formulación originaria, resultante de la confusión del liberalismo económico-social y el liberalismo ético-político, impedían acciones estatales de regulación y coordinación que en la actualidad presenciamos.

Los principios esenciales del Estado Moderno han sufrido una evolución, derivada en parte del proceso de disociación entre el liberalismo económico-social y el liberalismo ético-político a que antes nos hemos referido, que los ha hecho permeables a las necesidades contemporáneas. Esta evolución se ha realizado en dos aspectos: reduciendo o adaptando elementos formales, de manera que el aparato político pudiera resultar eficaz ante los problemas contemporáneos; y modificando substancialmente el sentido de los derechos individuales, fundamentalmente en el ángulo patrimonial.

En el primer aspecto, se han introducido una serie de temperancias que permiten mayor celeridad en la acción estatal, primordialmente fortaleciendo a los poderes ejecutivos.

En el segundo aspecto, se ha verificado toda una transformación en el sentido y fundamentación de los derechos individuales de contenido patrimonial que tiene una limpia tradición. Como explica Guido de Ruggiero, en pleno siglo XVIII surge la duda de si la propiedad es un derecho natural independiente de la sociedad y del estado o si parte de la cooperación de la sociedad y del estado. De aquí proceden las interrogantes relativas a si la propiedad no es más que una relación entre el individuo y el objeto o si los términos de dicha relación son individuos. De estas dudas, asienta De Ruggiero, se llega a la conclusión de que el derecho de propiedad "se constituye en la esfera de las relaciones humanas y comprende, en último término, como elementos constitutivos a la sociedad y al estado".

Este modo de pensar afina, con el transcurso del tiempo, sus conceptos, traduciéndose inicialmente en una depuración de la idea de los derechos individuales, que, en elaboraciones puramente jurídicas, ve a éstos como meros reflejos o concesión del derecho del estado o como fruto de una relación que implica, como fundamento del derecho individual, la existencia de una obligación para con el estado de parte del individuo, como en la teoría de los derechos públicos subjetivos. Posteriormente, arrancando de las dudas surgidas en el siglo XVIII se hubo de arribar a concebir la propiedad como una función social. Se recordó que la propiedad es social en su origen y se dedujo de ello la necesidad de que fuese social en su uso y destino. Por último, se llegó a la idea del derecho social y, siguiendo la misma línea, se encontró la razón de su obligatoriedad —como en la teoría de Gurvitch— en el hecho de ser engendrado por la sociedad a la que integra.

Esta vigorosa evolución jurídica, resultante y factor de las modificaciones operadas en la sociedad, proporciona la concepción formal en que se sustenta el capitalismo intervenido en que vivimos y es, en última instancia, la que permite disponer de una serie de instrumentos de intervención del estado en la vida económica, sin lesionar la estructura fundamental del Estado Moderno.

Tal posibilidad reviste, a mi parecer, importancia decisiva. Ella nos permite preservar los movimientos de justicia social y

ordenamiento económico de una frustración similar a la sufrida por el demoliberalismo. En efecto, el triunfo del demoliberalismo se debió a que las mayorías creyeron que este movimiento, junto con la salvaguarda de intereses políticos valiosos —sufragio universal, libertades, etc.—, implicaba una extensión del bienestar social. Pronto se vió, sin embargo, que el demoliberalismo era incapaz de alterar las condiciones económicas de la sociedad y de garantizar seguridad a las grandes mayorías. De aquí derivó la decepción en el sistema demoliberal. En el presente existen movimientos ideológicos y hechos inspirados en la idea de transformar el sistema económico capitalista; pero seguramente, si ellos prescinden de las técnicas jurídicas de la libertad propias del Estado Moderno, producirán decepciones a las mayorías y acabarán frustrándose. Por lo expuesto, reviste singular importancia el poder modificar la estructura económica respetando esencialmente los elementos políticos del Estado Moderno.

Ciertamente que hay todavía algunos defectos institucionales en el aparato político del Estado Moderno, pero éstos son susceptibles de corregirse, como ha ocurrido con otras insuficiencias, en el presente ya superadas.

Claro está que el supuesto de esta posibilidad es la decisión democrática. Es inútil disponer de técnicas e instrumentos y contar con instituciones adecuadas, si no se deciden democráticamente los objetivos a que se van a subordinar técnicas, instrumentos e instituciones.

CLARIFICAR estas situaciones tiene una importancia esencial para determinar el papel que el estado debe desempeñar en el desarrollo económico de un país. En el panorama mundial se presentan una serie de movimientos dirigidos a lograr el desarrollo económico de un conjunto de países pertenecientes a áreas infradesarrolladas. Los impulsos de desarrollo económico de la India, de la Europa Suroriental, de los países árabes y de la América Latina, plantean a sus estadistas, técnicos y población en general, un semillero de problemas, entre los cuales no es el menor el relativo a determinar la función que al estado corresponde en la realización de su desarrollo económico. Es primordial que estos países satisfagan sus anhelos y es también decisiva la forma en que los satisfagan. Los *países olvidados*

—como alguien los llamó—, reclaman su sitio en el mundo, y el que logren su aspiración, es seguramente uno de los requisitos para que podamos superar el "período del mundo acabado", que señaló proféticamente Paul Valéry, después de la primera guerra mundial.

Desde luego, observando las realidades del mundo, hay que descartar la posibilidad de que el desarrollo económico de los países subdesenvueltos se efectúe dentro de las normas y principios del capitalismo puro. La alternativa que a estos países se presenta es la de impulsar su desarrollo económico dentro de un capitalismo intervenido, o siguiendo una verdadera planeación económica.

Advirtamos que, a pesar de una idea de circulación corriente, una planeación económica no significa necesariamente una intervención adicional a la que se da en la mayoría de los regímenes de capitalismo intervenido. Puede proyectarse una planeación que suponga: a). Un mercado relativamente libre, con no mayores restricciones que las que de hecho se presentaban en las economías típicamente liberales con la teórica vigencia de "la soberanía del consumidor y la democracia del mercado", cambiando únicamente el sentido de las restricciones y los sectores que las padecen; o bien un mercado con no mayores regulaciones y controles que los existentes en un capitalismo intervenido; b). Una economía monetaria; c). La propiedad privada —sujeta a función social— de las fuentes de producción. La única diferencia es que una economía planeada es ordenada y en ella se jerarquizan los distintos factores económicos y su concurrencia. Hay, por supuesto, diferencias de alcance y significado entre los distintos tipos de planeación. Soy de los que creen que una planeación integral implica el cambiar de régimen económico; pero creo, asimismo, que es posible planear dentro del capitalismo y que la planeación puede ser un progreso en relación con un capitalismo intervenido fragmentariamente, así como éste puede significar un avance en comparación con un capitalismo puro.

Tengo la convicción de que la planeación tiene, en rigor lógico, un carácter progresivo. Los propios desajustes conducen, por simples análisis y observaciones, a grados superiores de programación económica hasta llegar a la planeación integral. Pero admito la expectativa práctica de planear o semiplanear si se quiere, dentro del régimen capitalista, y considero que el

carácter progresivo de la planeación no es ineluctable e irrevocable en sus avances, dado que, en última instancia, el hombre —Autor y actor de su propio drama, para citar a Marx— es el protagonista de la planeación.

Para corroborar este aserto voy a transcribir una definición descriptiva de planeación, proporcionada por Carl Landauer: "La planificación puede definirse como la guía de las actividades económicas por un organismo de la comunidad, valiéndose de un proyecto que describe, en términos cualitativos y cuantitativos, los procesos de producción que deben llevarse a cabo durante un período determinado del futuro. Para alcanzar el propósito principal de la planificación, los procesos deben ser elegidos y proyectados de tal modo que aseguren el empleo total de los recursos disponibles y eviten demandas contradictorias, haciendo posible un ritmo estable de progreso". En esta forma, lo que una planeación trae aparejada —además de una ardua tarea de investigación y proyección, y la imprescindible determinación de fines— es cierto control financiero, de producción y comercial, que puede no ser mayor que el que en la práctica priva en los países de capitalismo intervenido.

Refiriéndonos a los países en fase de desarrollo económico y queriendo señalar algunos de los rasgos del papel que al estado le corresponde en el impulso de su desenvolvimiento, vamos a partir del supuesto de que se trata de un desarrollo no planeado. Adoptamos tal supuesto en virtud de que de los países infradesarrollados, de régimen predominantemente capitalista, sólo dos han intentado planear su desarrollo económico: la Argentina y la India. Desgraciadamente el primer intento no supone una experiencia altamente aprovechable por no ser el Plan de Gobierno Argentino 1947-1951 un verdadero proyecto de planeación, y, en relación con la India, aun cuando el Plan de Bombay de 1944 es un documento rico en enseñanzas, no constituye tampoco una auténtica planeación por no resolver aspectos inherentes a ella.

Para destacar el significado de las acciones estatales en el desarrollo económico de los países atrasados, conviene señalar que necesariamente el estado debe constituir el centro de este desarrollo económico. Tiene que partirse de la consideración elemental de no dar por establecido un mercado determinado. El estado para impulsar el desarrollo económico de un país tiene que expansionar la demanda mediante inversiones públi-

cas. Es fundamental precisar las fuentes de esta financiación de la demanda adicional creada por el estado a través de inversiones públicas.

Sobre la base de que se busca preponderantemente la capitalización interna, requisito primordial en países que tienen antecedentes de colonialismo o semicolonialismo económico, debe partirse de una expansión de la demanda realizada por el estado y sustentada en proporción variable por la práctica de una abstinencia que permita precisamente la capitalización acelerada. Se ha hablado de ahorro forzado reintroduciendo el concepto en que se fundaron las industrializaciones realizadas en el siglo XIX y, principalmente, la inglesa; pero al respecto hay que hacer aclaraciones y explicaciones.

Ciertamente que el impulso del desarrollo económico de un país supone, dentro de ciertos límites, un sacrificio temporal o una abstinencia en el presente. Pero es importante, a este respecto, hacer una serie de mediciones, pues, por un lado, los países que se industrializaron sobre la base de un ahorro involuntario general, lo hicieron en beneficio inmediato de una minoría y, por otro, son de tal naturaleza los defectos en la distribución del ingreso nacional que existen en la mayoría de los países infradesarrollados, que su desarrollo económico debe hacerse incidir fundamentalmente sobre las clases de grandes ingresos. Un experto inglés en materia industrial, A. L. Rowse, decía que Inglaterra había atravesado el período de la revolución industrial soportando todos los padecimientos inherentes y otros pueblos se aprovecharon de la experiencia inglesa evitando esos padecimientos. Rowse dice que los alemanes, por ejemplo, cuando tuvieron su revolución industrial, no produjeron barrios bajos y pobres en la forma en que lo hicieron los ingleses. Creo que esta observación de Rowse debe ser tomada muy en cuenta. El argumento de que un desarrollo económico obliga a invertir un fuerte porcentaje de los recursos de un país en bienes de producción y que este porcentaje debe deducirse de los habitualmente dedicados a producir bienes de consumo, que es cierto en lo general, debe tomarse con algunas reservas. Es tal la distribución del ingreso nacional existente en algunos de los países atrasados, que el mantenimiento de un alto nivel de inversión nacional en bienes de producción debe sostenerse en una gran medida frenando los gastos superfluos de las capas de altos ingresos y estimulando, a través de impuestos adecua-

dos, la inversión productiva de sus ingresos. El estado, para sostener una alta tasa de inversión pública, debe también dirigir la mira hacia las capas de altos ingresos.

El estado debe sincronizar su política de inversiones con el desarrollo económico que se persigue. Seguramente se requerirá la concurrencia estatal en inversiones industriales de tipo básico o en actividades económicas que la iniciativa privada no aborde por carencia de capital, por los riesgos inherentes a dichas inversiones o por sus bajos rendimientos. Igualmente se requerirá afrontar ciertos problemas derivados del mismo desarrollo económico, como por ejemplo, la lógica escasez de habitación obrera.

El estado, como antes decíamos, debe estimular la inversión privada productiva. Manejando impuestos directos sobre la renta, sobre utilidades, se pueden elaborar escalas que estimulen y orienten reinversiones o inversiones productivas. Se pueden redistribuir ingresos contrarrestando la desigualdad que resulte de la aplicación de otras medidas dirigidas a impulsar el desarrollo económico y es posible, asimismo, ordenar en alguna medida el crecimiento industrial de un país.

En materia financiera, el estado, dentro del sistema de Banca Central, tiene un amplio campo de acción. Desde luego, a través del circulante monetario, se puede crear, en parte, la expansión necesaria para el desarrollo económico. El expediente del control selectivo del crédito es de gran utilidad para lograr un alto nivel de inversión productiva. Se puede, igualmente, influir sobre el nivel de la tasa del interés, buscando alentar inversiones productivas.

Recurriendo a la intervención en los cambios es posible desestimular importaciones superfluas, alentar importaciones convenientes de bienes de producción, facilitar la concurrencia de productos nacionales en el mercado exterior, influir sobre los costos de producción de determinados renglones y ordenar, inclusive, el desarrollo económico de un país. Al mismo tiempo, se dispone de un importante instrumento para defender el mercado interior para los productores domésticos y para planear, en cierta forma, las inversiones privadas.

Los aranceles constituyen un instrumento decisivo en el desarrollo económico de un país. Como efecto directo de ellos, es posible conservar el mercado interno para los manufactureros nativos, desestimulando importaciones que se pueden satisfacer

con producciones nacionales. En esta forma el estado influye sobre la composición de las importaciones; pero los aranceles, como efecto reflejo, influyen sobre el volumen total de importaciones, pudiendo, por consiguiente, aumentar o disminuir éste de acuerdo con las necesidades cambiarias que al respecto se presenten. Igualmente, aunque en medida limitada, la política arancelaria puede contribuir a orientar las inversiones de un país, alentando importaciones de bienes de producción y desalentando, por el contrario, importaciones suntuarias o superfluas y, por último, en medida restringida los aranceles pueden contribuir a lograr desplazamiento de ingresos, en cuanto graven artículos suntuarios que se sabe, por la estructura del ingreso nacional del país en que se implantan, que un aumento considerable en su precio no destierra su importación, adicionándose, en esta forma, las disponibilidades del estado para la inversión productiva.

Claro está que los aranceles forman parte de una política general en materia de comercio exterior. En este renglón el estado debe mantener una posición que defienda los productos de exportación del país en lo relativo a precios, evitando concurrencias desordenadas, competencias contrarias al interés general.

El fijar cuotas de importación, complementarias de producciones domésticas a la satisfacción de consumos internos, y derramarlas adecuadamente entre los consumidores, cuando se trata de materias primas o intermedias, a manera de obtener cierta homogeneización básica en sus precios, es también importante función del estado. Subsidios a ciertas importaciones de materias primas o equipos, de productos alimenticios con producciones insuficientes otorgados, al mismo tiempo que subvenciones a las producciones domésticas similares, son, asimismo, instrumentos flexibles que el estado tiene a su disposición.

Intervenciones en el aparato mercantil de distribución, que eviten encarecimientos al amparo de la economía de expansión y permitan ir ensanchando y perfeccionando éste para que sea apto para responder al volumen de intercambios requerido por el creciente desarrollo económico del país, son tareas ineludibles para la organización política-administrativa de un país en etapa de desenvolvimiento económico. Esta última función está vinculada con la atención que el estado debe prestar al impera-

tivo de coordinar el desarrollo económico con las necesidades del mercado.

El estado tendrá que adoptar, asimismo, medidas para influir en el nivel de precios. Como consecuencia de la propia expansión económica serán indispensables acciones directas para contener el nivel de precios.

Incrementar la productividad mediante la investigación tecnológica y capacitación técnica o profesional y una política social progresiva que estimule el rendimiento, reviste esencial importancia en el desarrollo económico de un país. La investigación de los recursos naturales y los métodos para su prudente y racional aprovechamiento, compete al estado.

Como se comprenderá, existe una interrelación entre todos estos capítulos de la actividad estatal.

He procurado presentar de una manera esquemática y resumida el papel que al estado concierne en el desarrollo económico de un país. No he pretendido hacer una enunciación exhaustiva y sólo he tenido una preocupación central: presentar instrumentos que, lejos de quebrantar o amenazar la libertad espiritual y política del hombre, la completen. Unicamente garantizando seguridad al hombre de nuestro tiempo podremos afirmar su libertad. No debemos perder la esperanza en que una nueva síntesis histórica surja a este respecto, a pesar de que ya lo dijo el clásico Hobbes: "En un camino amenazado por quienes de una parte luchan por un exceso de libertad, y de otra por un exceso de autoridad, resulta difícil pasar indemne entre los dos bandos".

FENOMENOLOGIA DE LA HISTORIA Y DE LA CRISIS

Por *Manuel CABRERA*

En los últimos años de su vida Husserl abandona su indiferencia por la historia y reflexiona sobre el sentido de nuestro tiempo. Parte de la meditación de la "crisis de las ciencias europeas" en la cual ve el signo de un conflicto más profundo: "la crisis de la humanidad europea". El resultado de su reflexión hace posible una filosofía de la historia basada sobre la fenomenología y una interpretación concreta de la crisis fundada sobre esa filosofía de la historia.[1]

La preocupación por la historia no hace perder a Husserl la lucidez eidética y, en último término, no será sino una ocasión más para reafirmar el carácter idealista de su filosofía, pero la aproximación del Ego trascendental y de la historia es uno de los hechos más significativos en el desarrollo del pensamiento fenomenológico. Esta aproximación abre el camino para una *historia de la fenomenología* en la cual la iniciativa filosófica dejará de ser asumida por la conciencia. Lo que conduce a Husserl a reflexionar sobre la historia es la irrupción de una realidad trágica que le persigue. Hay que reconocer, sin embargo, que el genio de Husserl había tenido la intuición de esa realidad aún antes de que se produjese: ella atraviesa toda la

---

[1] Véase: E. HUSSERL, *Die Krisis der europäischen Wissenschaften und die transzendentale Phänomenologie*, en *Philosophia*, Beograd, vol. I, 1936. (Trad. francesa de E. Gerter, en *Les etudes philosophiques*, París); E. HUSSERL, *La crise de l'humanité européenne et la philosophie*, trad. francesa de P. Ricoeur de la conferencia hecha en el Kulturbund de Viena por Husserl en 1935, bajo el título, *La filosofía en la crisis de la humanidad europea*, en *Revue de Métaphysique et de morale*, juillet-septembre 1950, París; P. RICOEUR, *Husserl et le sens de l'histoire*, en *Revue de Metaphysique et de morale*, juillet-octobre 1949, París y FRITZ KAUFMAN, *The phenomenological approach to History* en *Philosophy and Phenomenological Research*, vol. II, 1941, p. 159-172, Buffalo, New York.

Quinta Meditación Cartesiana y le da un matiz pesimista muy marcado. La tardía aparición en la obra de Husserl de consideraciones sobre la historia se comprende fácilmente si se tiene en cuenta el carácter idealista de su filosofía, la preponderancia metafísica del Ego en ella, y el principio de la ausencia de supuestos.

La historia y la filosofía se encuentran en relación por el sentido teleológico de la primera. Dice Husserl: "En esta conferencia intento volver a tomar el tema, tan frecuentemente tratado, de la crisis europea y renovar su interés dando toda su amplitud a la idea de humanidad europea, considerada desde el punto de vista de la filosofía de la historia, o sea en sentido teleológico. Exponiendo en esta ocasión la función esencial que puede ser asumida por la filosofía y por nuestras ciencias que son sus ramificaciones, intento también someter la crisis europea a una nueva elucidación". Trátase, pues, de obtener una nueva elucidación de la crisis europea partiendo de la filosofía de la historia, es decir, *determinando el sentido teleológico de la humanidad europea.* La filosofía se transforma así en una tarea que se desarrolla en la historia. Filosofía de la historia y teleología son sinónimos y el trabajo filosófico hace del filósofo un funcionario de la humanidad y el responsable del ser verdadero de ésta. El filósofo deberá atravesar la costra de los hechos históricos para poder mostrar su significación interna, su *teleología escondida.* Se descubre así el problema de la "posibilidad práctica de una nueva filosofía para la acción".

El *telos* que se realiza en la historia es aquello por lo que la historia se explica, por lo que tiene un sentido. Pero, por otra parte, la implicación recíproca del sentido y de la historia permite pasar del uno a la otra, lo que quiere decir que no solamente se comprenderá la historia a partir de un cierto esquema racional sino que también podrá ser la historia un punto de partida para el descubrimiento de ese esquema. Descubrimiento y no fundación. La historia es una vía de acceso para la filosofía, y es por ello que *La crisis de la ciencia europea y la fenomenología trascendental* es una *introducción a la fenomenología* exactamente como las *Meditaciones Cartesianas.* Mas no hay que creer que la fenomenología se funda sobre la historia. Esta no es sino la reveladora de un *telos* suprahistórico: la filosofía es la teleología de la historia. Filosofía de la historia e historia de la filosofía son equivalentes desde el punto de vista meto-

dológico pero de ninguna manera desde el punto de vista metafísico.

Lo que constituye, en opinión de Husserl, la guía intencional para descubrir las relaciones entre la reflexión filosófica y la interpretación de la historia es el *presentimiento filosófico,* presentimiento que puede convertirse en *certidumbre controlada* "si se le sigue paso a paso". Y mientras que en las *Meditaciones Cartesianas* la evidencia apodíctica es aquella que excluye toda duda como desprovista de sentido, ahora la noción de evidencia radical no caracteriza al *Ego cógito* como pura entidad lógica. Lo que le caracteriza es una subjetividad señalada por la *tarea infinita* o *Idea* en sentido Kantiano. Al Ego trascendental, principio apodíctico, se agrega la *tarea infinita,* y si se tienen en cuenta los resultados de la *Quinta Meditación Cartesiana,* la *armonía pre-establecida.* El Ego trascendental más la tarea infinita, más la armonía pre-establecida, da como resultado la nueva apodicticidad.

Como se verá más adelante, la hipótesis de una armonía pre-establecida no excluye la noción de una tarea infinita, pues en tanto que la tarea es infinita coincide, en última instancia, con la armonía pre-establecida en una identidad final que excluye toda tarea auténtica. De ello puede concluirse que la nueva noción de apodicticidad, aunque parece abandonar la lógica para arraigar en una necesidad de hecho, en realidad permanece en el interior de una identidad total (pre-establecida-infinita) que no deja pasar la menor contradicción. Y sin contradicción no hay historia auténtica, ni por consiguiente apodicticidad anterior al juicio. La evidencia del Ego trascendental se funda en una identidad infinita y en el infinito no hay historia sino sólo silencio.

La historia de que Husserl nos habla no es la historia en el sentido habitual del término. La diferencia se encuentra en el hecho de que para Husserl la comprensión del devenir histórico implica un "ver claro en nosotros mismos", es decir, un ligarse con la vida del Ego: "nos interesa hacer comprender la teleología en el devenir histórico de la filosofía y en particular de la filosofía moderna, y al mismo tiempo, llegar a ver claro en nosotros mismos; hay que partir del interior. . .", escribe. La historia es, pues, la vía de acceso que permite la autocomprensión del Ego a partir de la aprehensión del sentido de la historia. La unidad espiritual de la tarea por realizar es lo que nos hace

ser lo que somos y delimita nuestra autenticidad a partir de una *fundación* u *origen* que es lo que nos constituye esencialmente, lo que hace coincidir la *mismidad* del Ego con el sentido teleológico de la historia.

El Ego trascendental se comprende a sí mismo a partir de la comprensión de la historia y dado que el tiempo es la esencia de la conciencia, la vida de ésta transcurre como una dación de sentido constituyente en la temporalidad. La conciencia es constituyente en el acto de la *fundación primitiva.* Tal fundación puede estar escondida por los conceptos que se depositan como sedimento histórico y que forman los prejuicios. Estos prejuicios no son sino "obscuridades provenientes de una sedimentación de la tradición y no sólo juicios cuya verdad es aún discutida". La vida de la conciencia oscila entre la *sedimentación* y *la vuelta al origen* y la misión de la filosofía consiste en el descubrimiento del sentido escondido por las sedimentaciones. Sólo que "toda realización de la tarea es al mismo tiempo la amenaza de una pérdida de la tarea; todo éxito es ambiguo"; toda posesión concreta es al mismo tiempo la pérdida del sentido total.

Entre la sedimentación y la vuelta al origen se sitúa la crisis. "Una crisis en sentido fenomenológico es un olvido del origen, olvido que convierte en problema todas las formas constituídas", dice Ardant. La crisis, por tanto, supone el olvido del origen, pero su ser propio consiste en la gravedad de ese olvido que hace un problema de las formas constituídas. Lo propio de la crisis es el hecho de convertirse en problemático el ser de lo constituído. La época de crisis se caracteriza por la ruptura de la relación entre las *formas constituídas* y el *poder constituyente.* Las formas constituídas acaban por no tener sentido, se convierten en convicciones muertas, en cadáveres de significación. Superar la crisis supone, pues, que se abandonan las formas constituídas, que se destruye el universo súbitamente dislocado por la pérdida de su unidad de sentido. Esto explica la epojé fenomenológica, la reducción que pone entre paréntesis la existencia del mundo. Solamente así es posible volver al origen, es decir, redescubrir aquello por lo que la totalidad de las cosas tiene un sentido, *recuperar el mundo perdido.* La crisis es la conciencia de la dislocación del mundo; para superarla hay que afirmar un nuevo principio, establecer un nuevo origen.

Dado que para Husserl el principio constituyente es la subjetividad trascendental, la crisis es el resultado de la ruptura

entre esta subjetividad y el mundo constituído. Superar la crisis significará, pues, volver a poner el mundo en el horizonte de la conciencia constituyente.

EUROPA está enferma. Antes de establecer un diagnóstico preciso sobre la naturaleza de esa enfermedad de la humanidad europea, la fenomenología procura acceder a la esencia del fenómeno Europa.

Europa es una figura espiritual que nace en Grecia en los siglos VII y VI a. C., con la irrupción de la filosofía. *Europa es, pues, la filosofía;* la cuestión sobre la esencia de Europa coincide con el problema sobre la esencia de la filosofía; "La irrupción de la filosofía. . . es a mis ojos, por paradójico que parezca, el fenómeno original que caracteriza a Europa desde el punto de vista espiritual", ha dicho Husserl.

Lo propio de la filosofía es el proseguir una tarea infinita. "La palabra filosofía, ciencia, designa una clase especial de creaciones culturales. El movimiento histórico que tiene por estilo la forma supranacional que llamamos Europa, tiene por polo una forma normativa situada en el infinito. . .; por el hecho de que concibe ideas el hombre deviene un nuevo hombre, vive en la finitud, pero su vida se tiende hacia un polo infinito. . .; la ciencia designa, pues, la idea de una infinitud de tareas". La filosofía como tarea infinita no afecta solamente el destino del hombre en su saber sino también en su ser más íntimo. La filosofía es para Husserl, como para Scheler, una forma de ser; no es una expresión de saber sino secundariamente. El hecho de proponerse ideales infinitos modifica el ser del hombre e implica por consiguiente una reforma de la humanidad. La filosofía no impone sólo una nueva dimensión y un nuevo sentido a la actividad humana intelectual sino a la actividad total del hombre: ella produce una revolución en el principio mismo de la historicidad y hace nacer al hombre para el espíritu. La tarea de la filosofía implica para Husserl la constitución de la humanidad. No se trata sólo de convertirse a la fenomenología en actitud teorética, sino de identificarse con la tarea infinita, con el Ego trascendental. La filosofía no es una tarea que se agregue a la vida de la humanidad; es, más aún, su elemento constitutivo.

Lo que distingue a la filosofía griega de la sabiduría que la precede es *la noción de ciencia como tarea infinita,* de que

la geometría antigua es el arquetipo: "la matemática, la idea de infinito, de tarea infinita, es como una torre babilónica; aunque inconclusa es una tarea llena de sentido, abierta sobre el infinito; esta infinitud tiene por correlato el hombre nuevo con fines infinitos". La nueva humanidad nace bajo el signo de Prometeo. Entre los griegos, por la primera vez, la actitud del hombre frente al mundo se orienta por una teoría desinteresada e infinita: el filósofo se desliga del mundo de la preocupación cotidiana para buscar la verdad en sí. Con Tales el milesio nace un nuevo tipo de hombre y un nuevo estilo espiritual que impone una existencia como tarea infinita regida por la filosofía.

La *segunda fundación* del espíritu europeo se produce con el Renacimiento: el humanismo europeo trata entonces de revivir al hombre antiguo. Lo que parece esencial en la filosofía clásica es "el hecho de darse libremente a sí mismo, a toda su vida, la regla fundada en la razón, en la filosofía". La idea de filosofía que servirá de inspiración al hombre del Renacimiento será la de una "ciencia única que lo abarca todo, la ciencia de la totalidad del ser". Con Descartes la nueva ciencia se propondrá no sólo abarcar la totalidad del ser sino, además, abarcar esta totalidad según un método apodíctico aplicado a la investigación infinita. El Renacimiento significa que se supera una larga crisis, que se vuelve al *origen filosófico* escondido por siglos de sedimentaciones; es entonces cuando el hombre europeo renueva el combate por la razón. En esto consiste el nuevo humanismo, es decir, el humanismo de la razón universal inmanente. Pero, como se ha indicado, en virtud del carácter esencial de la razón, la tarea infinita se realiza únicamente de manera unilateral. Toda realización de la tarea es una amenaza para su infinitud; el éxito es inseparable del fracaso, y no sólo porque el éxito es el antifracaso, sino porque en tanto que éxito es también fracaso. Es así como se descubren, al mismo tiempo, el motivo trascendental cartesiano y el objetivismo naturalista. La historia de los tiempos modernos será para Husserl la lucha entre objetivismo y subjetivismo, entre naturalismo y cartesianismo.

Para el objetivismo el mundo existe en sí como algo absolutamente verdadero; en cambio, como afirma Husserl, para el subjetivismo el mundo existe en la conciencia: "El trascendentalismo dice: la significación ontológica del mundo vital dado

es una *creación subjetiva,* es el producto de la experiencia de la vida pre-científica. En ella se construye el sentido y la existencia del mundo; queremos decir *ese* mundo que es tenido por válido por aquel que hace, en cada caso, la experiencia... Es únicamente la investigación que se vuelve de una manera decisiva hacia *la* subjetividad, hacia esta subjetividad, que en *último análisis* establece toda afirmación válida sobre el mundo con su contenido y todas sus modalidades pre-científicas y científicas, la investigación del Qué y del Cómo de los productos de la razón, lo que puede hacer comprender la verdad objetiva y alcanzar *el sentido último del ser* del mundo. Por tanto, no es el ser del mundo algo comprensible de suyo y que no plantea problemas..., *lo primero en sí es la subjetividad*". La filosofía trascendental que surge con el cartesianismo encontrará su expresión final en la fenomenología. Esta tendencia hará radicales los motivos cartesianos y pretenderá ser la solución de la crisis por la que atraviesa la humanidad europea.

El cartesianismo es válido por su *sentido escondido;* la misión de la fenomenología será manifestar este sentido oculto y hacer imposible el objetivismo que en Descartes se mezcla al trascendentalismo. Son las dos primeras *Meditationes* las que según Husserl tienen un valor permanente y cuya importancia es mayor de lo que el mismo Descartes creía. El gran descubrimiento cartesiano es el Ego trascendental que resiste a la duda y constituye la esfera del ser absolutamente evidente. El Ego trascendental es el fundador de toda realidad. Descartes descubre el motivo trascendental e incluso maneja la intencionalidad de la conciencia, ya que hacía participar a los *cogitata* de la apodicticidad del Ego. Pero la intencionalidad como esencia de la vida egológica no es desarrollada por el gran filósofo del siglo XVII, quien no llega a comprenderse bien a sí mismo y falsifica psicológicamente el Ego trascendental descubierto por la duda. Ello se debe a que no sostiene hasta el fin el radicalismo original de sus pensamientos. Descartes comprende el Ego como residuo del mundo y, en consecuencia, no lo "desmundaniza" de manera suficiente para poder explicar el mundo por la conciencia. El gran error cartesiano consiste en la identificación de la subjetividad y del alma. Dado que ésta supone el mundo, el gran descubrimiento de la subjetividad trascendental pierde su valor y queda prisionero del mundo. El Ego no es, por tanto, un ser del mundo, sino, por el contrario, el principio

mismo de toda "mundanidad". Descartes confunde la inmanencia psicológica con la inmanencia egológica y se plantea el falso problema del valor metafísicamente trascendente de los productos de la razón; no vió que todo sentido sólo es posible en el Ego absoluto fundador de la trascendencia.

Del pensamiento cartesiano derivan dos tendencias opuestas: la "racionalista", que concibe el mundo como un en sí trascendente, y la tendencia empirista, que desarrolla el trascendentalismo psicológico hasta sus últimas consecuencias y pone así en evidencia su contrasentido y por ello mismo la necesidad de un trascendentalismo no psicologista. Husserl cree que el escepticismo de Hume esconde un motivo filosófico auténtico. El escepticismo empirista descubre "lo que contenía ya implícitamente la reflexión fundamental de Descartes, a saber, que todo conocimiento del mundo, el conocimiento pre-científico lo mismo que el científico, es un *inmenso enigma*". Hume sacude el objetivismo negando a la objetividad del mundo la pretensión a la verdad absoluta. En Descartes la duda acaba por justificar el objetivismo. Por el contrario, el escepticismo empirista hace posible radicalizar la duda cartesiana y ve en el conocimiento del mundo un enigma.

Kant no es el continuador de Hume; no comprendió que el mundo como enigma es el *verdadero problema* del filósofo escocés: "El enigma del mundo, en el sentido más profundo y último, el enigma de un mundo cuyo ser es un *ser debido a una acción subjetiva;* y esto es tan evidente que otro mundo no es ni siquiera concebible". Kant no llega a este problema pues acepta presupuestos que Hume incluye en el enigma del mundo; funda su filosofía trascendental no en el Ego sino en los momentos objetivos de la subjetividad.

La filosofía trascendental es el *telos* de la humanidad europea; "es una filosofía que, frente al objetivismo, vuelve a la subjetividad cognoscente como hogar primitivo de todas las creaciones de significaciones objetivas y de todas las afirmaciones válidas sobre el ser". La vuelta a la conciencia constituyente es para Husserl la solución de la crisis, la purificación de la humanidad europea. La crisis tiene sus raíces en las desviaciones del racionalismo, *en el olvido del origen egológico de toda "mundanidad"*, en la enajenación objetivista del espíritu. La salvación de Europa está en la fenomenología, en la vuelta al

origen de todos los orígenes, al principio de todos los principios, al constituyente radical, *al Ego fundador de todo ser.*

La historia es para la fenomenología una nueva forma del problema de la trascendencia y será incorporada a la vida de la conciencia, es decir, asimilada y deformada; o bien, será aceptada como sucesión de acontecimientos trascendentes, pero entonces se abandonará también el carácter absoluto de la conciencia. Si la existencia de las subjetividades extranjeras plantea la cuestión de la trascendencia —que Husserl trata de resolver con ayuda de la hipótesis de la armonía pre-establecida en las *Meditaciones Cartesianas*— la historia plantea la misma cuestión, pero ahora la armonía pre-establecida es reemplazada o combinada con la noción kantiana de *Idea,* es decir, con la noción de una *tarea infinita.* El problema es siempre el mismo —se trata de la vieja cuestión de la concordancia de las sustancias— pero ahora la armonía pre-establecida queda abandonada en provecho de un cierto ocasionalismo. Parece, pues, que el pensamiento de Husserl es fluctuante en este punto, y si a veces la armonía es una cosa *dada, pre-establecida,* otras veces se trata de una armonía *ocasional,* lo que no excluye una cierta *desarmonía.* Sin embargo, puede también afirmarse que las dos hipótesis no se contraponen y que la noción de tarea infinita se funda en la noción de armonía. Esta última constituye el *verdadero origen,* mientras que la otra, o bien se conforma y no cambia nada, o bien no se conforma y produce cambios, y, en este caso, el problema consistirá en una vuelta al origen superando la sedimentación finita. Es decir, la *infinitud* de la tarea es una nueva forma de suponer la armonía pre-establecida, mientras que la *tarea* propiamente dicha, como tarea finita, es la historia. Pero no hay manera de encontrarle a ésta una *mismidad* que no sea la desviación u olvido del origen.

No existe en la filosofía de la historia de Husserl la menor afirmación historicista: la historia es simplemente incorporada en el esquema egológico universal; se la toma simplemente como vía de acceso, incluso como vía de acceso privilegiada o reveladora, pero lo que ella revela es algo suprahistórico, un *sentido* por el cual el acontecer se explica. La historia no es, pues, la base metafísica del sentido sino sólo una base metodológica; es el sentido el auténtico fundamento de la historia.

Es por ello que la *filosofía de la historia* de Husserl resulta una *egología de la historia,* que no niega su idealismo anterior sino que lo reafirma, diluyendo la historia en la vida infinita del Ego trascendental. Los escritos husserlianos sobre la materia son una ampliación de ese idealismo, de ninguna manera una afirmación de realismo historicista. El Ego ciertamente se enriquece con la historia, pero su supremacía no es nunca negada. La historia considerada en sí misma no es sino un *gran enigma;* no deja de ser un enigma sino en la medida en que es informada por la conciencia, y, en principio, existe siempre la posibilidad de esa información. No hay un *misterio* de la historia; todo acaba aclarándose en la lucidez de la conciencia.

Contrariamente a lo que afirma Husserl, es un hecho que el trascendentalismo no representa una constante filosófica sino *sólo una constante del pensamiento moderno.* El hecho de atribuir una supremacía metafísica a la subjetividad es un *a priori histórico.* El motivo trascendental no caracteriza sino una época de la historia de Europa y lejos de explicar la historia se explica por ella; es una expresión de la época que comienza con el Renacimiento negando la concepción del mundo medieval y tratando de dar una nueva vida a la filosofía antigua. Pero la filosofía moderna no se opone sólo al pensamiento medieval; se opone también a la filosofía griega que ignoró la subjetividad. Como lo ha hecho ver Heidegger, la concepción griega del ser hace imposible cualquier subjetivismo. Sería fácil demostrar que es un error considerar al sofista Protágoras como un precursor del pensamiento moderno; su relativismo se comprende a partir de una posición más radical, la de Gorgias, que no contradice sino en apariencia la gran tradición metafísica de Parménides. El nihilismo de Gorgias es una forma ontológica y no una forma egológica; y si Protágoras se atreve a afirmar que "el hombre es la medida de todas las cosas", es porque supone la identidad del Ser y del No-Ser. La sofística no es subjetivista sino secundariamente; su posición primaria es el nihilismo.

Si la filosofía moderna se opone esencialmente a la filosofía griega, no se ve cómo fundar la continuidad entre lo que Husserl llama la primera y la segunda fundaciones del espíritu europeo. Descartes inaugura un nuevo tipo de filosofía que puede llamarse egológico. Nada semejante existe en Grecia, ni entre los sofistas, ni entre los escépticos. Es que todas las mani-

festaciones de la filosofía griega se producen en el interior de un universo metafísico que se halla presente incluso en el más radical de los escepticismos. La filosofía griega es ontología y es por ello que se separa de la teología medieval y de la egología moderna.

El origen filosófico de Europa no es el motivo trascendental cartesiano. La vuelta a Descartes no significa un retorno a los auténticos orígenes de la filosofía sino sólo una vuelta a la fuente del pensamiento moderno. Este retorno, por otra parte, no nos permite salir de la crisis, ya que ésta sólo podrá ser verdaderamente superada si se dejan atrás las categorías modernas. Para llegar al verdadero origen filosófico habrá que ir hasta los presocráticos. Sin embargo, la reflexión de los presocráticos debe acompañarse del deseo de superar las sedimentaciones posteriores y muy especialmente la sedimentación cartesiana. El hombre de nuestro tiempo está en busca de su motivo metafísico y puede afirmarse a priori que tal motivo no será griego, ni medieval, ni moderno. Pero será todo eso a la vez, pues un *verdadero motivo* no podrá nacer sino de la *conciencia de la crisis.*

Husserl afirma que lo propio de Europa es el proponerse tareas infinitas. En realidad, finitud e infinitud son polos entre los que oscila la historia del hombre; esta oscilación es constitutiva del hombre y no de una civilización determinada. Las nociones de finitud e infinitud corresponden a lo que la sociología llama ideología y utopía, esto es, conformismo y revolución. Ninguna cultura es exclusivamente ideológica o utópica; todas, por el contrario, se mueven entre la ideología y la utopía. La finitud es incomprensible separada de la infinitud; toda acción es ambigua y si nace movida hacia el infinito, muere en su realización finita. Tomada aisladamente, en un momento determinado, una cultura puede parecer únicamente empujada por la tarea finita; pero si se la considera en el conjunto de la historia universal, no es sino un momento en el gran proceso que va de la enajenación en la tarea finita a la liberación de esta tarea por el recomienzo perpetuo. El destino de toda utopía que se realiza es su transformación en ideología conservadora. La historia del hombre es una marcha continua cuyo ritmo es determinado por el predominio sucesivo de la finitud o de la infinitud. La crisis de la humanidad europea supone que se accede a la esencia del fenómeno Europa, pero supone sobre todo la determinación de la esencia de la humanidad. Europa no debe ser

separada del resto de la humanidad ni concebirse como la parte necesariamente dirigente. El hombre moderno en crisis tiene necesidad sobre todo de comprender la universalidad del espíritu; lo que caracteriza nuestra situación es la contemporaneidad profunda de los hombres.

La fenomenología trascendental más que una explicación de la crisis debe ser considerada como una expresión filosófica de ella. La crisis significa el conflicto entre el conocimiento y la existencia. La filosofía está en crisis porque ha perdido el contacto con la realidad o, más exactamente, porque no se ha separado de una realidad derogada por la vida concreta. Es así como el pensamiento se transforma en principio de enajenación. Lo propio de la filosofía es fundar la libertad en la verdad del hombre y del ser en general, y cuando ocurre lo contrario se tiene un signo seguro de crisis. La crisis obliga a reconsiderar las nociones corrientes y sobre todo a preguntarnos por el sentido de nuestra posición en el mundo. Estamos abandonando los tiempos modernos y es inútil tratar de perpetuar un mundo cuyas estructuras esenciales se dislocan.

LO TEMPORAL Y LO ETERNO SOBRE EL PENSAMIENTO GRIEGO EN LOS ENSAYOS DE FRANCIS MACDONALD CORNFORD[1]

Por *Juan Adolfo VAZQUEZ*

I

"No soy ni filósofo ni teólogo", escribió alguna vez F. M. Cornford.[2] ¿Cómo debemos entender esta frase? ¿Hasta qué punto un historiador de la filosofía puede prescindir de la metafísica? Quisiéramos considerar el problema de la relación entre la Filosofía y la Historia de la Filosofía con especial referencia a la obra de Cornford.

La Filosofía que no concluye en el escepticismo, negando la posibilidad de conocer una verdad última, afirma la existencia de una suprema realidad y construye, o al menos bosqueja, una doctrina de la verdad y de la realidad. Hay dos

[1] La obra de Cornford en que basamos el presente trabajo es *The Unwritten Philosophy and Other Essays*. Edited with an Introductory Memoir by W. K. C. Guthrie. Cambridge at the University Press, 1950. Todas las citas se refieren a esta obra. Indicamos a continuación las páginas que ocupan los diversos ensayos, a fin de situar adecuadamente nuestras citas: 1-13, "The Unconscious Element in Literature and Philosophy" (1921); 14-27, "The Harmony of the Spheres" (1930); 28-46, "The Unwritten Philosophy" (1935); 47-67, "Plato's Commonwealth" (1935); 68-80, "The Doctrine of Eros in Plato's *Symposion*" (1937); 81-94, "Greek Natural Philosophy and Modern Science" (1938); 95-116, "A Ritual Basis for Hesiod's *Theogony*" (1941); 117-137 "The Marxist View of Ancient Philosophy" (1942). Solamente los ensayos de 1921, 1935 y 1938 se habían publicado antes. Una extensa reseña de *The Unwritten Philosophy*, con el resumen de cada una de sus partes, se publica en el núm. 6 de la revista *Notas y Estudios de Filosofía*.

[2] Citado por W. K. C. GUTHRIE al comienzo de su *Memoir*, (p. vii). La teoría de Guthrie sobre este punto es que Cornford era historiador y poeta, lo cual debe entenderse en el sentido de que ponía

grandes concepciones de esta realidad: por una parte la ontología clásica, que tiene por modelo la esfera de Parménides, para quien la verdad última es el único ser eterno e inmutable; por otra parte la metafísica del múltiple devenir temporal y cambiante, que se inspira en el río de Heráclito.

Si el historiador de la Filosofía se adhiere a una concepción como la de Parménides, la multiplicidad de sistemas contradictorios en la historia de la Filosofía debe resolverse en una de las siguientes posiciones: o todos los sistemas son falsos, o uno solo es verdadero y todos los demás son falsos, puesto que la verdad suprema es una sola. Si el historiador de la filosofía se inclina hacia la concepción de Heráclito, la multiplicidad de sistemas no impide que todos ellos sean verdaderos, siempre que correspondan adecuadamente a la multiplicidad de lo real.

Si la cambiante realidad comprende sólo el mundo físico no será fácil encontrar una filosofía o una serie de filosofías que representen adecuadamente tal devenir. Pero si el devenir temporal puede manifestarse como realidad psíquica, histórica, social o vital, en cada caso la verdad de cada sistema filosófico estará determinada por el hecho de que exprese adecuadamente o no la realidad en términos psicológicos, históricos, sociológicos o biológicos, ahora cargados de un contenido metafísico.

¿Cómo comprender sobre la base de la metafísica del devenir las afirmaciones de los filósofos que han presentado una ontología del ser eterno? La comprensión es imposible; a lo sumo se los podrá "explicar", colocándolos en un plano temporal (psicológico histórico, sociológico o biológico) y sugiriendo que representan una aberración respecto de lo que desde ese plano cabe entender como buena filosofía. Para comprender cabalmente a un filósofo del ser y de la eternidad es necesario simpatizar con su punto de vista. Pero ¿qué ocurre cuando un historiador de la filosofía que dice no ser filósofo ni teólogo (o, con otras palabras, que pretende ignorar la ontología del ser eterno) simpatiza con filósofos que presentan

---

al servicio de la reconstrucción histórica dotes de intuición y expresión propias de un poeta. En realidad este es el concepto clásico del historiador: hombre de letras que relata las cosas humanas inspirado por una de las musas. Así entendida la tesis de Guthrie nos parece inobjetable; pero con ella no se decide la cuestión de si Cornford fué o no fué filósofo y teólogo.

una doctrina de la realidad ajena al cambio, al tiempo y a la muerte? Podemos prever *a priori* que si el historiador es consecuente con su simpatía abandonará su metafísica temporalista; de lo contrario emprenderá la imposible empresa de justificar en términos de temporalismo la metafísica de lo intemporal que como historiador de la filosofía tiene obligación de interpretar. Pero acaso *a posteriori* surjan otras posibilidades de articular lo temporal y lo eterno. Examinemos ahora la posición de Cornford.[3]

II

QUIEN abriese al azar *The Unwritten Philosophy and Other Essays* podría creer que el autor pretende comunicar una imagen de la historia de la filosofía como sucesión de personalidades distintas, cada una de las cuales interpreta la realidad de acuerdo con los humores de su temperamento. Cornford hace suya la frase de William James: "La historia de la filosofía es en gran medida la de un cierto choque de temperamentos humanos" (p. 33). Por otra parte, contra la concepción del materialismo histórico afirma que "los sistemas de los filósofos. . son creaciones de mentes excepcionales muy individualizadas" (p. 137). Si bien Cornford señala en diversos pasajes este carácter psicológico, temperamental, de la filosofía, aproximándose a un relativismo psicologista, por otra parte nos previene contra esta misma interpretación de la historia de la filosofía: "Estamos tentados de considerar la historia de la filosofía como el acta de un debate en que interviene una sucesión de oradores y donde cada uno expresa sus propios argumentos y critica los ajenos. Superficialmente hay mucho de verdad en esto... pero la historia de la filosofía no debería parecerse demasiado al libro de actas de una sociedad de debates..." (p. 32). En rigor, Cornford abunda sobre todo en consideraciones que muestran su percepción de lo supraindividual en sus diversas formas históricas, sociales, biológicas. Sus juicios sobre el papel de los temperamentos en la historia de la filosofía deben tomarse como el reconocimiento de un hecho con

[3] El orden que sigue nuestra exposición no es el histórico porque las diferentes posiciones que Cornford expresa reaparecen en diversos momentos de su obra.

que el historiador de la filosofía debe contar, sin atribuirle alcances metafísicos.

Cornford reconoce la presencia de un factor supraindividual en cada época. Este elemento omnipresente es "...la tradición cultural, que otorga a la filosofía antigua, en su totalidad, un carácter distinto de la medieval o de la moderna. Es una cuestión de clima intelectual: la atmósfera respirada en común por todos los miembros de una civilización dada que hablan una misma lengua. Llegamos aquí a las premisas y a los supuestos rara vez mencionados de modo explícito, precisamente porque son propiedad común de todos los filósofos..." (p. 39). Como ejemplos de supuestos comunes de una cultura, y de cómo afectan las construcciones filosóficas, Cornford se detiene particularmente en las concepciones antiguas del espacio y del tiempo. Pero, como en el caso de la doctrina de los temperamentos, este historicismo de Cornford es puramente metódico.

Si Cornford distingue las peculiaridades de cada época pero se abstiene de un historicismo equivalente al relativismo, se aproxima en cambio a una forma metafísica que encuentra explicación de la historia en la sociedad. No, por cierto, en el régimen de clases o en la producción económica, sino en la vida colectiva en su totalidad, y en la tradición histórica que nutre la vida social. Cornford ha llamado a este factor "el elemento inconsciente en la literatura y en la filosofía", con gran escándalo de parte de sus colegas apegados a la reconstrucción puramente filológica del pasado. Según Burnet, Cornford habría cometido un error fundamental en su libro *From Religion to Philosophy* al querer deducir la ciencia de los presocráticos a partir del estudio de la mitología griega. Burnet llega a decir en su *Early Greek Philosophy* que "Jonia era un país sin pasado" y que "no había ninguna base tradicional". A esta crítica Cornford opone su convicción de que "...no ha habido nunca, en la superficie del planeta, ningún grupo de seres humanos sin pasado ni base tradicional. Y la filosofía es la obra de seres humanos no de países. Supondré, pues, que las mentes de los filósofos jónicos no eran puras inteligencias absolutamente vacías..." (p. 10-11).

La tesis propuesta por Cornford en *From Religion to Philosophy* se basa en su teoría de que la tradición histórica y social tiene sus raíces en el mito. "...la memoria de una

raza, conservada en la continua tradición de mito, leyenda, poesía, retiene conocimientos que, tras un lapso de tiempo suficiente, ningún individuo puede formular en términos abstractos. El conocimiento no ha desaparecido, aunque pueda decirse que ha sido olvidado; vive en el símbolo y la imagen, y finalmente, por así decirlo, fosilizado en metáfora. . ." (p. 6).

Cornford ha ensayado una explicación sociológica de este hecho, relacionando los mitos con los ritos. Las narraciones mitológicas tendrían su contraparte en las ceremonias de la sociedad, y por tanto la tradición mítica podría derivarse de una institución social. "Por una parte tenemos, hasta los tiempos de Esquilo y Sófocles, y muy venerada por ellos, gran cantidad de prácticas rituales. Puede verse que, en muchos casos, la significación de este ritual implica la idea de casarse con la madre tierra, de participar en la vida de la naturaleza ligeramente personificada y mal llamada "espíritu vegetativo", y otras. Los ritos como instituciones sociales vivas expresaban estas ideas en forma concreta de acción. Por otra parte tenemos los mitos, que parecen implicar las mismas ideas, ahora expresadas en palabras y disfrazadas por la forma concreta de narración legendaria que pretende ser la historia de hombres y mujeres prehistóricos" (p. 7).

Veinte años después de escribir estas líneas Cornford estudió la posibilidad de deducir la cosmogonía de los primeros filósofos directamente del rito —es decir, de una institución práctica, activa— y no del mito. Cornford se inspira en una sugerencia de Hooke, expresada en su libro *Origins of Early Semitic Ritual,* donde refiriéndose a las ceremonias babilónicas dice que el mito de la creación tiene una significación ritual: ". . .hay una nueva creación cada año como resultado de estas ceremonias. En esta etapa del desarrollo religioso el concepto de creación no es cosmología sino ritual. No ha nacido como respuesta a especulaciones sobre el origen de las cosas, sino como medio ritual para mantener el orden de cosas, esencial para el bienestar de la comunidad" (p. 19, citado por Cornford en la p. 110). Cornford declara que su ensayo *A Ritual Basis for Hesiod Theogony* fué inspirado por estas ideas de Hook, de que "la primitiva cosmogonía filosófica no es sólo una transcripción de la cosmogonía mítica, sino que en última instancia tiene su raíz en el *rito,* en algo tangible y existente, no en infundadas fantasías y especulaciones" (p. 116). Hay

aquí, pues, un ensayo de reducir las representaciones filosóficas originales a formas sociológicas. Si Cornford se hubiera quedado en esta interpretación podríamos atribuirle una teoría sociologista de la historia de la filosofía; pero por otra parte nos indica que la realidad sociológica reposa en otra instancia más honda.

Según Cornford, las formas del mito no sólo se transmiten "exteriormente" por la tradición histórica sino que son inherentes a la conciencia humana en el sentido más amplio. El éxito de un mismo símbolo mitológico para satisfacer las necesidades de la conciencia humana en lugares y épocas muy distantes entre sí reside, según Cornford, en la universal experiencia interior de los seres humanos. Supuesta la uniformidad de esta experiencia humana se comprende la satisfacción psicológica que el mito produce. "El mito atrae directa y universalmente porque, como el correspondiente rito religioso, simboliza lo que ocurre, lo que debería ocurrir, y lo que no debería ocurrir, en el desarrollo interno de toda vida humana" (p. 8).

Influído también por el psicoanálisis, Cornford lleva más adelante esta teoría. Señala el hecho de que en los sueños el individuo actual utiliza el simbolismo de los primitivos temas míticos como síntoma de conflictos psicológicos e indicación del camino para solucionarlos. "Los sueños que contienen el simbolismo parecen referirse a conflictos típicos que ocurren constantemente en el desarrollo psíquico de los individuos, y, además, señalan la solución de estos conflictos, indicando la dirección en que la energía psíquica que se gasta en ellos podría liberarse en una adaptación normal a las exigencias de la vida" (p. 9). Aprovechando las teorías de C. G. Jung, Cornford considera que el mito profundiza sus raíces sociales para calar en el abismo del alma humana personal hasta las oscuras regiones del "inconsciente colectivo", que ". . .es *como si* la mente individual de hoy pasara por cada fase del desarrollo de la mente de la especie humana, como se dice que el embrión del cuerpo pasa por todas las etapas prehumanas de la evolución; y *como si* el espíritu individual conservara alguna memoria —normalmente inaccesible a la conciencia despierta— de cada fase de la imaginería y simbolismo que el espíritu de la especie humana ha utilizado en su progreso hacia el pensamiento conceptual abstracto" (p. 9).

¿Cómo se relaciona en Cornford esta doctrina con su concepción de la filosofía? "El desarrollo de la filosofía y de la ciencia [escribe] consiste sobre todo en la diferenciación —por obra de la crítica intelectual consciente— de las imágenes primordiales que por diferentes procesos habían dado origen previamente a toda forma de representación religiosa. La imagen se presenta al principio como un confuso complejo de propiedades naturales y místicas, subjetivas y objetivas. La tarea de la filosofía consiste en analizar esta masa y recortar de ella ciertos conceptos claros y más determinados, que se convierten en instrumentos de la ciencia. La filosofía y la ciencia no derivan inmediatamente de la mitología. Ambas derivan, por diferentes conductos, de la misma fuente en el inconsciente impersonal" (p. 13). Pero, además Cornford proporciona un ejemplo en la interpretación de la filosofía de Anaximandro.

En el centro del sistema de Anaximandro se halla su concepción de la substancia primordial del universo, la naturaleza "ilimitada" de donde nacen y a donde retornan todas las existencias individuales. Para Anaximandro la substancia cósmica carece de comienzo y de fin, no envejece ni muere: es divina. Aunque posee propiedades que hoy llamamos "materiales, su propiedad esencial no pertenece a la materia inorgánica, pues es la vida, la fuerza intrínseca de automovimiento que caracteriza a los seres vivos. Esta imagen (Cornford prefiere decir en este caso "imagen", no "concepto") debe tener algún origen; pero no debe pensarse que fué inventada conscientemente por Anaximandro, como un físico actual inventa un nuevo concepto siguiendo el método de la hipótesis científica. Por otra parte, tampoco pudo haberla percibido por los sentidos corporales. Quedan entonces dos alternativas: o Anaximandro recibió la idea de la substancia vital y divina por tradición social enseñada y recordada o bien surgió en su conciencia individual desde los planos inferiores del inconsciente colectivo. Como no sabemos que en Jonia se impusiera autoritariamente esa doctrina, Cornford se inclina por la otra solución. La substancia cósmica ilimitada de Anaximandro corresponde entonces a una de las grandes "imágenes primordiales" —según la expresión de Jacob Burckhardt— que constituyen las posibilidades congénitas de la imaginación humana. Para C. G. Jung, el hecho de que las imágenes se hereden explica que los temas de las leyendas aparezcan por todas partes del mundo en forma análoga,

y que los enfermos mentales produzcan las mismas imágenes y asociaciones conocidas por el estudio de viejos manuscritos. De este modo no es necesario suponer la transmisión social, histórica, de estas representaciones, sino tan sólo señalar su posibilidad psicológica.

Cornford había adoptado, por sugestión de Hubert y Mauss, la idea de que la *physis* jónica se relaciona con la imagen primitiva del *maná;* pero no había sido capaz de establecer la conexión. La teoría de Jung, en cambio, une las dos imágenes. "En esta concepción el *maná* y la *physis* son variedades —aunque variedades que difieren en puntos importantes— de la misma "imagen primordial", en que (como dice Jung) "se fundan las religiones primitivas en las regiones más diferentes de la tierra". Creo (prosigue Cornford) que ambas imágenes de la energía psíquica misma, de esa fuerza vital que toda criatura sensible siente como fuerza propulsora dentro de sí" (p. 12). La interpretación sociológica se disuelve pues, en una psicología del inconsciente colectivo que arraiga a su vez en una metafísica vitalista de alcances cósmicos, como los sugieren otros textos probablemente escritos bajo la sugestión de Bergson.

La imagen de una fuerza vital, substancia dinámica en devenir que atraviesa toda la naturaleza, es grata a Cornford. Frente a este objeto metafísico resulta estéril el método racional de conocimiento y hace falta la intuición del artista. Cornford asigna a Empédocles —a propósito de su teoría de la transmigración— la facultad poética que Guthrie asigna al mismo Cornford. El párrafo en que Cornford expone esta doctrina merece citarse in extenso.

> La unidad de toda la vida, el parentesco de todo lo viviente, es el principio fundamental; y no es justo rechazar la idea de que se basa en alguna genuina experiencia psicológica meramente porque no creemos en la transmigración y no somos poetas. Los libros de psicología en su mayor parte han sido escritos por filósofos y hombres de ciencia cuyos hábitos mentales no congenian con la imaginación poética (como nosotros la llamamos) capaz de "intuir la vida de las cosas" y perder el sentido de la existencia separada en una comunión de sentimiento con la totalidad de la naturaleza, como si las hijas de la Memoria pudieran liberar el alma de las limitaciones del espacio, lo

mismo que de las del tiempo. No es sensato, ni siquiera auténticamente científico, descartar como vana fantasía o superstición trasnochada la experiencia de los más grandes poetas porque no está al alcance del hombre corriente y no puede traducirse en términos de lo que llamaríamos una "explicación". La filosofía de Empédocles, nos guste o no, está animada e iluminada desde dentro por este don profético y poético de la intuición, aunque, aquí como en otras partes, las Musas a veces puedan contar una falsa historia que sólo tiene apariencia de verdad. (De un libro inédito, citado por Guthrie, p. VIII).

De las muchas cosas dignas de estudio que pueden señalarse en este párrafo interesa especialmente a nuestro tema la caracterización vitalista del objeto metafísico y la correspondiente descripción de la facultad irracional capaz de aprehenderlo. El objeto metafísico de la filosofía de Empédocles recibe en Cornford las características del *élan vital* de Bergson, y la intuición que le permite conocer la vida tiene muchos rasgos similares a la expuesta por el autor de *La evolución creadora*.

Aquella "energía psíquica" o "fuerza vital que toda criatura sensible siente como una fuerza propulsora dentro de sí" trasciende el plano psicológico personal y colectivo y se torna un principio biológico con alcances metafísicos. De igual manera la intuición conocedora de la realidad dinámica trasciende la intuición psicológica. Es importante observar cómo aplica Cornford esta doctrina a su interpretación de la frase pitagórica "las cosas son números". Según Cornford, Pitágoras adivinó el principio de su filosofía por intuición; pero añade: "hay peligros en el uso de estos términos psicológicos... Cuando hablo de intuición no excluyo en modo alguno el intelecto y el sentimiento, ni siquiera la percepción sensible. La totalidad de nuestra conciencia incluye siempre todos estos elementos" (p. 25). La descripción se aproxima una vez más a las conocidas caracterizaciones que hace Bergson de la intuición metafísica. Se trata siempre de un esfuerzo de la conciencia por superar los límites habituales de la atención, de la percepción y de la inteligencia, sin negar ninguna de estas funciones, sino integrándolas con las demás formas de la ciencia que envuelven oscuramente el foco frío de la claridad intelectual. Cornford habla de la "plenitud de la experiencia" (p. 20) como rasgo

propio de la intuición de Pitágoras, frase que recuerda a la "experiencia integral" con que Bergson designó a su intuición. Sería fácil proseguir la comparación entre ambas doctrinas de la intuición y anotar otras similitudes. Pero basta a nuestros fines actuales con lo que hemos señalado.

No hay más que leer el ensayo sobre *The Harmony of the Spheres* para convencerse de que Cornford simpatizaba con el pitagorismo. Pero indudablemente la filosofía de Pitágoras no es una filosofía del devenir. ¿Qué podía hacer entonces Cornford para interpretarla? Una de las alternativas previstas era la de justificar la metafísica de Pitágoras en términos temporalistas, lo que en este caso significa desleir la fórmula "las cosas son números" en la corriente del *élan vital*. Esto es lo que hemos efectivamente encontrado. La otra alternativa consistía en abandonar el temporalismo y afirmar resueltamente la índole intemporal del ser trascendente. Hacia esta solución parece inclinarse Cornford cuando explica la teoría del conocimiento y la metafísica de *El banquete*.

Cornford describe los pasos o grados del alma en su marcha hacia la idea de lo bello: separación del Eros de lo individual, reconocimiento de que la belleza del alma es superior a la del cuerpo, impulso hacia la belleza intelectual de las formas geométricas y del reino de lo inteligible, y finalmente intuición de lo bello en sí. "El objeto final —allende la belleza física, moral e intelectual— es lo Bello mismo, que se revela a la intuición súbitamente... Este objeto es eterno, exento de cambio y relatividad...". Al llegar a Platón, Cornford acepta las caracterizaciones ontológicas propias de la filosofía de Parménides. Además, expresa claramente la esencial diferencia de esta concepción con respecto a las doctrinas del evolucionismo y del psicoanálisis: "la energía del alma humana capaz de moverse a sí misma reside propiamente en la parte superior, en la naturaleza inmortal. No surge desde abajo, sino que se hunde desde arriba cuando el espíritu cae en la trampa de la carne. Así, cuando se retira la energía de los canales inferiores, se acumula en su fuente original. Esto es en realidad una conversión o transfiguración; pero no una sublimación del deseo que hasta entonces sólo existía en las formas inferiores. La fuerza que era originariamente espiritual, después de una caída accidental y momentánea se torna de nuevo puramente espiritual" (p. 78-79). Cornford menciona explícitamente a

Freud en este contexto como representante de la posición contraria a la doctrina de Platón que, añade, "ha influído la conciencia religiosa del Cristianismo casi desde el principio" *(ibid.)*.

La metafísica del devenir resulta impotente para hacer justicia al pensamiento platónico, y el historiador de la filosofía que quiera realmente comprenderlo sin desnaturalizarlo sólo puede esforzarse en mostrar que (de alguna manera misteriosa) lo eterno equivale a lo temporal, o bien admitir la irreductible presencia de la eternidad. Cornford intentó la primera vía en el caso de la filosofía de Pitágoras; pero se inclina hacia la segunda, frente a la filosofía de Platón. Si las indicaciones del psicologismo y del historicismo no fueron nunca en Cornford ambiciones metafísicas de explicación total, en cambio su sociologismo y su psicología del inconsciente colectivo, enraizada en el biologismo del *élan vital*, representan tentativas frustradas de interpretar la historia de la filosofía en base a las categorías de una metafísica que no se despega del tiempo y del cambio.

III

PERO, después de todo ¿no debemos reconocer que las observaciones de William James acerca de la historia de la filosofía son justas, en especial si, como hace Cornford, completamos esta visión psicologista con un sano historicismo metódico que reconoce la presencia de factores supraindividuales, por ejemplo el mundo de las creencias comunes de cada época? ¿Y no son útiles acaso para la interpretación de la historia de la filosofía las ingeniosas teorías de la estructura social, de la relación entre el pensamiento y el mito, y el mito y el rito? ¿Y ¿por qué no aprovechar también las sugerencias de una concepción psicológica profunda, como la del inconsciente colectivo, y la del *élan vital*, si contribuyen a esclarecer la marcha del pensamiento en la historia? En resumen ¿no se justifica que Cornford haya tomado en cuenta todos estos elementos para interpretar la historia de la filosofía?

El uso de estos elementos se justifica precisamente en la medida en que sirven para comprender mejor la historia de la filosofía. Si al usarlos se desnaturaliza el objeto, o si el mismo historiador reconoce la incompatibilidad del método

para tratar ciertos problemas, es insensato pedir su aplicación a ultranza. Lo que se echa de menos en Cornford es una teoría de la relación entre la filosofía y la Historia de la filosofía, para la cual su obra ofrece más de un elemento interesante. Su declaración de que no era ni filósofo ni teólogo insinúa el motivo por el cual no se propuso formularla. Trataremos de ofrecer un bosquejo de lo que creemos que hubiera podido ser semejante teoría.

Si Cornford hubiera permanecido fiel a la metafísica del devenir no podría haber aceptado la filosofía de Platón. Pero una vez aceptada la ontología del ser eterno ¿qué pasa con todo lo que se ha concedido a favor del devenir? Es un problema muy difícil que no aparece resuelto claramente ni en los mismos diálogos de Platón. Sin embargo se pueden sugerir algunos puntos de vista conciliatorios. Limitemos ante todo los alcances de la cuestión a los términos iniciales de este ensayo: la relación de la Filosofía con la Historia de la Filosofía. Si la verdad de la Historia de la Filosofía se refiere a los hechos temporales que son las opiniones de los filósofos, para comprenderlas será útil y hasta necesario tener en cuenta la fuerza del temperamento, las convicciones de la época, las costumbres de la sociedad, las potencias supraindividuales del alma y, si se quiere, las energías de la vida cósmica. Todo ello contribuirá, acaso, a explicar por qué un filósofo nos ha entregado un mensaje en determinada lengua, con ciertos símbolos, en tal o cual relación con sus precursores y contemporáneos, y otros detalles destinados a encontrar la verdad de la historia de la filosofía, es decir, a fijar la *forma* de la opinión filosófica, mediante un análisis de su formulación y un cotejo con la tradición doxográfica. Pero ninguna de estas aclaraciones muerde el otro flanco de la cuestión: el *contenido* de estas opiniones, es decir, la verdad de la Filosofía. A diferencia del historiador de la filosofía, el filósofo se interesa por descubrir la verdad sin más, la verdad absoluta. Su temperamento, su concepción del mundo, sus vínculos sociales, sus raíces psicológicas y biológicas son factores con los que debe contar en pro y en contra; pero sólo cuando neutraliza sus influencias negativas, cuando logra orientarlos en la dirección favorable para el conocimiento que apetece, y, en este sentido, cuando logra superarlos, alcanza la madurez del espíritu necesaria para el acto de conocimiento enteramente libre de aquellas fuerzas

en cuya descomposición se entretiene la mecánica histórica: el acto de aprehensión de la suprema verdad, la unión con la absoluta realidad. En este punto concluye la jurisdicción de todo estudio temporalista porque se ha remontado el río del tiempo hasta su fuente eterna.

Cornford se aproxima a esta concepción cuando distingue entre la experiencia de la intuición, es decir, el acto de intuir, y su expresión simbólica, la fórmula intelectual, la teoría o —podríamos agregar— el sistema filosófico. Después de describir la experiencia de la intuición pitagórica como un esfuerzo que requiere la concentración de todas las fuerzas del alma, Cornford afirma que "la verdad, en semejante intuición, no se presenta como una fórmula intelectual, compacta y comprensible... Pueden pasar años o generaciones antes de que pueda expresarse en palabras" (p. 26). Igualmente, al referirse a la intuición platónica de lo Bello dice: "El acto final de conocimiento es descrito como una intuición inmediata *(sic)* en la que ya no hay ningún proceso del pensar. El ojo del alma contempla directamente la realidad. Podemos, y acaso debemos, conjeturar que la descripción se basa en algunas experiencias que tuvo Platón en momentos privilegiados... Platón utiliza el lenguaje de los misterios eleusinos porque es apropiado a una súbita revelación alcanzada tras un largo proceso de instrucción e iniciación..." (p. 78).

Pero si estas afirmaciones nos muestran a Cornford próximo a la teoría esbozada, otros asertos de los mismos contextos revelan que todavía pensaba en las "imágenes primordiales" —a las que considera inmanentes a la fuerza vital— y no alcanza a una concepción ontológica trascendente, como la que parece necesario reconocer si se habla —con Cornford— del objeto final "eterno, exento de cambio y de relatividad". Así encontramos, a propósito de la intuición de Pitágoras, que la verdad "llega más bien como una indefinida masa de significaciones, fundida por el ardor de un intenso sentimiento" (p. 26). Y a propósito de la intuición platónica nos dice que "el lenguaje recuerda aquí la revelación culminante de los misterios eleusinos: el descubrimiento de símbolos sagrados o figuras de divinidades en una súbita iluminación" (p. 77). El sentimiento, los símbolos, pertenecen todavía al mundo de lo psicológico. Al parecer, Cornford no ha distinguido bien entre los diversos planos que recorren el espíritu en su ascenso hacia lo absoluto.

Dicen los místicos que las visiones —símbolos del misterio eleusínico, símbolos estéticos, u otros similares de naturaleza sobrenatural— indican que el iniciado marcha en la dirección correcta, y, también, que no ha alcanzado todavía la perfección, es decir, la unión con el ser supremo, o, como dice Platón en la *República* (509 B) con "una cosa muy por encima del ser en razón de su dignidad y potencia".

Y sin embargo no hay duda de que Cornford estaba persuadido de que Platón personalmente había alcanzado este conocimiento, "en momentos privilegiados", aunque una sombra psicologista empaña siempre la interpretación de sus verdaderos alcances ontológicos. Dice Cornford: "Quizá la experiencia de Platón debiera llamarse metafísica y no religiosa, como reconocimiento de la verdad última. Por otra parte, no es puramente intelectual, sino una conversión de cada elemento del alma por la postrera transfiguración del Eros; y en este punto la distinción entre lo metafísico y lo religioso carece de sentido" (p. 78).

Este texto nos muestra finalmente que si la obsesión del impulso vital persigue a Cornford hasta la discusión de la metafísica platónica, al mismo tiempo reconoce que al llegar a este punto estamos más allá de las distinciones habituales, más allá de la metafísica y de la religión. Conclusión interesante en un historiador que declara no ser filósofo ni teólogo, pero que también puede escribir: "El objeto final de conocimiento es la visión de un espectáculo por la cual el alma se pone en contacto con el objeto último del Eros y toma posesión de él. Así el hombre se torna inmortal, es decir, divino" (p. 77).

TEORIA DE LOS AGRUPAMIENTOS SOCIALES

En este nuevo libro del licenciado Mendieta y Núñez, aparecen todavía con más pureza que en obras suyas anteriores aquellas cualidades características de todo verdadero investigador científico: dominio perfecto del tema y vasto conocimiento de la bibliografía. El placer del lector en esta obra radica en la percepción del claro planeamiento de los problemas y su riguroso análisis lógico según categorías propias inherentes a la realidad misma. Con más, una perfecta claridad de expresión.

En la introducción de su obra, el profesor Mendieta y Núñez define con nitidez su propósito: estudio de los grupos constituídos artificialmente por el hombre para la realización de un fin cualquiera, la tendencia a la mecanización de los grupos sociales y su efecto en la conducta individual. Esta tarea presupone, sin embargo, encuadrar previamente esta clase de colectividades dentro de los agrupamientos sociales.

Con un criterio ecléctico, siempre legítimo y aconsejable cuando es auténtico, Mendieta y Núñez trata además problemas sociológicos relacionados con su teoría de los agrupamientos sociales. La primera cuestión que la Sociología necesita urgentemente abordar es la de su terminología. Una misma palabra es usada por investigadores en sentido distinto. Ante el enorme material que esta ciencia ha acumulado desde su reciente fundación, apremia ponerse de acuerdo sobre algunos de sus conceptos básicos. Los conceptos esenciales que en primer término es perentorio esclarecer son los de sociedad, agrupamiento y grupo social.

Después de un preciso análisis de los diferentes conceptos de sociedad el autor propone una definición objetiva que responde a la realidad empírica: "sociedad es el conjunto de individuos que viven sobre el haz de la tierra en constantes y complejas interrelaciones materiales y espirituales" (p. 22). Esta definición hace justicia a los dos términos inherentes a su naturaleza: a la estructura formada por los seres humanos que la constituyen y a las interacciones que dan vida y sentido a esta estructura. La sociedad es la humanidad toda; incluye en su seno diferentes clases de agregados a los que llamamos, en general, agrupamientos sociales. Por otra parte el grupo posee una indudable organiza-

ción interna. El concepto de agrupamiento social incluiría todo agregado tenga o no unidad intrínseca.

Ahora bien ¿qué es lo que mueve a los seres humanos a formar agrupamientos? ¿Puede hablarse de una sociabilidad innata? ¿Es suficiente el criterio de las disposiciones sociales para explicar la esencia de la sociedad? También en este asunto el profesor Mendieta y Núñez toma un punto de vista ecléctico. Cree, con Vierkandt, que una rica variedad de disposiciones innatas unen unos individuos con otros y también acepta con Durkheim un modo artificial para constituir los diversos agrupamientos: la solidaridad mecánica y la orgánica. Quien lea detenidamente (el comentario es nuestro) *Cesell shaftslehre* del ilustre sociólogo alemán, especialmente el cap. I, pp. 23-194 se percatará de la decisiva importancia de las disposiciones sociales en la formación de los agrupamientos.

Las diferentes fuerzas sociales dan lugar a una gran variedad de agrupamientos. Tiene razón el profesor Mendieta y Núñez: la ciencia no puede renunciar a una clasificación de estas agrupaciones. Es más: su tarea es intentarla. Después de hacer una precisa crítica de las diversas clasificaciones el autor establece, siempre con un criterio conciliador aristotélico su propia clasificación. Distingue primeramente los agrupamientos naturales de los artificiales. Subdivide los primeros según el grado de organización interna y los segundos de acuerdo con la finalidad que estos grupos persiguen.

El problema que ahora sale al paso al licenciado Mendieta y Núñez es acaso el más importante de las ciencias sociales. ¿Cuál es la naturaleza de los agrupamientos sociales? ¿Son una suma de individuos o algo distinto de los miembros que los forman? En la enmarañada confusión que existe en el tratamiento de este problema el Lic. Mendieta y Núñez destaca dos posiciones básicas: la abstraccionista y la objetivista. La primera ve el agrupamiento como resultado de un tipo de interrelación. Representante más caracterizado: Leopoldo von Wiese. Un buen resumen de su obra capital "System der Allgemeinen Soziologie", 1933 se encuentra en el libro de Recasens, "V. Wiese". Sería muy recomendable la versión española de esta obra básica que un día nos sirvió de texto en nuestras lecciones de Sociología en la Escuela Normal de la Generalidad de Cataluña. La posición objetivista mantenida principalmente por Durkheim y Geiger considera el grupo como un ser sui generis, síntesis o categoría social.

El Prof. Mendieta y Núñez rechaza ambos puntos de vista especialmente toda idea de una conciencia o alma colectiva más allá de la individual. Acercándose a Vierkandt, que a nuestro juicio es el autor

que mejor ha estudiado el grupo (Loc. cit. Cap. III, pp. 320-432), dice textualmente: "El agrupamiento social es un conjunto de seres humanos que ya sea por los lazos psicológicos que los unen o por sus intereses materiales o espirituales comunes o por la disposición de la ley en vista de los fines específicos que persiguen, mantienen interrelaciones estables o transitorias; pero orientadas en un cierto sentido formando así una unidad colectiva con características que la distinguen de sus miembros individualmente considerados" (p. 62). Cierto que nadie habla hoy sin santiguarse especialmente después de la Segunda Guerra Mundial, del alma de la nación o del espíritu del pueblo, conceptos que sirvieron de base a la teoría social del siglo XIX. Sin embargo, el problema de la conciencia colectiva sigue en pie esperando que un enfoque metafísico de la cuestión nos dé una más honda satisfacción que la *clara y simple* explicación positivista. (Véase W. Brönner: "Zur Theorie der Kollektivpsychischen Erscheinungen" en: Zeitschrift für Philophie und Philos. Kritik, Bd. 141, p. 22).

Fijado ya el concepto de agrupamiento social el autor pasa a estudiar sus múltiples variedades siguiendo su propia clasificación. Con palabra precisa y breve el Lic. Mendieta y Núñez delimita los conceptos de horda, clan, tribu, casta, deteniéndose un poco más en la familia y en el Estado. Traza un cuadro somero del grupo familiar, de su influencia en la vida social y de su crisis actual que se refleja en el número de divorcios, no grave en México, pero sí en los U. S. A. añadiríamos nosotros, donde el divorcio pone de relieve la preponderancia de la pura sexualidad en el matrimonio y la debilidad de los lazos morales y religiosos en esta institución que en el mundo hispánico constituye la célula de la vida social.

En la categoría de cuasi-grupos estructurales que Mendieta y Núñez compara acertadamente con el tejido conjuntivo del cuerpo humano, se estudian la comunidad, la nación, las clases sociales y las masas. Por último, en los llamados cuasi-grupos ocasionales se discuten ciertas agregaciones momentáneas y transitorias tales como la multitud y el auditorio que se forman bajo la influencia de acontecimientos inusitados.

Seguidamente el autor pasa a examinar los grupos artificiales, su mutua influencia y su efecto en la sociedad. El grupo artificial cuyo número ofrece todos los días, es aquel en que los individuos se reúnen de un modo permanente con objeto de realizar un fin determinado y regidos por normas creadas por ellos mismos. Casi en forma programática pero clara, el autor trata el ejército, la burocracia, los grupos religiosos, políticos, económicos, científicos, culturales, deportivos, secretos, patológicos, etc.

No cabe duda de que la clasificación propuesta por el autor responde a la naturaleza de la realidad social. Sin embargo, son posibles muchos otros puntos de vista igualmente legítimos. (Véase Eduardo Spragner: "Psicología de la Adolescencia", cap. 7). Los llamados por Mendieta y Núñez grupos artificiales quizá por no existir una expresión más adecuada como la de la Sociología alemana (Zweckverbande) podrían dividirse según el *valor* y el fin concreto que intentan realizar. Pero divisiones demasiado diferenciadas ahogan siempre la agilidad del pensamiento. Y el Prof. Mendieta y Núñez no abusa de las clasificaciones. Su estilo se mantiene siempre vivo.

Con el escepticismo de un hombre maduro que no ha aprendido mucho más de la vida que de los libros, el Prof. Mendieta y Núñez considera en la última parte de su libro el apasionante problema de la mecanización social. Tampoco el término mecanización es enteramente adecuado a la realidad, pero acaso no haya otro mejor. Mecanización trae a la mente la idea de automatismo más que de la determinación. Con frecuencia nosotros hemos usado la palabra *presión* para aludir a esta influencia determinativa del grupo en la conducta individual, a menudo tan fuerte y decisiva, que el individuo pierde su personalidad y por consiguiente su libertad. La presión no procede tanto del dirigente como de la misma máquina social. El individuo se siente cada vez más una pieza de una máquina marchando con el ritmo de la máquina. Nadie escapa a esta tendencia creciente a la mecanización social bajo la cual la libertad de la voluntad es totalmente ilusoria. Ni siquiera el rentista, en contra la opinión del Lic. Mendieta y Núñez, cuya conducta está determinada en alto grado por el pánico de perder sus riquezas. El autor no idealiza los motivos que impulsan al individuo a ingresar en estos grupos rigurosamente organizados. Cree, y probablemente tiene razón, que la formación de estos grupos artificiales de alta potencia, obedece las más de las veces a motivos egoístas. La consecuencia de la despersonalización, el automatismo, y la crisis espiritual de nuestro tiempo.

El individuo trata de salvarse de este paulatino aniquilamiento de la libertad individual entregándose al vicio. Con frecuencia el alcohol amortigua el dolor de la despersonalización.

Otro efecto de la mecanización social consiste en el acrecentamiento extraordinario del poder de los líderes. Con razón dice el Lic. Mendieta y Núñez que la democracia está siendo substituída por lo que pudiera llamarse la *liderocracia* (p. 240). Los líderes ya no son hoy los héroes en el sentido de Carlyle sino hombres listos con un descomunal afán de mando que imponen "sus convicciones, sus caprichos, sus locu-

ras, raramente también sus grandes ideas". El autor ilustra su magnífica descripción de la mecanización social con ejemplos tomados de la realidad mexicana que es la que tiene más a mano. Estos fenómenos se dan hoy en todas partes, a veces de un modo claro y brutal como en los Estados totalitarios y a veces disfrazados como en algunas de las llamadas democracias.

Al cerrar el libro del Lic. Mendieta y Núñez que posee el raro mérito de orientar al neófito y de proporcionar una síntesis a quien está ya familiarizado con las teorías de los agrupamientos humanos, dos sentimientos emergen a flor de nuestra conciencia: la nostalgia de aquel mundo libre de los años anteriores a la Primera Guerra mundial y la firme esperanza de que el reino de la necesidad, inherente a toda mecanización social, especialmente a los regímenes totalitarios, será substituído por un reino de libertad del ser, base de la libertad moral y por consiguiente de la autenticidad de la vida, que acerca el hombre a Dios y confiere sentido al progreso histórico.

Si bien Mendieta y Núñez, fiel a la actitud del hombre de ciencia describe y no moraliza, al avanzar el lector con tensa atención en las páginas de su libro, siente generar en su alma fuerzas para enfrentarse contra la tiranía brutal, la cruel opresión o la presión sutil de cualquier colectividad que tiende a ahogar su personalidad reduciéndole a uno de tantos, y mantener aquel sabio equilibrio entre el individuo y las agrupaciones sociales que Goethe adscribe a los ingleses al tratar de Newton en la parte didáctica de su *Farbenlehre*. y que deja a salvo la vida personal en cuyo ejercicio, como es sabido, veía el gran poeta la mayor felicidad de los hijos de la tierra.

Juan ROURA PARELLA.

UN LIBRO DE TELMA RECA

UNA de las tareas más ingrata y difícil en la labor científica y que requiere excepcionales dotes en quien la realiza, es la de abrir camino a ideas o procedimientos nuevos. Se tropieza con múltiples inconvenientes, desde la rotura de moldes establecidos, hasta la transformación de la mentalidad general de tendencia conservadora y estática, que se siente cómoda dentro de normas a las que está acostumbrado y que se resiste al esfuerzo necesario para una nueva postura o para el cambio de enfoque hacia un problema determinado.

El libro de la Dra. Telma Reca,[1] suma a sus muchos valores, que luego comentaremos, el relato aunque escueto, del nacimiento y vicisitudes de la Clínica por ella creada y que abrió camino en la Argentina, a una nueva manera de contemplar el panorama de las enfermedades de la infancia, que si bien conocida y desarrollada en Europa y Estados Unidos, tardaba en adoptarse en América Latina, o por mejor decir, en hacerse carne en quienes tenían a su cargo el cuidado físico y mental de la infancia.

El médico, por su tarea específica, pero más aún por la posición que ocupa frente a la familia del niño enfermo, es el indicado para ver las desviaciones psíquicas, los trastornos de la conducta y del carácter de los niños que son llevados a su consulta y para indicar los medios necesarios para su solución. Es su deber estar interiorizados del panorama científico y de los enfoques actuales de su disciplina. No ha ocurrido así sin embargo y son numerosos aún los médicos para quienes permanece desconocida la problemática psicológica de los niños, pese a que el conocimiento y desarrollo de diferentes doctrinas psicológicas son ya del dominio público. Todavía hoy es frecuente ver la incomprensión de pediatras y clínicos generales, frente a trastornos del desarrollo y problemas de conducta bien visibles. La política del dejar estar y la esperanza radicada en el mero desarrollo, unidas a unas pocas indicaciones clínicas, es actitud frecuente frente a debilidades mentales de diverso grado y a problemas indicadores de trastornos neuróticos como enuresis, vómitos, terrores, etc.

La labor de la Dra. Reca, fué por estas causas dura y difícil y necesitó de sus mejores cualidades para llevarla a cabo; a la incomprensión

---

1 *Psicoterapia en la Infancia.* Editorial el Ateneo de Buenos Aires.

del público en general, hubo de agregar la de los propios colegas que contemplaban con ironía protectora los procedimientos empleados y además la falta de colaboración de las autoridades que no dieron sino en forma precarísima los medios para el buen desenvolvimiento de la Clínica. Soslaya la Dra. Reca la cantidad de dificultades que tuvo que vencer, para llevar el agradecimiento hacia los que colaboraron con su obra, restándose méritos que no son pocos, su tesón, capacidad, paciencia y espíritu de lucha, que la llevaron a la realización de la clínica hoy montada y de cuyos resultados da cuenta el libro que comentamos.

La psicoterapia infantil ya ha salido del círculo de consultorios de unos pocos especialistas y hoy existe un interés extraordinario en la juventud estudiosa (sobre todo femenina) en su estudio y en el de disciplinas complementarias pero íntimamente ligadas a ella, foniatría, psicopedagogía, asistencia social, etc. El libro que comentamos va dirigido a ese sector, pues trata del estudio teórico práctico de la labor realizada en la Clínica durante 15 años; tiene el mérito extraordinario de su sinceridad y el no menor de la claridad con que están expuestos los métodos empleados, librados de toda ortodoxia, teniendo como guía un sano eclecticismo y como función, el reintegro del niño a su íntima personalidad, perturbada por los distintos factores que inciden en su desarrollo normal. "La lectura de obras, monografías y artículos de diversos autores me hizo advertir desde el principio de mi trabajo (dice la Dra. Reca), que investigadores de distintas escuelas obtienen efectos semejantes por procedimientos aparentemente dispares". Pensamiento sano y objetivo olvidado con frecuencia por la ortodoxia de distintas escuelas, y fundamentalmente práctico y constructivo. Existen dos posturas bien definidas en la labor científica; una teórica especulativa (labor de investigación) y otra práctica, en la que se aprovechan los resultados teóricos en la labor diaria; el planteamiento ortodoxo es a veces necesario en el plano especulativo, para evitar dispersiones inútiles, y sobre todo para llevar a sus últimas consecuencias una hipótesis determinada; no pasa lo mismo en el terreno práctico, aquí es necesario el conocimiento integral, pero no su utilización ciega.

El trabajo de la Clínica creada por la Dra. Reca, se inició cuando ya el desarrollo de las teorías analíticas se había incrementado en Europa y Estados Unidos y se conocían suficientemente los distintos enfoques dados por las escuelas disidentes; de todas ellas toma enseñanza la autora, buscando los elementos comunes que puedan servirle en la tarea curativa y lo señala honestamente en sus páginas.

Psicoterapia en la infancia puede ser leído con agrado por el público culto y sacar de él provechosas enseñanzas, y es de vital impor-

tancia para los que se inicien en la práctica psicoterápica o en cualquiera de las actividades afines, incluyendo a los maestros, es decir todos aquellos que tengan que enfrentarse con los que ha dado en llamarse "niños problema". Sistemático, ordenado, profundo, muestra el desarrollo auténtico y vivido del tratamiento psicoterápico en sus diversas fases, del material y los métodos que se emplean.

El libro está dividido en dos partes: en la primera se analizan los fundamentos teóricos y los procedimientos técnicos; en la segunda se describen historias clínicas en las que se comenta el tratamiento y los resultados obtenidos.

Tres aspectos fundamentales debe dominar quien se inicie en psicoterapia infantil: forma de enfrentamiento del problema, plan y desarrollo del mismo y por último el momento de terminación del tratamiento. En la primera parte del libro, la autora con un esfuerzo sintético encomiable, muestra sendas, señala dificultades, enseña a caminar en ese intrincado laberinto que es la mente infantil desviada; en forma no exhaustiva por cierto, pero lo suficientemente informativa como para mostrar la labor de una clínica y con un sentido orientador, que le hará llegar el reconocimiento de muchos jóvenes que se inician y no pocos de los ya lanzados en el trabajo terapéutico.

El tercer aspecto, el momento de terminación del tratamiento, es poco comentado, cosa que es de lamentar. Es un punto frecuentemente soslayado por los diversos autores y razón de numerosas inquietudes, bien razonables por cierto, en quienes se inicien en psicoterapia.

No es fácil delimitar el momento preciso en que un tratamiento debe darse por terminado y tan peligroso de finalizarlo antes de tiempo, como diferir su terminación por no haber captado los finos matices indicadores de que el niño ha superado sus problemas, lo primero motiva frecuentes recidivas, no siempre reductibles, lo segundo puede llevar al niño a un exceso de dependencia hacia el terapeuta lo que provoca dificultades en su adaptación y disturbios posteriores en su personalidad.

La Dra. Telma Reca, con su amplia experiencia, pudo haber dado consejos ajustados al respecto y más concisos que los que se desprenden de sus historiales clínicos, y lamentamos que no haya creído necesario hacerlo.

La primera parte del libro está dividida en tres capítulos: Proceso psicoterapéutico, Procedimientos generales y aspectos particulares del tratamiento, y Fracaso y errores.

El primero es fundamentalmente de consideraciones teóricas, las que le ha dictado la experiencia y las que fundamentan los distintos procedimientos usados en la clínica; disentimos con la Dra. Reca en la

poca importancia que concede en la formación diagnóstica, a la psicotecnia, pues no pocos errores se cometen en la conducción del tratamiento, por falsa valoración de la mentalidad de un niño (evitables por la realización de niveles mentales, tests de realización, de inteligencia, motóricos, etc.), o por desconocimiento de factores caracteriales fácilmente evidenciables por test caracteriales del tipo Rorschach o del de Apercepción Temática. Es cierto que un terapeuta avezado, con profundos conocimientos psicológicos, amplia experiencia y rica inteligencia, no ha menester sino en contadas circunstancias de la ayuda que puedan prestarle los test; pero no menos cierto es, el que tales condiciones se dan raramente; y en las publicaciones debe tenderse a la generalización y no a casos particulares; y aunque tales procedimientos sean poco usuales en la Clínica dirigida por la autora, ésta debió prever que la lectura de su libro puede influir en muchísimos principiantes no advertidos de los requisitos que mencionamos y pueden creer que es regla general el procedimiento adoptado en este caso particular. Consideramos por otra parte, que la investigación de test, de inteligencia, pedagógicos y caracteriales, que son siempre según nuestra experiencia, bien aceptados por los niños, sirven para los primeros pasos del transfer necesario en el tratamiento, y ayudan extraordinariamente en la comprensión tanto de la mentalidad cuanto de la personalidad total del niño y su forma peculiar de enfrentamiento del mundo (mecanismos de defensa) dando una visión rápida e integral, que ayuda en la formulación del plan de tratamiento.

El capítulo segundo está dedicado a los procedimientos generales que están magníficamente sintetizados en sus párrafos iniciales: "No caracteriza a nuestra clínica ningún procedimiento en particular. Interesa fundamentalmente, llegar al conocimiento de la personalidad del niño, su problema y su medio; establecer la dinámica de las fuerzas que actúen en él; darle la posibilidad de expresar los conflictos, experiencias, sentimientos y emociones reprimidos o desconocidos para él mismo, que le han llevado a su situación actual; reestructurar su personalidad cuando ha experimentado una torsión marcada, procurando hallar y establecer su auténtico tipo psicológico; estaurar la línea de su evolución normal; procurarle oportunidades y formas de actividad que tiendan al cultivo y desarrollo de la personalidad en aquellos aspectos que especialmente contribuyen a afianzar la armonía de su funcionamiento; modificar su medio en la medida necesaria —como mínimo para obtener estos objetivos". Enfoque que muestra la amplitud con que se contempla el problema del niño, magníficamente encuadrado entre la psicología dinámica y la comprensiva, y el empleo exhaustivo de las distintas corrientes psicológicas actuales.

Los métodos empleados, juego libre, juego dirigido, expresión plástica, relatos, asociación, sueños, etc. están expuestos en detalle y muestran la plasticidad que debe tener el terapeuta, para plegarse a las distintas modalidades que presenta el niño en el tratamiento y las diferentes técnicas que es necesario usar teniendo en cuenta, la edad, la capacidad mental y la caracterología de un niño determinado.

En el capítulo tercero, se trata de un tema frecuentemente olvidado en los libros de psicoterapia: los fracasos y errores. En numerosos tratados se comentan los éxitos obtenidos, en muy pocos los fracasos (que no dejan de ser numerosos) y es lástima, por ser tanto o más fructífero el aprendizaje sobre los fracasos y las causas del mismo, que sobre los éxitos que se obtengan, no siempre atribuíbles a las causas que se exponen.

Se destacan por la comprensión del problema terapéutico, la inclusión de casos en que no hay correspondencia o adaptación entre el psicoterapeuta y el niño, situación poco vista en general o poco aceptada y que no debe ser desestimada, por cuanto proseguir un tratamiento estancado por esta causa, puede tener consecuencias desagradables y en muchos casos invalidar no sólo el tratamiento en sí, sino la posibilidad de cura por otro terapeuta.

Otros aspectos como el error diagnóstico y la falsa apreciación de los factores que intervienen en el problema, etc., son tratados en la misma forma sintética, pero con enfoque justo y consejos llenos de sentido, mostrando claramente la misión del psicoterapeuta y los obstáculos que se presentan en su camino. La forma de encarar el problema sexual es limpio y acertado, sin llegar en ningún momento a las exageraciones psicoanalíticas: "La educación sexual, con la amplitud y los límites que corresponden a la edad y las condiciones del paciente, forma parte casi siempre del tratamiento psicoterápico, y se imparte durante éste, en forma meramente informativa, como elemento de conocimiento y maduración, en la mayoría de los casos", dice la Dra. Reca, y más adelante en los historiales clínicos, puede verse a través de diferentes tratamientos, llevadas a la práctica estas directivas.

La primera parte del libro, termina con diversos cuadros estadísticos, sobre los tratamientos efectuados que evidencian la importancia de la labor realizada y la misión extraordinaria que cumplen las clínicas de conducta infantiles. Es de desear que ejemplos tan ponderables cundan, pues América Latina está en retraso en el cuidado de sus niños. Salvo en los grandes centros poblados y aun allí en forma precaria se contempla el problema de las desviaciones psíquicas de la infancia y es doloroso ver que numerosísimos niños no han corregido anomalías de

conducta y de carácter, por falta de centros de atención adecuados y que más tarde van a llevar el peso de sus deficiencias y la tortura de males que pudieron ser evitados.

Se discute con frecuencia y se pone como disculpa el que debe solucionarse el analfabetismo antes de pensar en reeducación; pero no es este realmente el caso; son dos problemas que corren paralelos y ninguno de ellos debe dejarse de lado. La clínica de conducta no es un mecanismo puramente médico, participa en gran parte en la tarea pedagógica, y debe tenderse a su incremento y a la unión con los centros educativos.

La segunda parte de la "Psicoterapia en la Infancia", está dedicada a historias clínicas, en las que se describen minuciosamente tratamientos efectuados en niños de diferentes edades, se indica el porqué de las diferentes técnicas usadas, y se comenta al final de cada caso la interpretación y la marcha del tratamiento, como así su evolución posterior, con profundidad y claridad realmente excepcionales.

Pedro T. RAPELA.

CONCEPTOS E IMAGENES EN PENSADORES DE LENGUA ESPAÑOLA

HACE diez años el Dr. José Gaos publicó, en estos mismos CUADERNOS AMERICANOS, unas notas para una interpretación histórico-filosófica de "El pensamiento Hispano-Americano". En aquel estudio se caracterizaba a los pensadores hispanoamericanos contemporáneos por una serie de notas, de las cuales sólo es necesario recordar aquí la siguiente: "El pensamiento hispanoamericano contemporáneo procede, más que por discurso lógico insistente metódicamente, por emotiva espontaneidad ideativo-imaginativa inicial y reiteradamente inspirada y feliz. Que por conceptuación pura y rigurosa, definición de conceptos o términos, adopción de terminología técnica, congruente uso unívoco de ella, perseguida o consiguiente evitación de contradicciones, por conceptuación y hasta discurso mediante imágenes, por términos del habla corriente o de un estilo literario tomados en acepciones 'contextuales', 'ocasionales' o 'circunstanciales' que lo hinchen de una significación o intención ideológica más amplia o más densa, menos o más nueva o única en cada contexto, ocasión o circunstancia, entre las cuales encuentra, pues, contradicción la inteligencia que, procediendo tradicionalmente, las toma abstractas de estos contextos, ocasiones o circunstancias que las concretan". Pero esta caracterización de los procedimientos discursivos no era —según propia confesión del autor— el resultado de un análisis cuidadoso de los textos de los filósofos de lengua española: el análisis quedaba, pues, por hacerse.

De nuestros pensadores se dice con frecuencia que no son sistemáticos, que no proceden metódicamente, pero no se dice, en cambio, qué son y cómo proceden de hecho. El estudio de este problema descuidado, de este tema virgen, es el único camino para lograr una caracterización positiva de los procedimientos intelectuales de los filósofos de lengua española. Tarea indispensable, por otra parte, para dar solución a una vieja cuestión: la cuestión de saber si a nuestros filósofos les conviene tal nombre con plena justicia o si habrá que considerarlos solamente como simples literatos de ideas.

La profesora Vera Yamuni Tabush, discípula del Dr. José Gaos, ha abordado el asunto y llevado a cabo minuciosos análisis en los textos de algunos pensadores —Martí, Rodó, Unamuno, Ortega y Vas-

concelos—, para lograr la caracterización positiva de sus procedimientos discursivos. Las investigaciones fueron realizadas bajo la dirección del propio Dr. Gaos, en el Seminario para el Estudio del Pensamiento de los Países de Lengua Española de El Colegio de México, y sus primeros resultados acaban de publicarse en un volumen titulado "Conceptos e imágenes en pensadores de lengua española".[1]

Tanto el trabajo publicado como el que no se publica aún, "vienen a ser —nos dice Vera Yamuni— como una estilística del pensamiento". Es decir, se trata de un intento de diferenciar y valorar los modos de pensar particulares de cada autor. "El pensamiento vivo —observa la autora en otro lugar—, resulta muchísimo más complicado de lo que enseña la lógica acerca del concepto, el juicio, el raciocinio y el método, tomando cada uno de estos fenómenos por separado y en lo que tienen de más general o de común a todo pensamiento posible. Los pensadores de carne y hueso, para decirlo imitando una frase de Unamuno, piensan cada uno a su manera, y en la manera de pensar que tiene cada uno aparecen complicados a cada paso los más variados elementos, procesos y motivos del pensamiento". Ni bastan, pues, los esquemas usuales de la lógica y la teoría del conocimiento, ni tampoco es posible separar lo lógico puro de lo que lo rodea y motiva, que además, no deja de expresarse de alguna manera. El pensamiento expresado, por más abstracto que pueda parecer, responde siempre a una serie de motivos alógicos que son en definitiva, motivos de carácter personal.

En efecto, esto que se dice de los discursos y procesos lógicos más complicados, debe aplicarse también al elemento último del pensamiento lógico: el concepto. El concepto no es un esquema absoluto de una cosa, por riguroso y exacto que pretenda ser, no puede arrancarse de la referencia a lo concreto y vital, no puede escapar a una doble exigencia: la que deriva de la realidad conceptuada, y la que proviene del hombre que conceptúa.

Todo lo anterior obliga, por un lado, al estudio del aspecto metódico, y por otro, al estudio del aspecto sistemático de los autores de lengua española. Ambos aspectos son inseparables como lo muestra Vera Yamuni en el examen de los textos de Rodó y de Ortega. En los dos autores es indispensable el estudio de sus procedimientos a base de imágenes implícitas y explícitas para llegar a una comprensión más plena de los temas tratados. Sin embargo, era necesario empezar por el aspecto metódico.

---

1 *Conceptos e Imágenes en Pensadores de Lengua Española.* El Colegio de México. México, 1951.

El análisis de un texto entrega una gran cantidad de fenómenos, por ejemplo: conceptos, imágenes, comparaciones, definiciones, divisiones, el pensar por antítesis, la negación, las generalizaciones, especificaciones, individuaciones, ejemplos, fundamentaciones valoraciones, etc. El material que puede obtenerse en una investigación tan cuidadosa como ésta de Vera Yamuni, es enorme, y por tanto, no podía ser encerrada en un solo volumen. El libro que ahora comentamos está dedicado exclusivamente al estudio de los fenómenos más elementales, es decir, de los conceptos, especialmente de aquellos que implican imágenes, y de las imágenes explícitas, además del estudio de otros fenómenos cercanos como la comparación y las imágenes psicológicas. Estos fenómenos no son contemplados desde todos sus aspectos, simplemente lo son desde aquel de su influencia sobre el carácter metódico del pensamiento; esto último con la finalidad de establecer "las relaciones entre el pensamiento y la imaginación, que es la causa más notoria de las que afectan al discurso metódico del pensamiento, sin duda porque está lejos de ser la más profunda". Para completar la tarea quedan prometidos dos volúmenes más, uno dedicado al análisis de los "Procesos Discursivos" y el otro destinado a examinar los "Motivos Alógicos".

Sobre el método fenomenológico seguido en la investigación, la autora hace la siguiente advertencia: "no es, sin embargo, una fenomenología en el sentido estricto de la de Husserl, de las esencias de las 'puras' vivencias de la conciencia, en actitud idealista; es simplemente una fenomenología en el sentido mucho más lato, y también mucho más generalizado, del análisis y descripción de fenómenos u objetos en general, en la actitud del realismo ingenuo". Ahora bien, el análisis y la descripción han sido hechos con un rigor y una profundidad tales que no cabe decir de ellos sino elogios. Un discurso de Martí —"Madre América"—, un capítulo de "El Sentimiento Trágico de la Vida" de Unamuno, el prólogo de Ortega a las "Meditaciones del Quijote", un capítulo de los "Motivos de Proteo" de Rodó y uno de la "Estética" de Vasconcelos, son los únicos textos estudiados, pero son suficientes para alcanzar los resultados de que hablaremos en seguida.

La profundidad de los análisis y el hecho mismo de que la materia tratada sea, en tan grande medida, inexplorada, obligó a que el trabajo fuera dejando resultados en una doble dirección. Por un lado, las conclusiones de orden filosófico general, como aquellas que se obtienen en el capítulo segundo al estudiar los conceptos y hacer la clasificación de los objetos por ellos mentados. Los esquemas de clasificación de objetos que nos presenta la ontología, son tan simples y sumarios

que no alcanzan a resolver las complicaciones que presenta el inmenso mundo de los objetos. En el análisis del texto de Martí, la profesora Yamuni tuvo que introducir conceptos y usar términos apropiados para describir debidamente los fenómenos, lo que representa una importante contribución a la fenomenología del pensamiento, de su expresión y de sus objetos. Deben citarse también, entre las aportaciones de alcance general, la fenomenología de la comparación, la fenomenología de la expresión equívoca y el estudio de las relaciones entre el pensamiento y la imaginación.

Por otra parte quedan las conclusiones, de no menor interés, que se refieren a la caracterización de los cinco pensadores estudiados; aunque tales conclusiones queden pendientes de los necesarios complementos y hasta de rectificaciones que impongan los nuevos estudios sobre los otros elementos lógicos, los procesos y los motivos del pensamiento. En este libro, la caracterización está limitada al uso de imágenes implícitas y explícitas; a la forma de constitución de objetos, para lo cual sirven de ejemplo las expresiones que denotan substancias naturales y actividades y modos substantivados; y por último, a la forma de relación entre objetos para lo cual sirve de ejemplo la relación de adición denotada por la conjunción "y".

Conviene recordar ahora, para dar al lector una idea más cercana de los logros del trabajo, por lo menos los resultados obtenidos en el análisis de uno de los textos. Puede servir de ejemplo el prólogo de las "Meditaciones del Quijote" de Ortega y Gasset, que es uno de los textos analizados con más detenimiento y precisión.

En el texto de Ortega se encuentran escasas expresiones denotativas de substancias naturales, y en cambio, frecuentes expresiones que denotan actividades y productos culturales. Esto se debe, en primer lugar, al tema del prólogo —la presentación de la circunstancia concreta como objeto de la filosofía—. Pero también obedece a las tendencias del pensamiento y del estilo del autor, al empleo de expresiones figuradas de sentido lo más concreto posible. Es característico de su estilo, dice Vera Yamuni, "la inserción de vocablos vernaculares en contextos insólitos. Este proceder trae como consecuencia expresiones figuradas muy originales. La frecuencia de los casos en que en el contexto doctrinal introduce Ortega vocablos concretos hace que su estilo adquiera esa corporeidad que da a los objetos que denota un doble carácter de presencia sensible y belleza nueva".

El pensamiento orteguiano tiende a no relacionar los objetos mediante la relación de adición denotada por la conjunción "y", sino mediante la misma relación, pero denotada por la mera yuxtaposición de

las cláusulas o de sus miembros y por otras maneras de construcción. La razón de tales procedimientos parece puramente estilística, estética.

Un capítulo entero está dedicado al estudio de las imágenes implícitas y explícitas en el mismo texto de Ortega. El discurso no tiene unidad de objeto, pero puede dividirse en siete partes que no carecen de ella y en cada una de las cuales se ve con claridad que las imágenes tienen una homogeneidad determinada precisamente por la unidad de objeto de las partes del prólogo en que se encuentran. Lo que a primera vista parecía más inconexo y caprichoso, tiene en realidad una conexión y uniformidad profundas. La homogeneidad de las imágenes consiste en que todas ellas pertenecen a un mismo género, al género del objeto tema del discurso. Esta uniformidad hace que las imágenes no sean un factor de ametodismo tan grande como se piensa comúnmente, aunque puedan serlo algunas veces puesto que quedan expuestas al equívoco y a la ambigüedad en la misma medida que todas las expresiones sinónimas. Si Ortega y nuestros otros pensadores no son metódicos, no será tanto por usar un lenguaje figurado cuanto por otras causas y motivos. Además, casi siempre que se emplean expresiones figuradas se hace porque son necesarias para mentar los objetos pensados. La metáfora, ha escrito el maestro español, "no sólo la necesitamos para hacer, mediante un nombre, comprensible a los demás nuestro pensamiento, sino que la necesitamos inevitablemente para pensar nosotros mismos ciertos objetos difíciles. Además de ser un medio de expresión, es la metáfora un medio esencial de intelección".

Las imágenes en la prosa de Ortega dependen de un modo directo —según muestra la autora—, de la afectividad y también de los motivos personales del escritor. Afectividad y motivos personales son en verdad, las causas más profundas y determinantes de la falta de método en el discurso del pensamiento; pero esto se examinará en trabajos posteriores. La pregunta sobre el carácter ametódico y asistemático del pensamiento de Ortega, como el de otros autores, está abierta todavía.

Quedamos, pues, en espera de los nuevos libros de Vera Yamuni. Al que ha publicado ya, no cabría hacerle sino un pequeño reparo referente al método de exposición que da al volumen cierto carácter escolar, seguramente porque sirvió como tesis profesional en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de México. Los resultados de los análisis fenomenológicos son presentados casi de la misma manera en que fueron obtenidos. Este procedimiento es recomendable porque el lector tiene en su presencia los pasos mismos de la descripción, es decir, tiene ante sí la prueba de los resultados. Pero a la vez trae la desventaja de hacer la lectura pesada, por lo menos en algunas ocasiones,

lo cual no es pequeño inconveniente. Es probable que, sin menoscabo del rigor científico, se hubiera podido prescindir de este método de exposición en algunos pasajes; no en todo momento es preciso dar al lector la prueba de los resultados, y en tal caso no hay razón para que coincidan el método de investigación y el de exposición. De otra manera, un libro corre el riesgo, que sin duda correrá éste de Vera Yamuni, de ver limitado su público a un sector de especialistas y reducida la resonancia que, por su materia, sus propósitos y sus méritos, debiera tener.

Fernando SALMERÓN.

Presencia del Pasado

LAS LLAMADAS LACAS MICHOACANAS DE URUAPAN, NO PROCEDEN DE LAS ORIENTALES

Por *José Guadalupe ZUNO*

MUCHOS escritores han supuesto en diferentes ocasiones, que hay dependencia de origen entre las indebidamente llamadas lacas mexicanas y las orientales. Entre otros, lo han asegurado el señor Chao, Secretario de la Embajada China en 1920, y el doctor Atl, en artículos periodísticos publicados en "Excelsior" en 1921 y en sus libros sobre las Artes Populares Mexicanas. Dicho pintor sostiene la tesis de que por el año 600 E. C. se registraron unas incursiones de navegantes chinos en las costas occidentales mexicanas que corresponden a los actuales Estados de Guerrero, Oaxaca y Michoacán y que estuvieron habitados por Zapotecas y Purépechas o Tarascos (que así se les acostumbra llamar por apodo puesto por los conquistadores españoles). Y supone Atl, que dichos navegantes chinos trajeron la industria y arte de las lacas, fundándose para ello en las decoraciones sobre los fondos negros y en el brillo de los objetos laqueados.

Yo estoy convencido de que tal origen no puede probarse, y fundo mi opinión en los estudios que sobre el particular he realizado y que aquí expondré. Practiqué todo el proceso técnico-material de la manufactura de las lacas de Uruapan, en los Cursos Especiales que sobre la materia dió el señor profesor don Francisco de Paula León en la Escuela Politécnica de Guadalajara a raíz de la fundación de la Universidad. Fué indiscutible conocedor de la historia y pormenores de las lacas y por ello lo contraté para servir dichos Cursos que duraron tres años, y además le compré una colección completa de objetos antiguos y modernos michoacanos laqueados, que lució con orgullo el Museo de Jalisco, hasta que por orden superior se trasladó al de Pátzcuaro, donde ahora se exhibe, y consta de varios centenares de toda clase de piezas de todos

los estilos. Con dicho maestro investigué la parte material y la artística de manera lo más completa posible. Las comparaciones con el arte oriental las he podido hacer en muebles y objetos de origen chino y japonés, y consultando y estudiando las publicaciones e ilustraciones que he podido tener a la mano, relativas a los procedimientos industriales, a la historia de ellos y a la crítica del arte en general. Bien sabido es que a nuestro país han llegado, desde poco después de la dominación española, naves que traían toda clase de productos y entre ellos las lacas, y sedas, y porcelanas. Me he servido de algunas de ellas, para fortalecer mi opinión examinándolas, y es por todo ello que me atrevo a suponer que tengo ya la necesaria autorización para razonar con conocimiento de causa oponiéndome a la creencia errónea que al principio apunto.

Comenzaré por presentar el aspecto completo del arte mexicano, para entrar ordenadamente en materia y realizar un detenido examen.

Contiene la colección del profesor León, muy valiosos ejemplares, como he dicho, de todas las épocas y estilos del arte michoacano; pero es de advertirse que, dada la relativamente corta duración de las maderas, de los bules y jícaras usadas en él, los que representan la época pre-hispánica no son muy antiguos; pero sí deben ser considerados como puros y legítimos representantes de aquel estilo, porque fueron hechos totalmente con apego a las normas tradicionales y por artífices indígenas con su estilo simplista elemental, y pobre de colorido. Refiere el pintor don José María Alcocer que él logró adquirir dos ejemplares auténticos: un bule ritual, alargado en forma de pez, figurado con escamas negras, amarillas, rojas y blancas alternadas: y una media jícara, semidestruída, que compró en un expendio de maíz (donde servía para vaciarlo en los almudes), cuyo fondo era rojo indio y negro el exterior, con unas aplicaciones de grecas en forma de piñas estilizadas y al centro una cabeza de coyote, tema éste muy socorrido entre pintores, escultores y ceramistas tarascos. Carl Lumholtz, en su *México Desconocido,* refiere que al excavar una yácata en las cercanías de Tangancícuaro, encontró una jícara, también decorada, pero seguramente moderna, según lo revelaron el estado de la osamenta y de otros objetos que fueron encontrados en el entierro —tales como hachas de cobre y cacharros de alfarería—. No se tienen noticias de otros

hallazgos. No hay lugar a duda, sin embargo, de que la producción pre-hispánica era de técnica igual a la actual, con un fondo uniforme en toda la pieza, de un solo color, y sobre él, en incrustaciones sucesivas, las labores decorativas aplicadas y llenadas de una por una las diferentes tonalidades, embutidas en las incisiones, pero en su reducida pobreza de los cuatro tonos: rojo, amarillo, blanco y negro. Desde aquí debo hacer notar que la particularidad predominante en la técnica mexicana, es la de deçorar rellenando las incisiones hechas sobre el fondo, con otros colores; la cual técnica es sin duda originada en la que se empleó en las cerámicas del noroeste mexicano, en las cuales las incisiones eran rellenadas con barros de distintos colores del de la vasija. Este procedimiento es arcaico, como lo demuestran las jícaras encontradas por el explorador Ekholm en Sinaloa, y los arqueólogos lo denominan Pseudo-cloissoné, o alveolado.

La suntuosa Corte de los Emperadores o Caltzonzi, que así se llamaban los monarcas de la dinastía que gobernó la extensa Confederación michoacana, rivalizaba en poderío y riquezas con el Imperio Mexica, al cual amenazaba en muchos de sus linderos. Desde Tariácuri hasta Tzinzicha se caracterizó por su esplendor no inferior al de Moctezuma Ilhuicamina y en álgunos aspectos era más brillante y pintoresca, como se manifiesta en los ricos mosaicos de plumas de aves, aplicados a las vestimentas, a los tapices de los muros de palacios y templos y a los escudos y penachos de guerreros, sacerdotes y cortesanos. Presentábanse todos ellos ante el pueblo con ostentación de multitud de joyas muy ricas, tales como mitras, diademas, penachos, rodelas, escudos, máscaras, collares, tobilleras, brazaletes, pulseras, bezotes, pendientes, orejeras, zarcillos y narigueras de oro y plata, con incrustaciones de piedras preciosas; sus ropas eran de finísimas telas del pochote, bordadas y enriquecidas con piedras, todo lo cual les prestaba un aspecto lleno de colorido. A tales vestiduras les llamaban Ucatátase-quequénezza. Las solemnes ceremonias de aquella antigua sociedad presentaban aspectos muy lujosos, pero al mismo tiempo muy complicados. Y más que ninguna, la que verificaban para los solemnes funerales de los Emperadores —cuyo cuerpo era engalanado con todo lo mejor y más rico que en su vida usara; y conducido hasta la yácata principal era incinerado sobre un hacinamiento de

troncos de pino; y una vez consumida la pira, las cenizas quedaban colocadas en las fosas dentro de una tinaja funeraria, dejando con ellas la cama, alimentos y cuanto pudiera necesitar el monarca en su largo viaje de ultratumba, mientras que, en otras fosas más grandes, eran también enterrados en vida los cortesanos de su servicio personal. Esencialmente nepótico, el gobierno michoacano estaba exclusivamente manejado por los parientes del Caltzonzi, y en los últimos tiempos de Tzinzicha, o Tangaxoan, como le llamaban los aztecas, o don Francisco, como le bautizó cristianamente Fray Martín de Valencia, las principales dignidades eran: sus hijos, Viehichiltzi, Vibil, Huemaxe; sus hermanos, Tirimarasco, Sirangua, Cuini, Aconsti, Timas, Tacuani, y Patamu; su yerno, Cuinierángari, más las nobles familias de la casa real, Uhitziméngari, Heneani, Zacapuhireti, Guanga, Ecuángari, Banacaci, etc. El Angatácuri, o Jefe principal del Ejército, era a la llegada de los españoles el famoso general Namuna, que había inflingido derrotas a las huestes aztecas y quien se declaró amigo firme de los conquistadores. Los cultos religiosos estaban bajo el cetro del Pontífice Máximo, llamado Petámiti, y dependían de su Suprema Autoridad sacerdotes predicadores, Caríricua, y los ordinarios, Curitíecha. Llevaban atributos de sus correspondientes jerarquías, y en la espalda, principalmente, ostentaban bules y sonajas rituales de brillantes colores y decorados con grecas ofídicas o cabezas de coyote. La gente del pueblo y los soldados usaban casquetes laqueados hechos de los guajes ciriales, fruto así llamado porque lo produce el árbol cirián. Los hay tan grandes, que aun hacían con ellos tecomates y otras vasijas, también decoradas con culebras cruzadas hasta encontrar sus cabezas y sus colas, o con figuras geométricas combinadas. Todas las artes e industrias suntuarias estaban administradas y dirigidas por la Corte, pues los miembros de la familia imperial tenían preparación para poder ser hábiles directores de ellas. Uno de los príncipes llamado oficialmente Ocambecha, era el funcionario principal de aquella organización, con dominio sobre toda clase de artífices y trabajadores, desde los buscadores de oro, plata y cobre, de piedras preciosas, de plumas de aves, de pieles de animales, de fibras para los tejidos y alfombras, tales como bejucos, pochotes, soyates, tules, carrizos y otates, hasta los que llevaban las cortezas del amate y las pencas del maguey para la fa-

bricación del papel. En una estancia especial, bien guardada, llamada Ichecheniremba almacenábase bajo el cuidado de una dama noble titulada Chuperipati, toda clase de joyeles del uso personal del Caltzonzi y otra cuidaba de los roperos reales para que estuvieran constantemente bien y debidamente surtidos y listos para las ceremonias y saraos. Otros depósitos bajo el cuidado de familias de la nobleza, se encontraban en las islas del Lago de Pátzcuaro: Janitzio, Jarácuaro, Pacandán, Tecuenaán y Yunuén, en los cuales se acumulaban los tesoros y exvotos de los dioses y del Emperador, así como las mitras del sacrificio que portaban las víctimas de las ofrendas de corazones humanos ante los altares, así como las máscaras litúrgicas para las danzas religiosas, todo lo cual para honrar a Curicaveri, el Dios Unico e Invisible; a su hijo Uriata, el Sol; a la esposa de éste, Cutzi, la Luna; y al hijo de aquella divina unión, Cuerhóperi, personificación de la Naturaleza. El jefe de los pintores era llamado Chúnicha, encargado también desde la fabricación del papel y su aplicación a la manufactura de adornos para palacios y templos, los usos rituales y las crónicas de los grandes acontecimientos históricos, guerreros principalmente. El Gran Mayordomo llamado Urani-Atari, regía los servicios interiores del Palacio Imperial con sus servidumbres y estancias, la atención de las despensas, cocinas y comedores y de los pajes y damas de cámara, teniendo para ello como auxiliar femenina, a Atari. Esta cuidaba de las vajillas y menesteres de comidas y bebidas. De ella dependían los laqueadores. Escanciaba las copas en la mesa real, sirviendo al monarca los jocoquis, atoles de gran variedad, el té del árbol sagrado Nurite; el chocolate, los charapes que se hacían con jugos de frutas y vino de caña de maíz fermentado; o los tejuinos, especie de cerveza de maíz; o los tepaches de piña; o el rico pulque, o la tuba de la pulpa de las palmeras; o el jugo de las uvas silvestres. En los banquetes, disponía las amplias charolas y bateas laqueadas, llenas de los frutos de la tierra, tales como los zapotes, mameyes, chicozapotes, papayas, ciruelas, capulines, zarzamoras, chirimoyas, pitayas y pitajayas, tunas, piñas y piñanonas, guayabas y guanábanos, y las grandes tinajas de barro de Patamban con jugos de todos ellas; o bien ordenaba que se sirvieran los manjares del país, guisos de venado, de guajolote, de huilotas, de codornices y perdices, de conejos y liebres, de charales dora-

dos de Cuitzeo, de iguanas; o el preferido, el de pescado blanco de Pátzcuaro, por el cual se dió el nombre de Michuacán al país, pues significa lugar de peces. Y todos estos manjares ricamente adobados con chayotes y chinchayotes, tomates y jitomates, nueces y taltacahuates, jocomiles y chiles, todo acompañado al servirse, o con las ricas y calientes tortillas de maíz, o con la corunda, consistente en tamales de masa de maíz hervida con ceniza, rellenos de frijoles o de carnes. A los postres, llevaría en las jícaras la rica miel de la abejita guarichi, el oloroso pinole, los dulces uchepos, tamales de elote, maíz tierno, la tostada guachácata de maíz morado con miel y yerbas olorosas, los panecillos de masa de maíz y grasa vegetal con mieles y ajonjolí y algunas otras golosinas, mientras que otra de las damas cuidaba de que los búcaros de flores fueran repartidos a los comensales, y las guirnaldas colocadas sobre sus cabezas, así como que mesas y muros estuvieran debidamente adornados con serpentinas de las más bellas flores, todo lo cual era uso y costumbre de aquella corte; pues, a las flores más que a ninguna otra cosa, se mostraron aficionados los purépechas de todas las categorías sociales.

Tan detenida relación de usos y costumbres, que aún podría ser más extensa y pintoresca, lleva por principal fin, el de dejar una clara impresión de que en aquel complejo social, en el todo integral de aquella primitiva sociedad, en el cual nació y evolucionó el arte de las lacas indígenas, no hay nada que rompa la armonía de todas sus partes, ni en el fondo ni en la forma; y que no hay ninguna intromisión extraña, ni alteraciones, ni diferencias que pudieran acusar algún extranjero injerto que diera origen y razón de ser, en aquel tronco común de la raza, a un arte de distintos elementos y finalidades, que contrastara con los otros frutos de la tradicional raigambre histórica o pre-histórica; y que ninguna sospecha puede fundarse para sostener que tal arte constituía un fenómeno ajeno a los otros que un conglomerado tan característico como el de los purépechas, de tipo clara y exclusivamente familiar, proviniera de intromisiones de otras culturas más aventajadas. Debemos anotar aquí la importante circunstancia de que eran las mujeres las que realizaban las maniobras materiales del arte y en general, quienes hacían las labores decorativas, dejando solamente a los hombres los trabajos de la adquisición de las materias primas. Familiares eran también todas las demás industrias y se transmi-

tían de generación en generación. La sabiduría de Vasco de Quiroga aprovechó tal circunstancia cuando especializó los poblados, reagrupados por él bajo el consejo de Fray Juan de San Miguel, fundador de Uruapan y de otras poblaciones. Las antiguas, habían sido abandonadas por sus moradores, primero, ante la horrible y bárbara agresión de las hordas hispánicas y aztecas comandadas por el más sanguinario y ladrón de los conquistadores españoles: Nuño de Guzmán, quien saqueó, incendió y diezmó la comarca desintegrando los núcleos, que se dispersaron por los montes; y más tarde, cuando ya volvían confiadamente atraídos por los misioneros, otra terrible plaga, llevada también por los conquistadores, los hizo huir espantados —la viruela negra—, aumentando las proporciones del lamentable desorden. Pasada ya la epidemia, los buenos frailes persuadiéronlos para que se reintegraran al solar paterno. Quiroga los organizó respetando sus preferencias de trabajo, y por ello la nueva Uruapan, que quedó en medio de la región que de antaño practicó el arte de las lacas, fué la encargada de ello —sin que por eso se privara a Pátzcuaro de ejercitarla, ni a Cucupao, la actual Quiroga, ni a Jicalán el Viejo, ni a Peribán, las más antiguas en dicha práctica. A Tzintzuntzan encomendó la de los mosaicos de pluma y de maderas de distintos colores; la alfarería, a Patamban, Capula, Pinícuaro y Santa Fe de la Laguna; en Capula, además, los muebles; en Paracho, los instrumentos musicales y la tintorería; en Teremendo la curtiduría y la talabartería; la cobrería en Santa Clara del Cobre y los nuevos oficios se repartieron entre los nuevos poblados, como por ejemplo, a San Felipe, la herrería; a San Juan de las Colchas, los tejidos y bordados; y a Nurio la sombrerería. Tan firme y natural reparto, permitió un renacimiento completo en todos los órdenes. La organización del trabajo de las lacas con sus rasgos tradicionales, persistía aún en plena dominación española, con todos sus funcionarios. Cuando el ya mencionado Fray Juan de San Miguel fundó Uruapan y Peribán en 1540, atrajo allí a los mejores obreros de Parácuaro, Tingambato y Jicalán el Viejo, aprovechando la ubicación de la nueva y bella Uruapan en el centro de la meseta formada por las estribaciones de la sierra del Tancítaro, aparte de las comodidades para la concentración de los materiales de manera más práctica. Se sostiene que el nombre de Uruapan le fué puesto porque significa *lugar donde las flores están abiertas;* pero la mayoría de los autores

consagrados afirman que proviene de su especialización en las lacas, ya que en lengua purépecha significa *lugar de jícaras.*

Pocos, relativamente, eran los objetos que se decoraban antiguamente; cascos de cucurbitáceas, tales como bules, calabacines; con los frutos del cirián o guastecomate, jícaras y tecomates; y las bateas, platos y charolas, con la suave madera, de fibra cerrada y de fácil trabajo, que proporcionan los árboles llamados Tzirimo, Tilia, Colorín y Palo Bobo, que aún cortan los indígenas de Tancítaro en el monte, bajando ya con bateas, cucharas y otros objetos hechos, para el uso doméstico. Los hacían y los hacen en todos tamaños, desde muy grandes, hasta miniaturas que se dedicaron antes para ofrendas a los dioses; para adornos de los hogares o de las mujeres; como talismanes, o como juguetes y curiosidades.

Se da principio a la labor del laqueado pulimentando uniformemente la superficie del objeto para en seguida aplicarle una capa de sisa, dolomía o litomarga, llamada *nimácata,* que se compone de la siguiente manera: A la Tepútzuta, que es un producto natural granuloso de carbonatos de cal y de magnesia, sílice y óxidos de hierro, que se encuentra en Charapendo y en Jicalán el Viejo, se le mezcla aceite de chía, planta labiada *(imptis-spicata),* o de xaté, chicalote *(argemona mexicana).* A esta mezcla, se debe agregar otra que se compone de una caliza ferruginosa llamada Igüétacua, de color blanco amarillento, que se recoge del interior de unas cuevas que hay en el camino de Uruapan a San Marcos, en el mismo distrito, y que, pulverizada hasta que se convierte en un polvillo impalpable (igual que debe hacerse con la nimácata), se le agrega la grasa de *axe,* que es un insecto hemíptero *(coccus-axin)* que medra en los árboles Palo Jobo, Llora-Sangre, Ciruelo, Palo Mulato y Amate, de donde lo recogen los indígenas de Huetamo, Pátzcuaro, Tingambato y Parácuaro, quienes se remontan a los cerros en la temporada de lluvias para ello. Los recogen vivos, y así los colocan en agua caliente; pues si los pulgones mueren antes de la maniobra, ya no son útiles. Se hierven y baten en el agua hasta que segregan una substancia amarilla, que es colocada en un lienzo fino para cernirla aún caliente, sobre un cedazo de donde pasa a una vasija que contiene agua fría, y allí reposa por algunos días hasta que se asienta en el fondo en forma de planchuelas, a la manera de la cera de abeja. Esta pasta así obtenida, se licúa al fuego, en una llama para que goteando, caiga sobre un

recipiente que contenga aceite de chía o de chicalote, resultando un compuesto llamado *tzipiatz,* que significa *cosa pestilente,* la que deberá posteriormente lavarse con todo cuidado hasta que se le desprenda una substancia rojiza perjudicial para la industria, porque mancha; y una vez limpio, puede ya agregarse al polvo de igüétaca y después de ello a la tepútzuta quedando entonces completa la formación de la sisa llamada *nimácata,* que quiere decir *papilla* o *crema,* pues tiene esa suave consistencia. Con ella se cubre el objeto, quedando de un color blanquecino sucio, y debe dejarse secar en la sombra por varios días, hasta que, ya sin ninguna humedad, pueda recubrirse con una nueva capa de esta nimácata, pero ya con un color que servirá de fondo general, y que una vez seco, se repule aplicándole varias veces el aceite de axe, o de chía, o de chicalote, para que adquiera brillo uniforme, el que se mejora mucho con frotaciones de la palma de la mano o de un muñón de algodón. Una vez terminado el fondo se procede a resacar en forma de V la labor que deba llevar un solo dibujo, y una vez terminada se rellena con nimácata del color correspondiente; se frota de nuevo como la primera vez, para después hacer las incisiones de otro color, el que se da alternativamente para evitar que se manche al pulirlo. Serán tantas las maniobras, como colores intervengan en el dibujo. Las ranuras se hacían con las durísimas espinas del tompixtle o del maguey. Para el color blanco, se usaba la propia igüétaca, que era un poco amarillenta; el negro, con tierra sacada del fondo de la laguna de Zirahuén, situada también en la misma comprensión de Uruapan; el amarillo con polvo remolido de la piedra llamada Tecoxtli y también con la tintura que produce el parásito vegetal llamado Zacapale, que vive en guamúchiles y mezquites. Los rojos se daban con tierras regionales llamadas tezicatetl y toctetl. Con posterioridad, y ya en plena dominación española, por consejo y bajo la dirección de los misioneros franciscanos, dominicos y de otras órdenes, se fué enriqueciendo la industria en todos sentidos: el yeso y el albayalde, que dan muy limpios blancos, sustituyeron a la igüétaca; el rojo se dió con carmín, con siena o con púrpura; el amarillo con tierra de Nápoles y el negro de marfil sustituyó a la tierra del Zirahuén. Se aumentó el azul de cobalto, el de Prusia, el de China y los ocres europeos, quedando ya completa toda la gama del iris al poderse combinar dichos colores principales. El aceite de linaza sustituyó cuando no era posible obte-

nerlo, al de chía o de chicalote, y aun con grave detrimento del arte, el del axe en algunas regiones. Por lo que se refiere a la parte artística, las antiguas grecas y las escasas representaciones de animales, se vieron poco a poco reforzadas por los estilos extranjeros, dibujados por los monjes, o vistos por los indígenas en cuanto llegaba a la Colonia del Viejo Mundo o del Lejano Oriente. Pero el ánimo simplista, el espíritu estilístico del arte antiguo, estuvo siempre presente en todas las decoraciones en que puso mano un artífice, hombre o mujer, de la raza purépecha; pues grecas, flores, mariposas, abejas, pájaros, se construían con la combinación de masas y líneas de colores, sin la intervención de claroscuros ni de perspectivas, manteniendo así al paso de su evolución, sus propias características, inconfundibles y bellas.

En Guerrero y Oaxaca, la industria era similar a la de Michoacán, con la diferencia de que, como no podían adquirir en sus localidades la grasa de axe, lo sustituían, primero, con el aceite de chía o de chicalote; y después, con el de linaza. El tinte negro era de polvo fino del olote quemado; el amarillo con polvo de la piedra Tecoxtli; el azul con Texotlali, otra piedra que se pulverizaba finamente y los rojos con tinturas de árbol del Brasil, o del Huizcuáhuitl. Después usaron el polvo de piedra Tlaquitetl para el verde; y para el azul, el añil. La sisa se fabricaba con productos locales: Tezicatetl y Toctetl, que en Michoacán eran tan sólo usados para dar los tonos rojos. Durante la dominación española, también se implantaron modalidades semejantes a las de Michoacán, pero con muchísima frecuencia se abandonó el procedimiento de la incrustación alternativa de los colores, que fué sustituído por el de la simple aplicación con pinceles, de la decoración, en una sola maniobra, sobre el fondo general. También en Pátzcuaro y Quiroga, se sufrió esta adulteración, al grado de que se olvidó por completo la incrustación y fué adoptada la técnica europea de la pintura al óleo. Así lo vemos en los cofrecitos y arcones de Olinalá, Gro.; en Pátzcuaro en charolas, bateas, muebles y otros objetos y en Quiroga en toda su producción. En Guerrero, Yucatán, Oaxaca y Veracruz, la industria era también familiar y las mujeres ejercían el oficio en las mismas condiciones que en Michoacán, y en todas estas partes se registró la influencia, progreso y modificaciones anotadas. Solamente en Michoacán llevaba el arte un sello de distinción; pues en las demás regiones

donde se cultivó, era esencialmente popular. Los mercados se llenaban de tamemes cargados con pantles, que eran rollos de jícaras cada uno de a veinte, superpuestas y sujetas con cordeles. Una mujer hacía dos pantles por tarea y se le pagaba por ellos una cuartilla, o sean tres centavos antiguos. Tampoco en estas regiones se nota la presencia de elementos extraños, de cultura diferente, ni en la parte material, ni en los nombres de los ingredientes, ni en las rudimentarias formas del arte decorativo, cuya virtud principal, en todo, es la de que la decoración siguió siempre la forma y figura del objeto decorado, lo cual nunca fué ni ha sido norma de chinos y japoneses, como veremos al final. Son, en cambio, muy sensibles y diferentes los efectos causados por la influencia europea en cada pueblo en la zona de Michoacán. En Uruapan se respetaron todas las tradiciones, sin anular ninguna, enriqueciéndolas, aumentándoles los nuevos colores y otras substancias básicas sin desechar las antiguas, y dando lugar así, a una ampliación del campo artístico que se enriqueció también en un tanto relativo (sin dejar de aparecer con sus peculiares estilos), con la intervención de nuevas formas y aun con las de las ya dichas, las de las libélulas y en ocasiones de figuras humanas; las de las guirnaldas de las innumerables flores y hojas que se tenían a la vista, pero todo en un solo plano, todo expresado de frente, sin escorzos, agregando a medida que evolucionaba, otros elementos, de actualidad, tales como los escudos heráldicos de la nobleza europea o indígena, o de las ciudades y pueblos o sus símbolos, o de los príncipes y jerarcas de la Iglesia Católica, para llegar en su culminación, a representar ramilletes, guirnaldas que brotan de canastillos, de copas, tibores o jarrones y a veces afectando la forma de un corazón. La decadencia se inicia con la Revolución de la Independencia, pues a partir de 1810 se produjo una paralización de actividades dando preferencia a las de la guerra. En esa época, jícaras y bateas lucen águilas alusivas a la nacionalidad naciente; gorros frigios simbólicos de la insurgencia cuyos impulsos se nutrieron en el ideario de la Revolución francesa; banderas con el verde, el blanco y el colorado y todo ello cruzado por listones que llevaban la inscripción de *¡Viva la Libertad!* Flores, animales, aves, todo se empequeñece, sin perder su belleza, pero achicándose ante la grandeza del momento. La decadencia se agrava en los Imperios y en la Reforma, porque el abandono se prolongó y la producción quedó reducida en

Uruapan a unas cuantas familias y en otras partes desapareció o se pervirtió por completo. Los claroscuros entran por fin a corromper la vieja pureza del estilo, y los temas son copiados servilmente de las revistas periodísticas sin ninguna consideración y sin el menor respeto. No se podrá negar nunca, ni ello es necesario para nuestro fin, que en su culminación el arte se nutrió, como ya hemos dicho, al admirar los artífices las ricas sedas japonesas y chinas, los mantones de Manila, las porcelanas orientales, los damascos y brocados españoles y moriscos que llegaban de la Península, pero nunca se vió la imitación burda y plagiadora: sino tan sólo la sugestión inspirada en culturas superiores que la indígena recibía alegremente y adaptaba a su espíritu y a su técnica.

Casi no se sabe de que algún artífice, o alguna familia, firmara o señalara sus producciones. Se conocen los nombres de algunos de los autores, a través de las crónicas históricas, como por ejemplo, los Jáuregui, los Victoria, los Capi. Hay una batea con una inscripción que dice: *Regalo para el señor Cura.— Yo, Pedro Capi.* Esta es la excepción. Ya veremos cómo en la China y en el Japón, no acontece lo mismo.

La pintura de Quiroga degeneró hasta perderse la tradición técnica y, en consecuencia, la artística, ya que las dos van ligadas estrechamente. Allí se pinta con pinceles europeos, olvidando la incrustación, y se usan aceites y trementinas en caliente, para que las pinceladas se pierdan en el conjunto al enfriarse los materiales. En la parte artística, las figuras humanas son muy frecuentes y todo, flores, frutas, y personajes, son de aspecto apagado, diluído, que los claroscuros agrava.

En Pátzcuaro, predomina la técnica del óleo y del caballete europeos y los temas también. Perspectivas, tonalidades sin fin, sombras, luces, escorzos. El Marqués de San Francisco alude con elogios a una colección de bateas con escenas pintadas del Quijote, de las cuales él posee una con la de la Dueña Dolorida y en el Museo de Madrid está otra que representa el encuentro de la Duquesa con don Quijote. Según la opinión de don Nicolás León, tales bateas no se hicieron en Michoacán, sino en Olinalá, pues es en dicho lugar guerrerense donde aún se acostumbra pintar en tal forma, y conoció además otras con escenas de la vida diaria: señoras haciendo compras en el mercado, tipos populares, etc. De cualquier modo ya todo ello queda fuera del verdadero arte tradicional con el cual nada tiene que ver. Un

sinnúmero de diferentes objetos para distintos usos, recibieron decoración clásica a partir de la conquista, tales como biombos, tocadores, escritorios, repisas, marcos, retablos para los templos de la nueva fe, atriles y facistoles, candelabros, reclinatorios, varillas de palio, blandones, andas y hasta un púlpito, el de la iglesia de María Auxiliadora de Morelia, pintado por don José M. Alcocer. Desde tiempo inmemorial, los pochteca, o comerciantes, llevaban por todos los tianguis sus cargamentos de mercaderías, entre las que figuraban sobresalientemente las lacas de Michoacán y de Olinalá, al mismo tiempo que las alfarerías, los mosaicos de plumas, los ricos tejidos y bordados, las preciosas joyas, las vistosas pieles, llegando a veces más allá de los confines de los imperios azteca y purépecha, hasta el remoto de los mayas; y a veces, hasta el de los incas, según convenía a sus propios intereses y a los de quienes les enviaban; pues al igual que en otros continentes, aquí desempeñaban el doble papel de espías y diplomáticos. A pesar de todo esto, no llega a notarse influencia de aquellos remotos lugares en alguna de las formas y estilos anteriores a la dominación española.

En China, durante la dinastía Han (siglo II a. C.) ya se recubrían los recipientes de madera con lacas rojas y negras; pero sólo por rareza se les dibujaba alguna cosa. Se conservan en el templo Shoso-In, de Nara, Japón, piezas que no son distintas a las dichas. En el período de Hsüang-Té, de la Dinastía Ming (1426 a 1435 E. C.) había ya lacas con grabado profundo, de colores marrón y rojo. El arte oriental se puede fijar por lo tanto, dentro de la historia, por cierto muy antigua, de China, Corea y el Japón.

La laca es un producto de los árboles: *Ficus religiosa, Ficus indica* y *Ramnus jujuba,* de la India; el *Angia simensis,* el *Tsi* y el *Thus vernix* de China; el *Urushi* del Japón y el *Lac,* de Persia, del cual toma el nombre. Todas las variedades de la mimosa producen laca. Es ésta un compuesto natural, orgánico, colorante, que se forma en las ramas de los dichos árboles, como llevamos dicho, porque en su corteza aova la hembra de un insecto: el *coccus laca,* que muere allí mismo después de perforarla para depositar sus huevecillos. Es una especie de cochinilla, que aporta al compuesto un cincuenta por ciento en materia colorante, siendo un veinticinco de resina del árbol y

el resto de residuos leñoso-terrosos. Se inician las operaciones del laqueado oriental con el pulimento de los objetos que habrán de recibirlo, para que, una vez alisada la superficie, poderla cubrir con una capa de estuco, compuesto de polvo muy fino de piedra y cola de pez muy delgada. Se da en seguida una mano de laca obscura, que deberá pulimentarse mucho, al igual que el estuco, y dejar secar por completo, para después pasarle una capa de tinta de china, de bermellón o de goma-gutta, o de polvo rojo de Benigara, repitiendo después la mano del barniz de laca, desleído en agua como los anteriores, dejándolo secar en lugar cerrado y húmedo por varios días. Este procedimiento se repite por lo general hasta ocho veces; pero ya veremos cómo los japoneses llegan a aplicarlo hasta treinta y tantas. El decorado es superpuesto, y cuando es grabado, no se le rellena, salvo cuando se le incrusta con hilos de oro o de plata. Por lo general, se le aplican piezas realzadas de marfil, de jade, de algún metal o de piedras preciosas, y de concha, o de ámbar. Se usa también la laca para impregnar paños a los que se da forma escultórica, de ropajes o cortinajes. Hay porcelanas y piezas de alfarería laqueadas, así como máscaras, utensilios y armas, pues la resistencia del barniz es muy grande, si se procede conforme a los viejos cánones; pues las fábricas modernas ya no cuidan sino de los aspectos atractivos. Se refiere al respecto, que habiendo naufragado un barco que llevaba entre otras mercaderías lacas antiguas y modernas, al rescatar su cargamento, algún tiempo después, pudo verse cómo las lacas antiguas salían con todo su esplendoroso brillo sin el menor daño, en tanto que las modernas estaban completamente ampolladas e inútiles. Bien se sabe que el Imperio Chino desarrolló sus principales etapas culturales a puerta cerrada y que, en su aislamiento, privó al mundo de sus principales conocimientos, hasta que, poco a poco, fueron filtrándose fuera de su famosa muralla. Posteriormente, los sabios, arqueólogos, antropólogos, historiadores, nos han revelado lo que han podido dilucidar y encontrar, muy poco, comparativamente con lo que debió realizarse. Los críticos de arte, han enriquecido grandemente nuestros informes al respecto. Sabemos por ellos que la porcelana fué muy anterior a la laca. Que los más grandes pintores chinos, desde el famoso Cheo-Hang, el inventor de la pintura, que vivió en el siglo XVIII a. C. fueron muy populares y apreciados, honrados por la nobleza y los gobiernos, y que su arte era tenido en muy alta esti-

mación. La aristocracia lo ejercitaba como una manifestación de distinción y llegó a ser privativo de ella; y no desdeñaban el oficio de laqueador. Parece que el origen de dicho oficio es oscuro, al parecer empírico. La laca tiene una consistencia de vidrio y resiste la acción del tiempo y de altas temperaturas, habiendo por tales virtudes, detenido su uso el desarrollo de la porcelana y de la cerámica carentes de dichas cualidades. Sin embargo, se estacionó muchos años en China, perdurando por siglos el estilo sencillo tradicional. Su verdadera evolución empieza en la dinastía Han, como hemos dicho, y culmina con Hsüang-Té, en la dinastía Ming. Las más bellas piezas son las de Pekín, de colores marrón y rojas, incrustadas con coral y maderas de colores talladas. Los centros de producción más importantes fueron Cantón y Fu-Tchen, así como Nankín. El mayor desarrollo industrial se registró durante el reinado del Emperador K'ang-Hi, fundador de la dinastía Ch'-Ing (1662-1722 E. C.) De ese tiempo son las más grandes y bellas, con aplicaciones de lapislázuli, de ébano, de perlas, o con fondos de polvos de oro y plata. Hierática en un principio, la parte artística llega en la dinastía Han a una etapa en la que los artistas dispusieron de mayores libertades para sus composiciones y representaciones. Pero de todas maneras, las doctrinas de Confucio y de Lao-Tzé mantuvieron siempre la mentalidad china, y aún la mantienen, dentro de formas y normas convencionales de sistemática estilización inconfundibles por su perfección técnica, nunca igualada en ningún otro pueblo. El artífice chino desprecia el tiempo y se aplica abstraído de la realidad circundante, a lograr un perfecto acabado, así necesite para ello años y años con toda paciencia, gozando en ello si los resultados le satisfacen y responden a sus propósitos. El budismo indio no modificó en nada tal idiosincrasia, sino más bien le agregó cierta elegancia espiritualista, y una como abstracción religiosa sublimando así toda la inspiración china, que se manifestó por consiguiente, en las porcelanas, en las lacas, en las sedas, y esencialmente en la pintura. La China alcanzó su mayor expansión territorial y política bajo las dinastías Sui y T'ang (589 a 906 E. C.) y tal vez por ello se sitúa dentro de ese largo período, la posibilidad de que efectivamente se hayan registrado incursiones de navegantes chinos a las costas mexicanas de los actuales Estados de Michoacán y Guerrero. De haber traído ellos, como se asegura, el arte de la laca, algún vestigio se encontraría en el

procedimiento, algún vocablo revelador conoceríamos aplicado a los materiales. O, en fin, en otros órdenes, como en el religioso, en el político, o en las demás artes podría reconocerse su presencia. Jamás se habló de algún paisaje, o remedo de él, en códices o relieves, cuyo estilo nos indicara la procedencia china.

HAY opiniones en el sentido de que fué en el Japón donde nació la industria de la laca; pero parece estar ya demostrado que unos sacerdotes chinos y coreanos, budistas, fueron quienes la implantaron en las Islas, en el siglo IV de la E. C. juntamente con sus enseñanzas religiosas. Todo el procedimiento es idéntico al chino, pero su árbol, Urushi, les da una laca mucho más fina, traslúcida y brillante que la de los otros árboles. El árbol sagrado, Hinoki, facilita la madera, mucho mejor también, pues hacen de ella láminas más delgadas que un cartón, que recubren primeramente con una fina tela de cáñamo, muy bien pegada, que sustituye la sisa china. También se deja secar en lugar cerrado y húmedo después de la aplicación de las sucesivas capas de laca, las que se fijan con un pincel muy fino, plano, de cabello humano. El pulimento se hace con carbón pulverizado, vegetal, y el bruñido final con las cenizas del cuerno de venado quemado, verificando la operación con los dedos. Cuando el decorado es muy rico y profuso, se llega a la increíble cantidad de sesenta operaciones sucesivas, o más. Así como las lacas chinas, las japonesas han sido clasificadas por épocas, grupos y escuelas, y son, realmente, mucho más bellas que las chinas. Entre éstas y las coreanas la única diferencia es que las últimas son de un estilo más pobre, sobrio, más primitivo. Los japoneses recubren sus armas y arneses militares y guerreros con laca, y así adquieren una elegante y varonil belleza los petos, las armaduras, los cascos, las cubiertas de las espadas y dagas, y las defensas de sus cabalgaduras. A este uso le llaman *Aogai.* Hay lacas negras, *Tsuikoku* y rojas, *Tsuishu.* El *Chinquinbori* es el grabado muy fino, que hacen con diente de rata, sobre fondo negro, afiligranado con oro. El *Raden,* tiene aplicaciones de nácar, pedazos de concha o de marfil labrados, para enriquecer la decoración dibujada. *Guri* es la superposición de distintas capas de diferentes colores, grabándose al final, profundamente, los dibujos, en forma de V, para que los distintos tintes queden así a la vista. La forma *Takamariyé* es muy ostentosa y rica,

Bule de Uruapan, Michoacán.

Michoacán. Vasija antigua de uso doméstico.

Sonaja y bule. Atributos religiosos de los sacerdotes purépechas.

Decorado de las cajas de Olinalá, Guerrero.

Batea de Uruapan. Epoca colonial.

Batea de Michoacán con influencia colonial.

Laca china.

Laca japonesa.

pues luce relieves de oro sobre fondos plateados, o con polvo de oro en el fondo, se hacen las aplicaciones con figuras en nácar, marfil, coral o plata. Se ha dividido la historia de este arte en seis períodos: El *Nara,* hasta el año 748 E. C.; el *Heian,* hasta el 1139; el *Nanbokusho,* hasta el 1185; el *Ashikaga,* hasta el 1587; el *Toyotomi* hasta el 1597; el *Tokugawa* hasta el 1867 y el moderno hasta nuestros días. El período Toyotomi se caracteriza por las aplicaciones de objetos tallados y laqueados. Lo impuso un artesano de Kioto, en el siglo XV, y un artista, *Heijuro,* lo popularizó y lleva su nombre también. Otro pintor, Kanaoka, fué además gran laqueador e innovador, figurando en el siglo XVII. El famoso Schiogún *Yemitzu* fundó las más famosas fábricas en Kioto. Hay en el Japón una curiosa y antigua costumbre de llevar consigo una pequeña cajita llamada *Inro,* que contiene tres o cuatro compartimentos, con ajustes muy exactos, donde llevan medicamentos, azúcar y otras cosas, y son de un arte exquisito a pesar de su pequeñez, obra de los más acreditados pintores. En cambio, los escritorios son de muy grandes proporciones: *Susuri bako;* y los tocadores de las damas, *Jisshu kobako,* con decorados muy artísticos. Los objetos de uso doméstico se laquean también por antigua costumbre: las botellas del aguardiente de arroz, *Sake;* los platillos para los dulces, las cajas de confites, las vajillas, etc., etc. La occidentalización de la cultura japonesa acabó con las prácticas correctas y típicas de las artes, y después del gran pintor Zashin, de fines del siglo pasado, ya no es posible hablar de las lacas modernas, comparativamente con las antiguas; pues las nuevas son secadas en hornos y se fabrican en serie, al estilo occidental. Los antiguos aristócratas *Daimios,* señores feudales de costumbres y vida belicosas, cuando no podían ejercitarse en su deporte favorito de la guerra, dedicaban su tiempo y facultades a la creación artística, y preferentemente a la de la laca; que, dicho sea en su honor, realizaban admirablemente bien. El crítico francés Luis Gonse, dice al respecto, que: "son las obras más perfectas que han salido hasta ahora, de las manos del hombre". En los templos japoneses de Todaijí y Shoisón, de Nara, existe una admirable colección de lacas de todas las épocas y estilos.

En el Japón, en la China y en todo el Oriente, los artistas pintores fueron muy estimados y se les honraba de manera muy especial en las cortes y entre el pueblo. Siempre ha ocupado allá

un lugar predilecto la pintura, y prueba elocuente de ello es la enorme lista de nombres de pintores que se recuerdan en su historia, y que suman varios millares. Una obra de las artes plásticas, no tiene allá la misma significación que entre nosotros, pues la consideran hermanada con sus religiones. Respecto de las formas, son también, las que usan para sus obras de arte, bien diferentes de las de las culturas occidentales. No aplican marco a sus pinturas o dibujos, sino que los fijan en una varilla horizontalmente, y los enrollan a ella, para después mostrarlos poco a poco desplegándolos, y hay muchos de dimensiones muy largas, que deben ser contemplados por el espectador de manera muy diferente a la que acostumbramos nosotros al mirar un cuadro. Usan un largo pincel que exige para su dominio correcto, una larga y concienzuda práctica, sin la cual no se conseguiría la hábil capacidad que muestran. No tienen la idea de la perspectiva geométrica, con la ilógica regla de basarla en la mirada de un solo ojo, como si el hombre fuera una cámara fotográfica; ni dan a las sombras la grande importancia que tienen entre nosotros, por lo que sus pinturas resultan siempre aéreas, espirituales, sencillas y accesibles a la percepción de los demás. Se refiere que un europeo encomendó a un pintor japonés la representación de un gallo; y que en la fecha señalada para la entrega del trabajo, habiéndose presentado el cliente, el artista tomó su largo pincel y sobre una hoja blanquísima de papel de seda, estampó en unos cuantos minutos una admirable figura de gallo. Interrogado sobre la causa de haber fijado casi un mes para entregar la obra, contestó presentando varios centenares de dibujos con los bocetos de ensayo que antes se había visto obligado a practicar para tener la capacidad suficiente de terminar su trabajo a conciencia. Hay artífices tan hábiles, que pueden trabajar al mismo tiempo con las dos manos; o que indistintamente dibujan figuras de animales o de personas, invirtiendo las naturales posiciones. Todo esto revela el elevado concepto que se tiene del arte en el Oriente y especialmente de la pintura y del dibujo en el Japón. Cada trazo es una entidad, dicen allá: y deberá revelar seguridad automática, como si se tratara de la escritura misma, con la que tiene un estrecho parentesco, pues basta ver sus caracteres y signos para convencerse de ello. Jamás se verá en sus obras una corrección; que de hacerla, no se conseguiría más que mostrar más claramente el error cometido. Hay quien dice que los dibujos japoneses son bocetos, apuntes,

ensayos; que se realizan sin preocupación alguna. No es así. Todo está previsto por los artistas y resuelto mediante una práctica agobiadora anterior. Como en toda cultura, este arte tiene su parte objetiva y su época para ello, así como la subjetiva con su propio tiempo. El arte objetivo predominó en la antigüedad, pero nunca se tuvo la idea de copiar con exactitud fotográfica la naturaleza, pues estaban muy lejos de considerarse capaces de ello, ni menos de embellecerla o de engrandecerla como desorbitadamente se acostumbra en las culturas de tipo europeo; sino que tan sólo buscaban la creación de formas agradables para decorar los objetos usuales y para representar en manera visible las fuerzas espirituales. Las doctrinas de Confucio, tan alejadas del materialismo como del realismo; y las del sintoísmo, religión primitiva del Japón, han favorecido la representación de la figura humana con sus dogmas del culto a los antepasados. Las dos creencias combatieron y combaten al budismo muy fuertemente. Los pintores explicaban que cuando pintaban lo hacían impulsados por semejante necesidad a la que obliga al gusano de seda a fabricar su capullo, o a la abeja sus panales, movidos todos por la misma fuerza vital y respetando la misma ley interior que así lo ordena, misteriosamente y del modo más natural. Nunca involucraron la ciencia con el arte y, en cambio, procuraron constantemente ser el portavoz y el escudo de las ideas religiosas. Por eso es inseparable el estudio de las ciencias y de las artes orientales. Durante el siglo X, un monje del Indostán, Bodhidarma, llevó las ideas de la secta de Zen a la China, y de ahí se difundieron rápidamente al Japón, del mismo modo que siglos antes los santones chinos y coreanos habían esparcido la religión budista. Es el Zenismo una especie de injerto budista desarrollado en el tronco taoísta, por virtud de la grande semejanza que hay entre las dos doctrinas, espiritualmente. Todo lo libresco, lo científico, es desdeñado así como las prácticas litúrgicas y los ceremoniales que son tan importantes para los adeptos del confucianismo. Los tilda la secta Zen de fútiles y de ser incompatibles con la Felicidad Suprema, pues no es por esos caminos por donde se llega al Conocimiento Liberador, ni por los demás actos monásticos aparatosos preconizados por Confucio; sino que se debe buscar dentro de uno mismo y debe encontrarse en uno mismo. La Iluminación Suprema sólo se alcanza con la meditación más profunda y es necesario el alejamiento absoluto de los placeres sensuales y de

todos los pensamientos y sentimientos terrenales, así como del raciocinio, del saber, del deseo, del temor, pues solamente así se podrá obtener una preparación del alma para que reciba el conocimiento de la Verdad. Bajo el dominio del zenismo, el arte se transformó en subjetivo y su norma única fué la intuición. La verdadera vida se oculta tras de las apariencias y el verdadero artista es el que da la fórmula para que las puertas del misterio se abran a la vista, y esa vida pueda ser conocida. El espectador de la obra de arte debe aportar la fuerza necesaria y eficaz de la comprensión, porque él y el artista no son sino una misma esencia. En tal arte, no de expresión, sino de alusión, la plástica adquiere un preponderante valor espiritual.

PODEMOS darnos ahora perfecta cuenta de la enorme diferencia que hay entre los dos mundos, entre los hombres de uno y otro campos, entre las artes e industrias de los dos extremos.

Las lacas orientales son, tal cual las hemos descrito, producto de una de las más viejas culturas, la más característica, indudablemente. El arte que le sirvió para adornarlas, es un arte único en el mundo, vinculado inseparablemente con la religión; y la forma industrial con que las fabricó es también privativa del Oriente, con materiales tomados de su propio suelo. La laca, es materia colorante y el estilo es de superposiciones, de aplicaciones de otras materias o de grabados profundos e incrustaciones de metales. Su uso en el período de las dinastías chinas Sui y T'ang, fué predominante y significó el apogeo de su evolución artística, y, de haber sido importado a nuestro suelo en ese tiempo, como se dice, necesariamente habría dejado profundas huellas en todos los órdenes.

Las lacas mexicanas difieren en todo, pues la base de su esmalte es una materia grasa, el axe, auxiliado por los aceites vegetales de chía y de chicalote, y las orientales no utilizan ni grasas ni aceites. Estos son aquí productos locales de los distritos en donde tradicionalmente se han fabricado los objetos esmaltados, así como los bules, jícaras y guastecomates, y las tierras y extractos vegetales utilizados para dar los colores. La manera del decorado indígena es tomada íntegramente de la usada por los alfareros para la cerámica llamada pseudo-cloissoné, o alveolada, característica del noroeste mexicano y consistente en rellenar las incisiones del decorado con colores distin-

tos al del fondo, sucesivamente. No se registra este procedimiento en el Oriente. Tampoco allá se acostumbra supeditar a la forma del objeto decorado la labor del adorno y aquí nunca se olvida. Las grecas, las guirnaldas, todo el dibujo sigue la forma del plato, de la jícara, del bule, de la batea. Allá los dibujos y las figuras tienen una independencia absoluta respecto de la forma del objeto en que se muestran. Algo de todo esto debió subsistir, de haberse llevado a cabo la implantación por los grupos incursionistas del siglo VI, como pretende el doctor Atl, quien me parece que más bien lo dice por haberse impregnado del exotismo francés de 1900, que puso tan de moda las artes orientales bajo la fuerte impresión que causó la Exposición de París de ese año.

En el orden religioso tampoco hay huellas. La alta evolución asiática con sus grandes misticismos, no se compagina con las religiones cosmogónicas y míticas de las razas indígenas americanas.

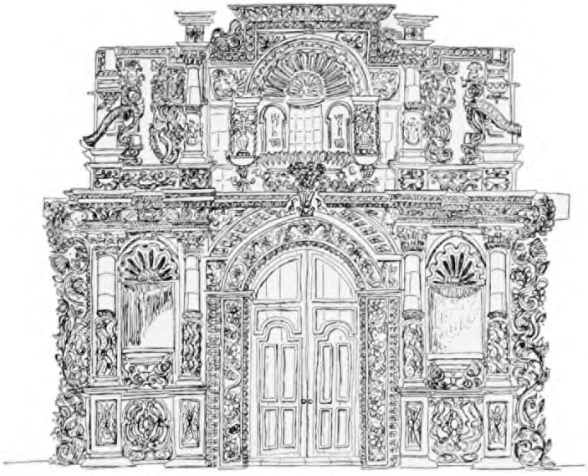
No debemos entrar en consideraciones de carácter prehistórico, porque las suposiciones no abarcan hasta allá, sino alrededor del siglo VI de la E. C. Los orígenes del hombre americano no están, ni con mucho, suficientemente investigados, y lo que se conoce es aún en material disperso que no puede ligarse y que a veces es contradictorio. Se sostiene que los indígenas americanos no son oriundos del Nuevo Continente; que éste es la verdadera cuna de la humanidad, como dice Ameghino; que una de las tribus judías llegaron por el Occidente; que por el Estrecho de Behring se registraron las incursiones de los mongoles norasiáticos; que los malayo-polinesios y los australianos también llegaron a Suramérica, y, en fin, que los pieles rojas son originarios del norte europeo todo lo cual no nos da luz alguna en nuestro problema. Lo cierto es que los esmaltes mexicanos muestran como precursora, la cerámica alveolada y su desarrollo es con la aplicación de materiales regionales y con elementos culturales y artísticos congruentes con los demás elementos de su peculiar civilización; y que, finalmente, la implantación de la cultura europea y el conocimiento de las producciones orientales ya en plena época hispánica, realizaron un mejoramiento, la completa evolución del arte y su apogeo del siglo XVIII.

ARQUITECTURA DEL PERU COLONIAL

Por *Felipe COSSIO DEL POMAR*

Si es verdad que en la formación de la arquitectura colonial en el Perú no encontramos nuevos elementos constructivos, en cambio tenemos que aceptar la trascendencia de conceptos normativos y formas estéticoconstructivas derivadas de una adaptación de los estilos europeos a los materiales dados por el medio; a la mano de obra indígena de reconocida capacidad creadora, alerta siempre a su concepción original de la forma; y, por último, a las nuevas condiciones político-religiosas. Debido a tales razones la arquitectura en el Perú modifica los estilos importados, los altera y los transforma, les da no sólo elementos para la construcción, sino finalidad y unidad netamente nacionales. La raza, el medio, lo que Wolffin llama influencia etno-psicológica, y nosotros campo gravitacional estético, imprimen a la arquitectura, como arte, una modalidad cívico-religiosa, americana, parecida a los estilos renacientes de la época pero, al mismo tiempo, de acuerdo con el carácter estrictamente colectivo que poseen los estilos en cada pueblo.

Desde su inicio la arquitectura en el Perú va acompañada de un imperceptible mestizaje racial que se hace elocuente a fines del siglo XVII. Hasta tal centuria no podemos asegurar la existencia de estilos propiamente peruanos, ni podemos someterlos a una estricta ordenación estilística en cuanto a su aparición cronológica. Nacen, se transforman, se entreveran o desaparecen con los terremotos y las modas. Salvo raras excepciones, pocos templos y palacios conservan las primitivas formas aquitectónicas del siglo XVI. Quedan vestigios y ruinas en los macizos contrafuertes románicos, en las bóvedas de crucería gótica, en las portadas platerescas, en los casetones renacientes, pero todo mezclado con las últimas etapas del barroco y el neoclásico, principalmente el primero, que arraiga en el alma popular y se adapta a lo criollo.



Arquitectura barroca. Perú. Siglo XVIII.

Sin gran precisión cronológica al Perú se trasladan estilos que obedecen a realidades históricas españolas, a corrientes árabes, francesas o italianizantes, a toda la riqueza artística que aporta a la península el Renacimiento. En el siglo XVI, las órdenes mendicantes: franciscanos, dominicos y agustinos tienen la palabra en las primeras construcciones religiosas. La labor de estos catequistas se ve orientada por el pueblo que acaban de someter, que no ha muerto con la conquista y la miseria y sigue vivo, sujeto a una nueva condición social. Es cierto que en el Perú no se entabla una lucha entre las dos culturas, al menos aparentemente. Hay entendimiento en lo esencial. Después del impacto de la conquista, el indio por conveniencia debe mostrarse indiferente a los ídolos derribados y sin interés sonoro por sus templos destruídos. Desaparecido el poder del inka, la conversión del indio no es tarea demasiado dura para el conquistador. Se logra colmar su anhelo de vida perdurable y de recompensas celestes. En cuanto a bienes terre-

nales, el conquistador ya lo acostumbró a no poseerlos. El ritual católico y las primeras iglesias, cuentan con medios para captar a estas almas desilusionadas, propensas a aceptar cualquier promesa de salvación. Luego, la riqueza personal de los colonos y la tendencia hacia la moralización social por medio de la iglesia, se dan la mano para emprender una obra arquitectónica en armonía con las exigencias de este arte. Brotan los templos de arquitectura monumental y complicada, que acabarán por adormecer en el indígena sus antiguas creencias, destruir los vestigios del inkario, e imponer y consolidar la nueva religión. Estas iglesias, durante el siglo XVI, son en su mayoría de una nave, de plantas románicas cruciformes, luego se ensanchan con las capillas hornacinas, para terminar acentuando su importancia y rango con tres naves y capillas laterales.

DICE Remesal en su *Historia de las Indias,* que "asentados los indios se comenzaron a edificar las iglesias y casas de religiones y dentro de siete u ocho años, estaban muchas dellas acabadas y tejadas, y tan buenas como en muchos pueblos de España". Esto demuestra la supervivencia en América de una mano de obra experta, que provee la construcción de edificios públicos mediante el sistema inkaico de las "mitas". Sistema que desviado de sus primitivos fines comunitarios, imputa trabajo forzado e inmediato. Las "encomiendas" con sus repartimientos de tierras y de esclavos suple suficiente número de indios obligados a pagar con sudor su instrucción religiosa, aunque hay que reconocer que la mayor parte de los edificios católicos se realizan con indios voluntarios, alentados por la fe en Cristo. El clero seglar se muestra más eficiente en esto que el encomendero o el corregidor. El funcionario eclesiástico interviene casi siempre en favor del mitayo y lo salva del repartimiento y el pongaje, en cuanto éste muestra disposiciones o aptitudes para el artesanado. En los conventos funcionan escuelas donde se imparte a los indios ciertas nociones y se les adiestra en el manejo de instrumentos de metal: barras, cinceles, formones, gubias y escofinas. En rápido aprendizaje se forman maestros canteros, albañiles, carpinteros, ensambladores. Los mayores centros de capacitación indígena, que surgen e irradian "modos" de construcción son: Ayacucho, Cusco, Lima, Arequipa, Potosí y Quito.

Testimonios como el de Las Casas ilustran sobre la calidad de este artesanado dentro del genio o idiosincrasia de los pueblos de América. Les reconoce "inteligencia, valor, belleza física, sobriedad, castidad".[1]

Arquitectura civil. Siglo XVIII. Cusco, Perú.

La habilidad en el aprendizaje de oficios, esa prestancia tecnológica, viene a confirmar un hábito cultural y técnico for-

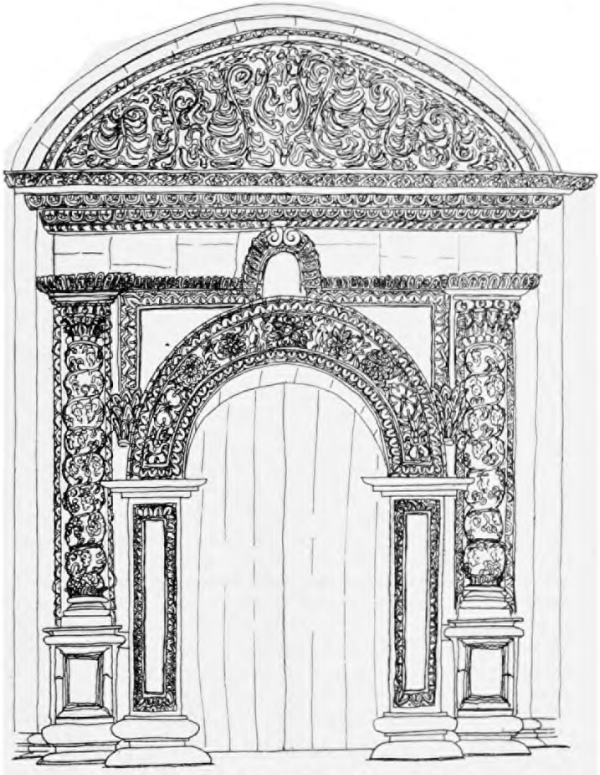
[1] LAS CASAS, "Apologética Historia de las Indias". pp. 158-163. Nueva Biblioteca de Autores Españoles. Madrid, 1909.

jado y robustecido por larga práctica. Se produce así una variedad de "modos", descollando en algunas regiones del Perú ciertas artes debido a los materiales y a las circunstancias, pocas veces a espontánea inclinación o a mayor habilidad del grupo. Claro que hay regiones donde se encuentran grupos mejor dotados que en otros, de mayor capacidad, debido, como lo hemos dicho, a prolongada experiencia que se remonta hasta los tiempos preinkaicos.

En las construcciones arquitectónicas de la Nueva España, afirma el Dr. Atl, "no hay ni una planta, ni un lineamiento, ni una masa que recuerde alguno de los elementos de la arquitectura precortesiana, las influencias indígenas fueron escasas e insignificantes". Esto puede referirse a México, en cuanto al Perú, allí esta Cusco, Arequipa o Cajamarca para poder juzgar hasta qué grado de imposición tuvo que someterse a la estructura arquitectónica occidental, no ya en los nuevos tipos ornamentales sino en las formas constructivas. La piedra previamente labrada por el artesano del inkario imprime la substancia y la modalidad, los antiguos sillares arqueológicos dan precisión geométrica a las fachadas, fisonomía original a muros y contrafuertes, carácter propio a las iglesias hasta el siglo XVIII, cuanto muda el portato artístico de la colonia.

DURANTE el período de la conquista (siglo XVI), desfilan en España varios estilos arquitectónicos que responden a las formas remanentes de los estilos renacientes, transformadas ya por los plateros en yeso que figuran en España a fines del siglo XVI. En América se apartarán aún más de los cánones que representan las etapas italianas para buscar apoyo en los estilos y modas que nos vendrán con los primeros arquitectos o alarifes españoles, italianos o flamencos, enviados por la Casa de Contratación de Sevilla, y que no siempre representan lo más escogido. Pertenecen cronológicamente a la generación estilística iniciada por Juan de Herrera y el bramantismo o purismo grecoromano. Hombres de conocimientos técnicos a veces mediocres y en ocasiones geniales, como Antonelli y Becerra, Pedro de Noguera, Martín de Aispetarte, Manuel de Escobar y otros que llegarán teñidos ya por el humanismo erasmiano, por la frialdad y mesura del clásico decadente, a ratos desbordados y líricos, inclinados al sensualismo de la época, entusiasmados por la

erudición, en oportunidades aferrados a las disciplinas medievales. Con eficacia secundarán los esfuerzos de las órdenes religiosas de monjes mendicantes. Frailes laboriosos, obedientes, sobre todo, a la voluntad pontifical y al poder político, dando buen ejemplo de sacrificio en andanzas dolorosas por tierras de



Arquitectura del siglo XVIII. Cajamarca, Perú.

"infieles". Como la mayor parte sirve a la causa del rey y del encomendero, constituyen útiles intermediarios entre el gobierno y los indios. A cambio de esta ayuda la Corona garantiza los privilegios de sus funciones religiosas y financia el boato con que se revisten iglesias y conventos en las diferentes regiones del Perú.

En aquellos tiempos poco es transmitido a los conocimientos arquitectónicos por medios literarios. El arquitecto es un gran viajero que siembra métodos y técnicas, normas y cánones. Los estilos se producen libremente, de acuerdo con el espacio tiempo estético de su desarrollo y en función de las necesidades humanas y sociales. Cuando un artista va de un lugar a otro —hace observar Faure— no puede dejar de llevar consigo la continuidad y la repetición de las apariencias "¿Cómo no ha de asociarlas —se pregunta— con las apariencias nuevas e inesperadas que descubre, para imponerles su ritmo familiar para luego abreviar, depurar, estilizar, simbolizar?" [2] Esto otorga a la arquitectura en los primeros años de la colonia, un carácter empírico que permite mayor ingerencia del medio geológico, que naturalmente se impone a una construcción azarosa, levantada en tanteos de ley y forma. Cuando "la arquitectura es ante todo y hasta el fin una ciencia, más que un arte. La ciencia de los materiales, la ciencia de las presiones y los empujes, la ciencia de la adaptación estricta de un instrumento a su finalidad".[3]

Está probado que sólo en 1577 comienza un comercio de libros en la Nueva España, comercio que se extiende después al Perú. Es probable que hasta el siglo XVII no se conociera el tratado de Vitrubio (Roma, 1486), el "De re aedificatore" de Battista Alberti (Florencia, 1485), las "Regoli generali di Architectura" (Venecia, 1537), y otro libro que pudo tener gran influencia en América, "Medidas del Romano necesarias a los oficiales, etc.", de Diego de Sagredo (Toledo, 1526), seguido de libros de importancia, como "Carpintería de lo blanco" de López de Arena (1632). A pesar de esto, la influencia de la teoría arquitectónica en las primeras construcciones del Perú, se hace visible antes del siglo XVII. Se conocen las reglas y cánones clásicos a través de la experiencia de los maestros y de los planos enviados de la península. También es posible que

[2] ELIE FAURE, "El Espíritu de las formas", p. 113. Edit. Poseidón, Buenos Aires, 1944.

[3] ELIE FAURE. Obit.

libros con grabados, aunque ajenos a la arquitectura, inspiren directamente a los constructores. La idea arquitectónica la sugiere el monje y el gobernante. La capacidad técnica, las medidas canónicas, el conocimiento de la forma plástica las brinda el maestro de obras, hasta que el valor y la magnitud de las construcciones exigen la aplicación de reglas y medidas especificadas en los tratados arquitectónicos.

Es indudable que por la Casa de Contratación de Sevilla pasan no pocos planos destinados a importantes construcciones, pero

Arquitectura llamada Virreinal.

la mayor parte de ellos se proyectan en las colonias para ser sometidos a la aprobación de la Corona. Probablemente durante el siglo XVI se envían algunos planos y dibujos de España para ser ejecutados en América. Angulo [4] cita el caso de la Catedral de Puebla, cuyos planos fueron remitidos de España entre los años 1551-1555, según lo asevera el obispo Palafox a mediados del siglo XVII. Sin embargo, esto no se puede comprobar con ningún documento. Por los archivos se sabe que hasta mediados de ese siglo no pasan de quince los planos que se mandan al Perú. Los arquitectos o maestros de obras ejecutan pequeños croquis que, ampliados, inspiran y guían a los constructores, que a pesar de llevar en mente el estilo de los edificios españoles, tienen que detenerse para confrontar las exigencias de un arte que no es, no puede ser y no debe ser un arte personal. Que es ante todo una expresión social que reclama un desarrollo propio. Es el pueblo que le ofrece los medios, el sentido, la finalidad; de manera que el edificio o monumento debe reflejar la conciencia que anima a la sociedad o a los grupos raciales. Por más que los europeos habitantes de las colonias españolas desde el siglo XVI, tengan la nostalgia de las casas, iglesias y palacios del mundo occidental, tendrán que contentarse sólo con su "moda" y "traza", ya que la arquitectura no expresa sentimientos o deseos personales, sino el sentir colectivo.

Los hombres del Renacimiento hacen tardía aparición en el momento cúspide de la historia de España, momento que coincide con el hallazgo del Nuevo Mundo y con la victoria de Granada. El sentido impositivo del arte renaciente los hace abandonar el individualismo para someterse a las exigencias de los principios estilísticos de Europa y dejarlos transformarse como un genuino órgano de la vida colectiva. El pensamiento político y económico, el entrevero del humanismo erasmiano con el misticismo medieval de la península, vibran en América con nuevo sentido. Cada año el arte arquitectónico va marcando un entendimiento, un avance incontenible hacia la unidad nacional. La forma clásica, importada por la conquista, traerá sus propios medios técnicos, pero tendrá que someterse y amoldarse a las exigencias, a la pujanza del medio étnico y cul-

[4] DIEGO ANGULO YÑIGUEZ, *Historia del Arte Hispano Americano,* tomo II, p. 37. Salvat Edit. Madrid, 1950.

tural, en la medida de los recursos y la capacidad de un pueblo conquistado.

Así, con el tiempo este recorrido de los estilos arquitectónicos asume mayor tono americano, como el barroco que "entona la tensión psicológica de la colonia" y obsequia al arquitecto oportunidades para expresar con la colectividad, "lo importado metódico suplantándolo por lo americano sorpresivo".[5] Los

Arquitectura colonial.

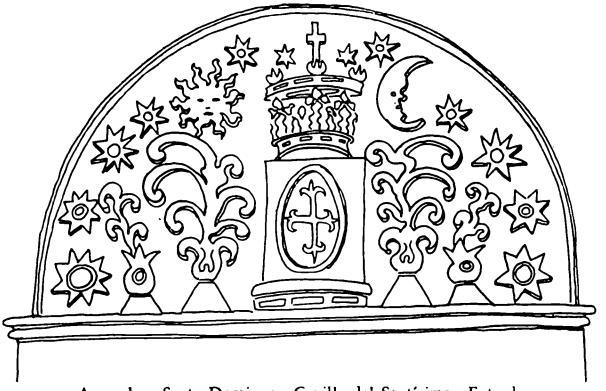
[5] ANGEL GUIDO, *Redescubrimiento de América en el Arte*, p. 86. Edit. El Ateneo, Buenos Aires, 1938.

Púlpito. Escuela del Cusco.

maestros y arquitectos indios dislocan la forma y la atavían a su manera. Se termina la actitud preceptista y la parsimonia. El escultor indígena dota de personalidad y riqueza a elementos de segunda mano; confiere un nuevo sentido a la arquitectura hispana que enmarca en la fuerza reactiva del fondo inkaico imprimiéndole riguroso sesgo hasta entonces desconocido. Interpreta con personalidad propia al plateresco que llega a América en su segunda etapa, la sevillana, limpia de sedimentos góticos; cincel en mano es el que mayor ingerencia tiene en la transformación del estilo que morfológicamente continúa siendo el mismo y, con todo, es otro por su alteración ecléctica y su novedoso aspecto decorativo. Encaramado en el andamio, el albañil creará lo que su sentido intuitivo de la forma le aconseje. En las estructuras románicas hará techos y zócalos cerámicos de sabor mudéjar, y combinará con la fase postrera del gótico, óculos y arcos mixtilíneos, tan comunes en el barroco peruano. Pondrá pompa en la frialdad del purismo castellano. Añadirá gracia en la sequedad bramantesca. Transmitirá con deleite decorativo todo lo que ve: fenómenos naturales, frutos, sistemas geológicos, animales, utensilios, blasones. Aclimatará, transformándolas, ideas y estilos y los revestirá de fuerza expresiva original.

Las clásicas interpretaciones de los estilos arquitectónicos en España, desde el románico, el gótico, el isabelino y el barroco, etc., hasta la imposición fría de los Austrias y Borbones, son reproducidas con mayor o menor elocuencia en el Perú, aunque hay que confesarlo, sin la grandeza y pulcritud de los estilos de los templos y palacios españoles.

Los alarifes y artistas imprimirán a los planos y croquis importados un ritmo estético original. Van logrando un arte que llega a marcar con sello personal las dispares tendencias que afluyen de Europa, plasmando una arquitectura con cualidades expresivas, coincidentes con cánones indígenas que aún tienen vigencia durante la colonia, en su tendencia estática sostenida y estimulada por anhelo de superación a la idea introducida y el fascinante poder de captación de lo importado y novedoso. Sobre todo en la interpretación del fantasioso entrevero de la forma barroca se destaca la sensibilidad indígena. Liberada del hieratismo inkaico, se entrega apasionadamente a crear una



Ayacucho. Santo Domingo. Capilla del Santísimo. Entrada.

forma opuesta, joven, extraordinaria de vitalidad hiperbólica. "Una fuga de lo concreto lineal a lo difluente pintoresco".[6]

A mediados del siglo XVI hacen su presentación tres escuelas con características propias en el aspecto constructivo y con propias maneras y reglas en cuanto a sistema decorativo. Tres escuelas en tres diferentes regiones del Perú: Lima, Arequipa y Cusco.

En Lima prende el barroco como estilo arquitectónico asentado sobre los estilos transformados por el nacionalismo español. Tradición y novedad se mezclan coordinados en formas antisísmicas, elásticas, decorativas, resultado del empleo del barro y del estuco en onduladas estructuras de carrizo. Más que barroca se le puede calificar de rococó a esta escuela limeña, por su línea aérea y delicada, por su sentido de espacio e inclinación a lo vertical. Su influencia es indudable en toda la costa del Perú. Se exhibe en iglesias, palacios y casonas de haciendas y latifundios, principalmente en Trujillo, cuya arquitectura no podemos considerar aparte, como arquitectura regional. Es una arquitectura ligada a la costa del Perú precolombino donde templos, santuarios y huacas son de gruesos muros labrados y estucados. En la escuela limeña, este mismo adobe se prestará para

[6] Ver WOLFFIN.

la decoración de la tarja renaciente y la fantasía del barroco virreinal.

La arquitectura religiosa limeña muestra entre sus originalidades el gusto por el almohadillado que puede explicarse por varias razones históricas, entre ellas, la influencia del período de transición entre el bajo Renacimiento y el barroco, estilo que, al aparecer, en Lima coincide con el sentimiento de una ciudad que por casi un siglo tiene que conformarse con la simplicidad de una arquitectura plana, sin paramento, ceñida a la limitada capacidad de los alarifes y maestros de obra de que se dispone en el siglo XVI en el Perú. Toca al portugués José da Cida dotar a la arquitectura de Lima de falsos sillares de albañilería, almohadillados, volutas y pechinas transformados por la experiencia autóctona que plasmará, con diversa voluptuosidad, florones, metopas, columnas, estípites y capiteles, con un arte discreto, sin alardes personalistas y sin las tentaciones de curvas y roleos que proporciona la naturaleza manipulable del barro.

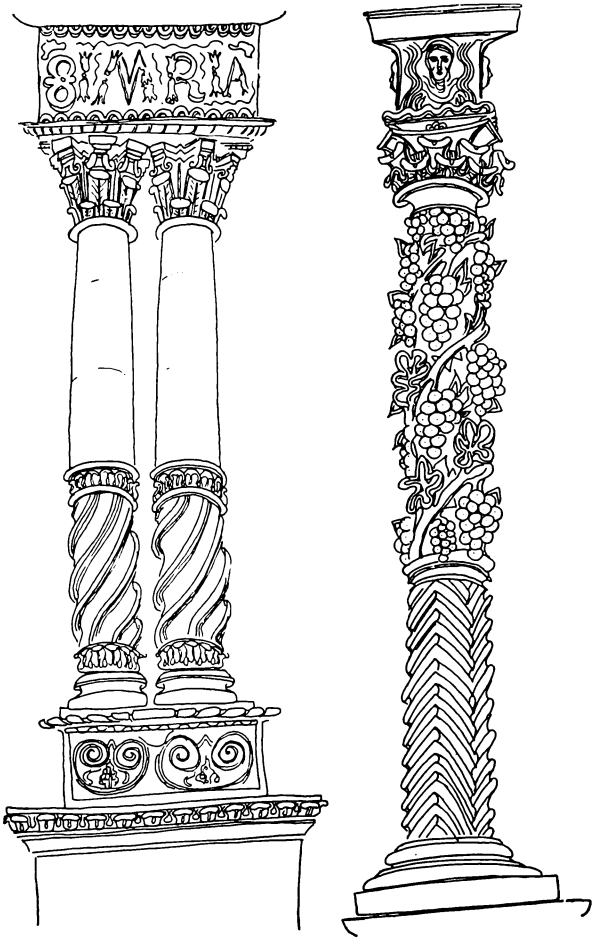
Otra característica importante en las iglesias de Lima es "la solución de los balcones sobre las cornisas en el interior de la nave y en las torres", como señala Benavides.[7]

En los palacios de amplios zaguanes, de fachadas de ladrillo tallado y estucado, encontraremos múltiples ejemplos que acreditan la originalidad e indiscutible unidad de la escuela limeña.

CASI al mismo tiempo aparece en el Cusco otra manifestación arquitectónica donde la geométrica simplicidad del inkario domina al lirismo barroco de influencia peninsular, da unidad a la confusa variedad de motivos europeos y andinos, armonizándolos en la talla, alternando la dura piedra andesita y la madera. El sentido nacional del hábil artífice serrano, pule espejos en el abultado sillar del muro, multiplica las columnas elípticas, muy de su predilección, adorna con flores regionales los capiteles corintios, imprime al sentimiento matemático de la cultura renaciente otro ritmo barroco que hará palpable el estilo "Crespo" cusqueño, donde los elementos inkas se infiltran hasta fijar carácter de escuela a la arquitectura derivada de los entalladores de retablos (Angulo).

---

[7] ALFREDO BENAVIDES RODRÍGUEZ, "La arquitectura en el Virreynato del Perú y en la Capitanía general del Chile", pág. 122. Edit. Ercilla, Santiago de Chile, 1941.



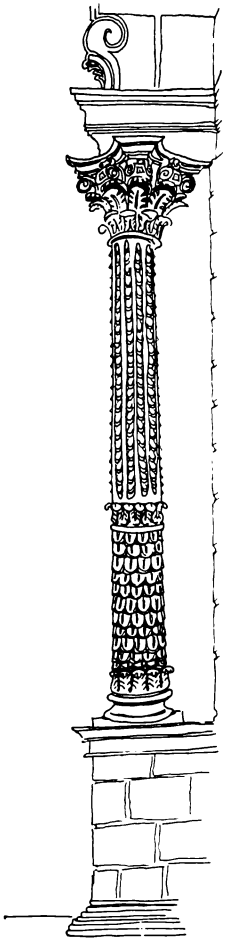
A B

A, Columna colonial siglo XVIII. Ayacucho. B, Columna siglo XVIII. Arequipa, Perú.

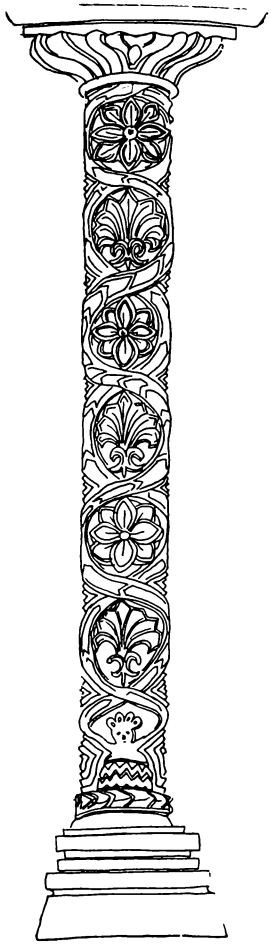
La matriz del modelo barroco cusqueño se puede afiliar a la llamada arquitectura jesuítica que representa como arrogante ejemplo la Iglesia de la Compañía (1651-1668), estilo greco-romano, transformado por el influjo de la arquitectura neogentílica. Suntuosa y pesada al seguir las huellas de los talladores de madera, al usar los megalitos preinkaicos, de proporciones monumentales, e inspirada en las obras aparejadas, de progenie americana, aunque siempre menos compasada y monumental que en otras iglesias de semejante estilo en España. (Véase la Iglesia y Colegio de la Compañía en Salamanca).

Lo corpóreo del románico, las fantasmagorías arquitectónicas del isabelino y las minucias decorativas del churriguerismo, se ven pronto modificadas por la gracia del artífice queshwa y las restricciones que impone la piedra dura. Lo que en Lima y en la costa es aventurero y gracioso, se torna en el Cusco aquietado, fundido en lo transubstancial y permanente, en la grandiosa simplicidad que diferencia el estilo cusqueño con un sello peculiar de masas y perspectivas difundidas por el altiplano hasta rebasar las actuales fronteras del Perú. La torre de Santo Domingo es elocuente ejemplo de esta arquitectura. "Expresa una voluntad tan decidida y férrea de ejecutar una obra inconmovible que tenemos que reconocer en ella la influencia de los temblores y el recuerdo de las sillerías pre-inkaicas" (Benavides).

UNA articulación mestiza y andina produce la tercera escuela en Arequipa, también derivada del barroco aborigen cusqueño y asimismo enmendada por los materiales de construcción, las condiciones especiales del medio y el talento de los maestros hogareños. Como las otras escuelas, nace de una crisis evolutiva de la decoración y de las formas, sin tocar el fondo de las estructuras marcadas por los estilos. Se peruaniza el arte español, tal como las fórmulas italianas se plasman en lo nativo de España a través del dominio popular. Con la oportunidad de independencia y libertad que brinda el barroco, desaparecen las trabas del racionalismo clasista para dejar libre el camino a una arquitectura semisubjetiva. El repertorio gótico, el conjunto resabiado de lo mudéjar, la esencia decorativa del plateresco, las resuelven los canteros arequipeños en el blando sillar calcáreo, como en el pasado los árabes en la aljafería. Se suprime



A



B

A, Columna siglo XVIII. Cusco, Perú. B, Columna colonial siglo XVIII. Cusco, Perú.

Dibujos de Emilio Sánchez Fonts.

el ladrillo en las bóvedas de medio punto y en las puertas de arco escarzano. Las portadas se exornan y atavían con finos bajorrelieves, rodéanse de marcos opulentos las pechinas, óvulos y hornacinas, los edificios se hacen bajos, los muros anchísimos, con desproporcionados contrafuertes. Por la calidad y unidad de su estilo, la escuela arequipeña es la que más se aparta de las conocidas escuelas europeas, la que posee genuino ritmo mestizo que encuentra ancha resonancia de imitación en el mundo constructivo del altiplano.

Las mansiones solariegas de Arequipa son famosas, cubiertas con techos de bóvedas y, sobre éstas, terrazas como las azoteas de Lima. Otra mutación de la escuela arequipeña se manifiesta por un arcaico antropoformismo, una laboriosa ejecución del altorrelieve con motivos neoasiáticos [8] de talla ajustada, menuda, al compás del mudejarismo despojado de sutilezas geométricas. Arequipa en el siglo XVI, influirá decididamente en la costa y sierra del Perú, hasta el advenimiento de la república (1821).

Arquitectura civil

AL mismo tiempo que la arquitectura religiosa se inicia en el Perú la arquitectura civil, inspirada en las normas de las construcciones religiosas. La casa de Dios y la casa del hombre ostentan la misma partida cronológica. En los primeros tiempos (1532) la casa del hombre como una necesidad material, con el aspecto simple que puede dar la inaplazable necesidad de un cobijo, la casa de Dios como una necesidad moral y política, como un instrumento de conquista que debe de reunir, desde su fundación, todos los requisitos de durabilidad y belleza.

En la construcción de iglesias, monasterios, conventos, parroquias, rectorías, catedrales, capillas, oratorios, hospitales y demás edificios sujetos a la dirección del culto, se concentran todos los esfuerzos de la comunidad. La arquitectura religiosa será punto de partida en cuanto a rango de construcción, servirá de inspiración para el palacio y la casona que tienen que esperar turno de catalogación dentro de la categoría estética que demora en llegar medio siglo.

[8] Afirma Sartorio que hay en América una influencia artística venida de China y el Japón, dada la relación de los jesuítas con Asia y el comercio con las Islas Filipinas.

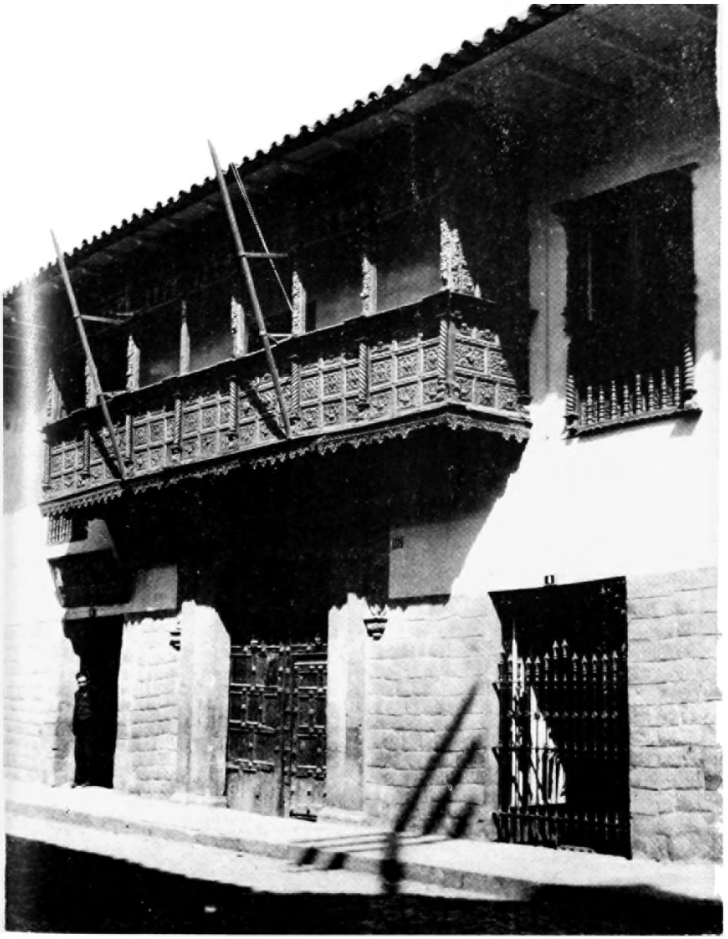
Desde comienzos del siglo XVII es factible juzgar los esfuerzos originales, las modalidades arquitectónicas y las influencias estilísticas de las construcciones civiles, institucionales, comerciales o particulares, y se puede observar cómo el ornamento arquitectónico en todo el Perú se inspira en el decorado de las capillas. Artesonados, ajimeces, cornisas, muebles, pasan del claustro y de la sacristía a los salones de los edificios civiles que adquieren el grave aspecto de templos, amplios, de elegante sencillez y en perfecto acuerdo con la región donde se encuentran, adaptados a las condiciones del clima, uniformados en todo el Perú por los balcones de tradición mudéjar, por los amplios patios, las arcadas, las "ventanas de reja" en estrecho vínculo con las diferentes construcciones de España, marcando definidamente las regiones que han influído en tal o cual ciudad, según de donde procedan la mayoría de sus habitantes: en Lima el mudejarismo, en Arequipa el barroco orientalizante, en Ayacucho y Cusco el herrerianismo. Las diferencias específicas podemos encontrarlas en el volumen, en la intensidad, en los materiales, pero siempre aparecerá la resonancia estética familiar.

Las características españolas en palacios y casas de abolengo las notamos en todo el país. La misma disposición de los interiores, la costumbre de reservar el piso bajo para la servidumbre y la de abrir tiendas en la parte inferior, hacia la calle. La suntuosidad de las portadas alterna con las muestras de modestas mercaderías exhibidas en las puertas de un tendajo. El lujo ornamental y embellecimiento de los pisos superiores culmina en la azotea, "como jardines para el desahogo y diversión con otras comodidades".[9] Cieza justifica estas terrazas en la costa: "Como jamás llovió en estos llanos y arenales del Perú, no hacían las casas cubiertas como las de la serranía, sino terrados galanos y casas grandes de adobe con sus estantes o mármoles; para guarecerse del sol ponían esteras en lo alto. En este tiempo se hace así, y los españoles, en sus casas, no usan otros tejados que estas esteras embarradas".

En el siglo XVIII se advierte una reacción criolla en el arte de la colonia. "Poralízase una suerte de rebelión estética paralela a la subterránea insurrección".[10] Coincide este siglo en el

[9] MURILLO VELARDE, "Geografía Histórica", Libro IX, p. 74. Madrid, 1752.

[10] ANGEL GUIDO. *Redescubrimiento de América en el Arte,* p. 30. Ed. "El Ateneo", Buenos Aires, 1934.



Arquitectura cusqueña. Casa de Casa Jara sobre muros inkáicos.

Arquitectura del Cusco, siglo XVII. Portada de los Marqueses de Valle Umbroso. Jambas inkáicas.

Perú con la pompa arquitectónica, sin precedentes, que se apunta en España. Nunca se invierten tan grandes tesoros en templos y palacios. Se desborda la fantasía decorativa y cuestan caudales las tallas de fachadas, altares, sillerías de coros, salas capitulares con profusión de cornucopias y molduras. La columna salomónica de antorcha o flamígera, elemento del puro barroco, estilización de la soga llevada a España por Rubens en sus tapices (1602), invade a última hora altares platerescos y renacientes, suplantando la columna dórica, la corintia o acentuando la expresión barroca de la muy peruana "columna panzuda", que imprime desconcertante filiación patriótica a los estilos.

Con Felipe V, y, sobre todo, con Carlos III, se introduce en el Perú el gusto borbónico que se complace en un barroco de tendencia italiana que mitiga la violencia del churriguerismo. El neoclásico pierde majestuosidad en sus simétricas pilastras y ventanaje. Se muestra menudo y sin la gallardía cortesana que toma en la España de los últimos borbones. Marca una etapa transitiva que no llega a cristalizar en el Perú como ejemplo definido de período arquitectónico. Detalles amanerados en portadas, en columnas corintias, en alzados que pretenden seguir el clasicismo romano de pilastras compuestas.

A medida que se aproxima el siglo XIX, se afirma este desperdigado neoclasicismo decadente acompañado de un eclecticismo decorativo de evidente mal gusto que se vuelca en ayuntamientos, iglesias y fachadas. Se reconstruyen templos y torres caídas, como la de la catedral de Lima (1800), se levantan otras obras de menor cuantía, mientras el pueblo se prepara a las jornadas emancipadoras que permitirán a la postre hallar un propio derrotero de arquitectura peruana.

SARMIENTO Y LOS ESTADOS UNIDOS

Por *Ezequiel MARTINEZ ESTRADA*

El viaje que Sarmiento emprende en 1846 por Europa, culmina con su providencial visita a los Estados Unidos, en 1847. En el prólogo de la obra que escribe, en forma de cartas [1] lo compara con el de Anacarsis. Descubre el mundo de la civilización, que apenas barruntara, y se descubre a sí mismo. Las observaciones son siempre certeras y penetrantes, fundadas "en el hábito de *ponderar* las fuerzas y estudiar las causas y sus efectos".[2] Llevaba Sarmiento la misión del gobierno de Chile, de "visitar los países de Europa y los Estados Unidos en solicitud de conocimientos prácticos, de hechos realizados, de leyes dictadas, para hacer de la educación pública una institución política en el país cuyo gobierno me encomendara esa misión";[3] "El principal objeto del viaje era ver a Mr. Horace Mann".[1]

Sus averiguaciones en Europa apartan la materia pedagógica de la observación de la vida pública y privada; lo pintoresco predomina y su correspondencia es la de un turista perspicaz e ingenioso. Pero Norteamérica le plantea un problema de hechos y de interfunciones que lo deja perplejo. Los Estados Unidos han sido construídos, tienen una arquitectura, y sus cimientos son el orden moral:

> "Del aspecto general del país, o de su arquitectura como distribución de los medios de acción puestos por Dios y utilizados y completados por el hombre, pasaré sin transición a la aldea, centro de la vida política, como la familia lo es de la vida doméstica".[1]

El estudio que realiza es un diagnóstico y un pronóstico; para ello utiliza datos diversos de la totalidad de la vida americana, tal como ante sus ojos se despliega en contenidos históricos y étnicos y en formas inéditas de crecimiento y expansión. No compara Europa y América, ni coteja lo que encuentra de mejor o de peor; siente que está ante un espectáculo nuevo fren-

te a un experimento que inicia una era histórica. Tan completa y exacta es su primera visión que el tiempo la confirma literalmente. Veinte años después encuentra que sus predicciones, de que el poderío norteamericano terminará con toda forma de despotismo, pueden considerarse vaticinios:

> "... y si en 67 se cumplen veinte años, es también en 67 que en México, a efecto de la influencia moral de los Estados Unidos en Europa, los republicanos ejecutaron a un emperador, lo que hace al espíritu y a la letra del trozo en cuestión".[2]

Tal como cuando escribió el *Facundo,* bastáronle algunas notas expresivas de las "estructuras" —como dice con lenguaje nuevo entonces— para captar el proceso serial como un sino histórico. Las antinomias Europa-América ("Civilización" y "Barbarie") se resuelven en la ecuación Norte-Sur. Es curioso que Sarmiento percibiera al llegar, con indubitable certeza, que el Continente configuraba un proceso *sui generis* de la civilización occidental, y que las discrepancias entre los extremos boreal y austral, se reducían a etapas de ese proceso único. No era fácil ver a la sazón lo que todavía muchos no ven. Tan diametralmente opuestos como lo están en el globo terráqueo, por ello mismo Norte y Sur se complementaban. Percibe también, por ese don natural que le dió "reputación de pre-visor de los sucesos",[2] la identidad de la sustancia histórica y la similitud del material humano: allí desarrollados sin trabas, favorecidos por las instituciones libres y, en primer término, por la Constitución; aquí sofocados por prejuicios e intereses retrógrados y egoístas. Su dictamen, sobre mutua conveniencia de concertar intereses comunes y compensatorios de ambos Hemisferios, resume toda su política internacional. Coincide ese dictamen con el de Mr. H. M. Brakenridge en su Memoria (Misión a Suramérica en 1816-17) presentada a Monroe, y es una especie de confirmación desde la perspectiva antípoda. Todo es posible —reflexiona Sarmiento— si se posee un instrumento para trabajar la materia social, y pronto descubre que el procedimiento es, y no puede ser otro, educar al pueblo para la ciudadanía ("educar al soberano"). Educación consistente en coordinar los preceptos morales e intelectuales con las técnicas de la manufactura y el comercio. El viajero descubre que el proceso resulta de la unidad de plan del pensamiento y de la acción, si se los emplea

para alcanzar fines transpersonales. Por eso sus númenes fueron Franklin y Lincoln. La civilización no se hereda de una vez para siempre, como pensaban en Europa, sino que se la conquista como el pan de cada día, pues ser civilizado es también un trabajo y no una merced.

Todo concurrió en los Estados Unidos, él lo sabe, a poner en movimiento sincronizado a ese pueblo trashumante, que conquista, predica y negocia con devoción de misionero. La Biblia y la carabina son en sus manos la brújula para el día y la noche. Cualquiera sea su actividad, el individuo ajusta su conducta a la ley, porque la ley se inscribe en su conciencia mucho antes de serle enseñada como deber de ciudadanía. Es un miembro articulado que forma parte de un organismo (se le llama Unión) que en su vastedad de territorio y gentes mantiene vivos los vínculos religiosos y patriarcales del antiguo hogar. La emancipación de ese pueblo implica asimismo la de todos los otros que aspiran al bienestar y a la libertad; y la Constitución fué el evangelio para el avance en la dirección de la marcha natural del hombre:

> "La Declaración de la Independencia fué como aquel creced y multiplicaos de Dios a los hebreos. Desde entonces las ideas y los hombres se pusieron en marcha hacia el interior. . .".[1]

La "familia" de los Peregrinos ha crecido y multiplicado sus vástagos que conservan los genes de una voluntad de creación ilimitada. Lo demás es combinación y orden, asunto de tesón e inteligencia. Poco tiene que ver aquella civilización con la europea, encerrada en círculos de rutinas que delimitan y fijan su desarrollo; las leyes y las pautas del crecimiento son en América las mismas de Dios o de la Naturaleza, válidas doquier y siempre. Lo que se fabrica con obediencia a esas leyes tiene una estabilidad astronómica. Esta es su "revelación" que le permite el vaticinio y, circunstancia muchísimo más importante para sus proyectos, profesar una doctrina social y política de estricto realismo. Cuanto ha estudiado y aprendido antes pierde su valor y sentido de utilidad; sus autores favoritos se disipan como fantasmas al amanecer.

No hay en los Estados Unidos sino cosas y seres comunes —ni siquiera de mejor calidad que en otras partes— pero están en una relación nueva, en un orden de composición que aun sobre la base del más cerrado interés, concurren a servir al plan

intrínseco de la organización. Lo individual y doméstico se ha disuelto en millones de partículas y todas juntas reconstituyen un individuo y un hogar de otra dimensión. El progreso deviene, por un automatismo bien ajustado, inevitable peripecia. El mundo construído por el yankee 'inventor de ciudades" —no por el gentleman— responde más que nada a un instinto social, comunitario, que le permite realizar sus designios personales satisfaciendo al par imperativos orgánicos de la naturaleza de las cosas: el habitante es un servidor de las leyes, y estas leyes son planes que están de antemano trazados y que muchas veces él no entiende ni se preocupa de entender. Así todo lo que construye son evidentes "muestras de permanencia y de fuerza orgánica".

Sarmiento ve lo que el hombre ha hecho, pero como a trasluz de ello percibe la armazón tectónica, el esquema natural-racional que revela los secretos del éxito y la garantía de su perennidad:

> "Dios ha querido al fin que se hallen reunidos en un solo hecho, en una sola nación, la tierra virgen que permite a la sociedad dilatarse hasta el infinito, sin temor de la miseria; el hierro que completa las fuerzas humanas; el carbón de piedra que agita las máquinas; los bosques que proveen de materiales a la arquitectura naval; la educación popular, que desenvuelve por la instrucción general la fuerza de producción en todos los individuos de una nación; la libertad religiosa que atrae a los pueblos en masa a incorporarse a la población; la libertad política que mira con horror el despotismo y las familias privilegiadas; la república, en fin, fuerte, ascendente como un astro nuevo en el cielo; y todos estos hechos se eslabonan entre sí, la libertad y la tierra abundante; el hierro y el genio industrial; la democracia y la superioridad de los buques".[1]

La civilización americana es un producto combinado. La conjunción de hombre y tierra que le permitió formular en el *Facundo* una prematura teoría geopolítica, se le confirma en ese viaje como realidad evidente, en orden positivo, engendrándose el bien en el bien. Esto da el espíritu yankee, en efecto, así denominado universalmente, y es lo que Sarmiento descubre que era él sin sospecharlo: un yankee. Su asombro es tanto descubrirse a sí mismo como descubrir un mundo del que apenas

tenía vagas intuiciones que existiera. Y por añadidura encuentra que ese país se ha construído con arreglo a una doctrina de mutua adecuación de hombres y cosas, que es también la suya:

> "Mr. Mann, partiendo desde el Norte de América, y guiado por los mismos motivos, me precedía dos años en la misma empresa que yo había acometido desde el sur del continente; y salvo las diferencias que las peculiaridades de nuestros respectivos idiomas establecen, habíamos recorrido los mismos países, y examinado las mismas escuelas, de manera que sus observaciones corroboraban las mías. Desde que este importante escrito cayó en mis manos, tuve ya un punto fijo a donde dirigirme en los Estados Unidos; y poco después de mi arribo se me proporcionó la satisfacción de tratar personalmente a este noble promotor de la educación, recogiendo en la intimidad que establecían nuestras simpatías comunes, mil informaciones útiles de que he sacado gran provecho".[4]

Horace Mann ha de explicarle y aclararle otros enigmas que, como lo sospechaba, se cifran en una simple clave:

> "el secreto resorte, el regulador de esta vigorosa máquina, que no es otro que la difusión general de la educación y los espontáneos y perseverantes esfuerzos de los buenos ciudadanos para llevarla a efecto".[5]

La educación popular de todos por todos ha *creado* ese mundo de las cosas, y éstas han modelado su propio sistema pedagógico, su filosofía y hasta su fe. El mundo de las normas y el de las fábricas son generadores de energía por igual, y tal energía es intercambiable porque es de la misma naturaleza y substancia del hombre y de sus obras.

Al regresar a Chile, Sarmiento lleva una concepción coherente de la política, la economía, la moral, el derecho, y clara noción del instrumento que ha de usar para implantar sus ideas. Sabe con certeza a dónde se encamina, mientras que sus compatriotas, aliados o adversarios, tantean en las sombras.

Sí; esto es lo cierto: el "viaje de Anacarsis" liquida en Sarmiento una confusa promiscuidad de ideas y de planes para la campaña contra Rosas que incubaban en Chile él y los proscritos. Regresa otro hombre; sabe cómo reorganizar sus energías dispersas y dirigirlas a un fin. Su obstinación es sencillamente la de la brújula. Aquella crisis que estallara en sus ner-

vios y en su mente en 1843, se ha convertido en una fuente de decisiones.

> "En 1848 volvió de los Estados Unidos un viajero —escribe—,[6] y con la inspección que había hecho del juego admirable de la Constitución de los Estados Unidos y con sorpresa de sus antiguos correligionarios políticos, inició un movimiento en la prensa que pasó a la oposición, a los partidos, a la guerra y a las instituciones. Su razonamiento era sencillo: "La voluntad nacional, la violencia, los hechos, han dado al Estado la forma federal. Las constituciones no son más que la proclamación de los derechos y obligaciones del hombre en sociedad".

Y en carta del 6 de febrero de 1868, a Mrs. Mann:

> "En 1848, vuelto de los Estados Unidos, fundé en Chile la "Crónica", semanal, y *proclamé* el gobierno *federal,* como medio de constituir la República, según el sistema y Constitución de los Estados Unidos. De este modo podíamos traer a nuestro partido las provincias, aceptando la *federación* de hecho que existía".

Aun en 1866 su programa de acción, de llegar a la presidencia de la República, se basa en el programa elaborado en sus conversaciones con Mann:

> "... cuento con el cumplimiento de la profecía para llevar a buen fin la empresa de regenerar aquellos países, con la inyección de los principios e ideas norteamericanos, por las instituciones y la educación común"; "Yo podía presentarme también, llevando conmigo el genio norteamericano, el espíritu de *go a head,* que todos me reconocen de muchos años atrás; y todo sería posible porque tendría en mis manos el instrumento, ya que Dios me ha concedido la inspiración".[2]

Al componer el *Facundo* faltábale esa experiencia y esos conocimientos para oponer a la "barbarie" del caudillismo un sistema orgánico de gobierno. No podía esperarse por entonces ninguna liberación del país con la ayuda de Francia o de Inglaterra, interesadas en extraer el mayor provecho de la situación:

> "El bloqueo francés fué la vía pública por la cual llegó a manifestarse sin embozo el sentimiento llamado propiamente *americanismo.* Todo lo que de bárbaro tenemos,

todo lo que nos separa de la Europa culta, se mostró desde entonces en la República Argentina organizado en sistema y dispuesto a formar de nosotros una entidad aparte de los pueblos de procedencia europea".[7]

El "nuevo americanismo" con que ve que se puede sustituir al otro de cepa colonial, consiste en su comprensión de las semejanzas históricas y geográficas del Sur con el Norte, puesto que "desde luego, los Estados Unidos precipitaron la Independencia de la América del Sur".[8] Definitivamente abandona toda ideología inspirada en la Revolución Francesa, y va a la Declaración de Virginia. Contra sus convicciones anteriores —las de los desterrados—, desecha todo modelo europeo, "hasta pulverizar las imitaciones de la República romano-francesa", que "han sido efecto de influencias indirectas, pero eficaces, de los Estados Unidos".[8] Dos décadas después de su "revelación", comprobaría que, siguiendo la vieja táctica del bloqueo del Río de la Plata,

> "la Europa interviene en México, en Chile, en el Perú, en Santo Domingo";[6] "En 1850 había abjurado de toda idea política liberal emanada de la Francia. No hay duda que los destinos de la América del Sur se juegan en México, no siendo difícil que vuelva a renovarse el proyecto antiguo francés de constituir monarquías".

Desde los puestos políticos que ocupó Sarmiento después de la derrota de Rosas en Caseros (1852), orienta su acción en un sentido rectilíneo, guiado por las instituciones americanas. En sus *Comentarios de la Constitución de la Confederación Argentina* (Chile, 1853) confiesa:

> "Hemos seguido las doctrinas de Joseph Story, consultando su grande Comentario, en todos los puntos constitucionales que son de idéntica contextura con los que nuestra propia constitución abraza".

Tales son las únicas lecciones de derecho constitucional y político que conoce y ha meditado, y no necesita más para conducir inflexiblemente su gestión de legislador y gobernante. Todavía en una carta a Mrs. Mann se ufana de que:

> "En 1859 se reunió una Convención en Buenos Aires para proponer enmiendas a la Constitución federal y yo

introduje como Delegado, todas aquellas que contribuían a acercarla más a la de los Estados Unidos".

Procura que las leyes faculten al Poder Ejecutivo para realizar una obra de educación sin restricciones, y en sus *Comentarios* había subrayado, en el capítulo sobre Educación Gratuita, que "Esta es una de las más bellas prescripciones de la Constitución, y con la que se ha puesto de un golpe a la altura de su época". Unica forma, por otra parte, de preservar el imperio de la ley sin violencias, pues como dice en otro lugar, "Bajo influencias tan impropicias, el influjo de las leyes es impotente". Tal es para Sarmiento el centro de toda constitución política, puesto que considera el régimen democrático de gobierno republicano representativo como fundado en la libertad, y ésta a su vez en la "educación universal del pueblo". Es la "verdad revelada", la voz en la zarza ardiente, que escucha en su peregrinación a la tierra prometida:

> "Mi mejor y más seguro guía —reconoce—,[4] fueron el digesto de leyes y reglamentos que regulan aquel bello sistema de escuelas, que son la más rica herencia legada por Mr. Mann a sus compatriotas"; ya que "La educación del pueblo es la primera necesidad de la América del Sur".

Toda su política de Estado se reduce a un programa simple y esencial: "Las escuelas son la democracia"; "Para eso necesitamos hacer de toda la República una escuela".[8]

No tiene reparos en confesar su deuda:

> "Armado de estos documentos y de una colección de lecturas, informes y discursos, y nutrido con una instrucción oral, volví a la América del Sur, y durante estos últimos años no he hecho más que seguir sus huellas, tomando por modelo sus grandes trabajos para organizar la educación de Massachusetts";[4] "*Las escuelas base de la prosperidad y la República en los Estados Unidos*... en mi país me sirve de programa si voy al gobierno".[2]

Efectivamente, es electo Presidente de la República, y al desembarcar (septiembre, 1868) arenga a los maestros que van a saludarlo:

> "Cuando aquel diario decía que yo no traería de los Estados Unidos sino escuelas, decía la verdad, porque ven-

go de un país, señores, donde la educación lo es todo, donde la educación ha conseguido establecer la verdadera democracia, igualando las razas y las clases".

Poco más tarde, escribe:

"El complemento del sistema representativo, que es en su origen institución bárbara y no latina, vino al fin a adquirirlo el gobierno de los Estados Unidos en la escuela gratuita, universal, necesaria preparación del ciudadano, y desde aquí, como un nuevo principio conquistado por la humanidad, vuelve de rechazo sobre la Europa, y se irradia sobre la América del Sur, iluminando aquel caos, y solicitando sus elementos discordantes para constituir el nuevo organismo social".[9]

¿Se ha comprendido alguna vez a fondo, por sus contemporáneos y por sus sucesores, el objeto fundamental y funcional de la enseñanza que Sarmiento difundió con más ardor que la implantación de ningún otro adelanto técnico, mero transporte de cosas que muchos suponen el mayor de sus méritos? ¿Pensaban los congéneres y los epígonos al destituirlo, viejo ya, de su puesto de Superintendente de Escuelas, o al silbarlo en la calle el populacho, que negarlo era repudiar "una civilización", que es lo que él encarnaba? Entre lo que no consiguió llevar a cabo figura la educación de los educadores:

"... mis ideas *chocaban* por lo raras. Oiga usted algunas cosas. Todo lo de *educación común* era nuevo, y yo estaba solo con ellas, como un visionario loco".[2]

Hizo millares de escuelas, formó decenas de millares de maestros, escribió toda una literatura escolar ("Yo he escrito muchos libros de educación, y a esos libros les ha cabido la gloria de que nadie los haya leído",[8]) pero no sirvieron para "educar al soberano". Pronto su escuela se convirtió en órgano demagógico, auxiliar de un "americanismo" nacionalista. El panamericanismo educacional de Sarmiento difería de aquel "americanismo" que repudió en el *Facundo,* precisamente porque le reconocía una fuerza telúrica capaz de mestizar toda clase de progreso, dejando intactas las cáscaras vacías. La escuela siguió su camino y la ley el suyo. Educar y legislar devinieron dos artes mecánicas, tareas administrativas y casi burocráticas, consumándose lo contrario de esto que señalara en "Ambas

Américas": "En los Estados Unidos es el pueblo y no los gobiernos, quien ha creado la educación pública".

La misión de Sarmiento no había sido copiar, acarrear o trasegar de un país a otro, como empresario de transportes marítimos, sino crear necesidades morales que hicieran indispensable el uso de los bienes y artefactos de la civilización. Sin el espíritu y la finalidad compleja y de absoluta unidad, no se educaría al pueblo por mucho que se le instruyera; se lo incitaría a recaer en sus antiguos vicios constitucionales y a servir de instrumento ciego para la restauración de un americanismo de la cepa colonial. Al final de su vida asistió Sarmiento a la metamorfosis de su escuela "base de la prosperidad y la república", en la escuela "ultrapampeana" —ultramontana—. Sus últimos combates los libraba ya como franco tirador, considerado por casi todos sus compatriotas como paladín de una causa exótica. Por eso vuelve, en *Conflicto y Armonías de las Razas en América,* al tema del *Facundo* y de los *Viajes* en averiguación de si la ignorancia era cuestión de educación extraescolar, de "mestizaje". Su situación personal, con respecto a los "americanistas" que de rebote lo motejaban de "extranjero", "gringo" y "antiargentino", la había previsto, sin su trágico desenlace, en la carta a Mrs. Mann del 15 de junio de 1866:

> "Hoy como la educación común tengo a empresa introducir en las ideas de mis compatriotas las ideas de gobierno que veo practicadas en los Estados Unidos, y que profesé, de muchos años atrás, en despecho a una opinión común a los más notables hombres de aquellos países, que por ser sincera no deja de ser la continuación de la colonia española de un lado, la importación de ideas revolucionarias francesas de otro, que tanto estrago inútil han hecho en Europa y en América, sin alcanzar a fundar en casi un siglo nada, sino despotismos"; "En medio de aquel atraso general, y del desdén que parece condición normal, hay quienes creen de buena fe que tienen instituciones liberales más adelantadas que las de los Estados Unidos".

Necesitaba quitarles la venda de los ojos a sus propios colaboradores, inculcarles el sentimiento humilde de que apenas habían comenzado la tarea que daban por concluída:

> "Sociedades así constituídas necesitan de alguna influencia externa para corregir sus errores de juicio, con

respecto a los medios de salir del círculo vicioso en que inútilmente se agitan, y esta influencia externa ha de obrar sobre ellos, y comienza a obrar ya desde los Estados Unidos".[5]

Como nadie, Sarmiento tuvo conciencia de las inmensas dificultades, entre otras las de combatir más que disuadir a sus leales allegados, que consideraban la educación como asunto propio de un ministerio de Estado. Como lo comprendemos hoy mejor que antaño, Sarmiento estaba solo, efectivamente. Por eso su lenguaje es áspero y cáustico. En recurso al que apela a menudo, es presentar en contraste, dos objetos parecidos, uno del Norte y otro del Sur, para demostrar que son distintos. Pues aunque coincidan en sus formas, el contenido de ambos —la voluntad y el propósito con que fueron hechos— difieren hasta convertirlos en excluyentes. Podríamos decir que es un método pedagógico más que la complacencia de demostrar que él ha tomado partido por la causa mejor. Y podemos decir, por lo tanto, que nada lo hiere como tener que hacer esas comparaciones, y que nada le parece tan en su deber de conciencia como denunciar a los impostores, a los que hacen circular moneda falsa como buena.

Compara con frecuencia, pues, al pueblo y la nación del Norte con los del Sur y sigue empleando los términos dialécticos "civilización" y "barbarie", que atrajeron sobre él un encono mortal, para referirse a dos tesituras del ser, del saber, del tener y del sentir en dimensión social. Tiene miedo de que su pueblo se satisfaga con el rudimento de esas técnicas sin aspirar a manejarlas con conciencia y a fondo; que tome gusto a los frutos en agraz y se complazca en la dentera. Le propone siempre ejemplos que lo obliguen a mirar a lo alto y a lo lejos. En su primer esbozo de un programa de gobierno, dijo:

"Estas páginas van encaminadas a señalar al patriotismo y a los sentimientos liberales de la América del Sur, el camino que han seguido en la del Norte para llegar, en cortos años, a los resultados de prosperidad, grandeza y libertad que tienen, con sus enérgicas manifestaciones recientes, sorprendido al mundo habituado a esperar del lento sedimento, que en su transcurso dejan los siglos, la formación y el progreso de las naciones".[3]

Puede formularse así la tesis de la factible reestructuración de los países hispanoamericanos según el patrón de los Estados Unidos: existe entre ambos pueblos de formación inmigratoria, una similitud fundamental de condiciones de vida, creada a partir de la Independencia y condicionada por leyes liberales, con antecedentes históricos y étnicos distintos pero susceptibles de concordarse bajo la acción inteligente y patriótica de los gobiernos. Más bien, pues, Sarmiento gira su tesis sobre el crédito de que la vida republicana y democrática puede generar en los países hispanoamericanos un tipo de vida social e institucional semejante a la de los Estados Unidos, por influjo de la educación popular orientada en ese sentido:

> "¿Qué le falta a la América del Sur —dice en [3]— para ser asiento de naciones poderosas? Digámoslo sin reparo: Instrucción, educación difundida en la masa de los habitantes, para que sea cada uno elemento y centro de producción, de riqueza, de resistencia inteligente contra los bruscos movimientos sociales, de instigación y freno al gobierno".

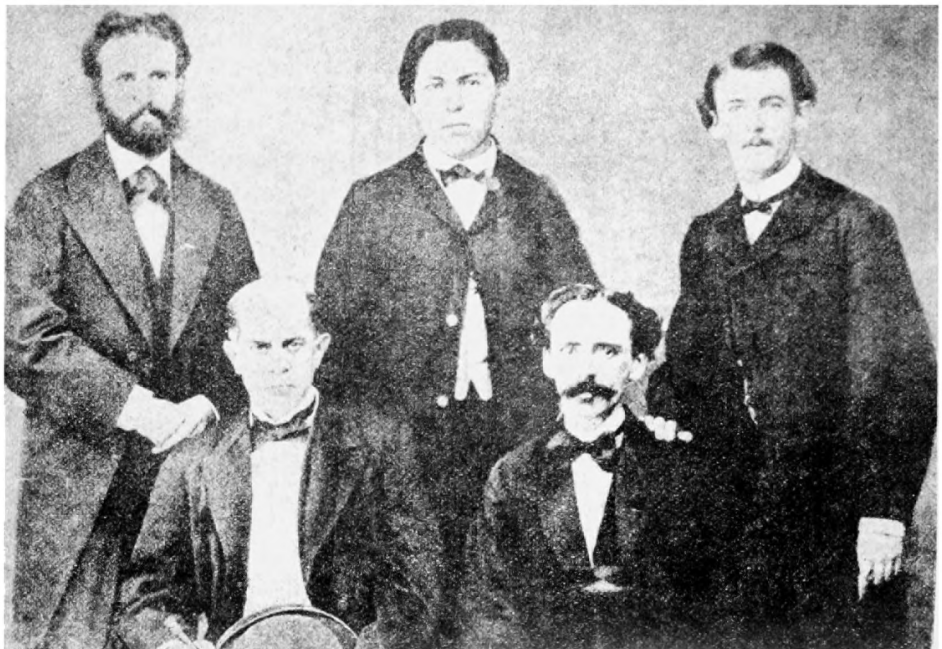
Sin esa convicción no habría dado un paso en la tarea fabulosa que emprendió. A su juicio no diferían estos países latinos del sajón en otras cosas que en el sentido y voluntad del pueblo, bajo la égida de un sentido práctico del bienestar compartido. Por lo tanto, no son dos mundos de objetos y herramientas, sino dos técnicas de vivir, que en el *Facundo* había caracterizado, sin tanta hipérbole como se ha repetido, como "civilización" y "barbarie". Hay en las cosas civilizadas que se usan mal una educación para la barbarie, y al fin y al cabo Norteamérica no ha hecho sino utilizar los elementos naturales para construir una civilización. Tanto las fuerzas imponderables que fomentan la una como las que gravitan sobre la otra, son integrales de factores macroscópicos y microscópicos. ¿Qué son, civilización y barbarie, sino resultantes de fuerzas cuya dirección señala a lo alto o a lo bajo? ¿Y cómo se puede fijar el deslinde de esos dos territorios contiguos? Pero puesto que nuestros pueblos adoptaron el sistema republicano, representativo, federal —que Manuel Gorrego trajo en 1820 de los Estados Unidos—, habían adquirido ya el instrumento de perfectibilidad y de liberación de la invisible coyunda de la Colonia. Sarmiento comprendió que sólo faltaba formar un estado de conciencia de ese estado de hechos. Además sabía, por su certera intuición, que

"... sucede que los extremos se tocan y los contrastes establecen afinidades; y pudiera ser que entre el Río de la Plata y la Bahía de Narrangaset, entre Buenos Aires y Providence, entre los extremos norte y sur de América, existiesen esas corrientes y atracciones misteriosas que la ciencia suele encontrar entre sustancias diversas".[6]

Nuestros pueblos habían sido mal educados porque las cosas se hicieron mal desde el principio. No se puede pensar de una manera con la cabeza y de otra manera con las manos; al fin ellas se ponen de acuerdo secretamente. Sarmiento sabe bien, y no se cansa de repetirlo, que una civilización (o una barbarie) son organizaciones espirituales que se sostienen por los utensilios aplicados al vivir cotidiano, y por eso quiere que se enseñe a la vez a utilizar las manos y el cerebro. Es también la lección, por evidencia, de 1847. Cuando descubre, pues, un hábito retardatario, una culpable negligencia que recae en etapas superadas —el paso atrás de la caída—, los denuncia destacando con implacable rigor el mal que se ha de destruir. En esto era incansable e infalible. Lo que olvidaron los maestros que él formó, es que Sarmiento tenía temor de perfidia al saber escolástico y de cátedra, al saber académico del *magister;* no lo ha visto tampoco que brillara en los Estados Unidos, donde hombres como Emerson y Barnard, a quienes trató después que a Horace Mann, le demostraron que la más alta sabiduría estaba vinculada a la mayor sencillez. Recuerda Sarmiento esta hermosa anécdota:

"Vueltos de Lexington pasé otro día con Mr. Waldo Emerson, en aquellos coloquios que tan de suyo vienen y se prolongan entre hombres que representan países, literaturas, civilizaciones y costumbres distintas y sin embargo afines, y que se ponen en inmediato y personal contacto por la primera vez. Hablamos de todo: de educación, de escuelas, del clima. "¿Nieva en su país?", me preguntó. "Poco", respondí. —"La nieve, repuso, contiene mucha educación". Yo me quedé parado, dando tiempo a que se desarrollase la serie interminable de pensamientos que esta expresión de forma nueva despierta. La nieve, el largo invierno, la reconcentración de la familia en torno de la chimenea, la acción moral de los mayores, las familias del Norte y las del Sur".[3]

Domingo Faustino Sarmiento, con quien Mitre comparte durante distintos períodos la prédica de "El Nacional" de Buenos Aires, cuya dirección llegan a transmitirse.



En la Legación argentina en los Estados Unidos en 1865. Aparecen Aibach, Sarmiento, Salcedo, Juan Lavalle y Bartolomé Mitre.

Recordará muchas veces que los grandes hombres conductores de su pueblo —como Franklin, Lincoln, Grant— eran de origen humilde y que se formaron a sí mismos para servir al país y no a sus vanidades. Que fueron maestros en razón de ser hombres íntegros. Muy americano en él era que detestase el saber metafísico y propugnase el conocimiento de las virtudes cívicas, de las ciencias aplicadas, de los oficios y de toda clase de manualidades útiles:

> "Yo he tenido la misma idea de joven, época en que leí la Vida de Franklin. Su género de gloria me interesó siempre más que la de Washington, y de muchacho me propuse muchas veces imitarlo, sin conseguir otra cosa que poner de manifiesto mi incapacidad".[2]

Esta misma confesión había hecho en *Recuerdos de Provincia* (1850). Mucho, pues, de lo que se incriminó a Sarmiento como prurito de imitar lo extranjero, de xenofilia por desprecio a su país, estaba en sus dotes nativas, en su condición natural. *Recuerdos de Provincia* se escribe ya con la seguridad de que los valores humanos priman sobre los de provecho profesional de sí mismo. Precisamente es un alegato contra la instrucción doctoral. Para entonces Sarmiento había hecho traducir en Chile la *Vida de Franklin* y más tarde traduciría él la *Vida de Lincoln*, "con el ánimo de hacer conocer en nuestros países el héroe, la guerra y las cuestiones debatidas por las armas".

El conflicto era uno y las armonías muchas, en América. Sarmiento patrocinó hasta sus últimos días, la unidad de los pueblos iberoamericanos bajo la tutela civilizadora de Estados Unidos (no imperialistas ni colonizadores), de modo que se formara un territorio homogéneo y continuo con el del Norte. Las últimas palabras de su libro póstumo insisten en esta idea proclamada treinta años antes:

> "¿Qué le queda a esta América para conseguir los destinos prósperos y libres de la otra? Nivelarse; y ya lo hace con las otras razas europeas, corrigiendo la sangre indígena con las ideas modernas, acabando con la Edad Media. Nivelarse por la nivelación del nivel intelectual, y mientras tanto no admitir en su cuerpo electoral sino a los que se supone capaces de desempeñar sus funciones".[10]

¿Hasta dónde esa esperanza y esa fe tardías trasuntaban el estado real de su país en el último cuarto del siglo pasado? La nueva generación que lo expulsaba de la función pública —y de su patria— olvidaba que era preciso construir al pueblo para construir a la nación. En este sentido fueron más lúcidas sus palabras comentando (en *Ambas Américas)* el discurso de Mr. Garfield, entonces diputado por Ohio, sobre ley de creación de una Oficina Nacional de Educación:

> "Desgraciadamente, en la América del Sur las más bellas instituciones pierden su eficacia, cambiándose en rutina, sin espíritu, como la dirección pasa a ser simple empleo dado a los que la pretenden con todas las cualidades menos las especiales para desempeñarlas".

Cuanto Sarmiento hizo en la legislación, la administración y la enseñanza concurría, dentro de su cosmovisión coherente, a consolidar un "status" ecuménico y no a la ornamentación industrial y edilicia de su país. Todo se sostuvo sobre sus hombros cansados, hasta que él cayó destruído. ¿Cómo pueden comprender a Sarmiento los que enumeran y ponderan —cada día menos— sus obras, contándolas, midiéndolas y pesándolas? Hizo otra cosa distinta, con una finalidad distinta. Su grandeza está en lo que alcanzó a realizar según un "plan divino", descubierto en su viaje de 1847; en el conjunto y armonía de las partes dentro de un todo; en lo que nos enseñó a pensar y a querer. Y lo que al morir su autor se vino abajo, no eran esas cosas, que crecieron y se multiplicaron como los hijos de Agar en el desierto, sino la oculta y sagrada fuerza que recibían de sostenerse unas en otras.

Otras reflexiones son indispensables todavía. La empresa de Sarmiento: habilitar la vida nacional según el módulo norteamericano, no podía cumplirse dentro de una sola nación. José Martí comienza la misma prédica cuando él concluye y con la misma visión humanística del problema de los niveles de poderío. Desde los tiempos de Bolívar y del frustrado "congreso anfictiónico" de Panamá, no era posible unificar el plan de civilización y progreso de las naciones americanas sin la buena voluntad de los Estados Unidos, cuyos intereses nacionales podemos decir que estaban administrados en el orden internacional por empresas privadas. Por muchos años su territorio era "su mundo". Por otra parte, la tendencia natural de los pueblos hispanoamericanos era "a disgregarse y constituir Estaditos

de poca o ninguna importancia, pero independientes".[11] La política argentina en el orden internacional americano ha coincidido con la de los Estados Unidos, limitada, en el mejor de los casos, a una diplomacia de vecinos pacíficos y honrados. Qué pretendía en cambio Sarmiento, se deduce de su propaganda panamericanista de 1865 a 1868, para la cual funda y sostiene de su peculio, al margen de su misión oficial, la revista *Ambas Américas*. Desde la presidencia no auspició ni reiteró tal política de confederación de los Estados hispanoamericanos conforme al modelo de los Estados Unidos del Norte, para una cooperación en paridad, formando un bloque regenteado "bona fide" por ellos. En ningún caso se puede dudar de que la posición de Sarmiento fuera bien clara y absolutamente lógica: facilitar a los Estados Unidos su "misión" de tutelar las naciones continentales con vistas a fundar una civilización americana continental, ajena a todo designio de dominio o de extensión de "esferas de poder". No creía posible ningún coloniaje sobre pueblos conscientes de su dignidad, pero sí sobre pueblos que hacían de la ignorancia el empresario de su riqueza. En su discurso sobre "La Doctrina Monroe", del 27 de octubre de 1865, fué bien explícito:

> "Vuestras maestras de escuela abrirán colegios en veinte estados sudamericanos, en doscientas capitales de provincias, en mil villas y ciudades, y con provecho propio prepararán el terreno al arado, al cultivo, a las máquinas de segar, de trillar, y a los seis mil seiscientos privilegios de invención que ha acordado este año la Oficina de Patentes, y que en la América del Sur no se difunden, porque no está preparada la inteligencia del pueblo para usarlos. Esta es la única conquista de un pueblo libre; ésta es la doctrina Monroe en acción; éste el rol iniciador de Rhode Island en el Río de la Plata; éste mi título para sentarme en la Sociedad Histórica, que me ha nombrado miembro suyo".[6]

Y para que no tengamos ninguna duda de su condenación del imperialismo, que siempre es fruto de desniveles económicos, explica:

> "La esclavitud buscó espacio para extenderse hacia el Sur, sobre Texas por la anexión, sobre México por la conquista, sobre Centroamérica por el filibusterismo. Feliz con la presa dorada de California, el espíritu de invasión

no conoció límites. . . Y cuando se ha querido recordar con el generoso propósito de Canning y Monroe, muertos ¡ay! de cuerpo y de espíritu, que la *América es para los americanos,* la ironía de la historia ha preguntado, a causa de la guerra de México, si aquel principio no encierra un doble sentido, como las respuestas del oráculo de Delfos".[12]

En las mismas páginas recuerda Sarmiento el ataque de Lincoln, entonces diputado al Congreso, a la conquista de provincias de México, y agrega:

"Lo que insinuó apenas ese discurso por no exasperar a la mayoría esclavócrata, díjolo a boca llena Mr. Mann más tarde en la Cámara de Diputados: 'La facción más prominente de la civilización de este país, es que tiene más de tres millones de seres humanos en dura servidumbre; que el espíritu que gobierna a la nación ha anexado últimamente a Texas, porque tenía esclavos; que ha despojado a México de sus más ricas provincias, con la esperanza de extender la esclavitud; que ha intentado robar Cuba a España con el mismo fin, y que no abandona el pensamiento hasta ahora'."

Veinte años antes (1845) había expuesto con áspera franqueza cuál podía ser el interés secreto de la política de Francia y de Inglaterra en el Plata, y qué inconcebible ceguera de sus verdaderos intereses las encaminaba a abandonar la "política del progreso, la libertad y la civilización" por la de fomentar su atraso:

"¿Quiere la Inglaterra consumidores, cualquiera que el gobierno de un país sea? ¿Pero qué han de consumir seiscientos mil gauchos, pobres, sin industrias como sin necesidades, bajo un gobierno que extinguiendo las costumbres y los gustos europeos, disminuye necesariamente el consumo de productos europeos? ¿Habremos de creer que la Inglaterra desconoce hasta este punto sus intereses en América? ¿Ha querido poner su mano poderosa para que no se levante en el Sur de la América un estado como el que ella engendró en el Norte?" [7]

No pretendía Sarmiento que la empresa de civilización de los Estados Unidos fuera gratuita; conocía el precio que exigieron los promotores de todo adelanto en aquel país, por cada contribución al bienestar general y a la libertad. Es el precio

Retrato que contiene la edición hecha en Nueva York en 1868.

Domingo Faustino Sarmiento cuando ocupaba la presidencia de la República.

justo que se debe pagar, y sería superior en todos los sentidos al que con más tiempo, gastos y perjuicios de todo género se alcanzaran por otras vías en que pareciera que la miseria y no la riqueza es el fin de la hazaña. Al tratar este problema, Sarmiento considera la riqueza como un bien social derivado del patrimonio general que constituye la civilización. Anhelaba que las naciones americanas ingresaran un día como Estados libres de una Unión Continental, retomando la idea de los Libertadores. Ese es el sentido de las palabras enigmáticas con que finaliza su obra póstuma:

> "No detengamos a los Estados Unidos en su marcha; es lo que en definitiva proponen algunos. Alcancemos a los Estados Unidos. Seamos la América como el mar es el Océano. Seamos Estados Unidos".[10]

La parte más sustanciosa, coherente y duradera de la política de gobierno de Sarmiento; su prédica en pro de la educación como base de la democracia y de la justicia, de la prosperidad y del orden, de la paz y de la libertad, como asimismo lo más valioso de sus escritos doctrinarios, se inspiran y se apoyan en las normas de la vida pública y privada norteamericana. Para cumplir esa misión abandonó su vocación de escritor y de educador, lanzándose a la acción política con fe en que podría, casi sin auxilios ni partidarios dentro ni fuera del país, llevar a buen término una empresa de civilización más que de reorganización. Y sólo tuvo como guía la certidumbre de que había comprendido que el experimento de los Estados Unidos de Norteamérica era susceptible de reproducirse, siguiendo sus principios y métodos, en los demás países del continente. No halló, es cierto, el sistema de compuertas para nivelar dos planos de diferente altura. Eso es todo lo que puede reprochársele. Si los hijos y todavía más los nietos, que agregaron nuevos cuerpos a la edificación que trazó e inició, comprendieron el sentido y la finalidad de la obra, o si se hospedaron en sus recintos seguros y cómodos para descansar y medrar, ese es ya otro problema.

Obras de Sarmiento citadas en el texto:

1 Viajes por Europa, Africa y América.
2 Correspondencia con Mrs. Mary Mann.
3 Educación común (art.).

[4] Vida de Horace Mann.
[5] En Estados Unidos (art.).
[6] La Doctrina Monroe (conf.).
[7] Facundo.
[8] Recepción en Buenos Aires (discurso).
[9] Universidades (art.).
[10] Conflicto y Armonías de las Razas en América.
[11] El bien público (art.).
[12] Vida de Lincoln.

UN NUEVO LIBRO DE EZEQUIEL MARTINEZ ESTRADA

UN libro compuesto por Ezequiel Martínez Estrada merece, siempre, la más atenta y apretada lectura. La destacada vocación literaria del autor, su alteza de miras y su maestría crítica poseen la capacidad de sugerir una especie de sobrefondo espiritual al texto. De aliviarlo de innecesarias ostentaciones. De otorgarle una elegancia de estilo pareja a la profundidad de las ideas.

El mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson [1] viene a constituir, a mi modo de ver, el tercer vértice de un triángulo en cuya área se desenvuelven la Pampa y su historia. Martínez Estrada nos había dado ya, en *Muerte y transfiguración de Martín Fierro,* el epílogo de la agonía del gaucho. En *Radiografía de la Pampa,* la silueta de la gran planicie vacía y traicionada. Ahora el tema central, en apariencia, es Hudson. Pero la vida y el pensamiento de Hudson se nos explican y hacen comprender, precisamente, en función de la llanura.

Algo se sabe de Hudson en los países de habla inglesa. Sus tres aspectos —el naturalista de *Idle days in Patagonia,* el novelista de *The Purple land* y el poeta de imaginación desbordada de *Green Mansions*— han sido apreciados en su valor científico, literario y estético. Se le ha reconocido como indiscutible clásico del idioma. Idioma que adquiere en él extrema facilidad, ligereza y gallardía y fluye con la más extraordinaria sencillez. Sin esfuerzo ni afectación. Cualidades, éstas, llevadas a un punto en que se duda sean innatas y no adquiridas por continuo y devoto ejercicio estilístico.

Argentino que escribe en inglés, a pesar de las traducciones, es Hudson bastante menos conocido en los pueblos hispánicos con la sola excepción de los del Plata. Pero ni la crítica británica ni la hispanoamericana, con la probable salvedad de Cunninghame-Graham, habían dicho sobre él nada fuera de lo perfectamente obvio. Del inevitable corolario al estudio aplicado de su persona y sus libros.

Claro está que Martínez Estrada pudiera haber seguido el mismo camino y con su condición erudita habernos ofrecido un excelente ensayo crítico-biográfico. Pero Estrada lleva ya muchos años interrogando

---

1 EZEQUIEL MARTINEZ ESTRADA, *El Mundo maravilloso de Guillermo Enrique Hudson.* Fondo de Cultura Económica. México, 1951.

a su tierra y a su medio y obteniendo respuestas definitivamente pesimistas. Las dos dimensiones de la llanura —profundidad, desierto— son, sin embargo, retadoras, difíciles de dominar y contradictorias. Ahí está Martín Fierro, como último representante de la montonera, rechazado por Buenos Aires y conteniendo malones fronterizos. Ahí está, también, la *Radiografía de la Pampa*, como la de un cuerpo sin esqueleto consistente.

Y es aquí —en esta misma Pampa tendida sin esperanza— donde, para Estrada, se halla el secreto de Hudson y su obra. Del Guillermo Enrique Hudson que regresa a su treintena a la patria de sus mayores. Retorno en el estado de ánimo de un gaucho desterrado, pues él no es otra cosa. Un gaucho eremítico y nostálgico, metido en el frío ambiente de la Inglaterra victoriana y que, en lo sucesivo, hubiese de recurrir al inglés para expresarse.

Piensa Estrada —y con razón— que sea simbólico el hecho de coincidir la salida de Hudson de Argentina con el esplendor de la presidencia de Sarmiento. Del Sarmiento que acabó, definitivamente, con la montonera para sustituirla por la inmigración incolora de europeos domesticados en el "progreso" y amparados a la sombra de la ciudad de Buenos Aires. ¿Qué le quedaba por hacer a un hombre del temperamento de Hudson en una Pampa "civilizada" por miles de emigrantes sin pretérito? ¿Qué vida "auténtica" le restaba ya a la llanura?

Cualesquiera que fuesen los verdaderos motivos, su decisión parece dictada por iguales causas que las que empujaron a otros jinetes hacia los páramos patagónicos. El toma el camino de Gran Bretaña —como Rosas veinte años atrás— guardando consigo un tesoro de memorias que el tiempo y la distancia iban a desplegar en una serie de estupendos relatos llenos de nostálgica objetividad. Por ello no es sorprendente que siendo excelente literato tenga raíces tan elementales y simples. Tan anti-intelectuales en ocasiones. De ahí proceden los valores esenciales de su obra. Humanidad, vitalismo, sentido poético, observación minuciosa. Valores de acuerdo con la formación solitaria y digna de quien "tenía el corazón de un viejo gaucho de las llanuras", en frase de Cunninghame-Graham.

El análisis de Estrada comprende dos partes. La primera ("Vida y mundo") consagrada al ambiente donde se formó el escritor. La segunda ("Obras e ideas"), a la interpretación psicológica de su pensamiento.

Se le antoja al autor muy importante no desdeñar ninguna de las fuentes que pudieran contribuir a explicar la mentalidad de Hudson.

De manera que concede amplio campo a los años iniciales de su niñez en el ambiente familiar. En ese medio, la personalidad de la madre destaca por la bondad, que había de transmitir a Guillermo. Y el padre —admirador de Rosas—, por su dominio de sí y su aire de remota lejanía. Los hermanos, la pobreza, el apartamiento de la casa y hasta el propio protestantismo de los suyos, convergen en la creación de un ambiente solitario para el niño. Lentamente se acostumbra a ser su íntimo compañero de juegos e inventa peculiares diversiones. Semejante aislamiento fué perfilándole rasgos individuales apenas modificados por una educación intelectual y libresca escasísima. Por lo general debida a maestros ambulantes que conducían su material escolar y conocimientos en la grupa de la cabalgadura. Elementos tales resultaron responsables de la timidez orgullosa y el desdén por Buenos Aires característico de Guillermo Enrique. Para él la libertad no debía ser —como para el europeo— algo condicionado por las circunstancias y de proyecciones fundamentalmente políticas. Era, por el contrario, algo integral y de alcances universales como lo fué siempre para el jinete pampero.

Lógicamente hombre de parecida estampa ha de tender, por fuerza, al autodidactismo. Y aunque, sin duda, los libros guardados por el padre —ni pocos, ni malos— le ayudaron a formarse culturalmente, las fuentes de su saber habría que buscarlas en sus posibilidades de meditación en la soledad, frente a la tierra abierta. Según Estrada: "siendo la acción, en su país y en su tiempo, un medio para hacer fortuna, a costa de enajenar otras riquezas sin valor, siempre fué de índole apacible, inclinado a contemplar más que a hacer". "Su movilidad de *vagabundo nato* tenía una raíz flotante de asceta y sedentario".

Y hemos de reconocer que si la primera parte de su existencia se cobija, más o menos, bajo el signo del vagabundaje, en Inglaterra se sedentariza y refugia en el ascetismo. Casado con mujer humilde y considerablemente más vieja que él sobrelleva los aprietos económicos y las contrariedades sin queja ni reproche. Como suele acaecer con gentes así, gloria y dinero llegan tarde. Y no influyen en él. Continúa, estoico y apartado, hasta su muerte.

Estrada encuentra, en esta tendencia de Hudson a la soledad, la explicación de su amor "franciscano" por la naturaleza y los animales. De sus sentimientos de fusión con las manifestaciones de aquélla. La religiosidad suya sería, pues, la sensación de creerse, él mismo, la obra de Dios y de comulgar con esta obra. Es decir, de formar parte integrante del todo. Curiosa actitud panteísta —y vitalista— que hallaría su paralelo filosófico en el racionalismo cartesiano, aun siendo enteramente antitética. Al "pienso, luego existo" de Descartes, Hudson res-

ponde "siento, luego soy". Estrada dice más. Según él Hudson entra en la naturaleza no por desengaño (como Tolstoi), sino porque jamás había salido de ella.

Al examinar la obra del escritor Martínez Estrada se detiene especialmente en tres de los libros donde la Argentina se nos acerca: *El ombú, La tierra purpúrea* y *Allá lejos y hace mucho tiempo.* Sin olvidar *Una cierva en el Richmond Park* [2] por considerarlo el más revelador de la mentalidad y posición del autor frente a la naturaleza.

Es posible que sea *La tierra purpúrea* una de las mejores, si no la mejor, novela escrita sobre la Pampa, aunque su acción ocurra en la Banda Oriental. Y si bien pudiera discutirse el parecido o identidad de otros personajes con miembros de su familia, es evidente que Richard Lamb, el protagonista, es el mismo Hudson. *El Ombú,* por su parte, rebosa de memorias infantiles y de adolescencia. Ambos, además de sus otras virtudes, nos descubren recónditos pasajes del alma de Guillermo Enrique.

Cuando pienso en *La Tierra purpúrea,* no puedo comprender que haya salido de la pluma que escribió *Verdes Moradas.*[3] Ni tampoco el prestigio superior del último de estos relatos. Pues, sin negarle contenido poético extraordinario y la afortunada invención de caracteres originales —Rima, por ejemplo—, se deja llevar por un excesivo entusiasmo lírico con sacrificio de ciertos supuestos novelescos. Fantasea demasiado y le falta el sólido apoyo de paisajes conocidos (es discutible que Hudson visitara Venezuela o las Guayanas). Y digo lo anterior porque *La Tierra purpúrea* opera con la técnica más opuesta. En ella, seres, cosas y tierras están vistos, "vividos" y retratados de modo insuperable. Y el conjunto guarda una grandeza épica de canto a un país en formación, de gesta primitiva, que no se aparta del más estricto y veraz realismo. A lo menos de la realidad antigua que el autor recordaba. La sola imagen, por supuesto, de interés para él y que, probablemente, era ya puro y remoto pasado en el tiempo de la aparición del volumen.

Al juzgar la obra de naturalista de Hudson, Estrada la cree, hasta cierto punto, espontánea. Quiere dar a entender que las cualidades y educación de Hudson le habrían predispuesto de antemano para esta clase de empresas. Y recalca, con aguda penetración, que inclusive los propios personajes humanos de las novelas hudsonianas están, a menudo, observados desde el punto de vista de su comportamiento como organismos zoológicos.

---

2 *El Ombú, story of a piebald house, Marta Riquelme.* (1902). *The purple land.* (1885). *Far away and long ago.* (1918). *A hind in Richmond Park.* (1922).

3 *The Green Mansions* (1904).

Es innegable que para el angloargentino vivir fué más importante que saber. Y por eso el progreso, como acumulación de conocimientos, no representaría una mejora de la especie humana. Esta idea central conduce a Estrada a discutir las de Hudson sobre educación. Expuestas como lo están, levantan en el lector la sospecha de que aquél se hallase incurso en una suerte de anarquismo naturalista de orden platónico. No formulado como doctrina, pero deducido de sus opiniones y simpatías. Postura, por otra parte, mucho más ibérica que anglosajona, aunque sea Carrifergus —un escocés—, en *La Tierra purpúrea,* el único que lo implante con todas sus consecuencias. Por su lado, Estrada comparte —y tal vez con razón— el sentimiento de su biografiado al proclamar: "La escuela de hoy es un reducto en que el niño es amaestrado para una vida sin dignidad y para una muerte iracunda".

No es posible, por no existir en sus libros, encontrar en Hudson un formulario de creencias políticas. Pero sí se halla una vaga actitud gauchesca en su inclinación hacia una organización social basada en factores reales y enemiga de teorías y sistemas. Hay en Hudson, quizá, un personalismo antiprogresista que prefiere el lema de "pobreza y libertad". Del mismo tipo que el de los prerrománticos rousseaunianos, y en esto también Estrada simpatiza con él cuando afirma: "si el proletariado conquistara el mundo con las mismas armas que lo esclavizaran, haría lo mismo que hizo la nobleza y la burguesía: conquistar el mundo". No creo que el aserto precedente requiera comentario aclaratorio.

En resumen, Ezequiel Martínez Estrada, ha realizado una obra maestra de erudición y penetración sobre un escritor de alma argentina y lengua sajona. A menudo, un poco obsesionado por la simpatía que profesa a la figura central de su estudio, confieso que desvía la crítica hacia la apología franca. Ello no es, en absoluto, reprochable y en cambio tiene la inmensa ventaja de adentrarnos en la ideología y en el espíritu de Hudson mucho más a fondo y a conciencia que nadie lo haya logrado hasta el presente. Por otra parte, el método de investigación, el de exposición y las conclusiones, siempre lógicas y objetivas, satisfarían al más exigente de los jueces. Sobre Guillermo Enrique Hudson —y seguramente para mucho tiempo—, Martínez Estrada ha dicho la última palabra.

Me queda por referirme al estilo de la narración, tan límpido y ameno que despierta la avidez del lector al paso de cada capítulo, a pesar de la densidad ideológica del texto. Glosas y citas se hallan integradas en la propia página y no en enfadosas notas al pie, y al final se nos ofrece una completa bibliografía de los libros de Hudson y de los

críticos que de él se han ocupado. Sólo tengo que poner un insignificante reparo a Estrada. Sospecho que no hayan sido únicamente los ingleses quienes han tenido visión más o menos exacta de la Pampa. Entre los extranjeros, claro está. Me parece que la más interesante apreciación del Plata, anterior a la Independencia, se debe a Félix de Azara. Estudio cumplidísimo en el doble aspecto de vida y naturaleza. Y es lamentable que tan sólo haya una alusión al escritor peninsular que tantos puntos de contacto posee con Hudson y cuyos libros éste conoció muy bien y tomó a menudo como guía en sus trabajos.

José Francisco CIRRE.

OBRAS COMPLETAS DE SOR JUANA[1]

"JUANA se nos presenta todavía como una persona viva e inquietante, dice Alfonso Reyes en su estudio sobre *Las letras patrias*. "Se escudriña su existencia, se depuran sus textos, se registra su iconografía, se levanta el inventario de su biblioteca; se discute, entre propios y extraños —en México, en los Estados Unidos, en Alemania— el tanto de su religiosidad, no faltando quien, en su entusiasmo, quiera canonizarla. Por ella se rompen lanzas todavía. Es popular y actual. Hasta el Cine ha ido en su busca. Y como se ha dicho sutilmente, no es fácil estudiarla sin enamorarse de ella".

Sin embargo, ha sido Sor Juana de aquellos escritores que se estiman antes de la amistad, es decir, antes del conocimiento de sus libros, y ello porque, en razón a los espejismos de nuestra insuficiencia, nos resultaba muy cómodo dejarla en la antología y en los manuales de preceptiva, sin vagar por el tomo reservado a los doctos. A Sor Juana se la ha amado por referencias, se la ha discutido por tercera persona y se la ha recordado en sus aspectos más anecdóticos. Prodigioso fantasma literario que, materializado a larga distancia, sólo a través de un tratamiento sistemático ofrece su íntima belleza y su inagotable poder ideal.

Al cabo de tres siglos no teníamos las *obras completas* de la extraordinaria mujer de Nepantla. Completas en el sentido de la extensión y de la "intención", incluyendo en esta última el aspecto analítico y cronológico de su obra, con todo el cortejo de notas, referencias y minucia literaria que tanto acrecienta la limpieza de los textos.

Pedro Henríquez Ureña, inspector de nuestros clásicos, había señalado esta necesidad desde 1914, pero poco o nada se hizo desde entonces. Y así, desde 1689 en que aparece en Madrid su *Inundación Castálida,* hasta las ediciones de 1941, la Décima Musa andaba en *novena y octava,* así de parcial llegaba de las prensas.

Nada más justo y oportuno, pues, al celebrar el tercer centenario de su nacimiento, que una publicación total que abrazara Teatro, Lírica y Prosa, y que, además, introdujera al lector por el laberinto del pormenor bio-bibliográfico, tan abundante en la apasionada jerónima.

---

1 Tomo 1, *Lírica Personal,* Edición, prólogo y notas de Alfonso Méndez Plancarte. Fondo de Cultura Económica. México, 1951.

Pero se presentaba el problema del investigador capaz de acometer una empresa tan ímproba, ya que nuestros medios no suelen abundar en talentos sintéticos ni se cultiva mucho la tradición crítica de rastrear las fechas y los datos hasta llegar a la edición exhaustiva, como lo hizo don Marcelino en España. Contamos con los dedos a los verdaderos escrutadores literarios y quedamos meñiques. Pero la excepción apareció llenando, o mejor tapando, esa laguna de Anáhuac de nuestra metodología humanística.

Al doctor Alfonso Méndez Plancarte fué encomendada la tarea. A través de una paciente labor de limpieza, Méndez Plancarte fué comparando y anotando todas las ediciones existentes de Sor Juana, desde el hontanar de las ediciones príncipes hasta las más recientes, metiéndose en el enredijo de la clasificación y sobre todo, en el eruginoso trabajo de la comparación lingüística.

Estas obras completas constarán de cuatro volúmenes, a saber: I. Lírica Personal; II. Villancicos y Letras Sacras (o *Lírica Colectiva);* III. Teatro Sacro y Profano (Autos Sacramentales y Comedias, Sainetes, Saraos y Loas); IV. Prosa (y Fama coetánea y póstuma).

Ha salido el primer tomo y está próximo el segundo. Y se recibe el primer envío con la sorpresa de encontrar lo que todos esperábamos y no podíamos realizar: el tomo grueso, prócer, apretado de informes, hecho lo mismo para el lector volandero como para el iniciado, resultando favorecido aquel que practique la lectura más lenta.

Es el primero de nuestros clásicos que merece una atención así, un tratamiento sabio y vigilante, corrigiendo y superando todo lo que se había hecho anteriormente... tantos errores y apresuramientos se habían cometido con Sor Juana, que muchos "sorjuanitas" la adulteraban, a menudo sin darse cuenta, llevados de su personal emoción.

El doctor Méndez Plancarte es de aquellos escritores "que abruman a datos, que agotan los temas y que, reuniendo los testimonios procedentes, dicen su palabra definitiva", como apuntaba González Blanco en su *Elogio de la Crítica.*

Estos escritores-arqueólogos son tan útiles que gracias a ellos conocemos el esqueleto de nuestros sueños. Por ellos *adquirimos el derecho de copiar mucho en los otros cuando se tiene algo original que decir,* según la osada afirmación de J. P. Richter.

La *Introducción* que escribe Méndez Plancarte al frente de las obras completas de la monja, es una enseñanza y una advertencia. Enseña el interior técnico y advierte cuán vanos son los trabajos de erudición si no se tiene el dominio de las lenguas clásicas y un acervo metodológico capaz de ulteriores realizaciones. Desplaza largos párrafos sobre la poesía

novohispana del seiscientos y el clima del barroco y el gongorismo, llega a los maravillosos *tezontles y retablos* que marean la vista en los edificios religiosos y hasta peca de recalcitrante en su afán de situar el concepto de lo "nacional" dentro de lo colonial, como quien imposta una sortija labrada dentro de un huevo viejísimo.

Sigue una valiosa información sobre la vida y la obra de la poetisa, que va del nacimiento "en la hacienda o alquería de San Miguel Nepantla (con la data probable de 1648) a las piezas "atribuídas", comprobando la ligereza de muchos editores.

Infancia, vida de corte y santidad son los tres grandes cuadros de la vida de Sor Juana, y en todos se nos muestra grande y atractiva. Méndez Plancarte recuerda el torneo científico a que hubo de ser sometida siendo mocita curiosa, y en el cual triunfó —como expresara el virrey de la época— "a la manera que un Galeón Real se defendería de pocas chalupas". La hora más bella llega en los últimos años que recordó Gabriela Mistral, cuando sale de su celda para asistir con sus propias manos a las Hermanas pestosas que le trasmiten el morbo, muriendo "con vivas señales de deseo", según la expresión de Calleja, el 17 de abril de 1695 en la Domínica del Buen Pastor.

Si Teresa de Avila hubiera tenido la forma de Juana de Nepantla, y Juana de Nepantla la visión de Teresa de Avila, hubiera surgido tal engendro celeste que habría para el desmayo. Teresa era aldeana, vaquera de almas, un poco fisgona de misterios insondables; Juana era urbana, jardinera de coloquios y un poco sibila de la noche. Mas ambas producen un juego de vidas tan intenso que puestas delante nos producen el deslumbramiento.

El estudio crítico-bibliográfico del doctor Plancarte se apoya en el examen de los más importantes estudios sorjuanísticos de la época; se apoya en las citas como sobre las piedras el que pasa el río: con suavidad, no sea que se ofendan, pero al mismo tiempo con seguridad y dureza, no sea que nos hagan caer. Sitúa, amonesta y exalta, siempre con un criterio tan apasionado que no admite frialdad. Su ideal colonialista lo lleva a desconocer cualquier asomo de adulteración, y a zarandear ediciones y juicios que a nosotros, más liberales y menos dogmáticos, nos parecen justificados.

Pero en todo caso queda la sabiduría del examen y el valor de un sistema que es ejemplo para "chicos y grandes".

Las bellezas poéticas aguardan, y una vez cumplido el examen, nos bañamos en las abundantes aguas de la lírica de oro, pasando por las siete cuerdas de este salterio, como son los romances, endechas, redondillas, glosas, liras, sonetos y ovillejos. Y para cada estrofa, cuando

no para cada verso, nos remite nuestro guía a la explicación erudita, aclarando el arcano y desenredando la imagen mitológica que tanto usaba la cantora para decir lo suyo.

De manera especial destaca la excelente versión prosificada del famoso *Primero Sueño,* uno de los más intrincados y laberínticos acarreos de la mexicana. Es un trabajo semejante al que hizo Dámaso Alonso para el Góngora de las *Soledades,* sólo que aquí la ocasión es propicia para teologizar con el drama sueño-vigilia. La prosificación que de este poema hace Méndez Plancarte es un modelo en su género, y ya no es posible deslindarla del texto clásico, pues éste resultaría incompleto. Los lados del triángulo son tres: el Góngora de Alonso, el Cid de Reyes y el *Sueño* de Plancarte.

La edición de las obras completas de Sor Juana Inés de la Cruz, que ha patrocinado el *Fondo de Cultura Económica,* es una aportación definitiva al estudio de nuestras fuentes americanas e inicia el movimiento hacia un humanismo literario en donde el análisis de los paradigmas fecunde las ideas estéticas de la época, ya que, como se sabe, el surgimiento de la última emoción no se explica sin el conocimiento de los fenómenos de continuidad histórica.

No éramos "sorjuanistas" por muchos motivos entre otros por falta de disciplina y de tiempo; en realidad los "sorjuanistas" son pocos, y muchos de los que pasan por tales no son dueños del dato completo, perdido éste en el fondo de las bibliotecas privadas o adulterado por el tratamiento engañoso.

Pero una lectura atenta de esta novísima edición de las obras totales de la mexicana nos hace "sorjuanistas" *ad-honorem,* uno de los títulos más generosos que podamos obtener en nuestra aventura con el tiempo perdido.

Alfredo CARDONA PEÑA.

Dimensión Imaginaria

FAMILIA DE LA NOCHE

Por *Jorge CARRERA ANDRADE*

Si entro por esa puerta veré un rostro
ya desaparecido, en un clima de pájaros.
Avanzará a mi encuentro
hablándome con sílabas de niebla,
en un país de tierra transparente
donde medita sin moverse el tiempo
y ocupan su lugar los seres y las cosas
en un orden eterno.

Si contemplo ese árbol, desde el fondo
de los años saldrá una voz dormida,
voz de ataúd y oruga
explicando los días
que a su tronco y sus hojas hincharon de crepúsculos
ya maduros de hormigas en la tumba
donde la Dueña de las Golondrinas
oye la eterna música.

¿Es con tu voz nutrida de luceros
gallo, astrólogo ardiente,
que entreabres la cancela de la infancia?
¿O acaso es tu sonámbula herradura,
caballo anacoreta del establo,
que repasa en el sueño los caminos
y anuncia con sus golpes en la sombra
la cita puntual del alba y del rocío?

Estación del maíz salvado de las aguas.
La mazorca, Moisés vegetal en el río
iba a lavar su estirpe fundadora de pueblos
y maduraba su oro protegido por lanzas.
Parecían los asnos
volver de Tierra Santa,
asnos uniformados de silencio
y de polvo, vendiendo mansedumbre en canastas.

Grecia, en el palomar daba lecciones
de alada ciencia. Formas inventaban,
celeste geometría,
las palomas alumnas de la luz.
Egipto andaba en los escarabajos
y en los perros perdidos que convoca la noche
a su asamblea de almas y de piedras.
Yo, primer hombre, erraba entre las flores.

En esa noche de oro
que en pleno día teje la palmera
me impedían dormir, Heráclito, tus pasos
que sin fin recomienzan.
Las ruinas aprendían de memoria
la odisea cruel de los insectos,
y los cuervos venidos de las rocas
me traían el pan del evangelio.

Un dios lacustre andaba entre los juncos
soñando eternidades
y atesorando cielos bajo el agua.
La soledad azul contaba pájaros.
Dándome la distancia en un mugido
el toro me llamaba de la orilla.
Sus pisadas dejaban en la tierra
en cuencos de agua idénticos, muertas mitologías.

En su herrería aérea las campanas
martillaban espadas rotas de la Edad Media.
Las nubes extendían nuevos mapas
de tierras descubiertas.
Y a mediodía, en su prisión de oro,
el monarca de plumas
le pedía a la muerte que leyera
el nombre de ese Dios escrito sobre la uña.

Colón y Magallanes vivían en una isla
al fondo de la huerta
y todos los salvajes del crepúsculo
sus plumajes quemaban en la celeste hoguera.
¿Qué queda de los fúlgidos arneses
y los nobles caballos de los conquistadores?
¿Sólo lluvia en los huesos carcomidos
y un relincho de historia a medianoche!

En el cielo fluía el Amazonas
con ribereñas selvas de horizonte.
Orellana zarpaba cada día
en su viaje de espumas y tambores
y la última flecha de la luz
hería mi ojo atento,
fray Gaspar de las nubes, cronista del ocaso
en esa expedición fluvial del sueño.

Por el cerro salía en procesión la lluvia
en sus andas de plata.
El agua universal pasaba la frontera
y el sol aparecía prisionero entre lanzas.
Mas, el sordo verano por sorpresa
ocupaba el país a oro y fuego
y asolaban poblados y caminos
Generales de polvo con sus tropas de viento.

* *

Tu geografía, infancia, es la meseta
de los Andes, entera en mi ventana
y ese río que va de fruta en roca
midiendo a cada cosa la cintura
y hablando en un lenguaje de guijarros
que repiten las hojas de los árboles.
En los montes despierta el fuego planetario
y el dios del rayo come los cereales.

¡Alero del que parten tantas alas!
¡Albarda del tejado con su celeste carga!
El campo se escondía en los armarios
y en todos los espejos se miraba.
Yo recibía al visitante de oro
que entraba, matinal, por la ventana
y se iba, oscurecido, pintándote de ausencia
¡alero al que regresan tantas alas!

En esa puerta, madre, tu estatura
medías, hombro a hombro, con la tarde
y tus manos enviaban golondrinas
a tus hijos ausentes
preguntando noticias a las nubes,
oyendo las pisadas del ocaso
y haciendo enmudecer con tus suspiros
los gritos agoreros de los pájaros.

¡Madre de la alegría de la tierra,
nodriza de palomas,
inventora del sueño que consuela!
Madrugadores días, aves, cosas
su desnudez vestían de inocencia
y en tus ojos primero amanecían
antes de concurrir a saludarnos
con su aire soleado de familia.

Imitaban las plantas y los pájaros
tus humildes afanes. Y la caña de azúcar
nutría su raíz más secreta en tu sien,
manantial primigenio de dulzura.
A un gesto de tus manos milagrosas
el dios de la alacena te entregaba sus dones,
Madre de las manzanas
y del pan, Madre augusta de las trojes.

¡Devuélveme el mensaje de los tordos!
No puedo vivir más sin el topacio
del día ecuatorial.
¡Dame la flor que gira desde el alba al ocaso,
yacente Dueña de las Golondrinas!
¿Dónde está la corona de abundancia
que lucían los campos? Ya sólo oro
difunto en hojarasca pisoteada.

Aquí desciendes, padre, cada tarde
del caballo luciente como el agua
con espuma de marcha y de fatiga.
Nos traes la ciudad bien ordenada
en números y rostros: el mejor de los cuentos.
Tu frente resplandece como el oro,
patriarca, hombre de ley, de cuyas manos
nacen las cosas en su sitio propio.

Cada hortaliza o árbol,
cada teja o ventana, te deben su existencia.
Levantaste tu casa en el desierto,
correr hiciste el agua, ordenaste la huerta,
padre del palomar y de la cuadra,
del pozo doctoral y del umbroso patio.
En tu mesa florida de familia
reía tu maíz solar de magistrado.

Mas, la muerte, de pronto
entró al patio espantando las palomas
con su caballo gris y su manto de polvo.
Azucenas y sábanas, entre luces atónitas,
de nieve funeral
el dormitorio helaron de la casa.
Y un rostro se imprimió para siempre en la noche
como una hermosa máscara.

Es el pozo, privado de sus astros,
noche en profundidad, cielo vacío.
Y palomar y huerta ya arrasados
se llaman noche, olvido.
Bolsa de aire no más, noche con plumas
es el muerto pichón. Se llama noche
el paisaje abolido. Sólo orugas habitan
la noche de ese rostro yacente entre las flores.

EL VOLCAN DE MONT-PELEÉ

Por *Otto DE SOLA*

PARA su crecimiento llamó a todos los fuegos,
los fuegos sepultados
como lámparas negras en el fondo del mar.
Necesitaba el cráneo rojizo de la tierra;
el pétalo del fósforo; las piedras del infierno;
toda la arquitectura de la llama en el viento
de donde se desprenden palomas escarlatas
picoteando los dedos mojados de la Muerte.

Abajo, allá en el fondo de la tierra sin nadie,
el volcán escarbó las cuevas del Océano,
miró la fatigada lujuria de la espuma,
las cuencas delirantes de las islas hundidas,
y al llegar a la gruta
de las blancas sirenas
un gran globo de agua se le rompió en la frente
despertando un caballo de sombra que dormía
en los barcos hundidos, llenos de oscuridad.

El volcán comenzó a incendiar los ramajes
de la selva marina. Se llenó de puñales,
de botas estelares, y saliendo hacia el aire,
hacia el ojo del cielo, tropezó la corteza
de algún país de piedra cuyas grandes orejas,
llenas de peces rojos,
debieron escuchar el miedo sobre el mar.

Para su crecimiento de monstruo destrenzado
nunca fué suficiente la luz del viejo sol.

Su cuerpo en crecimiento a diario se nutría
de las rojas corrientes, del quemante rubí.

El volcán comenzó a incendiar a Saint-Pierre
en donde se movía la escoba de la Muerte.
Bajo esa escoba agreste el viento fué barrido
y su verde abanico se cerró en el instante
cuando llegó ese frío profundo de los muertos.

Las piedras, los barriles, todo lo acumulado
en el hueco sangrante de los altos volcanes,
formó un inmenso espejo
para que allí quedasen, fijos,
toda la vida,
los ojos de la Muerte
contemplando el verdor de esta Isla Caribe
que en sus orillas muestra al viento sus pezones,
empinados, ardientes, mordidos por el mar.

LA PALABRA COMO ESPIRITU

Por *Gustavo VALCARCEL*

SUSTANCIA y manifestación de la poesía es la palabra. El mismo lenguaje que utilizamos como vehículo de comunicación, nos sirve para hacer poesía. Consecuencia de este axioma es que todos se crean capaces de leerla y evaluarla. Paul Valery, en sus memorables lecciones de Poética que dictara en El Colegio de Francia, y Johannes Pfeiffer, en *La Poesía,*[1] están de acuerdo en que esta cualidad comporta tanto ventajas como inconvenientes para la justa apreciación de aquel fenómeno artístico. De un lado, el retoricismo vacuo, la orquestación verbal y la versificación pedestre; de otro, la *formalización* de la forma, a mérito de la destrucción del fondo, han falseado el sentido profundo de lo que debe entenderse por poesía. La búsqueda del justo medio, en que espíritu y palabra lleguen a fundirse en una sola esencia indivisible, constituye deber imperativo. Sólo de esta manera podrá lograrse que el poeta abandone para siempre su actitud de evasión individualista y se convierta en un vidente, en un adelantado, en un intérprete de la sensibilidad de su tiempo.

El precepto evangélico: "En el principio era el verbo" y la sentencia del filósofo: "En el principio era la acción", tesis y antítesis dialécticas, tienen su síntesis en la personalidad del creador que se sitúa y actúa en su contemporaneidad artística y social, afrontando los riesgos inmanentes a su postura humana. La palabra por la palabra misma es un contrasentido que hay que salvar, definitivamente. La acción, deshumanizada y mecánica, es una premisa que debe merecer el rechazo condigno a la servidumbre que encierra. Fusión de estos extremos, superación de entrambos conceptos, es la utilización de la palabra como espíritu actuante, como militancia espiritual, ética y estética, al servicio del hombre.

---

[1] Fondo de Cultura Económica, México, 1951.

Hace 14 años —el 15 de abril de 1938—, en la mañana del viernes santo, murió, en París, César Vallejo. Llovía tenuemente cuando la ciencia, impotente para explicar su mal, consternada observó su ingreso majestuoso en la muerte. De inmediato, comprobóse la certeza de su triple profecía poética. Vallejo había escrito: "hay un viernes santo más dulce que ese beso"; Vallejo había dicho: "me moriré en París con aguacero"; Vallejo había clamado: "En suma, no poseo para expresar mi vida sino mi muerte". Verificado el hecho de que murió el lluvioso viernes santo de 1938, Juan Larrea explicó el tercer vaticinio:

> "...él que pedía a España el alejamiento de su cáliz (era el tiempo de la guerra civil española, cuando el poeta estuvo íntegramente al lado de la República), ha dejado de existir el día de Viernes Santo, el día en que se conmemora la trascendencia mortal de la víctima que ha de resucitar y el mismo día en que las legiones italianas, siguiendo el curso del río español que 'va a dar a la mar que es el morir', llegan como una lanzada en el costado, a las orillas mediterráneas. ¡Cuán coherente y llena de significaciones se manifiesta esta coincidencia múltiple! ¡Cómo adquiere sentido y se transfigura así su ESPAÑA APARTA DE MÍ ESTE CÁLIZ! Por eso, si la ciencia médica ignora la causa material de su muerte, el pensamiento poético sabe que Vallejo ha muerto de España —figura histórica de universalidad—, o sea que 'ha muerto de universo', como él mismo dice, y que *en las manos de España ha entregado su espíritu*".[2]

La predicción de Vallejo y toda su poesía se explican, a nuestro modo de ver, por el hecho profundo de que para él la palabra era el vector —en su prístino sentido etimológico— del espíritu. Sus *Poemas Humanos,* de los que únicamente me ocuparé, y dentro de los cuales pueden involucrarse los correspondientes a *España, aparta de mí este cáliz,* constituyen la más alta expresión idiomática del verbo como vehículo consustancial del espíritu. Este actúa, en Vallejo, en dualidad: primero, como el ser unipersonal que es, ente agonista en medio del naufragio universal; segundo, como representación pluripersonal de su conciencia ante la historia de su época. En aquel caso, el tiempo, el dolor y la muerte, en función de su intimidad, conforman

[2] JUAN LARREA, *Profecía de América,* en "España, aparta de mí este cáliz". Editorial Séneca, México, D. F.

la textura de su poesía en llamas. En el último, aunque incidiendo en los mismos motivos, el drama colectivo constituye el percutor de su estremecido hontanar poético. En ambas circunstancias, Vallejo alcanzó tal intensidad y cimas creadoras que su obra constituye la más honda expresión lírica que se ha dado en Hispanoamérica.

Xavier Abril dice: "su poesía es el grito más intenso, despojado de todo lo que es fugaz y temporal, de la tragedia contemporánea".[3] Luis Alberto Sánchez sostiene que: "no hay, en América, poeta más personal que Vallejo" y luego que "con César Vallejo se abre —y cierra— una etapa para la poesía del Perú. Para la de América. (Si tuviera menos recato diría: para el mundo)".[4] Pero estas opiniones que, por peruanas, podrían parecer parcializadas, no son las únicas. El distinguido escritor colombiano Héctor Rojas Herazo dice, refiriéndose a Vallejo y a la poesía americana que ninguna "había logrado tan hondos y poderosos registros con tan descarnados instrumentos expresivos".[5] A su vez, Juan Larrea, en su obra citada, afirma: "nunca, nunca, en lo que va de mundo, ni aun incluyendo el clamor de los profetas bíblicos, se ha oído un acento más embargado por la materia exclusiva del hombre, una más expresa vocación de muerte". Otro hispano, parco para el elogio, José Bergamín, prologando a *Trilce* —obra importante, pero menos extraordinaria que *Poemas Humanos*— reconoce que "hoy mismo nos sería difícil encontrarle superación entre nosotros; en su autenticidad y en sus consecuencias".[6]

Además del conocido elogio que le prodigara Jean Cassou, tengo a la mano el texto del discurso fúnebre que pronunciara Louis Aragon, ante la tumba del ilustre indoamericano, en uno de cuyos acápites dice: *"César Vallejo, dans son oeuvre et son role d'escrivain est l'interprète de sa race, l'écrivain représentatif d'un peuple"*. Razón, pues, le sobra a Rafael Paz Paredes —el escritor mexicano que mejor conoce la obra de Vallejo—,

---

[3] *Estimativa y Universalidad de César Vallejo*, en "Antología de César Vallejo", Editorial Claridad, Buenos Aires.

[4] "César Vallejo", en *Poemas Humanos*, Les Editions des Presses Modernes au Palais Royal, París.

[5] *El Ascetismo Poético de César Vallejo*, en "El Tiempo", de Bogotá, edición del domingo 27 de mayo de 1951.

[6] En la segunda edición de *Trilce*, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones (S. A.), Madrid.

cuando pregona: "Nadie con más títulos que César Vallejo para ser llamado poeta del Nuevo Mundo".[7]

Antes de proseguir, permítaseme hacer un fervoroso recuerdo de Antenor Orrego, el gran filósofo peruano que descubrió a Vallejo y prologó la primera edición de *Trilce,* en 1922. La valoración que Orrego hiciera en esa oportunidad —la más completa que se conoce sobre la primera etapa del poeta— me ha sido imposible conseguirla: la edición príncipe está completamente agotada y mi noble amigo, el Maestro Orrego (ex-Rector de la Universidad de Trujillo), está preso desde hace muchos meses en una de las celdas de la Penitenciaría de Lima, a los sesenta años y debido a su entrañable vocación revolucionaria. He aquí, igual que en Vallejo, un ejemplo aleccionador de la palabra como espíritu y acción, al servicio del hombre hasta el martirio.

El dolor en su más alta jerarquía es el diapasón de *Poemas Humanos.* La materialidad de Vallejo, flagelada por una adversidad sin treguas; la espiritualidad del poeta, crispada por la prefiguración de su propia muerte, confluyen en la desembocadura de una melancolía irrestañable, de un dolor medular, a través de la poesía que nace en el embrión más profundo de su humanidad. Creación ontológica, por excelencia, la de Vallejo está despojada de todo artilugio fugaz, pues se nutre de las más hondas propiedades trascendentales del ser. No es la tristeza circunstancial, no la nostalgia pasajera, no la transitoria pena, las que le dictan su lirismo coagulado de llanto. La colusión de su sensibilidad extraordinaria con la morfología de un mundo que se derrumba, es la causa determinante de su emoción creadora. *Poemas Humanos* significa el más desgarrado testimonio de la capacidad de sufrimiento hominal que se haya plasmado en poesía. El propio autor trató de dejarnos una explicación: "Yo no sufro este dolor como César Vallejo. Yo no me duelo ahora como artista, como hombre ni como simple ser vivo siquiera. Yo no sufro este dolor como católico, como mahometano ni como ateo. Hoy sufro solamente. Si no me llamase César Vallejo, también sufriría este dolor. Si no fuese artista, también lo sufriría. *Si no fuese hombre ni ser vivo siquiera,* también lo sufriría. Si no fuese católico, ateo ni maho-

[7] *César Vallejo, Poeta del Nuevo Mundo,* en "El Nacional", de la ciudad de México, edición del domingo 2 de abril de 1950.

metano, también lo sufriría. Hoy sufro desde más abajo. Hoy sufro solamente".[8]

He subrayado "Si no fuese hombre ni ser vivo siquiera" porque su texto interesa, para conocer una de las fases de la poética vallejiana. En efecto, en numerosas ocasiones sus versos nos dejan la sensación de hallarnos al frente de un animal golpeado por restañante fusta, cara a cara con el instinto de la especie en lucha mortal contra el espíritu ("Tengo un miedo terrible de ser un animal", pág. 178). Bergamín ya había notado esta cualidad en el anterior libro de Vallejo: "La poesía de *Trilce* es seca, ardorosa, como retorcida duramente por un sufrimiento animal".[9] El profesor peruano José Gonzalo Morante, también, ha resaltado tan rara característica, pero creemos que esta hosca y digna animalidad es, simplemente, uno de los tantos plintos sobre los cuales se yerguen las cariátides de su arquitectura poética. A nuestro modo de ver, carece de consustancialidad con la más seria razón de ser de su poesía.

Virtud de protesta, clamor de rebeldía, hesitación ante su propio destino, he aquí otras de las tantas cualidades de sus másculos versos. Creo que pocos poemas, en la historia de la lengua, pueden dejar en el espíritu del lector una conmoción más imperecedera, más mechada de una materialidad en periplo de agonía, que éste:

Por entre mis propios dientes salgo humeando,
dando voces, pujando,
bajándome los pantalones. . .
Váca mi estómago, váca mi yeyuno
la miseria me saca por entre mis propios dientes,
cogido con un palito por el puño de la camisa.

Una piedra en que sentarme
no habrá ahora para mí?
Aun aquella piedra en que tropieza la mujer que ha dado a luz,
la madre del cordero, la causa, la raíz,
ésa no habrá ahora para mí?
Siquiera aquella otra,

---

[8] La numeración que usaremos para las páginas correspondientes a las citas poéticas es la que figura en *Poesías Completas de César Vallejo,* Editorial Losada, S. A. Buenos Aires. Esta cita aparece en la pág. 235.

[9] *Ob. cit.*

que ha pasado agachándose por mi alma!
Siquiera
la calcárida o la mala (humilde océano)
o la que ya no sirve ni para ser tirada contra el hombre,
ésa dádmela ahora para mí!

Siquiera la que hallaren atravesada y sola en un insulto,
ésa dádmela ahora para mí!
Siquiera la torcida y coronada, en que resuena
solamente una vez el andar de las rectas conciencias,
o, al menos, esa otra, que arrojada en digna curva,
va a caer por sí misma,
en profesión de entraña verdadera,
ésa dádmela ahora para mí!

Un pedazo de pan, tampoco habrá ahora para mí?
Ya no más he de ser lo que siempre he de ser,
pero dadme,
una piedra en que sentarme,
pero dadme,
por favor, un pedazo de pan en que sentarme,
pero dadme en español
algo, en fin, de beber, de comer, de vivir, de reposarse,
y después me iré...
Hallo una extraña forma, está muy rota
y sucia mi camisa
y ya no tengo nada,
esto es horrendo.[10]

Dijimos que Vallejo se prefiguró su propia muerte y citamos las estremecedoras coincidencias que hubo, entre el hecho real y sus versos proféticos. No es de extrañarse, pues, que su temática, constantemente, acuda a ella para otorgarle una personalidad sui géneris. En *Imagen Española de la Muerte,* ésta aparece "con sus pasos de acordeón, su palabrota", en pleno parapeto, gritando de vergüenza al oír cómo decimos "¡Es la Muerte"! Pero, ciertamente, aquella concepción es anecdótica en Vallejo, pues la verdadera tiene una más honda raíz metafísica. Tal cuando escribe:

[10] *La Rueda del Hambriento,* en "Poemas Humanos", p. 159.

Para sólo morir,
tenemos que morir a cada instante? (p. 173)

Aunque, ideológicamente, Vallejo defendía una posición opuesta a la de Martín Heidegger (ya que después de su viaje a la U.R.S.S., "viaje que es el gran examen de conciencia de su vida", militó en el Partido Comunista), es posible encontrarle de facto algunas similitudes conceptuales, poéticamente expresadas, con el autor de *El Ser y el Tiempo.* Verbi gratia, el germano filosofa de esta suerte: "El morir es algo que cada 'ser ahí' tiene que tomar en su caso sobre sí mismo. La muerte es, en la medida en que 'es', esencialmente en cada caso la mía... y ésta es, por tanto, inherente al 'ser en el mundo'... El 'estado de yecto' en la muerte se le desemboza más original y más perentoriamente en el encontrarse de la angustia".[11] En tanto que Vallejo se expresaría:

Haber nacido para vivir de *nuestra* muerte (p. 216)
. . . . . .
En suma no poseo para expresar mi vida sino *mi* muerte
. . . . . .
has soñado esta noche que vivías
de nada y *morías de todo* (p. 209)

Empero, para Vallejo el no-ser tenía muy diversas formas de concepción lírica. Ora era la espeluznante tomadura de pelo: "sentado borracho en mi ataúd"; ora el desprecio intencionado, nacido de la confrontación de su agonía singular con la plural de España: "aléjome de mí gritando fuerte —¡Abajo mi cadáver!... Y sollozo"; ora era el otorgamiento de atributos vitales al cadáver: "sudaba de tristeza el muerto", o "¡Málaga sin defensa, donde nació mi muerte dando pasos— y murió de pasión mi nacimiento"; finalmente, era la metáfora cargada de tensa humanidad: "Su cadáver estaba lleno de mundo".

Es por su patético año de 1937 cuando el poeta siente, sobre su vida toda la gravedad de su muerte. Herido su espíritu por el drama español, agostado su cuerpo por privaciones tremendas, percibiendo ya un tenue rumor de eternidad, siente, repetimos, que ya nada lo liga a la vida, que es inevitable su

[11] *El Ser y el Tiempo,* Fondo de Cultura Económica, México.

muerte. Así escribe, refiriéndose a las alegres palomas que solía escuchar:

No escucharé ya más desde mis hombros
huesudo, enfermo, en cama
ejecutar sus dianas animales... *Me doy cuenta.* (p. 212)

La gravitación humana es la cualidad más sustancial de la poesía de César Vallejo. La trasmutación metafórica realizada por él, la más vital hecha en varios siglos de la poética castellana, se sustenta en lo que se ha denominado *homocentrismo.* La humanización del tropo, técnicamente, es la mayor gloria de su lirismo incomparable. Por ejemplo, el tiempo es introducido, casi corpóreamente, en la órbita de sus versos. El artista, enraizado en el vía crucis contemporáneo se complace, ayudado por sus "amados órganos de llanto", en viajar al pasado y al futuro, mediante una consciente y sutil transposición:

ayer domingo en que perdí mi sábado (p. 153)
. . . . . .
Me moriré en París con aguacero,
un día del cual tengo ya el recuerdo. (p. 189)
. . . . . .
Murió mi eternidad y estoy velándola. (p. 240)

Como concepto arquetipo del tiempo de su obra, y a la vez como expresión de la conciencia de su propia valía, muestra muy rara en el poeta, debe citarse su estremeciente dístico:

...cuando yo muera
de vida y no de tiempo (p. 155)

Manuel Scorza, certeramente, ha hecho notar que: "No se ha observado bien la actitud de Vallejo ante el dolor, motivo universal de su poesía. Pero cualquiera que la conozca, aun superficialmente, observará en el acto que el dolor en Vallejo no es un sentimiento personal, subjetivo, sino una categoría humana que el poeta sufre a pesar de él. Es tan universal su identificación con el sufrimiento humano que, aun hablando de un dolor suyo, Vallejo se excluye. En la cúspide del dolor abandona su materialidad; ya no queda entonces sino la voz poética. Siempre después de referirse a su dolor, Vallejo salta *afuera;* mira de lejos, y si compadece lo hace como si se tratara de un ser extraño. Así puede hablar de sí mismo cual de un objeto extranjero:

César Vallejo ha muerto, le pegaban
todos sin que él les haga nada; (p. 190)
. . . . . .
César Vallejo, te odio con ternura! (p. 233)

Sufre por sí, pero no más de lo que puede sufrir por otro".[12] Esta cualidad, reconocida por el propio poeta, según cita que hemos visto ("Yo no sufro este dolor como César Vallejo"...), provoca el desdoblamiento de su personalidad, no en atributo de ubicuidad, sino como un observarse a sí mismo desde un ángulo externo.

Decíamos, en otra oportunidad, que las concordancias conceptuales entre Benedetto Croce y Johannes Pfeiffer, en lo que respecta al enfocamiento del fenómeno poético, eran innegables. Para el primero, la poesía nace del justo equilibrio entre la sensibilidad y el sentimiento. Para el segundo, la calidad poemática está representada tanto por la forma cuanto por el estado de ánimo, que templa a la anterior. Pfeiffer ha incorporado el término *Stimmung* (temple o tono anímico) al léxico estético, asignándole una importancia casi paralela a la otorgada a la *sensibilidad* por el filósofo napolitano. Para aquél, la esencia de la poesía radica en la *formalización* del temple de ánimo, mientras que para Croce reside en la identidad de la intuición con la expresión. Al margen de otras similitudes, ambos llegan a la conclusión de que, en poesía, fondo y forma constituyen una sola esencia y superan, de este modo, el viejo dilema engendrado por anteriores planteamientos. Aunque discrepando de la escuela artepurista, derivada de las tesis del heideggeriano profesor de la Universidad de Bremen, y del menosprecio de los factores medularmente humanos, en que incurre el autor de *Aesthetica in Nuce,* es posible aceptar algunas de sus premisas apodícticas. Concretamente, en lo que respecta a nuestro Vallejo, creemos que su poesía es un caso notable de identidad entre la expresión y la intuición. Asimismo, en cuanto a la estructura metafórica de la obra vallejiana, pensamos, con el germano, que: "La auténtica metáfora jamás surge sólo de una comparación consciente".

El autor de *Poemas Humanos* ha revolucionado a la metáfora, desde sus más hondas raíces, en forma sólo comparable

[12] MANUEL SCORZA, *Presencia y símbolo de César Vallejo,* ensayo inédito.

a la efectuada por Góngora en su época. La humanización del tropo y la transustanciación de cualidades son los distintivos más relevantes de su innovación estilística. En este camino, es posible leerle

O vino que enviudó de esta botella! (p. 161)

. . . . . .

baja y palpa lo que eran mis ideas! (p. 161)

. . . . . .

Era de oír sus óxidos de altura! (p. 162)

. . . . . .

y comer de memoria buena carne (p. 166)

. . . . . .

carne de llanto, fruta de gemido (p. 169)

. . . . . .

sus cenizas abrazadas al cadáver de un camino. (p. 253)

Empero, de otro lado se encuentra en sus metáforas un choque de términos antagónicos, encuentro como de inconscientes pedernales de los cuales brota el fuego poético, con emoción y efectos singulares. Sorprende encontrarse con:

la cantidad enorme de dinero que cuesta ser pobre (p. 151)

. . . . . .

hombre en dos pies, parado de tanto huir (p. 152)

(Que nos recuerda a su *Trilce* cuando dice:

En el rincón aquel donde dormimos juntos tantas noches, ahora me he sentado a caminar) (p.)

. . . . . .

subes a acompañarme a estar solo (p. 180)

. . . . . .

de tanto pensar, no tengo boca (p. 183)

. . . . . .

al pie del frío incendio en que me acabo (p. 205)

. . . . . .

y entonces olerás cómo he sufrido (p. 164)

. . . . . .

¿Qué me ha dado, que lloro de no poder llorar
y río de lo poco que he reído? (p. 215)

. . . . . .

el polvo inmóvil se ha puesto ya de pie (p. 217)

José Carlos Mariátegui, quien sólo conoció las dos primeras obras del poeta (*Los Heraldos Negros* y *Trilce*), escribió: "lo

fundamental, lo característico en su arte, es la nota india. Hay en Vallejo un americanismo genuino y esencial; no un americanismo descriptivo y localista". "Vallejo tiene en su poesía el pesimismo del indio, condensa la actitud espiritual de una raza, de un pueblo". Esta trascendencia se debe, como el propio Mariátegui lo reconoce, a que "al poeta no le basta traer un mensaje nuevo. Necesita traer una técnica y un lenguaje nuevos también".[13] En realidad, éste fué uno de los aportes personalísimos de Vallejo, que da a su poesía un tono, un sabor, una vibración inconfundibles.

Llama a estupor, por decir lo menos, que César Miró, exacta muestra del diletantismo literario limeño, afirme, en el prólogo a las *Poesías Completas* de Vallejo, que éste "es un fugitivo", que su obra es "una constante fuga".[14] Nada más falaz, nada más carente de verdad. Ya el agudo crítico peruano Manuel Suárez Miraval se encargó de señalar los yerros de esta edición y la superficialidad conceptual del prologuista, para concluir sosteniendo: "encuentro en Vallejo una perpetua afirmación".[15] En efecto, ésta es una de las más altas notas de su descarnada lírica. ¿Cómo es posible que quien hiciera del hombre y lo hominal el eje de su poesía se evada en una "constante fuga"? ¿Cómo concatenar al Vallejo que canta la agonía de España, en 1937, con el presunto Vallejo "fugitivo"? ¿Cómo conjuncionar su hipotética huída artepurista con el dolor visceral y ontológico de *Poemas Humanos?* Nada convalida tan antojadizo infundio. Vallejo, que nunca pudo recibirse de abogado, médico o ingeniero, y que únicamente se enorgullecía de haberse recibido de hombre ("tal me recibo de hombre, tal más bien me despido —y de cada hora mía retoña una distancia") es la más antagónica personificación del artista en "constante fuga". Y es que en él la interpretación poética de lo real fué la más grande preocupación de su temática. A Vallejo, en poesía, le sucedió lo que a Stendhal y Balzac en la novela. El peruano empleó circunstancias y motivos de la vida cotidiana para darles representación literaria. De este modo, empleando las palabras de Erich Auerbach, "aniquiló la regla clásica de diferencia-

---

[13] José Carlos Mariátegui, *Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana,* Biblioteca Amauta, Lima.

[14] *Ob. cit.,* pág. 7.

[15] M. Suárez Miraval, *Comentario que atañe a Vallejo,* en la revista "Idea", de Lima, marzo de 1950.

ción de niveles, según la cual lo real, cotidiano y práctico sólo puede encontrar su lugar en la literatura dentro del marco de un género estilístico bajo o mediano, es decir cómico-grotesco, o como un entretenimiento agradable, ligero, pintoresco y elegante".[16]

El fino humorismo de Lord Baldwin hizo decirle, en cierta oportunidad, que "la retórica era la prostituta de las artes".[17] Ella, entre nosotros, ha representado el estancamiento de la poesía hispanoamericana. En la Colonia (salvo excepciones mínimas, encabezadas por Sor Juana), el más pedestre retoricismo impidió el vuelo poético durante tres siglos. Con posterioridad, un romanticismo empalagoso e irreal siguió sofrenando la calidad lírica de nuestra América, en forma tan artificial que bien podríamos suscribir el conocido diagnóstico de Saint-Beuve: "El escollo fundamental del género romántico es lo falso". Finalmente, la elocuencia estridente de Darío, Chocano, Lugones, entre otros, no constituyó un rumbo auténticamente nuestro en la trayectoria de la poesía universal, aunque sus obras representaron un apreciable adelanto estético en su tiempo. Fué preciso que surgieran López Velarde, Neruda y Vallejo para encontrar en sus respectivas producciones un timbre condigno del profundo corazón de nuestra América. Razón tuvo el autor de *Nueva Historia de la Literatura Americana,* cuando exclamó: "Si alguien de veras le retorció el cuello a la elocuencia, ese fué Vallejo", porque en realidad nada estuvo más distante de su pensamiento poético que la trasnochada retórica o la rimbombante elocuencia. A tanto llegó su susceptibilidad, en este punto, que, un día de desesperación tremante, gritó dubitativo:

> Y si después de tantas palabras
> no sobrevive la palabra! (p. 216)

Altísima muestra de una honestidad literaria sin parangón. En este aspecto, es posible, también, que, por evitar el lugar común, el tema manido y repetido, la verbosidad de alcoba, sólo figure un poema de amor sexual en el libro tantas veces citado, poema que, por lo demás, es de una originalidad desconcertante ("Dulzura por dulzura...". Pág. 191).

---

[16] ERICH AUERBACH, *Mimesis: la realidad en la literatura,* Fondo de Cultura Económica, México.

[17] Citado por E. F. Carrit en su *An Introduction to Aesthetics,* Hutchinson's Library.

Aunque carece de originalidad, ya que éste ha sido uno de los ángulos más estudiados de Vallejo, debo citar el aspecto relativo a sus hondas vinculaciones con las voces bíblicas. En su obra primigenia y en la última —España— que él, personalmente, titulara (ya que *Poemas Humanos* es un nombre dado por los editores de su libro póstumo), el drama cristiano y el clamor bíblico son adaptados, sin mengua de la personalidad de Vallejo, al descarnado destino que trasunta su poesía. Mas, en sus comienzos, el poeta toma los motivos cristianos siguiendo la modalidad simbolista (no hay que olvidar las influencias del simbolismo y modernismo en *Los Heraldos Negros;* y las del expresionismo, dadaísmo y superrealismo en *Trilce*). En cambio, en sus últimas creaciones "trata de reencontrar el tono, la inspiración misma de las grandes voces bíblicas y de hacerlas escuchar en el marco de una experiencia que no reniega nada de su originalidad".[18]

El autor de esta cita —brillante estudiante de La Sorbona que ha viajado al Perú, expresamente, para estudiar la vida y obras de Vallejo, con el objeto de presentar su tesis universitaria— ha aclarado que las esencias cristianas de Vallejo nacen, en *Poemas Humanos,* no según su perspectiva tradicional o religiosa, "sino por una necesidad muy personal, desde que la tortura, la miseria y la muerte se instalan definitivamente en el cuerpo del poeta y —lo que viene a ser lo mismo— en la visión de los hombres a su alrededor: el lenguaje, que de ordinario designa a la divinidad, realiza aquí, en primer lugar, una función propiamente humana".[19] Juan Larrea, con anterioridad, ya había señalado en su *Profecía de América* la razón del vocabulario cristiano en Vallejo. Réstanos decir, en este aspecto, que el poeta —íntimamente ateo— sólo empleó esta simbología como el más adecuado cotejo posible, entre su experiencia personal y las universales motivaciones bíblicas, cual catarsis de su tragedia humana.

Al iniciar este artículo, dijimos que la potencia poética de Vallejo se explica por el hecho profundo de que, para él, la palabra era el vector del espíritu. La mejor, aunque no la única, prueba de nuestro aserto la encontramos en *España, aparta de mí este cáliz,* el más alto testimonio lírico engendrado por la

---

[18] ANDRÉ COYNÉ, *El Ultimo Libro de Vallejo,* en "Letras Peruanas", Revista de Humanidades, Lima, agosto de 1951.

[19] *Ob. cit.*

guerra civil española, única epopeya creada en el idioma en lo que lleva recorrido el siglo XX. Fué preciso que España ascendiera a su calvario para que el poeta, enmudecido durante varios años, "remachando una lágrima en su pómulo", le diera curso de perennidad a su espíritu. Nunca un ideal tuvo un aedo que mejor interpretara —con palabra, vida y muerte— su causa de justicia, como España lo tuvo con Vallejo. Siempre conmoverá la grandiosa humildad con que empieza su testamento poético y humano:

Voluntario de España, miliciano
de huesos fidedignos, cuando marcha a morir tu corazón,
cuando marcha a matar con su agonía
mundial, no sé verdaderamente
qué hacer, dónde ponerme, corro, escribo, aplaudo,
lloro, atisbo, destrozo, apagan, digo
a mi pecho que acabe, al bien, que venga,
y quiero desgraciarme;
descúbrome la frente impersonal hasta tocar
el vaso de la sangre, me detengo,
detienen mi tamaño esas famosas caídas de arquitecto
con las que se honra el animal que me honra;
refluyen mis instintos a sus sogas,
humea ante mi tumba la alegría
y, otra vez, sin saber qué hacer, sin nada, déjame,
desde mi piedra en blanco, déjame,
solo,
cuadrumano, más acá, mucho más lejos,
al no caber entre mis manos tu largo rato extático,
quiebro contra tu rapidez de doble filo
mi pequeñez en traje de grandeza! (p. 249).

Así empieza su extraño y épico desfile: "Proletario que mueres de universo. . ."; "Voluntario italiano, entre cuyos animales de batalla un león abisinio va cojeando"; "Voluntario soviético, marchando a la cabeza de tu pecho universal"; "Soldado conocido, cuyo nombre desfila en el sonido de un abrazo"; "Combatiente que la tierra criara, armándote de polvo". Puesta su voz en cada punto cardinal, a todo el mundo grita: "En España, en Madrid, están llamando a Matar, voluntarios de la vida", y a éstos les pide que lo hagan

por el analfabeto a quien escribo,
por el genio descalzo y su cordero,
por los camaradas caídos,
sus cenizas abrazadas al cadáver de un camino!

La autenticidad de su canto al pueblo español es tan notable que no se registra un solo nombre de los dirigentes militares o políticos, ni de la República ni de la barbarie. En cambio, encontramos "a la madre Rosenda esplendorosa, al viejo Adán que hablaba en alta voz con su caballo", y a tres personajes desconocidos, con calidad de protagonistas o deuteragonistas trágicos. Ellos son: Pedro Rojas, de Miranda de Ebro, su mujer la Juana Vásquez y Ramón Collar, yuntero y soldado. Nombres, gloriosamente anónimos, elevados a la categoría de heroicos representantes de un pueblo, hoy día más traicionado que nunca "por los falsos defensores de los derechos del hombre".

Vallejo, de nuevo, adelantándose a los hechos, predijo — dos años antes de que concluyera la guerra civil— la caída de España y el éxodo de sus amados huérfanos:

. . . si la madre
España cae —digo, es un decir—
salid, niños del mundo, id a buscarla!

El espíritu universal de Vallejo aparece, reiteradamente, en su diálogo final con la existencia. Tal es el caso de su antológica elegía a Pedro Rojas, a aquél que escribía "con esta b del buitre en las entrañas" su cósmico y revolucionario "Viban los compañeros". En su última parte leemos:

Lo han matado, obligándole a morir
a Pedro, a Rojas, al obrero, al hombre, a aquél
que nació muy niñín, mirando al cielo,
y que luego creció, se puso rojo,
y luchó con sus células, sus nos, sus todavías, sus hambres, sus pedazos.

Lo han matado suavemente
entre el cabello de su mujer, la Juana Vásquez,
a la hora del fuego, al año del balazo
y cuando andaba cerca ya de todo.

Pedro Rojas, así, después de muerto,
se levantó, besó su catafalco ensangrentado,

lloró por España
y volvió a escribir con el dedo en el aire:
"¡Viban los compañeros! Pedro Rojas".

Su cadáver estaba lleno de mundo.

Una vez escribimos que se asciende a Vallejo y se desciende a Vallejo con el único requisito de ser hombre sensitivo. Su poesía mana el negro aceite de la humanidad que sufre, que cae, que padece y se levanta. *Poemas Humanos* es un símbolo que escapa a todas las preceptivas, para convertirse en blasón del multitudinario habitante universal. Liberado de toda escuela, Vallejo es fundamentalmente sustantivo. Pocos cual él han desdeñado el *como* para convertirlo en significativo *porque*. Enemigo del adjetivo, en función de adorno, calzábase sus propios huesos para escribir en verdad y con verdad. Siempre fué el dominador, nunca el dominado, del idioma. Su espíritu y la tierra, su ser y su acaecer ensamblaron su patético verbo, poseedor del atributo poético.

En este décimocuarto aniversario en que nos libertó de España, amándola hasta morir *de* ella, enviemos a Vallejo —al frío cementerio de Mount Rouge, al París de sus entrañas polvorientas— el coro de nuestro esperanzado canto humano. Y una lágrima, César, aunque sepamos —porque tú lo escribiste— que ya no respondes y que callado nos miras

a través de la edad de tu palabra
Sí, de tu palabra como espíritu.

"LOS PIES DESCALZOS": GRAN NOVELA MEXICOESPAÑOLA[1]

Por *Andrés IDUARTE*

TENGO la impresión de que todavía no se le ha hecho completa justicia al magnífico libro de Luis Enrique Erro. Quizá ella nace en mí de una explicable generalización: me gustó cuando lo leí por primera vez, pero lo estimé de veras al hacer una segunda y cuidadosa lectura. Lo compré en Tuxtla Gutiérrez, en noviembre de 1951, y lo fuí recorriendo, un poco a saltos, sin avance uniforme, cuando viajaba yo por la hermosísima tierra chiapaneca, absorbido por sus paisajes, por el colorido de su pueblo, por la insuperable hospitalidad de mis amigos del Sureste. Luego, acaparado por mil obligaciones en nuestra ciudad de México, seguí picoteándolo por aquí y por allá, hasta llegar a la última página. La calma o, mejor dicho, la concentración de la vida universitaria de Nueva York, me permitió llenar las lagunas, hilar clara y firmemente su trama, apreciar la marcha segura del propósito de Erro, medir la noble estatura de sus tres personajes y emocionarme con el sentimiento de justicia que anima todos los renglones del libro. Y una segunda revisión —anotando, subrayando, entresacando para escribir este artículo— me convenció de que estamos ante una gran novela de la revolución mexicana, mexicoespañola, hispanoamericana.

Por haber vivido varios años de mi juventud en España, me interesa profundamente la experiencia de los mexicanos que antes que yo la vivieron y luego la contaron, así como la inversa —la de los españoles que han venido a México y nos han dicho lo que han visto y lo que han sentido— que da igual o parecido sumando. En las *Memorias* de Fray Servando, por ejemplo, encuentro uno de los más agudos y pinto-

[1] LUIS ENRIQUE ERRO. *Los pies descalzos*. Compañía general de Ediciones, S. A., México, 1951. 454 págs.

rescos antecedentes; y muy finos, altos y orientadores los encontré en los artículos y libros de Alfonso Reyes que leía y releía en mi nunca olvidado pupitre del Ateneo de Madrid. Y compuesto semejante he sentido en las páginas de Valle-Inclán, de José Moreno Villa —aquella su excelente *Cornucopia de México*—, de Juan Rejano... En lo que han escrito estos ilustres mexicanos y españoles que se cruzaron y se saludaron a medio océano —y en lo que no escribieron pero está presente en las obras ajenas al tema de otros muchos— me suena la voz de hermanos y de primos hermanos, de parientes y de contraparientes. Siempre he creído que América sin España es una entidad mutilada e incomprensible, pero no menos —hoy quizá mucho más— que España sin América es una isla rota cuyo atadijo a Europa, en los Pirineos, es cosa artificial y vieja que sólo explica un pasado remoto y ya no vigente. Son muchos los casos de los hombres de letras que han completado, yendo o viniendo, una aclaradora experiencia ultramarina, que bruñe lo propio y redescubre lo aparentemente ajeno. Y el éxodo de miles de españoles republicanos a México vino a ser la coronación de una reintegración hispánica trascendental, consciente y hondamente lograda por algunos de ellos, subconscientemente por todos —hasta por quienes la niegan—, de excelentes y lejanas proyecciones históricas para los dos lados del mar. Los palos del monte no dejan todavía ver la selva.

Pero no se había escrito —o, cuando menos, yo no lo conozco— un buen libro que presentara el caso de la emigración española a México en la época porfirista —un caso de ella—, en que un hijo de emigrantes recogiera la voz de aquéllos, pero ya impostada en la garganta mexicana y no en el pecho español, y reprodujera su acento, suavizado por el contacto con vieja y nueva sangre, voz y acentos mexicanizados hasta el tuétano. Por supuesto que no digo —porque no lo sé— que la novela de Erro sea autobiográfica, ni en todo ni en parte; pero es indudable que —aunque presente a una familia muy distinta de la suya— toda su base descansa en los recuerdos y en los sentimientos que le dejó su riquísima infancia de mexicano hijo de españoles. El conocimiento raizal de las dos mitades de la naranja, la inteligencia para distinguir y separar cada uno de sus gajos, el amor por la justicia —universal, no sólo mexicana y española— para lograr otra vez reunirlos,

hacen de esta novela un limpio punto de partida, una noble cabeza de estirpe. Ojalá que muchos de los que vinieron o fueron, de los que van y vienen —en circunstancia de paz o de guerra, de estudio o comercio, de ideal o de ambición— sigan teniendo generosidad, talento y pluma para poder hurgar su armario y lograr un sumando en el que las excelencias de un costado no impiden ver las del otro. Siguen haciendo falta corazones y libros honestos y justicieros, cabezas y pláticas sin mezquindad pueblerina, manos edificadoras.

El lector ya conoce, seguramente, la trama de la novela; pero hay que repetirla porque la manera como el autor la ha presentado —dejando que poco a poco resalten sus líneas— puede producir confusión en quien no la haya seguido muy atentamente, y porque en la evolución de la actitud de los personajes está la trascendencia del libro. Y deben transcribirse numerosos y largos trozos esenciales de la narración y de la polémica que aquí tiene lugar: sin ellos no puede señalarse la fuerza humana y revolucionaria de esta obra en que chocan y finalmente se injertan dos mundos distintos.

"...Narra este relato —nos dice el autor en las primeras páginas— cómo dos españoles, marido y mujer, y una india, aglutinaron sus vidas y vivieron más de un tercio de siglo en mutua compañía... Eran ellos emigrantes que vinieron a nuestro México con largos años de diferencia. Primero él, y ella después, a hacerle casa y hogar. Oriundos de diversas y nada semejantes tierrucas, humildes de origen, ninguna otra cosa trajeron que su deseo de trabajar y su ambición de hacer fortuna, como tantos y tantos otros..." El esposo —Don Fermín Azkue— joven leñador vasconavarro, vigoroso y sencillo como son los de su raza y los de su oficio, va un día a Barcelona en viaje de negocios y lleva, además, un abrazo del abuelo carlista de Vizcaya al otro viejo republicano de Cataluña: una nieta de éste —Genoveva—, linda y frágil rubia, "pinturera para peinarse" como buena catalana, hechiza al gigante, lo retiene en Barcelona y, tras de un corto y casto noviazgo, cambia la ruta de su vida: Don Fermín parte a América, a México, en busca de sitio y medios para poder fundar su hogar. Diez años es el plazo que el vasco pide a la novia como plazo máximo para volver por ella. En México desempeña el leñador rudos y malpagados oficios, como el de trojero de una hacienda del Estado de Morelos, y luego,

gracias a su valentía y a su capacidad de trabajo, alcanza el puesto de capataz o de administrador. Cuando los diez años ya están casi expirando y sin haber escrito una carta —la promesa de un hombre de verdad no necesita de tales abonos—, don Fermín se presenta en Barcelona, se casa con Genoveva, vuelve a México a preparar casa en la hacienda, y un día recibe a la novia en Veracruz. En el campo de Morelos hacen por largos años una vida quieta y dulce. Lo sería totalmente si en la catalana, sensitiva, inteligente e hija de anarquistas, no empezara a producir primero asombro, y luego dolor y alarma, y por fin miedo, el cuadro social que México presenta. Se da cuenta de que la hacienda es una fortaleza:

> ...En cada puerta había dos torreones con aspilleras. La barda y las puertas parecían fortificaciones intomables. Fortificaciones lo eran, aunque cuando el pueblo se sublevó no sirvieron de nada... Le daban a la hacienda, sin embargo, un aspecto muy teatral de recinto poderosa y hoscamente defendido. Cuando el dueño llegaba a la hacienda debe haber sentido la misma emoción de seguridad de los barones europeos del siglo IX, cuando llegaban a su castillo; nobilísimos señores que vivían del bandidaje, creyentes firmísimos en que Dios protege de un modo decidido a aquel que está mucho mejor armado, es más ventajoso y ladino en la pelea y acude a ella con una aplastante mayoría de esforzados luchadores. (pp. 81-82)

A los terrores de Genoveva contesta la voz de don Fermín, tierna con la esposa, áspera con los peones:

> ...Cosa curiosa, [el obispo] en este asunto de las tierras que los pueblos dicen que son suyas no piensa como el abogado, sino como el dueño y como yo. El remedio es arrasarlos sin tumbar los templos, claro está, y se acaban los líos. Estos indios son más tercos que yo. Quieren tierras dizque para sus pueblos pero lo que buscan es no venir a trabajar a la hacienda. ¡Y si vieras a qué cosa le llaman pueblo!... Pero el dueño se aviene a lo que el abogado dice y yo también, pues estoy aquí para servir y hacer lo que me manden. Esta frase quedó grabada en la mente de Genoveva y le causó más tarde muchas meditaciones. (p. 93).

Un día la linda catalana sale de paseo al campo, a caballo, y ve y oye:

...Cuando don Fermín llegó al grupo de dependientes, los peones, ya todos en hilera, se quitaron los amplios y maltrechos sombreros y entonces Genoveva oyó, con asombro sin límites, que aquellos dos centenares de hombres cobrizos, semidesnudos, sucios, desgreñados, entonaban un cántico a modo de salmodia o responso. Cantaban en falsete y sin vigor algunos, con las voces desacompasadas y con desgano... Cantaban el *Alabado*. Canto de dolor, de miseria, de desesperanza. Tenía ese canto, en medio de la riqueza de aquel campo bautizado con el nombre de Morelos, aquel héroe glorioso, una desolación infinita... Genoveva no podía percibir la grotesca ironía histórica de ese rudo contraste entre el nombre del Estado y la miseria de los indios, pero oidora que había sido de mucha música coral en su tierra, sí percibía en el cantar el profundo dolor de aquellas almas en pena, de aquellos estómagos vacíos, de aquellos hombres despojados de toda dignidad humana y arrojados a una vida de perros, de aquellos seres condenados a ganar unos centavos al día no sólo trabajando bajo el sol ardiente, propio de la tierra, de su tierra, sino bajo la férrea y brutal disciplina de aquellos mismos invasores castellanos que, sin otro derecho que el que impone la espada, eran aquí, como en la tierra de ella, quienes daban la ley a cintarazos... Aquel cántico tenía un inequívoco fervor religioso, a pesar de la torpeza con que lo cantaban. Se sentía que era un saludo al jefe todopoderoso, pero un saludo propiciatorio. Como si al saludarle le quisieran recordar que entre él y los míseros cantantes había algo eterno y superior que limitaba su fuerza y sus poderes... Los dependientes se habían quitado los sombreros, don Fermín se mantenía con el suyo puesto y la barba caída sobre el pecho, como en oración. Cuando el canto terminó don Fermín irguió la cabeza, se ajustó el sombrero e hizo un amplio gesto con la mano. A esta señal los cortadores de caña se pusieron los sombreros, y rompiendo la fila, volvieron a su tarea lentamente... Nada de cuanto había visto Genoveva en América le había causado tan honda sorpresa como aquel espectáculo..." (pp. 101-102).

Ese mismo día pudo Genoveva ver algo más del paraíso porfirista que la rodeaba:

...Un grupo de diez o quince indios se mantenía apartado de todos. No eran cortadores de caña, pues no llevaban machetes. Estaban esperando a don Fermín. Cuando éste hubo acabado su

inspección y regresaba al centro del campo donde estaban los dos españoles, el grupo le salió al encuentro con ostensible reverencia... Don Fermín detuvo su caballo y un buen rato los oyó muy quieto, al cabo del cual respondió con meros gestos denegativos. Pero el grupo era insistente. Don Fermín hacía girar lentamente su caballo para no tenerlos de frente y oírles sin mirarlos, pero ellos se movían también y seguían con sus razones y don Fermín con sus negativos... Alguno de ellos dijo algo que no debía ser bueno, pues don Fermín se irguió en la silla, contestó a su vez con energía y con un gesto autoritario y despótico les indicó que se marcharan. Pero los del grupo seguían insistiendo con una aparente mansedumbre, tenaz... De pronto don Fermín metió espuelas al caballo y lo echó sobre el grupo. Por un momento la espada toledana brilló en el aire, reflejando el intenso sol de Morelos. Unos cuantos caballazos, unos cuantos cintarazos, unos cuantos segundos y el grupo se deshizo, huyendo. El centenar de cortadores de caña siguió indiferente su tarea sudorosa con toda la pesadumbre del sol sobre los lomos... Estos cuantos segundos le parecieron a Genoveva largos como años. Retorcía sus guantes con sus manecitas blancas. La barbilla le temblaba. Sentía que iba a llorar y no sabía por qué. Sentía que ante sus ojos se desarrollaba un drama pero no sabía cuál... Oyó que Andrés, el mozo viejo, le decía: —No se aflija, patroncita. Esta es cosa de todos los días. Son los del pueblo de Amenecuilco. Sueltan su ganado en la hacienda y hacen daños. Luego lo recogemos y quieren que se les devuelva sin más ni más. No quieren entender. No son tontos, pero se hacen. Si ya saben que con el patrón no se juega ¿por qué le andan buscando el genio? (pp. 101-102).

A través de su servidumbre, Genoveva empieza a conocer a los indios:

...Así fué Genoveva descubriendo un mundo nuevo. Al llegar a México los indios le parecieron remedos de hombre. Contribuyó mucho a esto ver cómo les trataban los bruscos y dominantes españoles, y ver también aquella impasible y silenciosa sumisión con que aceptaban el trato rudo que se les daba. Ella venía de una provincia donde todos se sentían conquistados y maltratados pero donde el de abajo por lo menos grita y ciertamente conspira con más o menos eficacia... Conversando con sus criadas fué poco a poco viendo las cosas de otro modo. Desde luego halló en ellos los mismos afectos que todo ser humano tie-

ne... Aquellas mujeres podían hacer juicios atinados, aquellas jóvenes podían sentir inquietudes de mujer... Una vez roto el hielo, quebrada y caída la muralla entre patrona y sirvientas, advertía que la trataban con dulce afecto... Lentamente fué descubriendo el hombre en el indio... "Estas gentes", se decía, "son como nosotros: son menos bruscos y más cariñosos"... Dejó de tener miedo. Quedarse sola con sus criadas indias no le daba ya impresión de soledad. Al revés; se sentía abrigada, acompañada y a gusto... Se dió cuenta de que el indio mira de frente a su interlocutor cuando no le teme... Se dió cuenta de que el indio se expresa indirectamente no por amor al circunloquio, sino porque tantea el terreno para ver hasta dónde puede llegar, ya en su propia protección, ya para no molestar a la persona con quien está hablando... (pp. 151-152).

En este punto el autor hace un aparte para contar las aventuras amorosas de un dependiente español de la hacienda, don Ramiro, en quien pone muy atinadas y agudas observaciones sobre la india y el amor, en comparación con la aldeana española (pp. 152-158). Para dejar luego la palabra, nuevamente, a Genoveva:

...El volumen de las voces o el tono eran independientes del tema. A lo que Genoveva estaba habituada en este punto era diverso. Las gentes de su casa y de su barrio y de su ciudad hablaban alto aunque no hubiera ruido... Barcelona era ciudad en que se cantaba mucho organizadamente. Por todas partes había orfeones. En consecuencia, se oían muchas voces educadas. Las voces de sus criadas le parecieron al principio simplemente lisas. Luego fué hallando en ellas suaves matices y una melodía disminuída y delicada. Pero ni huellas de pasión o de acaloramiento. Conversación, sí; charla, sí; explicación a veces, difícilmente. Discusión, jamás; disputa, nunca. Apremiándolas en algún asunto se le escurrían y escapaban hasta quedarse mudas... Entre sus gentes españolas el apremio producía la exaltación vehemente y sonora... Aquellos ojos, que al principio le habían parecido simplemente sumisos, le parecían ahora llenos de cosas que no podía ver bien, como no se puede ver bien lo que hay en el fondo de una corriente de agua, aunque ésta sea clara, si la corriente es rápida.

Algo entendía mejor, sin embargo; a sus propios paisanos. Los veía ambiciosos y apresurados, dados muy industriosamente

a su trabajo con la ilusión de hacerse ricos pronto y regresar a sus aldeas; pero cogidos en una bien tejida red de artimañas de la que no podían soltarse...

Lo que no entendía, lo que no podía entender, lo que no entendió nunca fué cómo era aquella enorme multitud indígena, tan desposeída y al mismo tiempo tan indomable, tenía aquella aparente conformidad con lo que estaba pasando. Y esto la llevaba a sentirse rodeada de un peligro oscuro e ininteligible... Genoveva se convencía cada vez más seriamente de que aquella paz pública y aquella prosperidad de que tanto y tan bien oía hablar a su marido, no podía durar... A su pensar de hija y nieta de anarquistas, la miseria que rodeaba su bien puesta casona sólo podía conducir a la rebelión feroz y a la venganza terrible... A veces sentía que ella y su marido y el hijo que llevaba en sus entrañas habían caído en una ratonera de la que no podrían salir... (pp. 159-161).

Aquí entra el personaje central de la novela: no es el niño Paquito, el único hijo de los Azkue nacido poco después, sino su nana india. El libro abre su primer capítulo con la marcha apresurada de dos mujeres —una española, la otra india— que por la Calle Ancha de la ciudad de México se dirigen a una casa donde ha nacido hace dos días un niñito. Llevan a la india para servir como nodriza:

...La india fué nativa de comarca muy cercana a la ciudad de México. Y al principio de este relato era una muchachona de muy buen ver. En su comarca se cultivaba la tierra en pequeñas parcelas rodeadas de amplios canales, siempre llenos de agua, a los cuales se les llamaba... chinampas. Al revés de los dos españoles, esta joven india tenía padre dueño de tierras que estaba llamada a heredar y hubiera heredado si no hubiera dejado todo... Esta buena muchacha se llamaba Juana. Y todo esto ocurría cuando ya el siglo XIX agonizaba y el XX, que ha sido tan sanguinario y truculento, se aparecía como una alborada de paz y de indudable progreso en el horizonte... (p. 11).

Juana, madre de una niña recién nacida en la miseria de una portería hospitalaria, acepta dolorosamente la condición que le imponen de enviar la hijita a sus parientes campesinos, se entrega íntegramente a la familia Azkue, renuncia hasta a su nombre y toma el de Luz: es el hilo conductor de la noble y justiciera narración de Erro y viene a ser nada menos —ya se

verá luego— el símbolo del México tierno, generoso y postrado de su época. Postrado, pero no muerto: será el punto de referencia de la despierta y noble catalana, la inspiradora de toda la familia —sin saberlo, sin que lo sepan ellos, sin que el autor nos lo diga—, la verdadera conquistadora en su dramática y silenciosa grandeza:

> ...Y así Luz se iba saliendo con la suya, que era no separarse del niño para nada... Genoveva confirmaba así una observación que había hecho antes numerosas veces y con muchas otras indias. "Estas gentes tienen pasiones iguales a las nuestras pero no se les ven porque las tienen más adentro. Quizás si nos hablaran en su propio idioma se les notarían más. ¡Y qué obstinadas son! Y todos, todos los nuestros están equivocados. Creen que el indio es manso porque no grita. No es manso. Tiene todas sus pasiones vivas y muy intensas. El día que alce la cabeza no queda aquí ni uno de nosotros con vida". Un intenso y vago temor invadía su ánimo, pues aquella descendiente de anarquistas si en algo creía era en la irremisible rebelión de los oprimidos contra los déspotas... (pp. 190-192).

La india admiró siempre a Genoveva; pero no menos la catalana a la india:

> ...En Luz hallaba Genoveva mucho que estaba muy arraigado en ella misma. Desde luego la repugnancia a tener patrón y el intenso deseo de ser económicamente independiente, de no trabajar para el lucro de otro. Entre la india y la catalana estas emociones eran gemelas... Pero había en Luz algo muy auténtico y que Genoveva descubría con sorpresa. De ello no había ni rastro en Genoveva y en Luz era tan natural y tan suyo como las ondulaciones de su negra cabellera. Era una cierta altivez, un porte aristócrata, superior, como de persona de alta situación social, hecha a ser obedecida. No era india agachada. Era sirvienta pero no era servil. No se descubría esta característica en brusquedades, altanerías ni desobediencias. Era un peculiar modo de hacer lo que se le mandaba... Se movía erguida, su ademán era amplio y suelto. Aun para sentarse en el suelo en su petate tenía una gracia gentil... No se le podía hablar a Luz con dureza, ni darle órdenes con mandón señorío. En el acto brotaba una actitud rebelde, no verbalmente contradictoria, pero sí tozuda y de hecho... Genoveva no había tropezado con esto jamás en su vida anterior. Su familia era gente del pueblo. La familia de Luz

> tenía un patrimonio: la chinampa, que por siglos le había dado unidad y congruencia. No había sido así en la familia de Genoveva. Siempre habían sido mano de obra asalariada. Fermín había llegado a ser un hombre de mando, enérgico y firme; pero, en el fondo, era el leñador que había sido antes de emigrar, sólo que ahora tenía dinero y tenía autoridad. Así como había encontrado, hablando en las haciendas con sus criadas, lo humano en el indio, ahora, conviviendo con Luz, hallaba las jerarquías... Lo que Genoveva hallaba era la huella aún viva de la estratificación de una antiquísima organización de castas... Pero con todo esto se fué formando un vínculo muy estrecho entre Genoveva y Luz. Ama y criada no se trataban realmente en la forma convencional que esa relación establece. Podría quizás explicarse en otros términos el modo como las relaciones entre estas dos mujeres funcionaban: parecían cómplices... (pp. 204-207).

El pivote de esa identificación —dice aquí el autor— era el amor por Paquito. Sin duda alguna. Pero hay otro pivote escondido, soterrado y son las ideas de justicia de la catalana, el rango espiritual no perdido de la india entregada, el encuentro —en suma— de parte de lo que iban a ser y ya eran la revolución española y la revolución mexicana. La presencia tan fuerte como callada de Luz va integrando en la española el conocimiento y el entendimiento del huracán cercano. Muy poco antes un hecho tremendo se ha presentado ante sus ojos:

> ...En los dos o tres meses siguientes, Genoveva comenzó a notar muchos pequeños cambios a su alrededor. De pronto advertía que alguna de sus criadas lloraba a escondidas por varios días y que era reemplazada por otra. Y esto ocurrió con seis o siete de ellas... El número de mozos que había en su casa fué aumentando... Ya eran seis y muy bien armados y siempre vigilantes... Genoveva comenzó a platicar con sus criadas para informarse. A platicar suavemente, quietamente, indirectamente, como ya había aprendido a hacerlo. Por el hilo sacó el ovillo. Don Fermín estaba acabando con los poblados ribereños de la laguna que el ingeniero desecaba. Y acabando con ellos con procedimientos rudos e implacables Se derribaban las casuchas miserables, se dispersaba a las familias, a todo lo que podía arder se le pegaba fuego. Arrasar, destruir, dispersar. Traer indios de

> otras partes y mulas y bueyes y arados y labrar la tierra en el acto para tomar posesión... Sobre el terreno y en tanto que los rurales llegaban, si hacían falta ahí estaba don Fermín en persona, con sus decididos capataces y su buen caballo. Si era necesario salía al aire la espada toledana, y la mano poderosa del atlético centauro dejaba en un dos por tres a un indio por el suelo, mucho más envuelto en verdugones y cintarazos de lo que podían cubrir sus precarios títulos de propiedad expedidos por reyes, virreyes, audiencias y oidores. Todo eso eran palabras puestas en papeles y lo que don Fermín dejaba era más convincente: feroces machucones en la carne viva... El progreso del siglo XX creía abrirse así paso. Don Fermín abría nuevas tierras al cultivo de la caña... Genoveva, llena de angustias de todas clases, salió a la ciudad de México a tener su niño... (pp. 180-182).

Aquí comienza la discusión —siempre dulce y cariñosa— entre Genoveva y don Fermín, decisiva en su vida, y pulpa riquísima de la novela de Erro. Este introduce —para las discusiones políticas de mayor alcance— al ingeniero Villaverde, granadino que se encarga de levantar los nuevos trapiches, hombre culto y mundano que ve la temible realidad, como Genoveva; y a Sámano, servil de los amos, buen representante de la más mezquina fauna. Villaverde dice:

> ...—Lo que a mí me sorprende es la peculiar situación en que nos hallamos los españoles en este país. Sobre todo los españoles como usted, don Fermín, pues yo montaré unos cuantos ingenios más y con lo que eso me dé regresaré a Granada... Si usted se fija bien, ustedes son los que mantienen el país en orden. El ejército de aquí no vale gran cosa y tanto el ejército como los rurales para lo que sirven es para darles a ustedes una mano cuando algún campesino se hace inmanejable. Se lo pasan ustedes al ejército, allí lo rapan, se lo llevan lejos de su tierra y no se vuelve a saber de él. Pero el orden y el trabajo de todos los días son ustedes quienes lo mantienen... Si quita usted... esta pirámide de españoles que comienza en los administradores de las haciendas y termina en los trojeros y en los encargados de las tiendas de raya ¿qué queda?... No queda nada en que se pueda confiar... El punto flaco de todo esto... es que nadie sabe qué está pasando aquí. Los ingleses tienen en sus colonias mucha gente que les tiene al día respecto de lo que en el fondo de esas muchedumbres pasa. Aquí nadie se preocupa de eso... No me

parece a mí que se pueda gobernar bien un país que no se entiende, que no se conoce... (pp. 177-179).

Un día Genoveva le propone a su marido partir a España, pronto, en dos meses, antes de que no puedan salir de aquel país al que ella considera, ante el asombro de don Fermín, "sublevado". El vasco lo ve "perfectamente dominado". Y se inicia la jugosa plática conyugal:

...—Del peón de hacienda sí sé. Son haraganes. Y si alguno se pone alzado o respondón le mido los lomos con la toledana y se acaba el asunto en menos que canta un gallo y los demás aprenden la lección aprisita, y al trabajo. —Eso es horrible, Fermín. Yo te quiero porque eres bueno y emigraste para que yo no fuera a dar a la fábrica y a la miseria... Pero no te figuras cuánto aborrezco al hombre de a caballo repartiendo cintarazos a los trabajadores... Yo me siento culpable y responsable de eso y se me encoge el corazón... No eras así, has llegado a serlo porque yo te empujé a ello. —Pero, hija mía, hablas como tus parientes anarquistas. Allá puede que ellos tengan razón. Aquí no. Aquí no habría más que chozas de adobe, un poco de maíz sembrado alrededor de los pueblos y perros flacos, si no fuera porque... echamos a andar las cosas y se invierten capitales y se produce riqueza; los indios solos nada harían... Si no fuera por nosotros, aquí nadie trabajaría sino lo indispensable para no morirse de hambre. —Sí, ya lo sé, Fermín... A eso llamáis el progreso, la civilización, ¡qué sé yo! ¿Qué pensarías tú si hubieran llegado a tu aldea y a tu valle la guardia civil y Villaverde y hubieran acabado con todas las heredades y talado el bosque en que tú trabajabas, para plantar la caña de azúcar, y os hubieran puesto a todos vosotros a jornal y al que alzara la cabeza se le llegara un guardia y, como tú dices, le midiera los lomos a cintarazos? Y nada fuera de nadie, sino de un solo patrón... Y pon que éste... fuera de otra raza y hablara otra lengua y hasta hubiera llevado consigo sus propios dioses... —Pero aquí es otra tierra. Estamos en América. Todo es distinto. —No creas en eso, Fermín. Lo único que es distinto es el color de la piel... Yo te aseguro que estas gentes tienen las mismas pasiones que nosotros y los mismos cariños... Ahí tienes a Luz. Ya ves cómo quiere a nuestro hijo. Ninguno de vosotros advierte lo que aquí pasa porque ninguno ve cómo os miran cuando estáis de espaldas. Os miran que da miedo. —Será cuando estoy de espaldas porque

estando yo de cara, al que me mire de mal modo se lo llevan en parihuelas. —Eso es lo que me horroriza, Fermín. Oírte hablar así y saber que como lo dices lo haces... En tu tierra no eras así. Ni hubieras dejado que nadie se comportara en los de tu aldea como tú te comportas aquí. —Pero, hija, yo no he inventado América. Ni la he hecho a mi acomodo. A lo que hallé me amoldé. Lo que me mandan cumplo. Al que me paga le sirvo lo más bien que puedo, ni para ello me importa que sea día o noche. Acuérdate que embarqué para América porque en nuestra tierra no hallábamos qué hacer. —No vayas a entenderme mal, Fermín... El caso es que a veces dices unas cosas que a mí me desconciertan; porque no van con lo que fuiste ni con lo que eres. Vestido de cuero con la ropa del país... y montando tus caballos te ves muy gran señor. A veces me recuerdas personajes de los dramas castellanos que solía yo ir a ver al teatro en Barcelona, o me haces pensar en el señor de tu Romancero. Ese que lees en voz alta por la noche, el Cid. Y hasta te diré un verso que recuerdo, por tu causa, de aquel libro de cantares: "¡Dios, qué buen vasalo si oviere buen señor!" Pero de pronto hablas del patrón en una forma que me suena a como habla Sámano, y Sámano es un criado. De postín si tú quieres, pero un criado, y aun de menos postín que el cochero que me mandan del despacho. Y tú, por tu natural, no eres criado; que si lo fueras nunca te hubiera querido y ni habría embarcado para América a reunirme contigo. Ni sería madre de tu hijo... De lo que tú hagas depende o que nos atrapen vivos y no la contaremos, o que vivamos en paz con nosotros mismos por muchos años... Esto no puede durar. Tú sabes mejor que yo lo que es la tienda de raya... Esta injusticia tiene que provocar la explosión, Fermín. Y la venganza. Y la venganza será contra nosotros. Contra mí, contra ti, contra tu hijo... Aquí no se cultiva la tierra, se la explota, tal y como se hace con el indio... Dondequiera que se necesita un hombre inflexible y duro para sacarle al que trabaja hasta la última gota de sudor, se pone a un español. Todos los comestibles están en tiendas de españoles; de modo que si el mexicano tiene hambre, con quien se topa es con el español. Las cantinas son de españoles. Y los empeños... Si se le enferma alguien en su casa, si se queda sin empleo, si alguien se le muere, el mexicano va al empeño... ¿Sabes tú cuál es el rédito que se paga sobre préstamos al empeñero?... ¡Pues se paga entre el veinticinco y el treinta por ciento mensualmente! ¡Ese es el quijotismo de los castellanos!... Dices

que sin vosotros aquí no habría nada, pues los indios no trabajarían... ¿Por qué han de trabajar, Fermín? ¿A ellos qué les toca?... Vive en choza de adobe rodeado de sus hijos desnudos y de sus perros hambrientos, tal y como tú dices que pasaría sin vosotros, y, además, trabaja de sol a sol. Esta cosa ruin es la obra civilizadora de Castilla, que no es menos menguada y miserable porque la bendiga el cura... —Pero vamos por partes, hija... ¿Qué es lo que quieres que haga yo? —Ya te dije. Que nos regresemos a nuestra tierra. A tu aldea o a Barcelona, me es igual; pero vámonos. (pp. 241-249).

No es posible, ni justo, cortar esta larga andanada de verdades nobles, generosas y valientes. Por eso la citamos casi entera. Es el decálogo de la justicia en boca de una española. Inventada o construída por el novelista, o sacada de la realidad, Genoveva es ya una de las figuras ilustres de la literatura revolucionaria de México y de España.

Don Fermín vuelve a la hacienda —la plática ocurría en la ciudad de México—, continúa su brutal encargo, pero cavila y rumia las palabras de la esposa en los dos o tres meses que tarda en retornar. Ya piensa en volver a España cuando el muchacho esté en edad de estudiar. Ve al país sometido, aunque reconoce que existe el odio de los indios. Cuenta que alguien le dijo que "Hernán Cortés les quebró los huesos o lo que viene a ser el espinazo... el caso es que ya no sirven para nada, y bien que se les conoce". Genoveva vuelve a la carga:

...—A nadie le quiebran el espinazo si le dejan el hambre. Al revés, más bien... —Nada más, hija mía, que todo proyecto que hagamos tiene un pero... grandísimo... Me he puesto a pensar cuando veo a los dependientes: y éste ¿qué sabe hacer? Si no estuviera aquí ¿qué podría hacer? Y les he preguntado. Ninguno de nosotros sabe nada... Lo único que sabemos es cuidar cosas y arrear gente... Somos una colonia de capataces. Ahora que eso, eso sí lo hacemos bien. A la gente la traemos en un puño y bien pegada al trabajo. Ni duda... ¿Sabes? Si te parece bien liquidaré y pondré una tienda... —Muchas veces me han dicho más o menos en broma que soy anarquista... —No sé qué es ser anarquista... Respecto a ti, la única tienda que tú pondrás, con mi agrado se entiende, será aquella en que se puedan vender al detalle las entrañas de los que sean culpables de que el mundo sea esta cosa absurda que es, en que o explotas tú bru-

talmente el trabajo de alguien o alguien explota el tuyo. No siendo esa la tienda que piensas poner que no lo es, ¿verdad?, tú no pones tienda... (pp. 255-259).

No puso tienda don Fermín. Se hizo minero, en un Estado del Pacífico, probablemente Michoacán —el autor no lo dice. De la capital a la costa, donde estaba la mina, hacía continuos viajes a caballo. Allí aprendió a sentir la asiática miseria de nuestro pueblo. Amplió el campo de su visión la sociedad con un ingeniero Chávez, de ideas revolucionarias, antirreeleccionista, enemigo a muerte de los españoles emigrantes al servicio del porfirismo, en cuyos labios pone Erro otras valiosas observaciones políticas. Fracasó la mina; pero, en cambio, la previsión de la catalana —al fin catalana— fué la base de los últimos años buenos y, sobre todo, de la riqueza de Paquito: compraron terrenos en la ciudad de México, cuyo valor se multiplicó un día. Pero entre el fracaso de la mina y la riqueza de Paquito mediaron no pocas miserias. "... Como Genoveva lo había temido, México ardió por los cuatro costados... El indio alzó no sólo la cabeza, sino las furiosas manos... Lenta y difícilmente se hizo una paz menos injusta pero no reivindicadora" (pp. 262-263). En aquellos duros años Luz, la nana Luz, es una nueva Benigna galdosiana en tierras de México. En el petate, junto a la cama de Genoveva, la asiste en su larga y cruel agonía. Ella recibe sus últimas palabras, encargándole a padre y a hijo. "Nos quebraron a la muñequita de cera", resumirá su ternura indígena. Y luego acompañará también hasta el último instante al vasco rudo y sencillo, muerto de la tristeza de haber perdido a la catalana extraordinaria que le dió vida feliz y lo sacó de un mundo hosco hasta hacerlo entender un mundo generoso. Remata la trayectoria humana de don Fermín lo que, en ocasión del fusilamiento del revolucionario Chávez, dijo a su hijo Paquito, al pie de la cama de Genoveva:

> ...—Quiero que sepas dos cosas, y que las entiendas claritas, porque claras son. Primera: que todo esto que pasa y que ha pasado tu mamá me dijo a mí que iba a pasar cuando tú tenías apenas un año de haber nacido. Y porque ella vió claro, dejé yo las haciendas. Y porque dejé las haciendas estamos vivos tú, tu mamá y yo... Segunda cosa: que todo esto que has oído [los horrores de la Revolución] no es nada. Peores cosas les hicimos

nosotros a esos indios... Pues cuéntaselo a tus profesores cuando te hablen de Chávez. Y si no te lo creen que me lo vengan a preguntar a mí que ¡como hay Dios en el cielo! les haré ver las cosas claras... (p. 349).

Así como lo que dice a su confesor cuando ya tiene el pie en el estribo y está en las ansias de la muerte:

...—Se trata de cosas que hice en el Estado de Morelos y en la laguna. Entraba yo con mi gente en las tierras que los pueblos decían que eran suyas porque a lo que parece tenían los títulos viejos españoles, y derribaba yo jacales y chozas y casas. Y las hacía quemar. Y todo pasaba después a ser propiedad de don Salustiano... El fin y el resultado es que dejábamos a los indios convertidos en peones de hacienda. A los que eran alzados se los dábamos a los rurales... Porque esto se hacía en este país cuando yo llegué. Otros lo hacían. Las autoridades ayudaban. Lo sabía el señor cura de la hacienda y nunca me dijo que no lo hiciera. Que tú sabes que soy buen católico como buen vasco, y si el cura me hubiera dicho: tal cosa no hagas, tal cosa no hubiera hecho... —Y ahora ¿por qué crees que es pecado? —Porque mi mujer me dijo desde entonces ¿sabes?, desde entonces, que lo que hacíamos era despojo o sea a manera de robo, y que los indios se sublevarían y acabarían con nosotros. Y me hizo dejar ese trabajo. Y como has visto tenía razón... —Mira, Fermín... ¿qué cosa pasó antes de la cual tú no creías que aquello era pecado y después crees que sí?... —La enfermedad y la muerte de mi mujer... Fué espantosa... Después que murió he pensado si sería castigo de Dios... por lo que había hecho yo, y después porque como parece que en fin de cuentas los indios sí eran dueños de sus tierras, puesto que se las devuelven, ¡pues ahí tienes!... (pp. 395-397).

El vasco católico muere reconciliado —gracias a la anarquista catalana— con su Dios y con su conciencia.

Pero Luz se le olvidó en el testamento al buen leñador, que no poco la quería. Todo se lo dejó a Paquito. Nunca se le había pagado a la nana. "A Luz se le compraba ropa conforme la iba necesitando; zapatos también, pues se habituó a usarlos... pero darle su sueldo no se hizo nunca... Ni se adquirió jamás la de mandar algo a la chinampa para su hija. En total la familia de Luz recibió de Luz y de ios Azkue doscientos cincuenta

pesos. Nada más. Ni siquiera una noticia... En nada de esto hubo malicia ni propósito de nadie. Luz era, no una sirvienta, sino una costumbre. Digamos que era la prolongación del niño, como si hubiera sido su sombra" (pp. 266-267). "Luz siempre quedaba —precisa Erro— debajo del horizonte... Estaba... en una cuarta dimensión puramente doméstica y afectiva, sin la menor mácula de sordidez monetaria. Esta inmaculada limpieza la dejó, poco después de la muerte de don Fermín... en el más miserable desamparo" (p. 393). Cuando "el Bebé" creció, Luz sufrió sus injurias y sus golpes, silenciosamente, sin que los padres lo supieran; ahora iba a sufrir su total abandono. El criollito rico hereda una cuantiosa herencia, manda a construir casa lujosa, en donde Luz —buscando las huellas perdidas de los dos muertos— pierde el juicio. "La pobre Luz acabó loca, viviendo sin poder distinguir qué eran recuerdos ni qué alucinaciones... Ella que entregó a extraños todo su cariño, nada recibió en cambio. Murió sola y a solas, en manos mercenarias: No hubo nadie que piadosamente, cariñosamente, le cerrara los ojos..." (p. 263). Después de ambular, loca y miserable, huyendo de la casa de nuevo rico del que fué su "Bebé", acaba en el manicomio donde la interna un amigo de don Fermín. Murió pensando en el niño, en el españolito por quien dejó hija, familia y chinampa. Las últimas palabras que una enfermera le oyó revivían el momento en que Paquito se perdió un día en el bosque, la noche oscura en que al encontrarla él se ciñó a sus brazos como quien se ciñe a la nueva y dolorosa tierra, a México: "Bebé ¿dónde estás?" El bebé de ayer estaba muy lejos de ella y de su patria, perdido en el dinero, en la vanidad, en el esnobismo. Había traicionado a su nana símbolo, a la madre revolucionaria de Cataluña, al padre católico que pecó por obra de la época y del medio pero que se reconcilió por la conducta con Cristo y con México. Paquito el Maño sólo mandó a un empleado que llevara unas flores, oficialmente, de paso, a la que había sido y era sólo para él "una criada de la familia", "la que lo cuidó de niño". Cuidador de niños y fortunas ajenas, criado de extranjeros sórdidos, tierra servil de goce y de aventura seguía siendo México para él.

Pero sobre Paquito y sobre su tiempo y su ambiente puede decirse mucho más, y quizá es proyecto de Erro continuar con él la narración. Lo que de ellos dice en *Los pies descalzos* es

mucho —porque sobra en el relato la historia del valet y de las doncellas del advenedizo— y a la vez es poco, pues es materia para otra buena novela de la revolución mexicana. Acaso Paquito —no en balde se abrazó un día, perdido en las tinieblas, a la nana maternal que es México— tenga luego una metamorfosis tan significativa como la de don Fermín. No escasean en estas últimas páginas las agudas observaciones, los trazos expresivos; pero es material grande y hondo que merece más largo tratamiento.

Muchos más elogios que los que aquí hemos hecho pueden dedicarse a *Los pies descalzos*. Los personajes —ya se ha visto— son vivos y fuertes. Muy distintos son el vasco tozudo y elemental, la catalana sensitiva y generosa, la santa que pasa por el mundo como india nodriza y misericordiosa enfermera: los tres son figuras de una pieza, hondas, palpitantes, enhiestas; las tres son símbolos del pueblo vasco, del catalán y del mexicano, pero no símbolos fabricados, sino auténticos: directos representantes de sus tierras. Los demás personajes aparecen incidentalmente, para servir aquí y allá los propósitos del autor; pero todos son también de carne y hueso y pueden servirle para nuevas empresas: tanto el Villaverde simpático como el Chávez rebelde, hasta el Sámano infame y el Paquito repugnante. El tono de la narración, su manera, las aclaraciones e intervenciones del autor desde fuera, desde su sitio de apuntador, señalan la inmediata inspiración de la novela realista española, sobre todo de don Benito Pérez Galdós; pero Erro, apartado siempre del cultivo profesional de la literatura —por supuesto que de la lectura no— está libre de cualquier tentación de escuelería. Quien lo haya tratado personalmente una sola vez, quien lea cuidadosamente su libro, sabe que tiene mucho camino andado —amplia cultura, múltiple experiencia humana— y como consecuencia un rico arsenal; y sabe también que sabe darlo, en charla o en papel, con extraordinaria gracia y desenvoltura. Erro ha escrito este libro a borbotones de memoria emotiva, espléndida, recreada por una vivaz y vigorosa imaginación, pero atrapando las dos con la muy segura mano de la inteligencia. Su libro, como el recuerdo, no se mueve por orden cronológico: crea y recrea, pasa y repasa, toca e insiste, vuelve y revuelve; pero no cae casi nunca en inútiles repeticiones. Su prosa es buena y maciza, el diálogo chispeante, y el lenguaje de muy poco común amplitud:

cuando habla don Fermín, suena el español de Vasconia, a martillazos; cuando Genoveva, la ardiente y rica palabra de Cataluña; cuando los mexicanos, el bisbiseo insinuante y la curva bien matizada; cuando Paquito el Maño, burla burlando nos da Erro el idioma de quien ha perdido sus cauces españoles y mexicanos y ha caído en una jerga de señorito gachupín, de torero de mala gracia. Como la catalana de la novela, el autor sabe decir las cosas de muchas maneras, suma los vocabularios y los giros de allá y de aquí, los coloca en su sitio, los distingue y los paladea, los maneja con seguridad y soltura.

No recordamos otra novela en que se pinte con igual realismo y honradez el cuadro de una familia de emigrantes españoles insertada en el drama mexicano. Lo grande y lo pequeño de esas vidas está puesto aquí con tanta verdad como emoción. Tampoco hay libro que siga con tanto sentimiento, y al mismo tiempo con pulso firme, y desde dentro y desde fuera, el proceso de la Revolución mexicana. Desde fuera va descubriendo, paso a paso, el universo reconcentrado, triste, suave y tierno del indio; desde dentro el autor se estremece al repetir los hallazgos de la catalana. No cae en la caricatura del gachupín, ni en la prédica demagógica en favor del oprimido. Cada quien trae lo que le dió su cuna, y en cada cuna hay sedimento revolucionario: aquí se juntan. Por eso su libro pertenece —ya lo hemos dicho— a la revolución española, a la mexicana, y en consecuencia a la méxicoespañola o sea a la hispanoamericana. Erro ha logrado enlazarlas y hacer un integrador y constructivo nudo hispánico. Conoce, sabe, ve, oye, siente, piensa, habla y escribe: no es fácil que se junten, a igual altura, tan buenos verbos. Y todo presidido por una excepcional sobriedad, difícil cuando se manejan ideas políticas y sentimientos tradicionales.

Debe insistirse —también— en que Juana es México. No sin intención cambia su nombre, al entrar a la familia española, y se llama Luz. No sin significado el día que el niño se pierde en la oscuridad y los peligros del campo, es Luz quien lo busca y lo encuentra, y es Luz a quien se abraza, salvado. No sin trascendencia ocurre la muerte de Luz —que ha vuelto, en su agonía, al primitivo nombre de su chinampa—: "Quedó igual que si se hubiera quedado únicamente dormida; pero con los ojos abiertos... Cuando la encontraron al día siguiente, hallaron que tenía en la mano derecha, cerrada y muy endurecida,

un puñadito de tierra". De la tierra por la que habían peleado sus indios, de la tierra que dió la buena luz a los españoles que tenían ojos para ver. Y todo lo explica y corona la dedicatoria de *Los pies descalzos,* de estos desnudos y sufridos pies mexicanos: "A la memoria de Emiliano Zapata, una luz encendida en la oscuridad de nuestra historia".

No, no se exagera al insistir en que estamos ante una nobilísima obra de la revolución de México y de España.

UNA NUEVA GENERACION LITERARIA ARGENTINA (1940-1950)

Por *Romualdo BRUGHETTI*

Mi generación ha crecido y se ha formado en la contención del oficio de las letras. Ha debido renunciar a búsquedas lujosas, aun a expansiones propias de la edad en que se gusta sorprender o deslumbrar. Se ha alejado de rumbosos quehaceres, de esgrimas fanfarronas y leguleyas. Desde siempre ha sentido la profunda y desgarradora presencia de un hacer noble, de un creer humano, de un sentir ligado al destino de la criatura de la tierra como misión y como mensaje. Si en los tiempos de las brigadas "martinfierristas", los escritores jóvenes brindaban fuegos de artificio, risotadas o pullas, en nuestro tiempo de crisis, de guerras, de subversivas rehabilitaciones, lo natural de todos los días ha sido y es toparse con una catástrofe humana o moral, un desastre en el cual el hombre es reducido o disminuído y, en otro plano, una experiencia en que el mismo hombre castigado aspira desde el naufragio, la opresión o el delirio elevarse a dignidad de persona, vivir fiel a esa consigna alta y soñarla alguna vez predominante. ¿Cómo por tánto iba a permitirse este joven hombre, este sensible con vocación de novelista, de poeta o de ensayista, pensar en la literatura como un hecho frívolo o un mero hecho de dominio temporal? Sólo pensará en la literatura como una lección purgativa, con una vocación de penitente. Empezará a plantearse el problema de los fines y los medios, usos y abusos de las palabras. Comprenderá que los fines son de calidad ética y los medios un rigor que sobrepasa la persona para entroncarse con lo social: nuestros ejemplos, aquellos que nos alimentan el alma, son los creadores universales que fijan la dimensión de su obra desde el destierro o la soledad, la lucha o el sufrimiento. Qué lujos de cuanto pueda significar brillo, resplandor superficial y vano. Un sentir y sufrir en carne propia la insuficiencia de un arte y una literatura y la derrota del hombre en el plano nacional y el plano

mundial. Y la necesidad de partir de la materia original no como especulación intelectualista sino como ardor y paciencia existenciales. Entre el drama de la cultura y de la vida, ésta, con su acento inaplazable, le señalará el camino de un vía crucis hostigado por fariseos implacables a los cuales ofrece sus carnes laceradas en un anhelo de redención espiritual. No sé hasta qué punto el tono del espíritu se oyó en la generación neosensible de la etapa 1920-30, en los grupos de Boedo y Florida y otros brotes dentro del círculo edilicio de la urbe. Creo que el desparpajo de la técnica metaforil impidió apreciar la unidad total de vida y arte, que sólo con la madurez posterior de algunos escritores de esa generación habría de cobrar sentido orientador. El tremendo vendaval que se desató en los últimos lustros, en el que el hombre irrumpe con sus más y sus menos, señala al escritor de mi edad en lucha contra incontables enemigos que operan incluso dentro de sí mismos. Se ha desarrollado una literatura existencialista que tiende en exceso su mirada sobre la nadedad del ser humano, pero a la par una exigencia crítica en que se duda de las virtudes y las puras intenciones al extremo de no hallar más que maldiciones y muertes, son también al cabo, por contragolpe, unidad de visión de un hombre liberado de esclavitudes y monstruos para surgir a una nueva mística de la sinceridad, de la confesión y de la libertad, vislumbrada ésta en medio del estruendo de los desmoronamientos cotidianos. El señalar males, el denunciar equívocos, falsedades, abyecciones, horrores, ponzoñas, al término final de la búsqueda se articula el deseo ferviente de encontrar rutas más limpias y una atmósfera más despejada que permita respirar el aire de una humanidad ni suicida ni devoradora de su parcela reivindicante. Sabe que dispone de un país extendido y callado, casi mudo, porque aguarda aún las voces que habrán de poblarlo. Pero en este país del "todo está por hacerse", comprende que tantas y tantas cosas yacen en el olvido, o se han tergiversado, o se han perdido, o se han dilapidado como en la parábola del pródigo. Basta un rápido viaje a las afueras de Buenos Aires para comprobar cómo la miseria hinca el diente en humanidades en donde se queman los desperdicios y sobras del banquete pantagruélico de la metrópoli. Y a quien le es dado llegarse a las provincias —a Santiago, a los llanos, al Norte— verá un hombre argentino que es la suma de todas las restas con que el país había sido soñado, en tiempos de la emancipación y la organi-

zación nacional, en el cerebro de unos cuantos patriotas dotados para el sueño. La realidad se adentra en el escritor de mi época y esa realidad tiene un alcance que supera la letra de la literatura, o mejor, quiere llegar, sin facilidades, a la literatura a fin de buscar soluciones humanas y crear inédita historia. Lejos, por lo tanto, de todo conformismo, sólo cabe un *descontento*, pero un descontento no negativo sino creador. La esperanza no puede morir en corazones recién brotados a la vida: el conocimiento de las civilizaciones, las hazañas culturales de otros pueblos sirven de estímulo y emulación en el proceso incesante que nos hace *hombres*. Se quiere hallar una poética no que nos mire desde arriba sino que nos comprenda y trascienda. Una poética de esencias primordiales, de acento local pero de tono universal. Para ello tenemos el poema *Martín Fierro*; su autor supo en un idioma criollo hablar de la tierra criolla. Disponemos de *Facundo* y *Recuerdos de Provincia*: aquí el lenguaje del morador argentino, la cadencia, el rigor, la reciedumbre o la gracia natural se hermanan en una expresión fuerte, acentuadamente humana y combatiente. Fierro —el personaje de José Hernández— y Sarmiento, son mito y persona: ellos nos definen y aclaran la veta donde yace el metal de nuestras reservas incontaminadas. Y *Don Segundo Sombra*, es materia aprovechable en este proceso por el temple moral y sufrido de un hombre de la llanura, y su autor —Ricardo Güiraldes— en él sobrevive. En el grande y vasto planteo de la literatura de vanguardia, la que durante años cumple la trayectoria que va desde el ultraísmo al superrealismo y de éste al existencialismo, surgen a un tiempo mismo la corriente afirmativa de la calidad literaria —en la prosa y en el verso— y el bucear en la realidad de *todo* el hombre. O sea: por un lado la realidad y por otro la aventura de la poesía, ambas integradoras de persona humana sin fisuras. Esta es la tarea de escritores y poetas cuya sangre riega una noble porción de humanidad y que aspira a la belleza tanto como al hueso reluciente de la verdad. Una muchedumbre de criaturas, ligadas por un común denominador de inquietudes y aspiraciones, no ya reunidas aquí o allá alrededor de una revista o cenáculo, comparsa o hueco de sombras, sino centradas y ubicadas, sea cual fuere el lugar donde cada uno vive, frecuentando autores semejantes, dándose a problemas idénticos, sufriendo y gozando por un verso descubierto, una página bien escrita, una fuerza redescubierta y salvada de la destrucción y la

injusticia. Mi generación cuenta con ese subsuelo —de suma importancia— abonado de búsquedas afanosas en cuyo cultivo la creación puede nacer y prosperar. Es, por consiguiente, una generación que parte de concreciones y sueños. Y no son uno o dos nombres; son la infinita serie de jóvenes tocados por el aire iluminado y verdadero de una literatura que busca *fundarse* a sí misma y que halla en el pasado universal y en el pasado nacional al igual que en el presente y futuro su destino humano fecundante. Algunos de nosotros, bien podría hacer suya esta divisa de Sören Kierkegaard: "Muy atrás en mis recuerdos está el pensamiento de que en toda generación dos o tres son sacrificados en beneficio de los demás, dos o tres están destinados a descubrir, entre horrorosos sufrimientos, lo que favorece a los otros; y con tristeza comencé a conocerme a mí mismo cuando vi que yo estaba elegido para ello". La distinguen, pues, de la generación académica, escéptica o irónica de 1880 (Cané: "Juvenilia"), la separan de los eufemismos y las ostentaciones de las que anduvieron por la revista "Nosotros" y el periódico "Martín Fierro", y se entronca más bien con aquella de Echeverría, Sarmiento, Alberdi, Mitre y otros argentinos, que, en el destierro, fueron vislumbrando el hacer de nuevos días y la convivencia después de largas noches de insomnio y desastres. Con esto entiendo decir que mira a aquellos hombres como puntos de partida, como impulso, como camino, pero —oportuno es aclararlo— no siempre como sostén del caminante. Si se detiene en Rosas, denuncia el ataque a la libertad, la soberbia y el crimen entronizado, y comprende que nada vale la defensa de un territorio si no se combate simultáneamente desde adentro por las virtudes del hombre y su mundo de independencia moral. En lo que atañe a esa generación de 1837, la del *Dogma Socialista* y las *Bases*, tiene el absoluto convencimiento de que tampoco con el alarde literario y el ademán democrático en cuanto ademán y no control del espíritu, puede construirse un país en una etapa de su desarrollo histórico. La generación de 1837 al llegar directa o indirectamente a gobernar la nación que nos reúne, soltó las amarras: el país, con sus vías de comunicaciones, sus riquezas naturales, etc., pasó ávidamente a manos foráneas, y ésta es la contraparte que su energía generosa no pudo evitar. Posteriores generaciones de argentinos no hicieron más que continuar una trayectoria, sin, muchas veces, la nobleza de los fundadores. ¿Qué mayor nobleza —y grandeza moral—

que la de aquel culto general que se llamó José de San Martín, *fundador de libertad?* Sin embargo, la conciencia libertadora argentina —razón de la patria— no desaparece: hacia 1890 crece un despertar cívico que se exterioriza en una Revolución (Alem, etc.; Almafuerte escribió las acongojadas estrofas de "La sombra de la patria" en las que rebosa la esperanza de un alto destino, y la etapa de la crisis que provocó el movimiento se insinúa en la crónica novelesca de Martel: "La Bolsa"). Naturalmente, no deseo hacer política sino trazar un cuadro literario. En el plano de la lucha contra la dictadura, el relato y la novela encontraron en *El Matadero,* de Echeverría, una auténtica sugestión y en *Amalia,* de Mármol, un testimonio legítimo. La literatura argentina de los últimos diez años, la producida por hombres de mi generación —o mis coetáneos— en nada le es ajeno el hombre argentino integral y sus posibilidades reivindicadoras, la luz y la penumbra de las ciudades y el campo. Y sabe que una gran literatura nace sobre la aceptación de una tierra, de un lugar en el mundo, con sus pro y contra, sus trigos y abrojos, sus miserias y grandezas. Su ambición es, por tanto, de seguro linaje. La concreción real e ideal de un pueblo se siente palpitante en su literatura, en el creciente ir y venir en el páramo de la vida en la que se quiere dejar una verde brizna. Lo sublime ha sido creado por los escritores: los escritores son la tierra sobre la cual vive y desvive la especie humana en su voluntad de permanecer, de no morir. El destino de un país, su esencia, está escrita en ese tipo de literatura: llámese los Vedas, La Ilíada, La Biblia, La Divina Comedia, Hamlet, Los Hermanos Karamazov, La Comedia Humana, u Hojas de Hierba. Nada nace del aire: una continuidad, una tradición fundamenta aún la más innovadora obra artística y literaria. A mi generación resultan inolvidables nombres incorporados a los últimos veinte o veinticinco años a la literatura nacional: las presencias lúcidas de Borges, de Mallea, de Martínez Estrada. O, yendo a principios del siglo, los de Almafuerte y Lugones, o con posterioridad aquellos de Banchs, Fernández Moreno hasta Ricardo Molinari, sin olvidar a Roberto Arlt, y otros narradores, poetas o críticos, de Girondo a González Lanuza, de Canal Feijóo a Erro, de Luis Franco a Soto. La vanidad y el deleite de escribir han ido dejando paso a la necesidad inaplazable de expresión: una expresión que se quiere ardiente y total, no mera substracción sino suma de cultura e inspiración,

una especie de alianza de racionalismo y razón vital de la que hablara Ortega y Gasset. No se trata de olvidar antecedentes: se trata de buscar invariablemente en el pasado lo que ha quedado de fecundo, de substancial. Esta es, en definitiva, la tarea que cifra nuestro acontecer, acontecer de una generación que nace primeramente —según la cronología de nuestra edad— entre 1930 y 40, pero que a partir de 1940 logra su *eficacia*, y le alcanza la segunda guerra mundial, luego de los horripilantes crímenes fascistas, las agresiones reiteradas de los imperialismos en pugna, el fantasma actual de la atómica al par que las peripecias locales. Es indudable que, a esta generación, tócale actuar con la precedente, y temas y problemas de una y otra se entrelazan, se ensamblan y unen. No obstante, en el planteo que involucra hombre y poética, naturaleza y arte, encuentro muy razonadas experiencias que aquí deseo señalar: ellas equivalen a incuestionables avances.

II

En nuestro país se creyó durante años en una literatura providencialista. El uruguayo José Enrique Rodó, hace medio siglo, en *El que Vendrá*, fué el gestor de este pensamiento mesiánico. Se pensó en el genio, en el cerebro con "dos alas", en el "superhombre". Se soñó en un ser superior de origen americano, porque, cabe no olvidarlo, la exaltación del hombre en su grado hiperbólico es típico ingrediente del alma de nuestra América. De ahí los caudillos que las masas obedecen, vitorean y siguen. Pero, a esta altura, después de la caída de los jefes nazis y fascistas, todopoderosos en su hora y en sus respectivos países, como asimismo la irrupción de otros dictadores o tiranuelos de la que América es aún víctima, creer y esperar "el que vendrá" es ingenuo y absolutamente al margen de la realidad. Los procesos culturales son lentos y arduos, están construídos sobre una marcha obstinada y solidaria. No son únicamente anunciadores o adalides los que necesita una democracia auténtica: se necesitan seres dotados de integridad moral y coraje viril asentados sobre una firme base intelectual, para destruir las mil trampas que se levantan para oprobio y explotación del hombre. Y en lo que atañe a la literatura, una infinita serie de hombres que comprendan que su obra asume las características del combatiente —en grado extremo de la calidad espiritual—, y también

el señalar, distinguir y descubrir las intrincadas situaciones humanas, el rostro hundido en el llanto, el inefable canto de las cosas y los hechos aparentemente sin sentido: el denunciar, denunciar equívocos, falsedades, oprobios, define el carácter de la novela y de la crítica contemporáneas. Una generación literaria actual, contrariamente a la que treinta años atrás debía atenerse al juego malabar de una subversión que surgió en Europa sobre las cenizas de la primera guerra mundial, después de las experiencias brutales de los últimos lustros nos prueba que el valor artístico no puede separarse de la persona, hecho por el cual literatura, pensamiento y vida se ligan en una misma función esclarecedora y ordenadora de valores. De este modo, desde el ensayo *Radiografía de la Pampa,* publicada por Martínez Estrada, en 1933, hasta la novela *Los Enemigos del Alma,* de Mallea, en 1950, a la par que otras obras de estos escritores: del primero "Muerte y transfiguración de Martín Fierro", "Sarmiento" o "El mundo maravilloso de Hudson", y del segundo "Historia de una pasión argentina", "La bahía de silencio", "Todo verdor perecerá", "Fiesta en noviembre" hasta "La Torre", se fijan estrictas posiciones. A su vez, Borges, abre las posibilidades de una literatura fantástica, de exquisito gusto y riguroso lenguaje, que representa un avance muy importante sobre el repertorio de temas autóctonos. Son el ser del país y el ser del mundo que vienen a cruzarse y amalgamarse en un momento de nuestra expresión culta, con mutuas influencias e interdependencias, hecho por el cual nos enriquecemos con el planteo y en las soluciones. Comprendemos claramente que una obra es la suma de esfuerzos de penetración y análisis del alma y de la lengua finamente expresados, sinfónico y viviente movimiento en una tierra que ha de traer su matiz diferencial en la compleja vastedad y justeza de los creadores de otras tierras. En el inaplazable fenómeno temporal de los días, esta comprensión permite el paso del ultraísmo poético, chisporroteador y libre, a la zona de fuego en cuyas brasas ontológicas se debaten los sentimientos, las pasiones y las ideas de un pueblo. Nuestros paradigmas —rigurosamente cuidados— nos dicen que no es justo aludir a crisis o decadencia, estancamiento o retroceso. Por el contrario, nunca se ha encontrado un conjunto de escritores más sensibles y alertas en el juzgamiento de obras imaginativas y en el uso de una autocrítica severa. En el ambiente de mojigatería de una ciudad americana de hace algunos años,

una antología y crítica de la poesía —por el método de selección y el juicio ajeno a personas y banderías[1]—, se vió sometida a comentarios lamentables dictados por la rutina o los prejuicios coloniales antipoéticos y aliterarios, e incluso una entidad nacida en "defensa de la cultura y la libertad" se permitió el lujo suicida de lavarse las manos sin reconocer que un ataque a la libre crítica es tanto más insólito y grave si procede de sectores de izquierda... Mi pensamiento actual radica en creer que los escritores jóvenes del Río de la Plata, como de otras regiones del continente, disponen de un aparato receptivo suficientemente apto para juzgar sin complejos de inferioridad —ojalá no me equivoque— el espíritu de aventura que la obra literaria exige en la implícita conducta rectilínea que de ella emana.

III

La literatura argentina invariablemente se ha bifurcado en dos direcciones: en una tendencia combatiente y una avanzada autobiográfica, descriptiva y crítica. Inevitablemente surge la lucha con el medio, ese combate con la nada y el todo, con la nada metafísica y el todo geográfico y humano, el orbe circundante. Es, por tanto, una literatura de sensibles narradores, de quienes al examinarse a sí mismos crean personajes que viven y andan: desde "Los recuerdos de provincia" a los libros de Guillermo Enrique Hudson (argentino de nacimiento aunque escritor de lengua inglesa), de las "Memorias" de J. M. Paz a "Una excursión a los indios ranqueles" de Lucio Mansilla, de "Don Segundo Sombra" a la viviente "Historia de una pasión argentina", sin olvidar "Cuadernos de Infancia", de Norah Lange. Ese sentimiento natural que osa penetrar vidas, sucesos del alma, ideas, paisajes, una especie de literatura del recuerdo tocada de nostalgia y de amor que busca obstinadamente el futuro, son un rasgo típico en un país en el que la dispersión y las distancias, la falta de cohesión humana y artística, la soledad, persiguen en la secreta sombra la luz de una posible comunión. A la vez, Echeverría acertó en "El Matadero" a darnos un fuerte documento acerca de la oprobiosa época rosista al igual que

[1] Del autor: *18 Poetas del Uruguay,* Ediciones de la Sociedad Amigos del libro Rioplatense. Buenos Aires-Montevideo, 1937.

"Facundo", "Martín Fierro", o "Radiografía de la pampa", frente a otras circunstancias, etapas vivas en el proceso de quienes —escritores— ven la realidad y esa realidad asume carácter de transfiguración crítica o poética en su dimensión concreta e imaginaria.

Ningún libro en las dos últimas décadas más incisivo y denunciador de los males que nos afligen que la *Radiografía,* de Martínez Estrada, pero por eso mismo provechoso y estimulante en el plano de una acción revisora y constructiva. Así, la *Historia,* de Mallea, de tono más levantado y ardiente, verdadero examen de conciencia nacional fundada en las creencias más puras. Y, en otra avanzada, la ventana por la cual Borges gusta asomarse a un patio criollo, o Molinari entonar en el descampado una oda a un viejo río, viene a retomar la inspiración con que Hernández narra poéticamente la payada de Fierro con el Moreno sobre temas abstractos, reales y fantásticos —como lo son la existencia, la tierra, el cielo, el mar, la noche, el amor, la cantidad, el tiempo ("El tiempo sólo es tardanza-de lo que está por venir") en la que se canta "por la fama-sino para buscar consuelo". No en vano, Borges, aguza el oído para captar las voces de ese gran poema de la llanura argentina, la ética de Almafuerte, o los versos de Carriego dedicados a los suburbios porteños del Palermo de la época del centenario de la Revolución de Mayo; y se introduce en los complejos mundos de Kafka, Poe, Melville, James, Joyce, las primitivas literaturas germánicas, los libros de la India y la China, o la Kábala. La literatura fantástica, del cual él es excelente morador en narraciones perfectamente controladas, ensancha el campo de nuestra literatura de ficción. Buscamos lo nacional, pero nuestro impulso nos lleva a lo universal. Esta es una virtud arraigada en el nuevo escritor argentino.

Ciertas gentes creen que la existencia de una generación debe ostentar los caracteres de una exteriorización abierta y directa. Piensan en un equipo que se presenta como la cohesión de los cinco dedos cerrados en un puño dispuesto a ofrecer su juego o pelea. Esto pudo ocurrir en momentos más propicios para la literatura del país, no en un clima de proyecciones extraliterarias y en el cual otras urgencias exigen a un sensible acumular materiales con una esperanza menos inmediata. ¿Qué se busca, qué se quiere? ¿Se quiere una generación política capaz de conspiraciones y sacrificios, capaz de ofrecer a la patria una

solución a los problemas que la fatigan en el orden interno y buscando el aliento federativo mundial para su futuro?

Esta generación —más que las generaciones *físicas* importan las *espirituales*— entiende bien qué es política, mas aspira hacer de la política una ética sin lo cual no hay política verdadera. Se trata de una generación sufrida y abismada con planteos y desgarramientos, lejos de efusiones psicológicas, y existe como núcleo de unidad en el plano de las ideas puras, de la creación novelística o poética, sin descuidar —repito— las aristas de lo real. Pero debe vivir aún oscurecida a la sombra compleja de hechos mezquinos, escondida o agazapada en medio de tanto atuendo, ademanes y falsas proclamas. Es patrimonio del escritor o el poeta abismarse en mundos del alma individual y colectiva a fin de desenvolver la madeja fina de los intrincados tormentos y sueños, los afanes, las luchas, las tenacidades o los quebrantos de una vida que al abrirse a la realidad choca con el medio —si le es desfavorable— y se retrae o afila sus armas en el aire perplejo de los días. El orbe de la infancia y de la adolescencia en el que se proyectan incontables escenarios, aventuras, milagros y en el cual el asombro, la maravilla, el sentimiento atienden sólo la pureza y la lealtad hacia su propio orden emocional y prístino, ese orden del corazón y de los ojos limpios bajo el resplandor de la memoria de las horas de tibieza y beldad creativas, este mundo puro tiene un testimonio primoroso en un extenso relato de Vicente Barbieri: *El Río Distante,* 1944. José María y otros seres que pueblan el libro con encendidas y delicadas fisonomías, son criaturas que habitan en tierras sin aliño, elementos del paisaje y presencias familiares. El conjunto aduce una verdad poética ya señalada en la sola mención de ese "río distante" y nos aporta vibraciones sutiles, válidas enumeraciones intuitivas y reales, como en aquel otro personaje niño que animara Alain Fournier en "El gran Maulnes".

La literatura es un hondo proceso del ser, un instrumento de investigación que penetra en nuestra intimidad alcanzando las más leves intuiciones. Se adentra en los latidos sensibles del corazón y baja por sus hilos secretos hasta las ocultas raíces de pasiones vencidas o dominadas, ascendiendo en un rapto esclarecedor a la autenticidad de nuestras vivencias. El doble juego ardiente del amor y el odio, las prevenciones, los naturales impulsos, lo complejo que subyace en nosotros, halla su expresión por conducto del escritor. Mi generación ha trabajado

firmemente sobre este sondeo que a cada uno como ser vivo nos comprende y trasciende.

Las preocupaciones de la adolescencia y el desembocar en la juventud son, para escritores de mi edad, un denso instrumento de penetración en zonas de la persona en la que los factores de ambiente y las irreprimibles vocaciones e impulsos tejen y destejen en la cambiante gama de las ideas y las pasiones.

Silverio Boj (W. G. Weyland) muestra en *Aspero Intermedio* (1941) esa lucha tenaz del adolescente que combate con sus sueños en un medio familiar y social que lo rechaza en sus aspiraciones e ideales. Raúl, con sus dieciséis años, esgrime un trazado de angustias y entusiasmos, soledades y anhelos hacia la comunión juvenil y el amor. Y el novelista es fiel a ese desarrollo de alma en el cual los episodios y las circunstancias lo llevarán a buscar su propio modo de liberación y de vida independiente.

Hacia 1940, otra novela *Es difícil empezar a vivir,* de Bernardo Verbitsky, plantea en términos más vastos la actitud de un hombre joven frente a los acontecimientos mundiales y locales. Pablo es periodista y estudiante y el mundo de los hechos le entra por los ojos y lo llevan a discutir con los jóvenes que le rodean, internándose en disquisiciones acerca de la sociedad y las formas de vida de su tiempo. En extensos diálogos y monólogos, el personaje de esta novela irrumpe en un ambiente argentino —el de Buenos Aires, hacia 1930, etapa de la asonada conservadora uriburista. Temperamento reservado y solitario, Pablo va soltándose hacia la corriente que le arrastra llevándole no a lo estable sino a lo para siempre inseguro y problemático.

Dentro de este clima de introspecciones y afanes, Roger Pla escribió *Los Robinsones* (1946). Esta novela de 500 páginas, también de diálogos y monólogos, cuadros de ambiente, de época, una minuciosa crónica que abarca seis meses de vida del protagonista (julio 1936-febrero 1937) hacia el que convergen otros tres hombres —los cuatro *robinsones*— y seis mujeres jóvenes, roza problemas típicos que ocupara a mi generación hasta el desgarramiento y la desesperanza. Una búsqueda de la sinceridad, de la verdad en pugna con la realidad-mundo y la realidad local pequeño-burguesa, un hurgar en el pensamiento contenido en los libros y en la vida, el amor con

su atractiva lumbre de felicidad, y la libertad, y un deseo de crecer, *crecer,* hacia una existencia digna del hombre sobre la tierra. Uno de los personajes de la novela concluye con esta reflexión a modo autobiográfico. "Yo, cuando me he buscado a mí mismo, me he encontrado en la humanidad". He ahí la hazaña, verbal al menos, de esos Robinsones.

En los años de estos minuciosos planteos en el espíritu de la hora y su arista individual y colectiva, Juan Carlos Onetti trae su amarga experiencia en *El Pozo* (diciembre 1939), relato de un lirismo frenético en una atmósfera de pesadilla, sentimientos desencontrados y opacos, en el cual el protagonista no halla sino confusión, falsedad y rencores, y ese *pozo,* o la noche... "Voy a tirarme en la cama —concluye—, enfriado, muerto de cansancio, buscando dormirme antes de que llegue la mañana, sin fuerzas ya para esperar el cuerpo húmedo de la muchacha en la vieja cabaña de troncos".

En los libros de Boj, de Verbitsky, de Pla —cuyo valor literario estricto no corresponde delimitar ahora—, los personajes están ligados o agitados por alguna alentadora presencia femenina, pero —en Onetti— se ha superado ya el clima de ciertos puros y solitarios que viven de sus propias lucubraciones y estímulos irreales para penetrar en una atmósfera cerrada de tipo existencial —como en "El Muro", de Sartre— en el que no hay probabilidad de salida. No obstante, la salida de ese caos o de ese pozo, por momentos se concentra en *El Túnel* (1948), de Ernesto Sábato. El pintor Juan Pablo Castel ha pintado una ventanita a través de la cual se ve el cielo. En un sorprendente clima de pesadilla, locura y misterio, en el que el novelista penetra con su análisis despiadadamente agudo de sentimientos e intenciones que dan categoría a esta obra excepcional en nuestro medio, ha sido creada la trama de "El Túnel", que ha hecho decir a Graham Greene: "No puedo decir que lo haya leído con placer, pero sí con absoluta absorción". Sábato plantea un problema ético al cabo de la novela —la absoluta autenticidad de sentimientos—, cuya primera contradicción es el mismo personaje que aspira a esa lealtad y pureza ejemplares sin practicarlas enteramente. Pero es natural esta doble posición del escritor: él ha concebido una novela con un extraño tipo humano, tal vez sobradamente humano, no un abstracto tratado. (Este libro ha sido ya vertido al inglés, francés y sueco).

En las novelas de Onetti —*Tierra de nadie* (1941), *Para esta noche* (1943), y *La vida breve* (1950— vive un denso novelista captador de desnudas pasiones en torvos ambientes de tinieblas muy propios de nuestro desdichado tiempo. Y, así, en José Bianco —*Las ratas* (1944)— en la que se cruzan, en una trabajada prosa, el equívoco, la perversión, el odio, el histerismo, y la envidia y la muerte. Bianco penetra en esta atmósfera de equívocos y pasiones maceradas, y sabe contar con tacto y finura. Considero valiosa esta aptitud del escritor: ella define la actitud del novelista. Estamos aprendiendo el arte de ser escritores, o sea el de serlo con dignidad literaria. En este plano, *El muro de mármol,* de Estela Canto, es otra prueba. Estas novelas son procesos de conocimiento de un sector lastimoso de nuestra sociedad. Una inteligencia lúcida preside esa desnudez.

El ambiente social de mi generación, del que se dispone como instrumento de trabajo investigador, está erizado de dificultades para la obra creadora. La existencia del escritor en la Argentina es ardua. Incluso la publicación de libros se hace duro: atrás quedó la euforia de las editoriales, los libros están hoy como embotellados por ese intruso hallazgo de las divisas que obstaculiza la libertad y tiende a una letal retroactividad. Pero si el clima social y político y la lucha por la existencia son harto dificultosas para un escritor que dispone sólo de sus fuerzas libres, el clima intelectual es relativamente favorable. Me refiero a lo siguiente: Un escritor ha tenido en los últimos diez o quince años y tiene a su alcance el infinito repertorio de la gran literatura universal, en correctas traducciones de sello nacional o mexicano. Esto señala un ambiente de cultura y evolución propicia que no era dable encontrar veinte o treinta años atrás. De esta posibilidad de lecturas, de textos antes muchas veces inhallables, el escritor argentino asimiló la experiencia europea y norteamericana en la novelística, el ensayo y la poesía, y al par el mundo de las ideas filosóficas, políticas y económicas: un orbe indivisible. En la Argentina, escritores de mi generación, o cuyas obras aparecen en el período que nos concierne, han publicado, por ejemplo, notables ensayos sobre Franz Kafka: Carmen Gándara escribió *Kafka o el pájaro y la jaula* (1943) y Mario A. Lancelotti *El universo de Kafka* (1950). Las revistas y periódicos literarios: Sur, Realidad, Cabalgata, Correo Literario, Verbum, Latitud, Reu-

nión, Expresión, Nueva Gaceta, Canto, Huella, Verde Memoria, Conducta, Laurel, Los Anales de Buenos Aires, Espiga, Sed, Madi, Contemporánea, Poesía Buenos Aires, Ciclo, Caballo de fuego, Reseña, Contrapunto, Disco, Cuadernos de la Costa, Oeste, Poética, La Carpa, Angulo, Sauce, Cántico, Cosmorama, etc., como también el suplemento dominical de "La Nación", y otras hojas juveniles, la mayor parte extinguidas, promovieron o promueven aún una intensa indagación y movimiento de ideas en el plano estético y en el plano social, que abarcan una teoría que asciende de lo técnico a lo ético y de la expresión al arte. Entre los ensayistas y críticos de mi promoción —aunque de edades distintas y variables— trabajan espíritus singularmente agudos: Enrique Anderson Imbert: *Tres novelas de Payró con pícaros en tres miras* (1942), *Ibsen y su tiempo* (1946), o el estudio sobre *Montalvo* y su prosa (1949); Sábato: *Uno y el universo* (1945); Alberto M. Salas: *Las armas de la conquista* (1950); Patricio Canto, el crítico y cuentista Julio Cortázar, el ensayista y poeta H. A. Murena, A. Sánchez Riva, A. J. Weiss, C. Rosales, B. Uribe, J. C. Ghiano, Frida Schulz de Mantovani, P. Larralde, Revol, Devoto, C. Fernández Moreno, Amaro Villanueva, D. J. Vogelman (traductor de Kafka), A. M. Olivera (traductor de Eliot), al igual que Dardo Cúneo *(Sarmiento y Unamuno,* 1948), o Héctor P. Agosti *(Ingenieros, ciudadano de la juventud,* 1945, y otros esbozos críticos en los que funda su materialismo dialéctico). Todos ellos aducen planteos nacionales, americanos y universales acerca de la literatura y las ideas, fijando un panorama intelectual apto para el análisis y el juicio certero. Un hombre vivo, ardiente en la historia, en el arte y en la actualidad emerge de muchas páginas bien logradas. Por lo demás, estamos llegando a lo que Borges pedía en una carta que me enviara en 1941 a propósito de una encuesta contenida en mi libro *Descontento creador* (1943) . . ."buenos interlocutores —hombres que aprecien los complejos fracasos y las delicadas victorias que hay en toda página bien escrita".

Al efecto, destaco virtudes de algunos de nuestros ensayistas. Celebro el espíritu zahorí evidente en Anderson, de escritura elástica, polémica, lírica. Admiro en Sábato su criticismo viviente, su ironía, su disconformismo, su pasión de verdad. Veo a Cortázar, Weiss y otros críticos sin más compromisos que la propia materia literaria que tratan. Y entre los

más jóvenes, entre los más recientes, Murena ocupa un primer plano de consideración. Se lo siente preocupado por una más leal condición crítica argentina y americana, e importa en el escritor su calidad humana en el juzgamiento del hecho literario, su fe reflexiva en el hallazgo de nuestra palabra todavía no cabalmente articulada en un preciso destino cultural. Sólo que no creo —como él postula— en una total ruptura con el mundo europeo de occidente para el surgimiento legítimo de nuestras propias formas creativas; concibo más bien una ruptura y una inmediata creación de continuidad expurgada de lo convencional y efímero que todo proceso artístico o literario acumula sobre la marcha.

Hago referencia a ese clima mental por cuanto la doble corriente de la literatura de la que son actores los jóvenes de mi tiempo u otros escritores cuya saliente labor abarca la década del 40 al 50, tiende en sus enfoques y discriminaciones a captar una superior realidad regional y mundial. Durante años hubo en el país un divorcio entre el espíritu y la tierra. El argentino culto prefirió mundos más afinados que los de su suelo semisalvaje, inexplorado o entregado por años al olvido. Sin embargo, la gran corriente de la literatura nacional, en el decurso del siglo XIX, había sido de búsqueda y exploración de lo propio, ya tratando de encontrar la norma social que rigiera la convivencia de los hombres, o la expresión literaria que enriqueciera el ámbito de una realidad por la que se honrará nuestra voz en el tiempo. La lucha ha sido en un primer instante hacia el espacio y la urgencia por poblar ese espacio, ordenando las relaciones ciudadanas y rurales, desde *La presentación de los hacendados,* de Mariano Moreno al *Dogma* y las *Bases* hasta los escritos de Sarmiento, Hernández, o *Lamentaciones,* de Almafuerte, en quien asume primordialidad lo ético. La nueva generación— la que surge a las letras hacia el fin del período modernista de Lugones— nos da por conducto del meditabundo novelista Mallea una exacta medida de nuestra calidad *distintiva* en el ámbito de la vida y la literatura.[2] Esta redescubierta ruta de nuestra probable universalidad —sin resabios indigenistas— resulta harto sindicadora. Así, Carmen Gándara, en el relato *La Habitada* (1947), evidencia, en una prosa despojada de pintoresquismos, una prosa clara y poética, el alcance de

[2] Véase *Eduardo Mallea y la nueva expresión argentina,* en "Cuadernos Americanos", núm. 2, marzo-abril, 1946.

aquel alejamiento al que aludí. Un joven de 28 años, un expatriado, vuelve al país y a medida que se interna en el paisaje de su suelo natal, recuperando bellezas presentes y recuerdos acumulados por manos afectivas, adquiere en el relato dimensión de persona. Ningún testimonio más significativo podía haber dado más sucintamente ese desgarramiento de la evasión hacia el reencuentro. Y en la peripecia de esta *aceptación* de la propia tierra, nada más contundente que *Lago Argentino* (1946), de Juan Goyanarte. "Esta es la historia de Martín Arteche, un capítulo de la lucha del hombre contra la naturaleza, en el sur del país", escribió en el prólogo Martínez Estrada. Un vasto y ajustado panorama, con sus hombres y naturaleza bravía emerge de esta novela. El protagonista es la tierra austral y la gran tormenta que ella provoca en las almas cernidas de violencia, desesperación y aniquilamiento en el dominio de un espacio inmemorial al que el hombre va dominando y venciendo con su obstinada voluntad. En esta dirección que prefigura "Lago Argentino", esgrimen su tono peculiar localizado: *Los isleros,* de Ernesto L. Castro, *El río oscuro,* de Alfredo Varela, *El gran Chaco,* de Raúl Larra, vastos frisos éstos de una tremenda realidad en el cuerpo dolorido de la República. Manuel Mújica Láinez, en cambio, prefiere evocar imágenes de una sociedad argentina que viene despegándose desde el pasado colonial hasta nuestros días a través de un solar de la ribera norte de Buenos Aires simbólicamente exaltado en *Aquí vivieron* (1949).

Junto a estas realidades del país —ya de la Patagonia o el Delta, la selva o los ríos interiores, la metrópoli o el campo rudo, con sus gentes sometidas a fracasos y triunfos como en toda vida de un hombre de carne y hueso—, va arraigándose una novelística argentina o su factibilidad. Dentro de esta vasta materia, dentro de esta informe substancia, con aportaciones diferentes, trabajan: Estela Canto —en la que convergen una alusión argentina y una invención fantástica: *El retrato y la imagen,* 1950; Silvina Ocampo en *Autobiografía de Irene;* Silvina Bullrich con argumentos fantásticos en *La redoma del primer ángel* y *Tercera versión;* Abelardo Arias, desde la tierra cuyana de *Alamos talados* a *La vara de fuego,* de radicación porteña. Y así B. Verbitsky, Miguel Angel Speroni, Carlos Ruiz Daudet, Isidoro Sagüés, Alejandro Magrassi, Torres Fernández, Luis Horacio Velázquez, Andrés Rodríguez.

Y al par de estas convergentes preocupaciones argentinas, a un tiempo mismo dejando de lado la psicología y los caracteres que definen protagonistas y escenas, nuestra inquietud literaria se condensa en las aportaciones de la novela de aventura —escrita con imaginación desprejuiciada y alerta— en la que ocupa un lugar considerable *La invención de Morel* (1940), de Adolfo Bioy Casares. "He discutido con su autor —dice Borges— los pormenores de su trama, la he releído; no me parece una imprecisión o una hipérbole calificarla de perfecta". Dentro de esta orientación, afirmándose en esa corriente, Alfredo Pipping escribió *Isla* (1948) y Julio Ellena de la Sota concitó la airosa prosa de su *Narciso* (1949). El cuentista Héctor René Lafleur ha escrito que "lo imaginativo siempre nos ha causado a nosotros los argentinos un poco de miedo". La reacción salta hoy felizmente a la vista y la señal manifiesta la constituyen los valiosos cuentos de *Las pruebas del caos* (1946), de Anderson Imbert. Aun la novela acusadamente fantástica y policial dispone de un frecuentador sagaz: Manuel Peyrou, autor de *La espada dormida* (1944) y *El estruendo de las rosas* (1949).

IV

PERO ese convergente clima de realidad y aventura se enfrenta en su dimensión más sutil en nuestros poetas. La poesía argentina actual aparece enriquecida por múltiples voces y su ámbito cultural es quizás el más tenso en las buscas de mi generación. Esta poesía muestra el rostro estético del país y se adelanta en *Piedra Infinita* (1942), Jorge Enrique Ramponi, en *Corazón del Oeste* (1941), de Vicente Barbieri, en *Enumeración de la patria* (1942), de Silvina Ocampo, en *Pasiones terrestres* (1946), de Enrique Molina, en *Después del olvido* y *El Sur y la esperanza* (1946), de César Rosales, en *El hombre, el mineral y el caballo,* de Juan Ferreyra Basso, y en otros creadores de Córdoba, el Norte, Buenos Aires, Cuyo, el Litoral, que forman una singular guirnalda de voces. Una poesía de inspiración humana y aliento misterioso, con imágenes intensas, desgarradas o soñadoras, aducen diversamente Juan L. Ortiz, Arturo

Horacio Ghida, V. Barbieri, E. Molina, J. R. Wilcock, A. Girri, E. Lozano, y otros poetas.[8]

Pero ¿de qué modo se busca la fisonomía de la tierra nacional? La masa pétrea de los Andes arranca a Ramponi esencias vertidas a pura imagen poética de severos espacios y tiempo metafísico, rigor de la expresión que busca su justeza en una transfiguración de soledades, como quien aguarda el secreto milagro de lo sin fin.

Un cansancio de las palabras usadas y un abandono de tantas trivialidades que se abren a flor de piel en versificadores de entonación folklórica o anecdótica, un ardor que persigue calidades de dramática pasión contenida, llevan a Molina a cantar una tierra, urgido por su llamado, "donde nada es más cruel que" *su* "propia belleza".

La luz transparente de la estrofa cadenciosa, el aliento lírico de una residencia bajo los cielos encendidos de júbilo y de melancolía que sueña, de ritmos sosegados y nostálgicos, viven en poemas de Barbieri, como "Balada del Río Salado", río de su niñez en la llanura del oeste argentino. El dibujo ornamental de sierras y pampas, ciudades y quintas, ríos y pueblos se agrupan en el ancho verso descriptivo y plástico de Silvina.

Una imaginación vigilada, un alzar las cosas humildes hasta tallarlas en luminosas facetas, y el todo "sometido a un designio inmutable", vigoriza la voz exaltadora de Rosales. "Si para mí poesía es comunicación —le dijo en carta fraterna a propósito de "El sur y la esperanza" el poeta Vicente Aleixandre—, su libro traduce la vida inmediata, la realidad (tremenda palabra que abarca el hombre y a todo su halo)".

¡El hombre y *todo su halo!* No otro es el mensaje de la nueva poesía de mi país. Mas daré un ejemplo aún: la poesía de Girri, verbigracia, se despoja voluntariamente de formas sentimentales con un tono paradojal y aparentemente desaprensivo o cínico, sereno y lúcido ante lo efímero. Esta expresión, circundada por los peligros de inevitables prosaísmos, soslaya direcciones antes no frecuentadas.

---

[8] Existen dos Antologías: *Diez poetas jóvenes,* por H. J. Becco y O. Svanascini; *Poesía argentina,* por D. Martínez (1940-49), la que reúne versos de 42 poetas, y también: *Muestra Colectiva de Poemas* (Tucumán, 1944); *Colección de Poetas Jóvenes de la Provincia de Buenos Aires (la Plata);* etcétera.

Y bien; los poetas eminentes gustados en nuestro tiempo, de Baudelaire a Rimbaud, de Mallarmé a Valery, por un costado, y, por otro, los simbolistas ingleses hasta Eliot, o Rilke, en su mundo de soledad y sueños, sin olvidar a Poe, Whitman, Lee Masters, Neruda, o Apollinaire, Eluard, Ungaretti, los españoles modernos, ejercen influencias valederas. Entiendo que existe asimismo un agudo fervor nostálgico de Grecia, quizás a través de Hölderlin, y de Oriente, de latinos y clásicos, que dan origen a una expresión directa que bucea en lo hondo en poemas recientes, especialmente los contenidos en la Antología "Poetas del Río" que hizo para "Verbum", en 1948, Carlos Mastronardi.

Deseo aclarar alcances: Hubo un tiempo en que la poesía argentina respondía a románticos deliquios, conturbados modernismos, o exaltados afanes inconexos e insustanciales, pero por conducto de la generación que nos precede, en los poemas de Molinari y su pasión creacional, y a veces en Borges, Marechal, Mastronardi, Girondo o González Lanuza, para mencionar poetas más libres en la técnica, sin olvidar las versificaciones de Bernárdez, Nalé Roxlo y otros de inclinaciones más tradicionales, ha ido formándose conciencia que, para la poesía, son dominantes las calidades del alma y el lenguaje sin cuyo rigor no hay poema verdadero. Por primera vez en la historia de la poesía nacional, se aspira por la *palabra* a una exigente certidumbre con implacable afinamiento vivo en cada verso como disciplina de jerarquía mental y emocional, linaje de la expresión escrita que sólo sabe de lo estrictamente poético o de lo explicado poéticamente. Esta comprensión es *ya* tradición nueva en nuestra poesía.

Por esta singular aptitud de entendimiento, entran en esta poesía una concepción tajante y segura: ella es insustituíble a sí misma, hecho que acalla las discusiones y las polémicas como aquella que hace años recalcaba su acento sobre lo meramente social. Un gran poema es una rara unidad de grandeza humana e innovación técnica, de inspiración poética y proyección solidaria. Los grandes poemas aunan el ardor de un momento confesional, histórico y le infunden un soplo al par natural y sobrenatural que los trasciende, alcanzando por arriba de las puras minorías creadoras una dimensión múltiple que se recupera con el uso. Los más recientes poetas han podido vislumbrar así poemas en donde la densidad de la substancia manejada

adquiere seducción y profundidad. En sus años (1854-1917), Pedro B. Palacios (Almafuerte) tuvo que manejar una poesía a la vez humana y abstracta mediante una retórica de la que en vano trató de salir con su individualidad audazmente contradictoria, violenta y sincera. He aquí un grave peligro que considero oportuno denunciar: otra no menos lamentable retórica —la socorrida retórica vanguardista de la repetición, la copia o la imitación a modelos foráneos— pesa sobre nuestra generación y, en este punto, tendrá que librar una fiera lucha en defensa de su libertad contra males literarios que pueden resultarnos fatales. Traigo el ejemplo del poeta de *El Misionero* porque entiendo que hoy puede ser comprendida su experiencia en totalidad: la de intentar una poesía —caso único en el país— sostenida sobre la profunda raíz humana del hombre. Almafuerte olvidó el paisaje natal pero no la estirpe profética de un pueblo de levadura americana y por tanto tan antigua como la voz de Job y de Jesús y tan nueva como la miseria de su "chusma sagrada". Su poesía resultó de una intensidad existencial sin parangón en nuestro medio, salvada por la condición moral del hombre. Sólo que el problema es más arduo *ahora* y en ello va implícita la *calidad* del lenguaje, la calidad literaria y estética que Almafuerte no cuidó o desdeñó en sus versos.

Creo, por estas razones, que la poesía argentina se encuentra en una alta tensión de sangre y nervios, de ideas y realidades, como difícilmente se ha presentado otro instante más propicio en nuestra memoria operante. Cierra un ciclo y abre —en la integridad del país, en la dimensión del esperanzado Nuevo Mundo— la probabilidad de una auténtica expresión unitiva. Pero tendrá que abandonar toda solución de facilidad e internarse en sí misma —en su mundo delirante, apasionado, misterioso y preciso— sin descuidar la realidad geográfica y la realidad sensible de una tierra que alentará voces dramáticas y libres en el tiempo por venir.

Esto es, a mi modo de ver y de sentir, la aportación que deberá hacerse coherente en un grupo de conciencias que aspiran a vivir en comunión con quienes han sostenido, con probidad y elevadas miras, la intuición creadora en un continente donde la libertad de soñar y escribir habrá de imperar por sobre el fragor de días neblinosos y opacos. Este desafío deberá afirmarse en la voz articulada de una generación que da pruebas

con su conducta de la naturaleza ética y estética de su existencia. No de otro modo se funda la pasión que erige nuevas formas de vida y nuevas expresiones literarias. Un destino humano se hace literatura, ésta se vuelve existencia y la existencia vida que clama por una autenticidad que ha de abatir endiabladas traiciones. No en vano la poesía ha sido y es la concreción más pura del hombre sufriente y creador.

V

En este cuadro en donde luces y sombras pugnan entre sí, un cuadro de búsquedas, de preocupaciones, de esperanzas, de concretas realidades, ha sido mi propósito no cargar las tintas sobre las partes sombrías sino más bien cercar la luz a semejanza de un primitivo pintor sienés de principios del siglo XIV en el que drama y lirismo se unen en idéntica proporción. La luz reposada de un Duccio de Buoninsegna, por ejemplo, habría de ser superada por la bullente humanidad de un Giotto, un Masaccio, un Miguel Angel, un Tintoretto, un Greco o un Rembrandt hacia la modernidad de nuestros días. Son éstos grandes constructores de cuadros en los cuales el hombre emerge de sus sueños superhumanos y señorea, ya en las angustias del misterio o las exaltaciones sublimes de su gloria. Pero permanezco por el momento fiel a aquella luz precursora del maestro sienés, luz aún indistinta en el paso de la Edad Media al Renacimiento, como la de nuestra Argentina en la bucear en la vida y la expresión por el arte.

Duccio pintó la temática de la época, la Virgen en su trono rodeada de santos y ángeles, sobre un fondo de oro, y la llamó *La Maestà* —La Majestad. En ese trono —para nosotros un marco inmenso con espacios y silencios surcados de truenos y relámpagos—, ubico hoy la menos seráfica figura de la libertad: la tan perseguida, vilipendiada, buscada libertad. Sin libertad no existe arte, ni literatura, ni vida. Este es el sentido primordial de este *primer cuadro* que en sus líneas principales he intentado dibujar; ésta es la alegoría que fundamenta las creaciones del espíritu argentino.

MARIANO AZUELA Y LO MEXICANO

Por *J. M. GONZALEZ DE MENDOZA*

DEMOSTRAR que las novelas de Mariano Azuela son muy mexicanas parece a primera vista algo así como "descubrir el Mediterráneo". Mas, sentada esa evidencia, no huelga examinar por qué lo son, qué aspectos de lo mexicano reflejan. Ya se le pusieron reparos al gran escritor, ya se dijo que sus novelas no son revolucionarias, aunque algunas tengan por asunto episodios de la Revolución y por ambiente su "clima". De otras se afirmó que sólo muestran "la mitad de la verdad" —y él replicó: sólo una faceta de las mil y mil de la verdad—. No será fácil, pues, que todos nos pongamos de acuerdo sobre el valor de testimonio que poseen. Intentemos, no obstante, fijar varios hitos.

Lo referido por el novelista es siempre traslado de la realidad en cuanto al escenario y a los personajes, e invención en lo atañedero a la trama. Con una excepción: en *Mala yerba* también la trama es trasunto de lo real; descubrir la fuente será tarea de los eruditos; acaso la autobiografía inédita aclare ese enigma y, para las demás obras, haga ver en qué proporciones trabajó la imaginación y dió materiales la experiencia. Pero no alterará tal información la firmeza del primer hito: al través de lo que escribe, Azuela ve a México; "tira por tabla", valga la expresión. Como a Unamuno España, a él le dolía México en lo más entrañable del ser. Y no sólo el de hoy, también el de antaño; lo demuestran los estudios que tituló *Precursores* y, en cierto modo, las biografías de sus ilustres conterráneos don Pedro Moreno y el P. Agustín Rivera.

El hecho capital de su vida fué su incorporación al movimiento que transformaría la estructura política, social y económica de nuestro país. Ya había mostrado los males consecutivos a la dependencia económica de la mujer, en *María Luisa* y en *Sin amor;* en *Los fracasados,* cómo la ruindad de ciertas vidas apaga en torno suyo toda llama de ideal. *Mala yerba* era la

pintura de la hacienda y del peón, opresora aquélla, sin esperanzas éste. Pero con *Andrés Pérez, maderista* inició sus *Cuadros y escenas de la Revolución Mexicana.* Aspiraba el novelista a describir, mediante personajes representativos, aspectos de la transformación que ante sus ojos se iba efectuando. Pronto lo arrebataría el huracán. Vivió la dura vida de los campamentos, vió a los guerrilleros, vió a los advenedizos y a los parásitos que, pescadores en río revuelto, tendieron las redes y echaron los anzuelos. Y el vendaval le arrojó al exilio. En El Paso escribió y publicó su sexto libro, su primera obra maestra: *Los de abajo,* fruto de su talento de escritor ya maduro y de su amarga experiencia de hombre de buena fe herido por la áspera realidad. La novela de acción revolucionaria nació así en nuestras letras.

No tardó Azuela en advertir que si bien la tempestuosa mudanza había eliminado viejos males del organismo nacional, producía otros, igualmente nocivos, en ciertos casos mera adaptación de los anteriores a las nuevas circunstancias. No era raro que el líder heredase la preponderancia del cacique. Desapareció el jefe político, pero en algunos lugares se instauraba el dominio del "mandamás", con su corte de "influyentes" y sus meteóricos "pistoleros". Y con el mismo insobornable espíritu con que fustigara a latifundistas y tiranuelos, escribió contra los politicastros ineptos y corrompidos, contra los demagogos, tan llenos de apetencias como zafios, contra quienes medraban so capa de defender al pueblo. Mucho más le dolía esta realidad que la percibía en su juventud. Había luchado por un México mejor, y veía que los logreros inficionaban el impulso redentor. De ahí que el tono de las novelas en que los bosqueja suba hasta la acritud del sarcasmo. En el fondo de esas obras amargas y magníficas hay un propósito de lección moral: predica la honradez y la dignidad, virtudes mexicanas postergadas, zaheridas por los "aprovechados" y los malos pastores. Y no se diga que exageró. El tema central de *San Gabriel de los Valdivias,* por ejemplo, es el líder agrarista como sucesor del hacendado, y pernicioso, más que éste, para el campesino. Es también el tema de *El resplandor,* de Mauricio Magdaleno. La coincidencia demuestra que ambas novelas respondían a la realidad mexicana de entonces.

¿No responde también a ella, por desdicha, la pintura del "pistolero"? Con toda su barbarie —embozada en la "hombría", en el "machismo"— se ostenta en *El camarada Pantoja.* Como

de "otra raza" define Azuela, en *Avanzada,* a los sedientos de sangre; mas esa "otra raza" convive con la que formamos los demás, medra a expensas de ella, elige en ella a sus víctimas. Aquella certera definición explica varios puntos de *El camarada Pantoja*: si el autor presenta advenedizos amorales o asesinos de profesión, es como excepciones teratológicas. Por el hecho mismo de pintar extremos tales, implícitamente muestra que en México sólo es así "la otra raza". E inclusive, en esa novela de horrores alborea la esperanza, se vislumbra claridad de aurora tras la negrura del terror. La realidad ulterior dió la razón al novelista.

Gusta Azuela —y henos ya en el cuarto hito— de introducir en sus novelas algún comparsa por boca del cual decir claridades. No oculta su simpatía hacia ellos, rebeldes contra las injusticias y las falsas convenciones. Los presenta desengañados, al margen de prejuicios, no siempre recomendables por sus costumbres, tal vez demasiado amigos de zumos fermentados —*in vino veritas*—, pero siempre inteligentes. Sus sarcasmos, a menudo hiperbólicos, tienen un sólido núcleo de verdad. Sin aquellos defectos, muchísimos "claridosos" hay en México, por fortuna para México. Porque es profundamente mexicana la rebeldía contra el abuso y la opresión.

También son hondamente mexicanos los personajes que podríamos llamar "constructivos", nobles caracteres, paradigmas de dignidad y de razón. Ellos —y sus innumerables gemelos en la vida real— son los que remedian el daño que causan los de "la otra raza". En ellos, y en las mujeres que el novelista copia del natural, radica la esperanza, latente en todas sus novelas, de una patria próspera y feliz. Sus principales figuras femeninas son todas claridad, rectitud, abnegación. A menudo, en sus libros, valen más las mujeres que los hombres. Y como el contraste es recurso de novelista, amén de que la vida lo ofrece a puñados, pinta asimismo mujeres malas. Mas a poco que se las observe se percibe que sus defectos son casi siempre el sedimento que en ellas pone el turbio medio en que viven, porque sana es su alma, como que son mujeres aquí nacidas, en quienes las virtudes son tan genuinas como el aroma en la flor. Substraídas a las influencias corruptoras, apoyadas en un hombre de carácter íntegro, serían buenas esposas, buenas madres. Acaso una de las más amargas lecciones implícitas en sus novelas sea esa corrupción artificial de muchachas a quienes

la implacable lucha por el pan arranca de su natural ambiente y que, indefensas, hacen armas de su propia debilidad. ¡Deficiente es, sin duda, el orden social que vuelve inevitables esos transplantes, con su cauda de daños!

Tales son, apenas bosquejados, los rasgos esenciales de mexicanidad en la obra de Azuela. Lo demás: escenas de costumbres, paisajes, léxico, modismos, es accesorio; gustosísimo, sí, pero como aderezo.

Si hubiéramos de reducir a un solo rasgo esquemático la característica de las obras de Azuela, sería éste: combatió generosa y gallardamente contra la maldad estulta y contra la injusticia. Por desgracia, el combate de la inteligencia contra la estupidez, no menos que el de la rectitud contra la iniquidad, durará verosímilmente mientras dure la Humanidad sobre la Tierra. . .

LA ETAPA DE HERMETISMO, EN LA OBRA DEL DR. MARIANO AZUELA

SIN duda la etapa de mayor interés, para los biógrafos del Dr. Mariano Azuela y los críticos de su obra, es la que comienza en 1913. En la década inicial, que conviene dividir en dos lustros (1913-17 y 1918-22), se suceden la acción política más intensa, en aquél, y el cambio de ambiente, con la necesaria readaptación, en el segundo, por lo que hace a la vida del autor. En cuanto a su obra literaria, las novelas y novelas cortas y los cuentos que durante esos años escribe y publica, reflejan los choques del idealista con la realidad, y el consiguiente desencanto, al ver que ésta lo defrauda.

Antes de que el escritor se evada en el tiempo —con las obras de carácter biográfico, retrospectivo, a partir de *Pedro Moreno, el insurgente*—, bajo la acción de circunstancias adversas, su labor deja descubrir el efecto de las represiones e inhibiciones que, por aquellos mismos años, también se observan en las obras de otros escritores.

Para su evasión literaria inicial, el Dr. Azuela prefiere emplear la ironía, el sarcasmo. Iniciada esta forma de escape, con *Andrés Pérez, maderista*, se acentúa con *Las moscas*, hasta llegar a la sátira, en *Domitilo quiere ser diputado* y la primera parte de *Las tribulaciones de una familia decente* ("El libro de las horas amargas"). En seguida, antes de refugiarse temporalmente en el pasado —*Pedro Moreno...*, *Precursores*—, acude a lo que el mismo Dr. Azuela llamará después "truco literario".

El período en el cual se sitúa ese procedimiento (1918-1925) va desde los años de readaptación que siguen al cambio de ambiente, cuando el novelista pasa, del interior, a la capital de la República, hasta el año de 1925. A partir de 1925, su labor trasciende más allá de las fronteras de patria e idioma, con el reconocimiento de su valer, por parte la crítica, y la divulgación y traducción de varias de sus obras.

Mas antes de que eso aconteciera, el escritor se vió sometido a la prueba de la incomprensión y del silencio desalentadores. Con la segunda parte de *Las tribulaciones...* ("El triunfo de Procopio"), había hecho un llamado al gran público: el que a veces se gana por la vía del corazón, por lo sentimental; después, tras un compás de espera, se decidió a explorar otra ruta, y empleó su "truco literario".

Como todo lo barroco, este hermetismo es resultado de acciones y reacciones diversas. Sobreviene bajo la doble, encontrada presión de las influencias del momento: las opiniones ajenas, por una parte, y las reacciones e inhibiciones del escritor por otra. A esas circunstancias habrá que añadir la lucha entre la imperiosa necesidad de adaptarse al medio metropolitano y la nostalgia del terruño, a veces muy honda en el novelista.

Dentro de tal parcela están las obras que marcan un período de transición, en la evolución del Dr. Azuela: *La Malora, El desquite, La luciérnaga,* con algún cuento como "Y ultimadamente. . .". A pesar de que el desdén mostrado por el autor hacia esas obras, indujo a desdeñarlas, tal período merece una atención más detenida que aquella que sólo un sector de la crítica le ha prestado. Aquí sólo se traza un esquema de su desarrollo.

POR haber aparecido esa tendencia en aquellos años de agitación revolucionaria, que corresponden a los que siguieron a la guerra mundial de 1914-18, coincide con otros "ismos" no sólo europeos, cuya expresión local, mexicana fué el estridentismo. Sus antecedentes, fuera del postmodernismo hispanoamericano, están en el sobrerrealismo, en las obras dramáticas de Pirandello, en los "esperpentos" de Valle-Inclán y en la presencia de la provincia, en la capital, con López Velarde.

El Dr. Azuela, que había anticipado el neorrealismo en Iberoamérica, también tenía que situarse, en ese momento, en la vanguardia. Dentro de la evolución del novelista en aquella pausa de exploración, preludia el hermetismo en el cuento "De cómo al fin lloró Juan Pablo" (1918) —síntesis dramática, narración discontinua—, donde hay frases como ésta: "*El Rápido* ha puesto un poco de púrpura en la punta de su nariz". Frase únicamente inteligible para quienes sabían, en el rumbo de Santiago Tlaltelolco, que "El Rápido" era un cafetín que encubría un lugar de citas galantes.

Marca la transición del realismo al sobrerrealismo *La Malora,* novela breve, cuyos antecedentes se hallarían en *La Rumba,* de Angel de Campo, con la cual se conecta por el ambiente arrabalero. En *La Malora,* el soliloquio del médico demente está próximo al "monólogo interior" de Joyce. Se advierte allí el contraste entre realismo y sobrerrealismo: antes y después de ese monólogo. Para Valery Larbaud, esta obra es, hasta 1930, la mejor de Mariano Azuela. A partir de aquí, la frase, elíptica, se satura de alusiones y sugerencias; las imágenes son directas, y con frecuencia agresivas.

En el cuento "Y ultimadamente. . ." (1924) y el relato *El desquite* (1925) —que lo fué, en cierto modo, para el novelista ignorado antes—, la prosa narrativa alcanza mayor tensión, por la nostalgia. El procedimiento, discontinuo también, libre de ajuste cronológico, se puede relacionar con el de reelaboración y reintegración en lo dramático pirandelliano.

Por último, en *La luciérnaga,* escrita en los mismos años, aunque publicada hasta 1932, en Madrid, el narrador alcanza el equilibrio y la penetración psicológica deseados, al describir la asimilación, dolorosa, de la clase media que pierde su moral mientras se aclimata, transitoriamente, en la capital de la República. En el segundo aspecto, realiza en ella lo que apuntó en anteriores novelas costumbristas: *Las tribulaciones. . . , Los caciques.*

El tipo de avaro que esbozó en la segunda llega a su culminación, con el José María que —se ha dicho— es de la familia de figuras más acabadas de Dostoyevski. Igualmente alcanza la perfección, en *La luciérnaga,* el diseño de esa ejemplar esposa —antítesis de la Agustinita de *Las tribulaciones. . .*—: la abnegada Conchita, que hace pensar en los versos de *La suave patria*:

. . . tú vales por el río
de las virtudes de tu mujerío.

Conocí en su versión original *La luciérnaga,* que principiaba con una serie de bruscas imágenes —al sugerir los efectos del choque entre el camión y el tranvía—, después suavizadas en algunas de sus artistas, para hacerla asequible a lectores extraños. Aun retocada por el autor, conservó en varios pasajes su calidad hermética.

El novelista, que había intentado llegar a la mayoría, cuando una minoría selecta lo acogió y animó, escribió temporalmente para ella. Así estimulado, provocó juicios favorables el hermetismo de transición, en el Dr. Mariano Azuela, que dista mucho de ser algo desdeñable, ya que con él afirma su posición de novelista mundial quien había sido antes el iniciador de la novela de la Revolución mexicana.

Francisco MONTERDE.

Valleio muerto.

CESAR VALLEJO

De los poetas inmediatamente posteriores al modernismo muy pocos han alcanzado a adquirir esa atmósfera de admiración que es presagio de la inmortalidad. Uno de ellos es César Vallejo, el poeta peruano más comentado por la crítica de los últimos veinte años. A los muchos ensayos escritos acerca de este autor tenemos que agregar el de don Luis Monguió, aparecido en la *Revista Hispánica Moderna*,[1] tan admirablemente dirigida por D. Federico de Onís. Según costumbre, este ensayo aparece también en forma de libro y en tirada aparte; su fecha de publicación debe ser 1952.

El libro del Sr. Monguió es lo más completo que existe sobre el autor peruano. La primera parte de este estudio está dedicada a la vida de Vallejo. Aunque el Sr. Monguió no aporta datos desconocidos, su interpretación de ciertas experiencias vitales es muy reveladora. Además, con un gran poder de organización, nos describe la vida del poeta en forma tal que al fin de la lectura creemos conocer a Vallejo tan bien, o mejor, que quienes le trataron. Hay que apuntar aquí que el Sr. Monguió tampoco conoció personalmente al poeta de Santiago de Chuco.

La vida de Vallejo se caracteriza por un morbosa sensibilidad y por un sentimiento de rebeldía. Hasta la hora de su muerte, la infancia, la ciudad natal, los compañeros de su niñez, su familia, determinan parte de su temática; la otra parte está inspirada en una actitud contraria a la existencia tradicional lo cual le lleva a aislarse en su soledad. La miseria, la incomprensión, la cárcel, y sus ansias de ver mundos nuevos, le hacen tomar una decisión final: salir, y así emprende viaje a Europa en 1923. Llega a París y vuelve a vivir en la miseria. En 1925 hace un viaje a España durante el gobierno de Primo de Rivera; no puede adaptarse al "orden" de la dictadura y regresa a Francia. Al poco tiempo ingresa en el partido comunista, y en 1928 va a Rusia. Vuelto a París se casa con una joven francesa de nombre Georgette y en 1929 hace una segunda visita a la Unión Soviética. Un año más tarde está en Madrid publicando artículos y poemas. De regreso a Francia es perseguido por la policía a causa de sus ideas políticas, y por fin expulsado (1930).

---

1 LUIS MONGUIO, *César Vallejo, Vida y obra*, "R. H. M.", New York City, Año XVI, Enero-Dic., 1950.

De nuevo en Madrid, hace una activa labor periodística y literaria y edita nuevos libros. A fines del año 1932, logra volver a Francia para sepultarse otra vez en la pobreza.

La insurrección franquista enciende su entusiasmo de luchador y dedica todas sus energías a la defensa de la República española. Hace dos viajes a España; vuelve a Francia y trabaja hasta caer enfermo. Muere en abril de 1938.

Todo esto nos lo dice Monguió con abundantes citas bibliográficas, como conviene al erudito, pero también con un temblor en la voz, propio del hombre que está metido en la tragedia de otra alma.

En el estudio de la obra de César Vallejo, Luis Monguió rastrea los principios literarios del joven poeta y en ellos descubre ciertos indicios de futura excelencia. Luego entra en el análisis de los libros en verso más importantes: *Los Heraldos negros* (1918), *Trilce* (1922), *Poemas humanos* (1939), *España, aparta de mí este Cáliz* (1940); y de prosa: *Escalas* (1923), *Fabla salvaje* (1923), *El Tungsteno* (1931). El método de Monguió es objetivo y de estricta validez. Analiza la estructura de cada obra las posibles influencias que han actuado sobre ellas, la técnica poética, el sentimiento y el tema.

Uno de los puntos interesantes del estudio de Monguió es la explicación de pasajes y de poemas oscuros, siguiendo en general el método de Amado Alonso en su libro sobre Neruda. Util labor es ésta para el no iniciado en poesía de vanguardia porque la comprensión lógica del poema evidentemente hace más intenso el placer estético. No se le oculta a Monguió el hecho de que, para el experto en poesía, toda transmutación es una especie de destrucción, y por eso es cuidadoso y breve al hacer estas equivalencias.

Terminada la lectura de esta obra la figura de César Vallejo surge como la de un gran atormentado. Perdido en la oscuridad filosófica de su tiempo, angustiado por sufrimientos personales y colectivos, presa de hiperestesia constante, asaltado por la persecución y el hambre, logra por fin entrever la luz de la Salvación. Vuelve entonces a su pureza infantil, proceso que puede observarse en su último libro, *Poemas humanos* en que, según las palabras de Monguió, se ve "el progresivo desnudamiento de Vallejo hasta que el mismo se hace tierra".

En estos poemas hace el repaso de su vida "como quien está ahogándose" y se desnuda de todo lo inútil perecedero. Ya no posee "para expresar su vida sino su muerte". La muerte le pone frente al cuadro completo de su vida, como es natural y justo: "Cerca ya de la muerte, rememora su pueblo, sus gentes, sus amigos, sus hermanos, su perro, hasta verse morir a sí mismo. César Vallejo, suavemente, en sí y en su

madre muerta 'que soy dos veces suyo: por el adiós y por el regreso'. De ella partió y a ella retornó —madre, tierra— filialmente".

Gran poeta es éste que llevaba dentro de sí toda su existencia y que vivía por el sentimiento más puro de los afectos familiares. Y a pesar de esta inclinación emocional, Vallejo no se traiciona nunca, no desciende jamás a lo sentimental, a la vergüenza de la confesión. Nace de su madre, la lleva dentro de sí y muere en ella y con ella su voz no se ablanda ni en la última hora.

Nadie más calificado para hacer el comentario crítico de Vallejo que Luis Monguió. También él, tan objetivo, tan preciso, tan técnico, lleva viva la secreta llaga de su soledad que sus amigos más íntimos no nos atrevemos a descubrir.

César Vallejo: Vida y obra es un libro ejemplar, un libro que es el producto de una segura maestría crítica y de una noble admiración por un gran poeta.

Arturo TORRES RIOSECO.

Cuadernos Americanos

ha publicado los siguientes libros:

1.—Ganarás la luz..., por LEÓN FELIPE (agotado).
2.—Juan Ruiz de Alarcón, su vida y su obra, por ANTONIO CASTRO LEAL ..... $ 5.0
3 y 4.—Rendición de Espíritu, por JUAN LARREA, c/u. .. 5.0
5.—Orígenes del hombre americano, por PAUL RIVET (agotado).
6.—Viaje por Suramérica, por WALDO FRANK 7.0
7.—El Hombre del buho, por ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ (agotado).
8.—Ensayos Interamericanos, por EDUARDO VILLASEÑOR. 5.0
9.—Martí Escritor, por ANDRÉS IDUARTE 7.0
10.—Jardín Cerrado, por EMILIO PRADOS 7.0
11.—Juventud de América, por GREGORIO BERMANN 7.0
12.—Corona de Sombra y Dos conversaciones con Bernard Shaw, por RODOLFO USIGLI 8.0
13.—Europa-América, por MARIANO PICÓN-SALAS 5.0
14.—Meditaciones sobre México, Ensayos y Notas, por JESÚS SILVA HERZOG 5.0
15.—De Bolívar a Roosevelt, por PEDRO DE ALBA 7.0
16.—El Laberinto de la Soledad, por OCTAVIO PAZ 7.0
17.—La Apacible Locura, por ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ 10.0
18.—La Prisión, novela, por GUSTAVO VALCÁRCEL 10.0
19.—Estudios sobre Literaturas Hispanoamericanas, Glosas y Semblanzas, por MANUEL PEDRO GONZÁLEZ 12.0
20.—Signo, por HONORATO IGNACIO MAGALONI 10.0
21.—Lluvia y Fuego. Leyenda de Nuestro Tiempo, por TOMÁS BLEDSOE 12.0

OTRAS PUBLICACIONES

La revolución mexicana en crisis, por JESÚS SILVA HERZOG (agotado).

El surrealismo entre Viejo y Nuevo Mundo, por JUAN LARREA (agotado).

Sugestiones para la Tercera República Española, por MANUEL MÁRQUEZ (un peso).

Un ensayo sobre la Revolución Mexicana, por JESÚS SILVA HERZOG (agotado).

Pastoral, por SARA DE IBÁÑEZ (tres pesos).

Un Método para Resolver los Problemas de Nuestro Tiempo, por JOSÉ GAOS (tres pesos).

REVISTA

SUSCRIPCION ANUAL PARA 1952:

(6 números)

MEXICO	$	50.0
OTROS PAISES DE AMERICA	Dls.	6.5
EUROPA Y OTROS CONTINENTES	„	8.0

PRECIO DEL EJEMPLAR:

MEXICO	$	10.0
OTROS PAISES DE AMERICA	Dls.	1.5
EUROPA Y OTROS CONTINENTES	„	1.5

Ejemplares atrasados, precio convencional.

SUMARIO

NUESTRO TIEMPO

Alvaro Fernández Suárez — La cabalgata de los suicidas.
José Mancisidor — La literatura española bajo el signo de Franco.
Jesús de Galíndez — Puerto Rico en Nueva York.

Notas, por Eduardo Jibaja y Honorato Ignacio Magaloni.

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

Jesús Reyes Heroles — El papel del Estado en el desarrollo económico.
Manuel Cabrera — Fenomenología de la historia y de la crisis.
Juan Adolfo Vázquez — Lo temporal y lo eterno sobre el pensamiento griego, en los ensayos de Francis Macdonald Cornford.

Notas, por Juan Roura Parella, Pedro T. Rapela y Fernando Salmerón.

PRESENCIA DEL PASADO

José Guadalupe Zuno — Las llamadas lacas michoacanas de Uruapan, no proceden de las orientales.
Felipe Cossio del Pomar — Arquitectura del Perú colonial.
Ezequiel Martínez Estrada — Sarmiento y los Estados Unidos.

Notas, por José Francisco Cirre y Alfredo Cardona Peña.

DIMENSION IMAGINARIA

Jorge Carrera Andrade — Familia de la noche.
Otto de Sola — El Volcán de Mont-Peleé.
Gustavo Valcárcel — La palabra como espíritu.
Andrés Iduarte — Los Pies Descalzos: gran novela méxicoespañola.
Romualdo Brughetti — Una nueva generación literaria argentina.

Notas, por J. M. González de Mendoza, Francisco Monterde y Arturo Torres Rioseco.

Printed in Mexico.